

Los perdonados

LAWRENCE OSBORNE

gatopardo ediciones 



LOS PERDONADOS

LAWRENCE OSBORNE

Traducción de Magdalena Palmer

gato pardo ediciones 

Título original: *The forgiven*

Copyright © 2012 by Lawrence Osborne
Published in the United States by Hogarth, an imprint of the
Crown Publishing Group, a division of Random House LCC

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2019
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Atlas, en Marruecos (1993)
© Raymond Depardon / Magnum Photos / Contacto
Imagen de interior: © by Lawrence Osborne
Imagen de la solapa: © by Chris Wise

eISBN: 978-84-17109-94-3
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de
la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra.



El escritor Lawrence Osborne en Bangkok,
ciudad donde reside, en 2017.

Para mi madre, Kathleen Mary Grieve, 1933-2011

«Son muchos los caminos que no conducen al corazón.»

Proverbio marroquí

LOS INVITADOS DE AZNA

CAPÍTULO 1

Avistaron África cerca del mediodía. La bruma se disipó y los yates de los millonarios europeos surgieron de la nada con banderas de Sotogrande y los destellos de sus copas y vasos. Los temporeros de la cubierta superior se cargaron los fardos al hombro, animados por la idea de volver a casa, y la ansiedad de sus rostros fue desvaneciéndose poco a poco. Quizá solo fuese el sol. Los coches de segunda mano hacinados en la bodega empezaron a calentar motores mientras los niños correteaban con naranjas en las manos. La costa africana proyectaba una energía magnética que atrapaba al transbordador de Algeciras. Los europeos adoptaron una actitud expectante.

La pareja británica que tomaba el sol en las tumbonas se sorprendió de la altitud del terreno. En las cimas se alzaban antenas blancas que parecían faros de alambre y el verdor aterciopelado de las montañas incitaba a alargar el brazo para tocarlas. Las columnas de Hércules habían estado cerca, allí donde, en realidad, el Atlántico anega el Mediterráneo. Hay lugares destinados a parecer portales que te atraen con una fuerza inevitable. El inglés, un médico de cierta edad, se protegió los ojos con una mano cubierta de vello pelirrojo.

A simple vista pudieron distinguir las serpenteantes carreteras que probablemente estaban allí desde tiempos de los romanos. David Henniger pensó: «Quizá este trayecto será más fácil de lo que creíamos. Quizá hasta sea agradable». Un altavoz próximo al mástil emitió unas notas de raï, el hip-hop parisino. Miró a su mujer, que leía un periódico español pasando las páginas con indiferencia, y luego echó una ojeada al reloj. La gente saludaba desde la ciudad cada vez más próxima, levantaba manos y pañuelos, y Jo se quitó las gafas de sol para ver dónde estaba. David admiró la franca confusión de su rostro. *L'Afrique*.

Fueron a tomar una cerveza al Hôtel d'Angleterre. No hacía calor y el aire todavía conservaba la humedad de la bruma recién disipada. Timadores y apuestos «guías» revolotearon a su alrededor mientras el sol impregnaba la terraza de un olor a barniz, pimienta en grano y cerveza desbravada. Un humor risueño dominaba a los expatriados desaliñados y sus correspondientes parásitos, que tomaban nueces con cáscara y ginebra fría. Fuimos los bohemios más formidables, decían sus rostros a los recién llegados, y ahora somos unos desgraciados encantadores y dicharacheros porque no nos queda más remedio.

Los Henniger habían organizado el alquiler del vehículo mediante un agente que correteaba de aquí para allá con llaves y contratos, y mientras esperaban, tomaron cervezas con granadina y *cigares* fritos de queso de cabra. David todavía no se había formado una opinión. Las fachadas francesas daban solidez y sombra a las calles; las chicas eran gráciles, insolentes y de mirada

insinuante. No estaba mal.

—Me alegra que no nos quedemos —dijo ella, mordiéndose el labio.

—Nos quedaremos a la vuelta. Será interesante.

David se quitó la corbata. Sintió que sus ojos volvían a la vida y se preguntó si Jo notaba sus leves cambios de humor. «Me gusta. Me gusta más que a ella. A lo mejor podemos quedarnos unos días más, después del fin de semana», pensó.

De camino a Chauen no hablaron. El coche de Avis Tánger era un viejo Camry de frenos gastados y tapicería roja rasgada. David conducía con las manos enfundadas en guantes de cuero y esquivaba nerviosamente a las mujeres tocadas con sombreros de paja que infestaban el arcén guiando a sus mulas con palos. Arreciaba el calor en la larga carretera bordeada de rocas y naranjos. Ladera arriba se alzaban los suburbios, los precarios bloques de viviendas y las antenas que decoraban cualquier ciudad con unos ingresos medios. No se veía el principio ni tampoco el fin. Solo se insinuaba el olor a mar.

Todo era polvo. Siguió conduciendo obstinadamente, empeñado en salir de la ciudad cuanto antes. La luz que llevaba soportando todo el día le había cansado la vista, y la carretera se había reducido a un resplandor geométrico repleto de movimientos hostiles: animales, niños, camiones, destartalados Mercedes que llevaban treinta años funcionando.

Los suburbios de Tánger eran una ruina, pero los huertos seguían allí. Y también los limoneros y los olivos mutilados, la tenaz desilusión, las fábricas vacías y el olor de los jóvenes exasperados.

El hotel Salam de Chauen tenía vistas al río Oued el Kebir y a un desfiladero; la calle donde se encontraba, la avenida Hassan II, era una pendiente empinada que estaba llena de hoteles —el Marrakech y el Madrid también se encontraban allí— y que bordeaba los muros blancos y monacales de la ciudad. Los autocares turísticos ya habían llegado y el salón del hotel estaba repleto de parejas holandesas que devoraban huevos con cúrcuma. Los Henniger no sabían si entrar y sumarse a aquella orgía gastronómica o mantenerse al margen. Los holandeses parecían frenéticos y perturbados, como si llevaran días sin comer. David se preguntó si les darían bocadillos en aquellos autocares inmensos. Eran algo repugnantes, con sus grandes caras sonrojadas y sus fornidos adolescentes rumiando alrededor del bufé. Pero él tenía hambre.

—Comamos algo, pero no aquí —dijo animadamente—. ¿Quizá fuera, lejos de los bóvidos europeos? Me pregunto si podré beber algo que no sea una limonada Pellegrino.

Afortunadamente el Salam tenía terraza propia y no estaba demasiado concurrida. Se sentaron a una mesa con vistas y comieron tayín al limón con un Boulaouane frío. Al menos era vino, pensó David con callado agradecimiento.

—¿Te conviene beber? —preguntó Jo con suavidad.

—Es solo una copa. Una copa de meado de vaca. Esto es meado de vaca, míralo.

—No lo es. Tiene un catorce por ciento de alcohol. Vas a conducir cinco horas más.

Ella empezó a devorar las aceitunas saladas. David siempre se tomaba ese tipo de comentarios con mucha resignación.

—Me facilitará el trayecto. Sé que es el simple pretexto de cualquier alcohólico, pero es verdad.

—No debería dejarte, tonto.

—Lo haría igualmente. Las carreteras están vacías.

—¿Y qué me dices de los árboles?

Ya llevaban once años sumidos en aquella suerte de contienda: la meticulosa y perfeccionista Jo batiéndose con el malhumorado David, a quien siempre le parecía que las mujeres existían para reprimir los pequeños pecados que daban chispa a la vida. ¿Por qué lo hacían? ¿Envidiaban la curiosidad y los improvisados placeres masculinos que ocurrían a espaldas suyas? Lo cierto es que le intrigaba. Y uno podía tomárselo a risa, o no. Jo era diez años más joven que él, solo tenía cuarenta y uno, pero actuaba como una anciana institutriz. Disfrutaba regañándolo, apartándolo de pequeñas aventuras sin consecuencias, aunque acabasen degenerando en un desenlace natural. «Nunca me estamparía contra un árbol, ni en un millón de años. Ni en sueños», pensó. Jo se bebió de un trago media copa del horrible vino marroquí y David la miró, sorprendido. Ella se limpió la boca de forma desafiante. Se le sonrojó la frente y las comisuras de los labios.

—Siempre consigues lo que quieres, David. Es habitual en nosotros, ¿verdad? Siempre te sales con la tuya.

—No pongo tu vida en peligro —dijo él en un tono algo lastimero—. Eso es absurdo.

«Ya veremos si lo es», pensó Jo.

—Además —añadió él, más tranquilo—. Es una falsedad evidente. Casi nunca me salgo con la mía. La mayor parte del tiempo me limito a acatar órdenes.

Al pie del desfiladero había casas blancas con jarras de limones en salazón en sus tejados. Los perros ladraban en los palmerales cercanos, y los camareros del Salam parecían avergonzarse sutilmente de ellos. Una de las beldades holandesas flotaba en la pequeña piscina de la terraza, rotando despacio bajo las primeras estrellas mientras se miraba los dedos de los pies. David observó con meticulosa curiosidad aquellos pechos agradablemente redondeados que surcaban las aguas. La cena fue breve y práctica porque pensaban más en el viaje que tenían por delante que en disfrutar del momento presente. Él apuró el resto del Boulaouane y se limpió los dientes con un palillo. Algo en su voz no acababa de encajar.

—Me apetece dar un paseo. ¿Vamos a tomar café a la medina? Estos camareros me están deprimiendo.

La avenida Hassan II llegaba hasta la puerta de Bab El Hammar y a la medina por la encantadora plaza El Makhzen. Empezaba a anochecer y todos los hombres, vestidos con chilabas immaculadas, habían salido en tropel a la gran plaza arbolada, ansiosos por iniciar sus animadas conversaciones; se reunían en corros y se daban la mano mientras desgranaban sus rosarios musulmanes en la espalda.

Había algo trepidante y paradójicamente sosegado en aquella limpieza masculina, en la velocidad de los niños que pasaban silbando con melocotones y bolsas de la compra, en la cal, en las sombras angulares. Jo le cogió de la mano y la alianza se le clavó en la palma; se aferró a él como si pudiera darle estabilidad en medio de aquel trasiego. ¿Necesitaba a David un poco más, al menos hasta atravesar el pueblo? Las discusiones triviales de las últimas semanas se diluyeron, habían quedado reducidas a palabras y nada más que palabras, pensó ella; palabras que se funden fácilmente cuando nos desplazamos bajo un sol de justicia. Encontraron una plaza inclinada con una higuera donde había un Café du Miel cuyas mesas de madera de cedro también estaban inclinadas a un lado de la pendiente. No ofrecía bebidas, sino un café intenso y un agradable lugar para fumar, y David se sintió cómodo de inmediato. Con el café les sirvieron un platillo de semillas de cardamomo y unos pastelitos de almendra. Pequeños gestos de delicadeza. Las calles

eran patriarcales, pero también íntimas. Los árboles proyectaban sombras delicadas en los adoquines. David se desperezó y echó una semilla de cardamomo a su café.

—Ahora me siento mejor. Me parece que el peor tramo ha sido el de esta tarde. Si partimos a las siete, podremos llegar a media noche.

—¿Crees que estarán despiertos?

—Seguro. Formamos parte de su fin de semana, emocionalmente hablando. Estarán bebiendo hasta bien pasada la medianoche.

«O toda la noche», pensó Jo para animarse.

—No es un horario militar —añadió él en tono más conciliador—. Si quieres pernoctar aquí, no me importa. Quizá dos noches de fiesta ya sean más que suficiente.

Jo negó con la cabeza.

—No. Quiero ir a casa de Richard.

De pronto se le humedecieron los ojos y sintió un odio irracional por toda aquella situación. El calor, el café espeso, el bochorno y el tono de voz de David. Ese deje cortante e impaciente que tan bien casaba con cómo los miraban los hombres de los cafés, con contención, pero también con curiosidad provinciana; unas miradas aguzadas, que usaban como palos afilados para figonear. Jo creía que un viaje al desierto le daría ideas para un nuevo libro, pero esas ilusiones casi nunca salían como esperaba. ¿Qué clase de nuevo libro, además? En lugar de inspirada, empezaba a sentirse atrapada en un horario al que tenían que ceñirse, y los hombres de la calle no dejaban de mirar mientras sus manos manoseaban los rosarios que tenían sobre las mesas. Miraban tan fijamente que ella notó que su centro de gravedad empezaba a resquebrajarse. La miraban con un odio inexpresivo, pero también era posible que no fuese odio, sino una sensación inconsciente de superioridad que ni siquiera hacía falta que se hiciese consciente para poner al otro en su sitio.

—No pasa nada —dijo lacónicamente David—. Ya sabemos que están reprimidos y furiosos. Tratan a sus mujeres como bestias de carga. Para ellos, tú no eres más que una mula fugada.

Ella apartó la vista y apretó la servilleta.

—No soporto que digas eso.

—¿Por qué? ¿Acaso no es verdad?

—No importa que lo sea.

—Pues yo diría que sí —repuso él—. Yo diría que sí que importa que los disguste tu presencia debido a tu sexo.

—Estoy segura de que no es eso. Y tú no tienes ni idea de cómo tratan a sus mujeres. Ni idea.

Él soltó una carcajada y cogió un cardamomo entre dos dedos. Jo se había puesto sofisticada.

—Como quieras, señora feminista.

Para alardear de su francés, David preguntó al dueño del café, que estaba sentado en la mesa vecina, si en el desierto hacía mucho calor. Los marroquíes se explayaron con sus exageraciones habituales.

—*Vous allez souffrir, vous allez voir. Mais c'i beau, c'i très beau.*

Él la tomó de la mano durante el regreso al Salam. Los fuertes ladridos de los perros del desfiladero le impedían relajarse y la cabeza empezó a darle vueltas de forma despiadada. ¿Había sido una buena idea esta extravagancia, la súbita partida, el ansia precipitada de diversión? Todo por querer divertirse, por los amigos y por pasar tres días bajo un sol más cálido. Sabía que Jo no

quería ir, pero una parte de él disfrutaba imponiéndose. Le gustaba fastidiar a la gente cuando consideraba que su enfado procedía de la rigidez y la hipocresía, lo que sin duda era el caso de Jo. Se veía a sí mismo como un agente liberador, un purificador de prejuicios ajenos. Estaba convencido de que, a la larga, aquello ayudaría a Jo, y, al pensarlo, una deliciosa compasión, una cruda ternura por su esposa se abrió paso en sus cálculos sin un propósito definido. Como cuidar de un prado podando los extremos con un par de cizallas afiladas. Mantener el orden con amor y mantener los monstruos a raya.

La mezquita española estaba iluminada y el agua de la piscina centelleaba con las ráfagas de viento. Dos hombres andaban cogidos del brazo por la avenida Hassan II, susurrándose. Ahora no había mujeres en las calles; era la hora de los hombres. Y sus miradas se concentraban en la rubia alta del desvaído vestido de algodón y sandalias rojas, en sus joyas y en sus pecas. Había un placer evidente en simplemente observar a semejante *gazelle* (esa era la palabra que les gustaba). Andaba como si desease ahuyentar la curiosidad sexual, no con descarados andares femeninos. Resultaba evidente que era escritora, una intelectual, y también que él era médico y un pelmazo.

Subieron al coche, desplegaron el mapa Michelin y consiguieron con sumo esfuerzo encontrar la fina línea roja que señalaba la ruta que debían seguir. Ella lo besó en la mejilla y notó arena en sus labios. David tenía arena en la cara; había arena por todas partes y eso lo irritaba. Los granos de arena le picaban en las orejas.

—Preferiría dormir en lugar de conducir rumbo a la nada —dijo él.

Escupió un grano de arena para hacerla reír. Pero la voz de Jo conservaba una reticencia molesta, una renuencia física. No quería ir. Siempre desconfiaba de David en momentos de tensión y, cuando dudaba, el tono de su voz provocaba en él una resistencia inmediata. Por tanto, tenían que ir.

—Es un poco imprudente seguir conduciendo —dijo ella.

—No nos quedaremos en este vertedero. Todavía hay luz, nos quedan tres horas más. Y el trayecto es pan comido. Todo recto.

—Pero está oscureciendo.

—Para nada. Solo hay menos luz, y ya está.

—Podríamos quedarnos.

David arrancó el motor.

—Ni hablar. Nos devorarían las pulgas.

—¿Pulgas?

—Pulgas. Las he notado nada más llegar.

«Claro. Es un hotel marroquí, seguro que tiene pulgas», pensó ella con desdén.

—No he visto ninguna pulga —dijo Jo, con un mohín.

—Tú no eres médico. Hay pulgas por todas partes. Las he notado hasta en los huevos con cúrcuma. Los holandeses pasarán una noche espantosa.

«Al menos estarán en la cama», pensó Jo.

—Es uno de esos sitios de los que quieres irte, y no lo digo solo por el hotel.

Los niños apostados en el arcén les mostraron sus tesoros, las cucharas para la miel y los dientes fosilizados de tiburón. Los Henniger hicieron una parada en el lago Aguelmame Sidi Ali. Unos siniestros bosques de cedros se aferraban a las laderas y unos pocos guías holgazaneaban en

los límites de la noche, observándolos con una curiosa indiferencia. El cielo se llenaba de nubes crepusculares que formaban grandes sombras sobre el lago. A lo lejos, en el Col du Zad, empezaba a lloviznar, y los áridos campos pedregosos siseaban como sartenes calientes bañadas con aceite frío. No había nadie en la carretera, aparte de unos pocos camiones militares. El ánimo de Jo se fue ensombreciendo. Echó un vistazo al mapa y se le ocurrió que los mapas no pueden seguirse ciegamente, que en realidad nuestra confianza en ellos no es más que un tremendo acto de fe. Había que creer que esos garabatos infantiles se correspondían con todo un país. De modo que siguió con la vista la línea de vehículos, cuyos faros tallaban visiones fugaces en el anochecer — barreras encaladas, matas de *drinn*, animales bajo los árboles—, y no acabó de creérselo.

David puso un cedé de Lou Reed.

—Es esta la carretera, ¿verdad?

—Solo hay una.

Él sintió una oscura satisfacción.

—Dios, cómo odio a Lou Reed. Menudo imbécil.

—Es perfecto como música de carretera.

—A eso me refiero. También tengo Vivaldi. Casi igual de malo.

Unos árboles greñudos quedaron atrás, en el espejo retrovisor. Rocas pintadas con palabras y números árabes, torcidos espinos sin hojas. Hombres vestidos de arpillera dormían en zanjas junto a la carretera, con sus picos y sus losas de trilobites al lado. Entraron en Midelt.

Era un pueblo caótico de cemento y antenas. Sus calles, abarrotadas de hombres de mirada extraviada vestidos con pesadas chilabas de lana, transmitían una energía alegre y frenética. Se percibía un regusto distante a cantera. Tierra de fósiles, con una larga colina como calle principal. La capital mundial de los amonites y crinoideos. Unos carteles desesperados anunciaban *Fossiles à vendre* y *Dents de requin*.

Atravesaron directamente el pueblo y no pararon, más que para tomar un café rápido en el hotel Roi de la Bière. El coche gimió al subir una prolongada pendiente y adentrarse en la oscuridad de los bosques nuevos, y entre los picos del Atlas se definió de pronto el cielo nocturno, iluminado en el centro con un azul desgarrador que se volvía impreciso y traicionero a medida que descendía hacia la tierra.

Hicieron otra parada cerca de la medianoche. No sabían qué distancia les separaba de Er-Rachidía ni de Midelt, y el desvío de Azna —diminuto, a decir de todos— estaba más cerca de Er-Rachidía. Tendrían que andar con mucho ojo. «Lo pasaremos de largo», quiso decir ella, pero sabía que era mejor no mencionarlo. Jo echó a andar por el centro de la carretera, agitó las manos para relajar el cuerpo y por primera vez bebió del cielo y de la hostilidad de la tierra, lo que la liberó en lugar de oprimirla, al menos durante unos instantes. Al verla, David salió rápidamente para alumbrarla con la linterna y le gritó con una voz penetrante e histérica, como si hubiese percibido que Jo gozaba de un momento de libertad ajeno a él.

—¡Harás que te maten! ¿Estás loca?

Jo se volvió despacio y entró sin prisas en el haz de la linterna. Apretaba los puños y no estaba del todo firme, no del todo erguida.

—¡Sube al coche! —exclamó él—. ¡Estás andando por el centro de la carretera!

De pronto, unos faros se acercaron por detrás. David la agarró del brazo y ella se zafó, pero

luego rodeó el coche para entrar por su puerta.

—No estoy ciega —masculló entre dientes.

Los adelantó un coche enorme, un majestuoso Mercedes plateado con la capota bajada. Se quedaron tan sorprendidos que simplemente lo vieron pasar a toda velocidad con sus guardabarros resplandecientes como una cubertería, un despliegue anacrónico de lujo brutal.

—Será alguno de los invitados —dijo David, mientras forcejeaba con las llaves—. Podemos seguirlos. ¡Un Mercedes!

Al oírlo, ella se echó a reír.

—¿Y si no son invitados?

—Pronto lo averiguaremos.

—David, no. No seguirás a ese coche.

Él arrancó pisando los pedales, con un rictus adusto y estúpido en la boca. Jo bajó la ventanilla, decidida a que aquella locura cayese por su propio pie, pues era imposible que un viejo Camry pudiese alcanzar a un Mercedes cuyos faros traseros ya había desaparecido rápidamente en la oscuridad. Se recostó y aguardó la reacción de su excitable marido, que se disculparía a su debido tiempo por su abominable lenguaje. Siempre perdía el control con su actitud violenta, pero lo recuperaba al instante, y después llegaba la calma de las fosas sépticas y las ciudades bombardeadas. Los arrebatos del esposo moderno, inexplicables, espesos, de origen oscuro. Algo en aquel Mercedes lo había enfurecido más si cabe: su arrogante seguridad. ¿Serían árabes?

—¿Los has visto? —preguntó él.

—Nada de nada.

—Es extraño que no hayan parado. ¿Y si hubiésemos tenido una avería? Ni siquiera han reducido la marcha.

—Me alegro de que no parasen.

—Hablo de lo que esa actitud dice de ellos.

«¿Y qué diablos dice?», pensó ella.

Muy pronto volvieron a estar solos. Pequeños edificios blancos, zanjas abandonadas, cercas destruidas, senderos que se internaban en vastos palmerales pasaron flotando ante ellos. Jo sabía que estaban perdidos y él sabía que ella lo sabía. Los insectos empezaron a incrustarse en el parabrisas, una masacre de moscas y polillas.

A medida que la carretera se allanaba, el creciente calor le impregnó el dorso de las manos, la piel desprevenida. Pese al rumor del motor, Jo creyó oír el eco de molinos de agua dentro de los oasis. Sinuosos senderos y pistas se internaban en los palmerales, carreteras secundarias con nombres escritos en árabe, que, claro está, ellos no podían leer. De vez en cuando aparecía alguno escrito también en francés, lo que era un destello de esperanza. Pero ninguno indicaba «Azna».

La insistencia de Jo hizo que él redujera la marcha y se detuviera para consultar un mapa cada vez más ambiguo donde no aparecía Azna. Creían que estaría de camino a la aldea de Tafnet, donde se bifurcaba la carretera y ambos desvíos se perdían en la nada. Quizá el glamuroso *ksar* de los *monsieurs* Richard y Dally estuviese allí, pero ellos no habían mencionado Tafnet en sus indicaciones. Tampoco veían luces en las colinas ni en el oasis. Habían salido de Chauen demasiado tarde; él lo sabía, y se desanimó porque era evidente que la culpa era suya y no había forma de ocultarlo. Se dirigirían a Tafnet y discutirían. Pasarían kilómetros al volante, esperando

a averiguar si él se había equivocado, y cuando se demostrara su error, Jo lo destrozaría. O puede que él estuviera en lo cierto.

—Tenemos que tomar el desvío de Tafnet —dijo David con calma, doblando el mapa—. No veo ninguna otra ruta que encaje.

—Ellos no mencionaron Tafnet.

—Lo sé, querida. Pero quizá dieran por sentado que Azna y Tafnet aparecían juntos en las indicaciones.

—¿Y si no es así?

—Bueno, habrá que arriesgarse.

—¿«Arriesgarse», David?

—No montemos otra escena. Estoy tan perdido como puedes estarlo tú.

A David le temblaban las manos.

—Es el alcohol —dijo Jo con mordacidad.

—Sube al coche. Nos llegará la inspiración. Lo encontraremos.

Mientras se ponía el cinturón, él añadió:

—Y no es el alcohol, te lo aseguro. Es la preocupación. El alcohol nunca me pone nervioso.

Habían recorrido un kilómetro y medio cuando los faros iluminaron un camello que comía hojas de acacia a un lado de la carretera. La calzada, cubierta de arena y cristales rotos, rodeaba un afloramiento rocoso cubierto de chumberas antes de allanarse de nuevo.

Más adelante divisaron un cartel con una lista de nombres en árabe y francés. Distinguieron la palabra «Tafnet», y Jo dijo con voz tranquila y categórica:

—No.

—Tenemos que tomar el desvío de Tafnet —insistió él.

Jo lo agarró del brazo y casi se produjo un forcejeo. Se gritaron, él perdió el pedal del freno, luego volvió a encontrarlo. No se detuvo; quería zanjar el asunto antes de llegar a la bifurcación. Una ráfaga de viento levantó una nube de arena, perdieron visibilidad y él dijo:

—No seas estúpida.

De pronto la voz de Jo recobró la calma.

—Pon las largas.

La arena oscurecía la luna y el contorno de la carretera desapareció unos instantes. Y entonces, mientras Jo relajaba la vista, vio a dos hombres en el arcén izquierdo. Corrían hacia el coche con las manos levantadas, y uno de ellos también sostenía en alto un cartón que rezaba *Fossiles*, con un signo de exclamación. Como reclamo para que se detuvieran, resultaba ridículo.

—Para —dijo Jo muy tranquila a su marido, pero algo en él pareció decidir lo contrario y siguió en aquel estado de ensoñación.

El cartel voló por los aires y se produjo un choque de voluntades opuestas. Al menos así lo interpretó ella, aunque en realidad ocurrió demasiado rápido para que llegara a interpretar nada. El metal del coche impactó contra huesos humanos con un único golpe que sonó como un gran tambor tensado, un bum ensordecedor, un sonido que ella creía haber oído antes pero que al mismo tiempo era absolutamente nuevo, desconocido y singular. Una suerte de detonación que solo duró una décima de segundo pero que pareció prolongarse minutos enteros, en el curso de los cuales su confianza en el futuro se rompió en mil pedazos.

CAPÍTULO 2

Eran las diez. En las antiguas murallas del *ksar* de Azna, la mansión de tapial pardo proyectaba en el cielo su silueta cuadrada. Los viejos muros de adobe seguían en pie, y las *ghorfas* o graneros, de cuatrocientos años de antigüedad, se fundían con el tiempo y se comunicaban mediante caóticas escaleras de adobe. El *ksar* se alzaba en una colina detrás de Tafnet y llevaba abandonado desde 1956, el año de la independencia. Se había construido cerca de un manantial que la Legión Extranjera había bautizado como la *source des poissons*. Se decía que sus aguas volvían fértiles a las mujeres estériles. El río fluía entre los barrancos de casas colgantes semiabandonadas, y desde allí un tramo de escaleras descendía a la poza donde las mujeres de la tribu aït atta se bañaban en secreto para recuperar su fertilidad.

Y entonces llegaron los extranjeros. *Les visiteurs*, como los llamaban. Hombres altos y rubios de ojos brillantes y gustos incomprensibles y quisquillosos. Para los habitantes de Azna era como si hubiesen bajado del espacio. El término «*visiteur*» también implicaba que en algún momento del clemente futuro se marcharían tan de improviso como habían llegado. Se sabía que eran ricos y que derrochaban el dinero con absoluta ligereza, lo que resultaba provechoso para los habitantes del pueblo. Habían contratado a muchos criados y personal de servicio y no les hacían trabajar demasiado, lo que también era de lo más provechoso. Sin embargo, tampoco podía negarse que había algo incuestionablemente diabólico en ellos. No se trataba solo de sus hábitos alcohólicos, que eran extremos hasta para los despreciables principios europeos. No eran solo sus desagradables prácticas sexuales, aunque había mucho que decir al respecto. Era el modo en que de noche se sentaban en la azotea y miraban las estrellas con los prismáticos, el modo en que a veces dormían durante todo el día hasta el crepúsculo y el modo en que paseaban por los viejos senderos al atardecer, con guirnaldas de flores y cubiteras de hielo. Además, no podían beber agua local, nadaban desnudos en su propia piscina y en ocasiones, que Dios les perdone, se atrevían a bañarse en las pozas de la *source des poissons*, contaminándolas. «*Li jayin men lkharij gharab*»: «Los extranjeros son extraños».

Los pocos ancianos que todavía vivían en las casas de los barrancos hablaban de la homosexualidad de Dally Margolis y Richard Galloway con un desagrado adusto y escéptico. Pero en secreto, pese a su horror, también admiraban la riqueza de los visitantes y su estilo cosmopolita. ¡Naranjas procedentes de España! ¡Mantequilla traída específicamente de una tienda del distrito octavo de París! ¡Agua transportada desde Mequinez! Apreciaban la afluencia de dinero, los sueldos desmesurados que pagaban al servicio y la restauración del *ksar*. Se decía que Dally era el sumiso, y Richard, de aspecto algo más austero, el dominante. Se reían. Murmuraban que los *jinns* del *ksar* y los graneros estaban indignados por la presencia de infieles en un lugar

erigido para musulmanes, y de noche todos oían el estruendo de cazos y ollas en las cocinas, víctimas de los berrinches sobrenaturales de estos genios.

Los *jinn*s tenían razón. Había escandalosas idas y venidas en la mansión principal, pero nadie veía lo que pasaba en su interior hasta la mañana siguiente. Se rumoreaba que encontraban muchachos desnudos dormidos en el suelo; muchachos por todas partes, y algunos eran marroquíes.

Aquel mismo día, mientras se ponía el sol, las sombras que los muros almenados, las rectangulares torres inclinadas y las *ghorfas* semifundidas proyectaban hacia el este habían formado una única silueta amenazadora sobre las rocas, la huella de una ruina colosal. Las tangaras de cuello amarillo guardaban silencio en los tejados todavía calientes, en el río trinaban las animadas golondrinas y los conejos se escondían detrás de los cactus con las orejas muy erguidas. Un pastor caminaba lánguidamente hacia Tafnet, muy alejado de su casi invisible rebaño de cabras, y columpiaba un bastón como si quisiera decapitar a alguien. En la carretera distante que llevaba al Tafilalet apareció una polvareda. El eco de las voces extranjeras y una canción de Natacha Atlas procedente del *ksar* no consiguieron que los ancianos sentados en el muro del río se dignaran a volver la cabeza. Lo habían oído infinidad de veces. Siempre había fiestas en aquella casa.

—Una vez vimos a una prostituta infiel bañándose en la *source des poissons* —decían—. ¡Sus hombres no pueden dejarlas embarazadas!

Pero si un cristiano con traje de etiqueta llegaba tambaleándose una noche estrellada para saludar y admirar las vistas, le sonreían con cortesía mecánica.

Alzaban las manos y le saludaban diciendo «*Salam aleikum*» y «*La bass*», que significa «ningún mal».

El americano maduro paseaba por un tramo de muralla que todavía no se había restaurado. Llevaba un traje de Savile Row con una amapola en la solapa, sostenía un plato de papel con unos trozos de pastel de chocolate y cereza, y tenía los zapatos polvorientos debido al paseo. Para los hombres de Azna era todo un espectáculo. Tendría unos cuarenta y cinco años, rasgos italianos y no lo conocía nadie. Tom Day era un inversor privado de Dally, aunque nunca hacía preguntas y muy raramente se dejaba ver en las incesantes celebraciones de este último. Se sentía demasiado viejo y además ya había vivido lo suyo, como les gusta admitir a los veteranos libertinos. Los pocos cartuchos que le quedaban eran demasiado valiosos para desperdiciarlos en fiestas, y su interés principal era conservarlos sin que acabasen en pólvora mojada. Nadie sabía cómo había amasado su fortuna, y él nunca lo aclaraba, pues dicha información trascendía una conversación civilizada. Se había jubilado a los treinta y ocho años; eso era todo lo que había que saber. Vivía solo en Nueva York y tenía una casa en Ubud, Bali. Unos años antes su mujer se había largado con un director de fondos de inversión libre. No se sabía nada de ella. Las mujeres se van, y afortunadamente su recuerdo se esfuma de la memoria.

La muralla tenía vistas al valle, la carretera y, a lo lejos, el contorno blanco del Sáhara. Day fumaba un cigarrillo mientras disfrutaba del exceso y la extravagancia que lo rodeaba, de cómo aquella fiesta iba cobrando forma ante sus ojos como una viñeta monstruosa que alguien dibujara. El servicio colgaba bombillas de colores en los tamariscos cercanos. Protestaban y maldecían en tamazight porque el jefe les había pedido que creasen diseños específicos con las luces. Mientras

forcejeaban con los cables, unas ruidosas garcillas parlotearon a su alrededor, como si por un momento humanos y aves estuvieran en guerra, hasta que los criados las ahuyentaron con palos y chasquidos de la lengua. Probaron la electricidad, que no funcionó. Mencionaron a Alá, pero no intervino.

Volvieron a apagar y encender el generador, y los hombres encaramados en lo alto de los árboles enrollaron más bombillas entre las ramas. ¿Para quién era todo aquel tinglado? También estaban colgando pequeñas mandarinas con los tallos envueltos en papel de aluminio, lo que le recordó a las naranjas que cuelgan de los árboles de la suerte en el Año Nuevo chino. Unos zorros del desierto aullaron en el pequeño desfiladero donde los ancianos fumaban en la oscuridad. *La bass!*

Day caminó por lo alto de la muralla hasta que divisó la puerta principal. Era difícil no despreciar aquellos adornos de luces y flores: una decoración vulgar, aunque no lo suficiente. Los coches llegaban por la pista de tierra, y el personal contratado para la ocasión, ataviado con fajines y turbantes estúpidos que el incontenible Dally había diseñado personalmente, los saludaba al entrar. Se apeaban de los vehículos decenas de personas fabulosas que se burlaban de las arduas carreteras marroquíes. Las mujeres ya iban vestidas de fiesta y habían estado bebiendo en los coches. Aquello recordaba a un baile ruso del siglo XIX: la llegada de los carruajes era parte de la diversión, parte del sexo. Él había llegado en un coche alquilado en Mequinez.

Por fin encendieron los focos, que iluminaron la fachada de filigrana del *ksar*. Un camarero se le acercó con una bandeja sujeta al hombro; parecía que le intrigaba verlo allí solo, cuando había tantas mujeres hermosas de las que gozar.

—*Vous désirez un cocktail, monsieur? Un petit sandwich?*

Day siguió deambulando por el *ksar* mientras apuraba las últimas caladas del pitillo. Cuando volvió a pasar ante el muro, los tamariscos se iluminaron entre los vítores del personal, que esta vez mencionó a Alá con mayor entusiasmo. De pronto, la celebración cobró vida. A Day le gustaban la euforia y los aplausos, la forma en que los criados mordían furtivamente las naranjas entre miradas de complicidad. Aquel fin de semana, Dally y Richard esperaban a unos cuarenta invitados que irían ocupando las diminutas casas del *ksar*. Él casi admiraba aquel don para organizar fiestas habitualmente olvidables; es decir, el don de hacerlas inolvidables. «Dally debe de tener un meticuloso mecanismo interno; es un hombre medio reloj, medio bailarina, con talento para la orquestación y las apariencias», pensó. El anfitrión dirigía varios negocios estadounidenses de comercio electrónico especializados en moda europea, uno de los pocos sectores que habían logrado sortear las recientes crisis económicas. ¿Y qué clase de nombre era Dally? ¿Un apodo que le había puesto alguien, un insulto convertido en apelativo cariñoso?

Observó a los invitados que salían al jardín por las puertas abiertas de la casa principal. Había mesas de caballete con ponche de frutas y agua helada de rosas, así como platos con higos partidos por la mitad. También habría actuación musical: una orquesta gnawa llegaba con sus instrumentos al hombro. Tenían un aire urbano, como si vinieran de la ciudad y no de las montañas, lo que quizá fuese una señal de los tiempos que corren. Las altísimas chicas europeas y estadounidenses, vestidas con ropas étnicas adquiridas en el país, pululaban alrededor de los músicos con un aspecto estudiadamente descuidado. Eran todo un espectáculo, figuras largas y demacradas cuyos ojos registraban con precisión mecánica todo lo que «la cultura del mundo» arrojaba a su paso. Eran hermosas, pero de un modo tan adelantado a su época que lo dejaba frío. «Esta es tu gente», pensó, sin referirse al color de su piel: habitantes de las megalópolis, una

nueva raza. Se movían como jirafas entre los músicos, murmurando comentarios simpáticos que sin duda resultaban ofensivos a otros oídos. Le recordaban que él era casi anciano, que se hallaba en esa fase previa a la vejez donde curiosamente te sientes más vivo que en los estadios precedentes, aunque esa vitalidad se deba a que su vida toca a su fin. Chasqueó la lengua y dio media vuelta sobre unos zapatos que ya acumulaban polvo blanco. «Menudo elemento estás hecho, viejo Day. Invitado por casualidad a celebrar la diversión ajena, sin avenirte siquiera a poner buena cara. Deberías quedarte en casa.»

La actuación de los músicos gnawa fue espectacular. Una percusión furiosa e hipnótica como la del África profunda, aunque a fin de cuentas ya podía escucharse en la planta de cedés de cualquier macrotienda Virgin y, como era de rigor, la mitad de los allí presentes ya habían leído a Paul Bowles. Los anfitriones iniciaron los aplausos, y se pusieron en pie unos instantes para agradecer a sus invitados que hubiesen viajado desde tan lejos. Hablaron como un par de senadores romanos dirigiéndose a la tribuna. Vestían chilabas a juego color tabaco y tenían el pelo mojado por su reciente baño en la piscina. Siguieron algunas ovaciones y bromas obscenas. Dally, muy bronceado y con aspecto juvenil, los animó a que probaran la miel de Midelt —producción local, señaló— y los higos, añadiendo que la cena se serviría a las once. Seguían esperando la llegada de algunos invitados. Después el grupo se dispersó y algunas mujeres se enfundaron en bañadores para dirigirse a la piscina. Hacía una hora que había anochecido, pero la temperatura no bajaba de los cuarenta grados.

Y allá fue también Day, con la intención de flirtear. No era un mal punto de observación para sondear lo que ofrecía el fin de semana. Entre las palmeras que rodeaban la piscina había más mujeres, que soportaban como podían el calor. Un acento británico por aquí, otro americano por allá. Todas habían viajado a una casa remota de Marruecos atraídas por el afán de aventura y hombres ricos. No les gustaba reconocerlo, pero así funcionaba el mundo. Sin embargo, a algunas las habían traído sus amantes, que querían exhibirlas, y eran estas «joyas» las que concentraban más miradas. Day pensó que los amantes de aquellas mujeres se parecían a él; sin embargo, pese a todos los puntos en común que él había admitido poco antes, no eran su tipo. Tenía la sensación de que lo menospreciaban. Finalmente, aburrido, entró en la casa.

Se accedía a la casba por unas puertas espectaculares talladas y tachonadas. El vestíbulo se asemejaba a un castillo escocés: armaduras, espadas y armas de fuego bereberes colgaban de sus muros, intercaladas con cuadros de farragosas escenas bélicas. Contempló *La batalla de los tres reyes*, una batalla del siglo xvi que los marroquíes adoraban porque en ella habían vencido y dado muerte al rey de Portugal. Los suelos estaban brillantados y tachonados con amenazadoras cabezas de clavo. A un lado se encontraba el enorme comedor, con las mesas puestas y el aire acondicionado ya en marcha para refrescar el ambiente. Al otro lado había una biblioteca y una sala de juegos. El adusto y británico Richard había visitado la sección de vinos exclusivos de Christie's, y tenía buen ojo para el arte islámico.

Mientras Day murmuraba «Vaya mierda», se percató de que en uno de los sofás de crin había un gran perro dormido. Era un gran danés despatarrado sobre los cojines que respiraba pausadamente con la lengua colgando. Day se acercó, y cuando estaba a punto de acariciarlo oyó unos pasos y Richard entró en la biblioteca con aire distraído, sosteniendo una lámpara de papel y unos alicates. Sorprendentemente ya no llevaba la chilaba, sino un esmoquin. Había estado bebiendo sin parar y no avanzó en línea recta mientras recorría la biblioteca en busca de váyase a

saber qué. Primero vio al perro, suspiró, y luego reparó en Day. Empezó a hablar como un tren renqueante.

—Ah, eres tú. No te había visto. —El inglés tensó el rostro mientras localizaba mentalmente el nombre y el rango de la persona que tenía ante sí—. ¿Fátima te ha servido una copa? De hecho, no se puede estar en una biblioteca sin una copa.

—No he visto a Fátima.

—Puedo llamarla, si quieres.

Day negó con la cabeza y se sentó junto al perro. ¿Estaba roncando?

—¿Te has traído alguna novia? —preguntó Richard, mientras buscaba algo en uno de sus escritorios. Encontró un móvil y lo abrió.

—Esta vez no. Las chicas no se me acercan.

—¿Ah, sí? Igual has sido malo... Dally me dice que tienes mil novias y que todas se llevan bien.

—Tengo tres, y todas me odian.

—Entonces tienes que ir a la piscina. ¿Has visto a esas rusas? *Oh là là*.

Richard marcó un número y esperó. No hubo respuesta y dejó un mensaje:

—No sé dónde estáis. Llámame. Cenamos a las once. Conduce con cuidado.

—¿A quién llamabas?

—Dos amigos ingleses. Él es alcohólico, no tendría que haberle dejado conducir.

Entraron en la sala de juegos y luego en una galería de pequeños *mihrabs* pintados en blanco y negro. Unos ventanales mostraban las *ghorfasiluminadas* de naranja y los árboles frutales en cajas de madera color cereza. Richard volvió a hablar por teléfono.

—¿Fátima? ¿Están listas las codornices? El Santenay tiene que estar en hielo. *Oui, sur glace*.

—Tenéis una casa impresionante —dijo Day—. Me parece increíble que no viváis aquí.

—Viviremos aquí. Pero hay que ser un poco más viejo para irse a vivir al desierto. Hay que perder interés en las ciudades. Dally todavía no está listo. Yo, sí. Me quedará unas semanas más, tengo que encargarme de la restauración de la cuarta torre.

—¿La gente se pierde cuando viene aquí en coche?

—Continuamente. Decimos que es parte del encanto. Los marroquíes los dejan en paz.

—Está bien saberlo.

—¿Tomamos un poco de miel? La de aquí es la mejor del mundo. Dally y yo la comemos por la mañana, con cannabis. Te alegra el día.

—En tal caso, ¿puedo tomarla para desayunar mañana en la cama?

—Me encargaré personalmente de ello. Con un café bien cargado.

—*Inshallah*.

—Me alegro de que no te amilanes, Tom. Algunas personas lo hacen. Y no las volvemos a invitar.

El anfitrión apareció esbelto y deslumbrante cuando salieron al calor y a la luz ámbar de los braseros. Todo aquello tenía un aire retro tan estudiado que uno nunca podía acabar de relajarse. Las que antes llevaban bañador habían reaparecido con vestidos largos y ya se habían bebido la mitad del ponche. Las polillas revoloteaban entre los invitados de perplejos rostros blancos y

extremidades levemente bronceadas que se desplazaban como partículas en un remolino de agua. Los músicos gnawa tocaban de nuevo y se mecían con los ojos cerrados. Al principio resultaba molesta y casi irritante, pero finalmente, a base de pura repetición, aquella música acababa por meterse en la sangre, en los nervios, y Day se descubrió siguiendo el ritmo para sus adentros. Si no puedes vencerlos, únete a ellos.

Pronto se dejó llevar. Encontró a una hosca chica francesa y charlaron cerca de la entrada, mirando de vez en cuando el polvo blanco de la pista surcada de rodadas. La joven tenía unos ojos completamente negros, como los de un cachorro.

—Me parece increíble que seas amigo de estos idiotas —le decía ella—. Yo solo estoy aquí por Mohamed Tarki. ¿Conoces a Mohamed? Es el mejor. Y él ha venido únicamente para buscar financiación para su película. Está filmando un largo sobre los nómadas.

—Al menos no es de gitanos. Ni de mimos.

—Los nómadas nos salvarán —dijo ella con gravedad—. Tienen las ideas medioambientales adecuadas.

—¿De veras? ¿Dónde está Mohamed? —preguntó él.

—Allí, es ese chico tan guapo. Dice que yo también parezco nómada —añadió con cierta coquetería—. Dice que soy pura.

A las once menos cinco sonaron las campanas y se pidió a los invitados que se sentaran donde indicaban las tarjetas con sus nombres. Los ramos de lirios desprendían un untuoso polen dorado que se adhería a la lengua. Cuando encendieron las lámparas bereberes, altas y de cuero pintado, un resplandor rosa bañó el mantel, y las paredes se tiñeron de dorado.

Los criados comenzaron a desplazar por el comedor unas cubiteras con ruedas donde se enfriaban las botellas de Santenay y Tempier Rosé. Las puertas se habían cerrado para aislarlos del calor, pues se había levantado un viento del desierto que sabía a hierro fundido. Entró un hombre que empezó a tocar el *oud*, inclinado sobre su instrumento, como si allí no hubiese público.

Day pensó que nadie apreciaba aquella música apacible y meditativa que a él le recordaba los senderos que salían de Ubud entre arrozales y palmeras tan altas que solo los niños pequeños podían escalarlas. Una música como agua en movimiento, porque era improvisada, pero que también poseía una gran ternura y quietud. La gente hablaba sin escucharla, simplemente porque sus oídos no estaban habituados a ella. Sirvieron las *kemia*: ensaladas aliñadas con limón, feta marinado y judías verdes fritas con pimienta, acompañadas de *briwat* de almendra. Richard se había quedado en el umbral y miraba constantemente su reloj. De pronto decidió que no esperaba a los invitados impuntuales y rogó a sus huéspedes que empezaran a comer. Day leyó los nombres de la pareja inglesa en las tarjetas de los asientos vacíos de enfrente. Tuvo que admitir que, en parte, se alegraba de que los Henniger no hubiesen llegado.

Sirvieron la *pastela* de palomo. Day empezó a charlar con un viejo irlandés que llevaba una boina mugrienta.

—Iba en coche con Maisy cuando nos hemos cruzado con una pareja de occidentales en la carretera. Estaba claro que acababan de echar un polvo, de modo que los hemos dejado en paz. «Nunca interfieras con alguien que acaba de echar un polvo, puede ponerse violento», le he comentado a Maisy.

—¿Era la pareja inglesa? —preguntó Day.

—¿Y cómo quiere que lo sepa? No paré. Podrían haber sido bandidos disfrazados de ingleses. O bandidos ingleses.

La pareja irlandesa se echó a reír inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Acaso usted también es homosexual? —preguntó la mujer.

—Esa pareja —siguió Day, ignorándola—, ¿estaba discutiendo?

—Evidentemente —respondió el irlandés, con un bufido de desdén.

Las parejas que discuten nunca son puntuales.

—Nos ha parecido que era mejor dejarlos que siguieran con lo suyo.

Dally pelaba huevos con los dedos en el otro extremo de una mesa que los entrantes habían adornado con el luminoso color de los pimientos y los limones, las olivas encurtidas y los tomates. El hombre que tocaba el *oud* los observaba algo perplejo, como si hubiese visto un fantasma. Day intentó sostenerle la mirada. Era fácil adivinar sus pensamientos. Tenía ante sí a unos seres humanos inimaginables, grandes, resplandecientes y escandalosos. No comían con las manos ni creían en Dios. Habían descendido de tierras lejanas con sus terroríficas mujeres patilargas, y allí estaban, entidades con las que había que lidiar. Bebían vino. Los muchachos aguardaban como cariatides, las manos cruzadas delante, la mirada inmóvil e inexpresiva. Eran chicos del desierto, bereberes de las tribus aït atta o glaua reclutados en Er-Rachidía o Taza, a los que pagaban con techo y comida. Se les pagaba para que no reaccionaran, para mantener una pose estática y resultar impresionantes.

La comida avanzaba y un reloj de oro situado detrás de la mesa marcaba las horas con sus quisquillosos sonidos europeos. Las botellas iban vaciándose. Pronto sería la una. Sirvieron los tayines y luego los pastelillos. Day habló con la reservada mujer holandesa que ocupaba la silla de su derecha, una arqueóloga. La habían invitado como profesional y no conocía a nadie. Opinó, por lo bajo, que la restauración del *ksar* era «una farsa».

—Son los típicos infieles. Carecen de buen gusto —dijo con seriedad.

Day quería acostarse. ¿Era el único que estaba agotado después de todo un día de viaje? El helado de agua de rosas le cargaba la boca. Dally pronunció algunos brindis, borrachísimo y sonrojado por el alcohol; en aquel estado describió, con algunas dificultades de pronunciación, todo el trabajo que habían llevado a cabo en el *ksar* para convertirlo en lo que él denominó «nuestra visión del paraíso». Un lugar donde acoger a las personas que querían.

—Richard y yo nunca pensamos que todo saldría tan bien. Y no podríamos haberlo hecho sin la ayuda de nuestros maravillosos amigos marroquíes.

El irlandés se inclinó hacia Day.

—Sin sus amigos del Ministerio de Interior, más bien.

—... Siempre he sido escéptico ante el término «aldea global». Pero cuando compras una aldea...

Mientras las risas iban en aumento, Day advirtió que Richard se levantaba y se dirigía a la puerta, consultaba el móvil y luego echaba un vistazo a la mesa, a nadie en particular. Un criado marroquí apareció al otro lado del cristal con cara de evidente preocupación.

Richard abrió discretamente la puerta y salió. El reloj ya había dado la una, y la fiesta no decaía. Descorcharon otra ronda de botellas de vino y se inició el segundo asalto a los postres.

Day miró los nombres de los dos asientos vacíos. Los había olvidado por completo.

CAPÍTULO 3

Hamid, el criado, caminó con Richard por el sendero empedrado que conducía al portón. Llevaba casi siete años a su servicio y se había vuelto imprescindible para ellos gracias a su percepción sutil de las costumbres de los extranjeros ricos. Antes de incorporarse a su servicio doméstico había sido cocinero en un hotel de Madrid, y de aquellos lejanos días en España conservaba el saber tratar a hombres que no habían sufrido privaciones. Era una enciclopedia de proverbios autóctonos con los que guiaba el rumbo de su modesta vida. Pese a la ansiedad que sentía en aquellos momentos, explicó contenidamente la llegada tardía de *les anglais*, sin caer en exageraciones. Se limitó a utilizar profusamente la palabra «terrible».

—Han llegado hace cinco minutos, monsieur. Se encuentran en un estado terrible. Y ha pasado algo terrible de verdad. Ha habido un accidente en la carretera.

«Lo sabía», pensó Richard sombríamente.

—Cuando el coche ha llegado al portón, hemos visto que había un herido en el asiento trasero. Hemos podido constatarlo, monsieur. Y es un hombre muerto. Es terrible.

—Sigue.

—Un marroquí, monsieur. Los ingleses lo han atropellado en la carretera. Todo es muy confuso.

No había nada que añadir. Cruzaron el espacio abierto iluminado con luces de colores que deletreaban la palabra «Bienvenidos» en árabe sin que Richard supiera qué iba a decirles. Preguntó rápidamente a Hamid si conocía al muerto.

—No es de aquí, monsieur. No sabemos quién es.

Richard conocía a los Henniger de Londres. Había ido al colegio con David. Le parecían divertidos, ocurrentes y animados, pero discutían mucho. Eso era una pesadez. Además, el médico tenía problemas con el alcohol. En el colegio (aunque tampoco se acordaba demasiado), Richard había sido un cabroncete ingenioso y cruel, pero también un tipo apuesto y leal. Había algo torturado en él. Richard siempre recordaba la frase de Platón que les había inculcado el doctor Amos: «Sé amable, pues todo aquel con quien te cruzas está librando una cruda batalla». Pero ¿libraba David una cruda batalla? Se habían seguido tratando a lo largo de los años; se caían bien y a Richard siempre le gustaba ver la figura corpulenta, enérgica y airada de su amigo. Le gustaban los insultos groseros y sinceros que David profería a la gente en las fiestas, y su forma de emborracharse, siempre guiñándole el ojo como si estuviera fingiendo. Era un bufón, pero hay bufones útiles, bufones divertidos e incluso bufones que nos hacen reflexionar. El bufón inglés adinerado es una especie particular, mucho más primitiva de lo que deja entrever: es un vikingo con cubiertos de plata. Richard sonrió. Aquella era una buena descripción del doctor Henniger.

—¿Confuso? ¿Por qué dices que es confuso? —le preguntó a Hamid.

—Dicen que el muerto vendía fósiles en el arcén. Que salió a la carretera y que lo atropellaron por descuido. Pero es de noche. La carretera está desierta. Nunca ha habido un vendedor de fósiles en esa carretera de noche. Ni de día. Por eso es confuso, monsieur —dijo Hamid, mientras murmuraba para sí el proverbio: «Abre tu puerta a un día bueno y prepárate para uno malo».

El Camry estaba aparcado en el patio y el personal había acompañado a los Henniger a su alojamiento. En el coche solo quedaba el cadáver desmadejado del asiento trasero. Los criados se arremolinaban a su alrededor con expresión afligida, murmurando para sí, mientras tres o cuatro linternas iluminaban las manchas de sangre. Se apartaron en cuanto Richard se acercó. Tenía una expresión furibunda de la que él no era consciente, pues solo pensaba en el futuro con intensidad y franqueza. Desplazó la vista a las manos del cadáver, ahora blancas como el papel, y reparó en una cicatriz en diagonal en su mano izquierda. Era una cicatriz antigua.

—¿Alguien lo reconoce? —gritó a los criados.

Negaron con la cabeza. Richard cogió una linterna y se inclinó en el asiento trasero para observar el rostro joven, de barba rala, que bien podría haber estado durmiendo plácidamente. Era un chico de unos veinte años, alto y esbelto. Un joven apuesto, con un tatuaje en la mano derecha.

—Es del sur —le dijo Hamid, a su lado.

—*Un chien sauvage* —añadió alguien.

Le miraron los pies, todavía calzados con sandalias, aunque los huesos estaban rotos, y la túnica rasgada y salpicada de sangre seca. Las manos estaban cubiertas de polvo blanco. La sangre había empapado todo el asiento trasero y también el respaldo de los delanteros, y había formado un charco en el suelo del vehículo. Sin saber a quién avisar, perdidos en un país extranjero, los Henniger habían cargado a la víctima en el vehículo y la habían traído aquí. Era lógico y, sin embargo, a la vez resultaba extrañísimo. Richard ordenó a los criados que sacaran el cadáver del coche y lo dejaran en otro sitio. Quizá en el garaje, donde no se acercarían los invitados.

—¿Limpiamos el coche, monsieur?

—No. Tenemos que llamar a la policía de Taza.

Sus rostros mostraron una expresión compungida y guardaron silencio. La policía tardaría una hora, quizá más, en llegar hasta allí, lo que le daba un tiempo para hablar con los Henniger. Hizo un aparte con Hamid mientras los otros sacaban el cuerpo del vehículo y lo depositaban sobre una manta. Las manos cayeron sobre el polvo y Richard y Hamid se descubrieron mirándolas, sin poder apartar la vista de ellas. Hamid parecía avergonzado. No deseaba verse involucrado en aquel espantoso incidente.

—¿Crees lo que han contado, Hamid?

—Son sus invitados. ¿Cómo no iba a creerlos?

—Pero ¿los crees?

—Están muy asustados. Han dicho la verdad.

Hamid apartó la vista. Había ocasiones en que la discreción no era lo que Richard quería de él, pero resultaba imposible traspasar los límites de la relación entre patrón y criado. Los ingleses eran los invitados del amo; había que respetarlos. Era una barrera que no se podía cruzar.

—Ve a la casa y cuéntaselo a monsieur Dally. Al oído, sin aspavientos. Dile que nos veremos en el garaje.

—Sí, monsieur.

Richard regresó al coche y lo examinó. La gran abolladura del guardabarros izquierdo era reveladora. El faro estaba roto y el guardabarros a punto de desprenderse. De modo que el chico había cruzado la carretera desde el margen izquierdo y lo habían atropellado. Debían de ir bastante rápido. Miró la luna; hacía una noche clara. Se dirigió al portón que daba a la pista de tierra y observó la carretera que serpenteaba al pie de la colina. Había buena visibilidad. Distinguió incluso las formaciones de lignito en las montañas, a kilómetros de distancia, en el extremo más alejado de la carretera. Había luna llena y nada escapaba a su mirada. Le interesaba escuchar la historia directamente de los Henniger. No se lo había pedido a Hamid porque quería oírlo de sus propios labios; la gente cambia de versión con suma rapidez. Abrió el móvil y se detuvo unos instantes entre los hierbajos de la carretera, preguntándose si debía explicar algo a la policía, y decidió no pensarlo demasiado. Cada minuto de retraso lo incriminaba aún más.

—Soy Richard Galloway, del *ksar* de Azna.

La voz del otro extremo era perezosa y levemente hostil, con un francés vacilante.

—Buenas noches, monsieur Galloway. ¿Les han robado?

Se echaron a reír.

—No, Yasin, ha ocurrido una desgracia. Tiene que venir cuanto antes. Han atropellado a un hombre.

—¿Es uno de sus invitados?

—No, no lo conocemos. Podría ser de aquí.

—¿Está muerto?

—Ya estaba muerto cuando lo trajeron.

—¿El coche es de un extranjero?

—Sí.

—Es una lástima.

Había irritación en su voz.

—Monsieur Richard, retenga a los invitados, por favor. Y ponga el cuerpo en un lugar fresco.

«¿En la cocina?», quiso gritarle a Yasin.

—Y... ¿monsieur Richard? No lo toque.

Cuando Richard volvió al portón, indicó a los muchachos que llevarsen una jarra de agua fría al alojamiento de los Henniger. Pronto llegó Hamid a buen paso.

—Monsieur Dally está muy disgustado. Alguno de los muchachos se lo habrá contado. Ha ido al garaje.

—Primero de todo tengo que ver a los Henniger. ¿La fiesta va bien?

—Todos están borrachos y contentos.

—Quizá debería tranquilizar a los Henniger y llevarlos al comedor —se preguntó Richard en voz alta—. Ahora ya no hay nada que puedan hacer al respecto.

—Los invitados se levantarán pronto de la mesa. Café y tabaco.

—Lo que no queremos, Hamid, es una escena o un ataque de pánico. Nadie debe saber que hay un cadáver aquí.

—¡Claro que no, monsieur!

—¿Puedes encargarte de eso?

El panzudo Hamid se cuadró.

—Cuenta con ello.

Pero dijo para sí, con impasible fatalismo: «Poco a poco, el camello entra en el cuscús».

Richard se dirigió a la casita encalada donde se habían alojado los últimos invitados. La mayoría de las casas seguían en ruinas y formaban calles pintorescas, como las de una ciudad bombardeada. Veinte estaban restauradas y se habían reconvertido en casas de invitados que se distinguían por diferencias sutiles en su decoración. El chalet 22 —las llamaban «chalets»— estaba cerca de la muralla, rodeado por un pequeño jardín del desierto. Las ventanas y la puerta estaban abiertas de par en par y en el interior se oía una discusión tensa, unas voces forzosamente bajas pero vigorosas. Se demoró unos minutos, no porque deseara escuchar lo que decían, sino porque no quería abochornarlos. Y entonces la esposa rompió a llorar.

El marido dejó que se desahogara, se dirigió a la puerta abierta y encendió un cigarrillo sin mediar palabra. Las cigarras cantaban en los rosales y en los peludos troncos de las palmeras. También se oía el jolgorio de la fiesta. David jadeaba, confundido e indignado. Estaba seguro de que no era culpa suya. Estaba convencido, y nada podría hacerlo dudar de su inocencia, ni siquiera cuando se sinceraba consigo mismo.

—Me han contado lo que ha pasado —dijo Richard mientras salía de las sombras y se acercaba a la puerta.

Detrás estaba Jo, acurrucada sobre los cojines tribales de la cama. Richard cerró la puerta y se acercó para abrazarla.

—No te preocupes —le dijo.

La habitación olía a polvo y sudor, a tristeza y disputas. No habían deshecho el equipaje. Era una escena familiar, una escena ilustrativa de lo peor de la vida conyugal.

Nunca había entendido cómo era posible que hombres y mujeres se llevaran bien. Le parecía tan improbable que, en el fondo, no acababa de creérselo. «Las mujeres siempre recriminan, lo llevan en la sangre», se dijo con tristeza. Sin embargo, Jo le gustaba muchísimo. Era guapa, briosa, un poco alocada y tenía esa nobleza pasivo-agresiva, casi andrógina, tan habitual entre las británicas de clase acomodada, un indicio fugaz de la inmensa ternura con la que nunca llegaríamos a deleitarnos. Ella era un enigma absoluto, y él respetaba a cualquiera lo suficientemente resuelto como para ser un enigma. Jo miró su esmoquin con una mezcla de confianza y abatimiento. Así que todos se habían vestido para cenar, lo que significaba que el mundo seguía girando como siempre. Se enjugó los ojos. Aquel homosexual esbelto y circunspecto, vestido con un esmoquin perfecto, tenía mucha más autoridad que su decaído esposo, cubierto de polvo y de la sangre de otro hombre.

—Creo que deberíais cambiaros, David. Los dos. Por lo que he oído, ha sido un accidente. No hay nada que podáis hacer. Duchaos y bajad a cenar. La policía tardará una hora en llegar, pero querrán ver primero el cadáver y eso les llevará tiempo. Saben que no iréis a ninguna parte. Y sabrán que no habéis cometido ningún delito. Todo se solucionará. El policía me ha dicho que no

habrá complicaciones.

—¿Lo ha dicho? —preguntó Jo.

—Sí. Lo conozco. Todo es un puro trámite. Quizá Jo debería ducharse primero. Tienes que quitarte esa ropa.

—Me encantaría tomar una copa —dijo Jo con vehemencia.

Entró en el baño y David se cambió en la habitación. No podía dejar de temblar. «Pues bien, que tiemble», pensó Richard. Estaba convencido de que aquel cabrón irresponsable había bebido al volante. ¿Debía salvarlo o abandonarlo a su suerte? La policía marroquí no sería indulgente con una prueba de alcoholemia. Richard empezó a hablar con impaciencia.

—Tengo que preguntártelo. ¿Qué ha pasado? Creo que debes contármelo antes de que hables con los *flics*. Así podemos allanar el terreno.

—Íbamos rápido, buscando la indicación de Azna. Había un vendedor de fósiles en el arcén, como siempre. Nos habíamos cruzado con cientos de ellos desde que salimos de Chauen. La visibilidad era muy mala, el viento había levantado mucha arena. Y entonces ese tipo se plantó delante de nosotros. Quería que parásemos. Creímos que iba a asaltarnos. Habíamos oído que hay muchos atracos en la carretera.

—¿Atracos en la carretera?

David levantó una mano.

—Parecía que quería intimidarnos. O suicidarse. Como si no entendiese la velocidad de un vehículo.

Richard no supo cómo tomarse semejante observación. ¿Con un poco de ironía?

—Son personas muy sencillas, David. No siempre entienden algo como la velocidad de un coche. Algunos ni siquiera saben lo que son, solo los han visto en las películas. Increíble, ¿verdad? En estos tiempos.

—Me sorprende que hayan visto películas.

—Da lo mismo —dijo Jo con impaciencia—. La verdad es que lo hemos atropellado.

Richard se ablandó y se limitó a mirar a David, que se aflojó el cuello y esperó. El médico ni siquiera había captado el comentario mordaz.

—Son accidentes, cosas que pasan. Lo principal es sincerarse, cooperar con la policía y parecer muy afligidos. A veces piden un discreto soborno. Podremos asumirlo, ¿verdad?

—Si es absolutamente necesario...

—Puede que lo sea. Ya veremos. El policía al mando no está mal. Probablemente te preguntarán si conocías al chico. Siempre preguntan eso.

—¿Y cómo demonios íbamos a conocerlo?

—Es solo su forma de sacar a la luz sus sospechas. Tendremos que cooperar.

Los dos eran ingleses, por lo que había complicidad. Nosotros y ellos. «Ellos» eran sobre todo los funcionarios musulmanes que no bebían alcohol. La cuestión era si ese «ellos» también incluía al chico muerto del garaje. Ni siquiera sabían su nombre. No llevaba ningún documento de identidad, lo que era muy extraño en un marroquí. No llevaba nada en los bolsillos, ni siquiera un dirham. En circunstancias normales, sería para echarse a reír.

Richard se preguntó si David mentía. Albergaba sus sospechas, una leve desconfianza. Las mentiras son excusables, aunque depende de sobre qué se mienta, y cuando examinó el rostro cuadrado y tan masculino de David le pareció entreabierto, como una caja mal cerrada. Sus ojos

eran un eclipse inescrutable.

Detrás de aquella fachada, David se debatía, inseguro, intentando imaginarse cómo salir de aquel embrollo y estando más que dispuesto a distorsionar un poco las cosas. El sudor no dejaba de correrle por la cara y se frotaba frenéticamente los dedos como si quisiera librarse de algo, aunque era evidente que se los había lavado con meticulosidad. Se quitó los caros zapatos Oxford con un gesto indignado y su rostro adquirió una expresión de indignación. Luego se calmó gradualmente. Richard se sentó en la cama, a su lado, y escucharon el sonido de la ducha en la otra habitación. Se conocían desde hacía tiempo, pero nunca se habían visto fuera de Londres. David se bebió toda la jarra de agua.

—Hace mucho calor, joder —se quejó.

—Esto es el Sáhara, muchacho.

—Lo sé. Pero hace mucho calor.

Le castañeteaban los dientes.

—¿Me lo has contado todo, David? Será lo mejor, para que pueda ayudarte.

—Sí.

—¿De veras?

David intentó levantarse y se volvió a sentar.

—Siento mucho causarte problemas. Los dos lo sentimos. Muchísimo.

—No hay nada de que disculparse. Siempre y cuando lo recuerdes todo correctamente.

—No acabo de comprender a qué te refieres.

—¿Estás preparado para que te interrogue ese policía gordo? ¿Hablas francés?

—Claro que hablo francés. ¿Y por qué no iba a estar preparado?

Richard se levantó; de pronto sintió claustrofobia. Le pasaron por la cabeza unas cuantas ideas inconexas: el disyóquey de Londres, los invitados que querían llegar en helicóptero —lord Swann —, el suministro de dátiles y azúcar de Er-Rachidía, la fiesta en la piscina que celebrarían la noche siguiente. Había demasiado que recordar. Y los *paparazzi* que habían expulsado en las puertas. Todo se estaba torciendo y le empezaba a doler la cabeza.

El agua de la ducha dejó de correr y David sacó una camisa limpia. Vacilaba y sus dedos forcejearon con los botones.

—Venid a cenar. Nadie sabe nada. Y, si lo supieran, ¿qué habéis hecho? Sois tan víctimas como ese pobre chico.

Ahí estaba Richard, siempre elevando la moral.

David asintió y se anudó los zapatos. No tenía nada más que decir. De pronto se le hundieron los hombros como si fuese Pinocho con los alambres cortados y solo un milagro pudiese repararlo antes de que acabara el fin de semana. Por primera vez, Richard sintió lástima de él. Se le acercó y susurró:

—¿Has bebido, David?

—Qué disparate.

Jo salió del cuarto de baño antes de que Richard pudiese volver a preguntar. Parecía más relajada, su piel se había recuperado, y pronto los tres estarían listos y en marcha. Volvieron paseando hasta la casa, acompañados del charloteo de las garcillas. El personal aguardaba, incómodo, y con una inquietud evidente en las deslumbrantes puertas de la entrada, mientras los

murciélagos revoloteaban sobre sus cabezas.

—No os preocupéis por los murciélagos, solo viven veinticuatro horas —dijo Richard.

Jo parecía estar aterrorizada. De pronto cayó en la cuenta de que se encaminaba a una fiesta muy elegante y no conocía a nadie. Vaciló en el umbral, apabullada por las voces descontroladas que se desbordaban por las puertas abiertas y cegada por la refulgente luz de las velas.

—¿Tú no entras? —le preguntó a Richard.

—Tengo que ir al garaje. Es donde está el chico.

—¿No puedes quedarte?

—Ahora no. David te acompañará.

Aquello no pareció tranquilizarla.

—*Entrez* —dijo suavemente un miembro del personal, manteniendo la puerta abierta. El aire acondicionado la sorprendió y Jo vaciló de nuevo.

—Vamos, sé valiente —le dijo Richard.

Pero ¿qué tenía que ver la valentía con todo aquello?

Habían dejado al chico encima de una de las mesas del garaje, un espacio para cinco coches donde antes habían estado los establos. El cuerpo magullado, vestido con su chilaba ensangrentada, yacía entre dos jeeps a la luz de tres lámparas de aceite. Afectado por aquella visión, el servicio había apagado la intensa luz de neón y rodeaba el cadáver sin saber qué hacer. Dally estaba con ellos, caminando alrededor de la mesa sin mirarla, y también Hamid, que lo observaba con ansiedad. Pensaba que Dally no tenía sangre fría y siempre reaccionaba de forma excesiva. No era un hombre con dotes de mando. Maldecía por lo bajo y no dejaba de preguntarle a Hamid cuándo llegaría la policía.

—Llegarán cuando lleguen —repuso Hamid con tono gélido.

—Esto es un puto desastre —murmuró el americano.

Las manos del chico estaban abiertas a los lados y le habían cerrado los ojos; ya no sangraba. Los criados murmuraban. Les intrigaba el considerable misterio de su identidad.

Cada tribu comerciaba con fósiles concretos y solo los tratantes del mercado negro cruzaban esas fronteras. Los *aït atta*, por ejemplo, comerciaban con crinoideos. Eso lo sabían. Pero ¿era aquel chico un *aït atta*? Algunos sirvientes aseguraban que el muchacho procedía de la ladera norte de las montañas, donde vivía una tribu que se hacía llamar «los *atta* de las sombras». Otros pensaban que pertenecía a la tribu *aït iazzer* o incluso a los *aït merad*. Pero no había forma de saberlo. Tan solo especulaban para calmar su desasosiego.

Finalmente, a la una y media, entró Richard. Parecía inquieto y sudoroso, pero en cuanto vio el cadáver adoptó una actitud fría y autoritaria.

—Quiero saber si le habéis registrado los bolsillos a fondo.

—Es ilegal, pero lo hemos hecho igualmente —susurró Hamid.

—No había nada —intervino Dally—. Lo que me parece imposible. ¿Dónde están los Henniger?

—Cenando. Creo que los he tranquilizado.

—¿Él estaba borracho?

—En absoluto. No sé qué ha podido pasar.

—¿Que no estaba borracho? Anda ya —se burló Dally—. No es que golpeará al muchacho

con el coche, ¡lo arrolló! ¿Tengo razón, Hamid?

Se quedaron pensativos. Richard se acercó lentamente a la mesa. El chico tenía el pelo corto y la piel de color bronce oscuro con tatuajes azules. Una nariz aristocrática, larga y perfecta, y unos labios carnosos y sensuales. Una pérdida trágica de un muchacho exquisito, pensó con frivolidad.

Dally lo tomó del brazo y le habló en un inglés rápido para que el personal no lo entendiera. Estaba disgustado.

—¿Qué vamos a hacer, Richard? Has llamado a los *flics*. Se montará un circo.

—¿Qué sugieres?

—Solucionarlo esta misma noche. Podemos pagarles.

—¿Solucionarlo? Primero hay que averiguar su identidad. Cuando la descubran, puede que todo cambie.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—No creo que haya nada de que preocuparse. Lo que ha pasado está muy claro.

—¿De veras? ¿Está muy claro que no ha pasado nada entre ellos? Es como si a ese chico le hubiesen robado. A mí no me parece que las cosas estén nada claras. Creo que ese inglés oculta algo. Y si tienen la oportunidad de jodernos, lo harán.

—¿«Tienen»? ¿A quién te refieres? —preguntó Richard con expresión asombrada.

—A los marroquíes. Lo harán. Nos joderán.

—Este chico debe de tener familia —dijo Richard con calma, señalando el cadáver.

—A eso me refiero. La familia aparecerá... y luego nos joderán. Dirán que los infieles han matado a su hijo.

—Es posible, sí. Y será verdad.

Luego añadió:

—Dally, tienes que tranquilizarte. No van a jodernos.

Hamid no apartaba la mirada de ellos, pues al menos entendía la mitad de lo que decían. Sus ojos parecían atrapar palabras al vuelo y devorarlas. Entendía que hablaban del miedo que les inspiraban los marroquíes. Era natural. El rumor correría como la pólvora, y Hamid quiso darles una palmadita en el hombro y advertirles de lo impopulares que eran entre los *indigènes*. O, mejor dicho, de lo mucho que desconfiaban de ellos. Por una parte quería ayudarlos, pero por otra disfrutaba de su súbita indefensión. Era interesante, como mínimo. Cierto, no hay multitudes aguardando a las puertas de la Paciencia.

—¿Qué opinas, Hamid?

—Creo, monsieur, que debemos decirle al personal que no se lo cuente a nadie en Tafnet.

Y sonrió, porque sabía que eso era imposible.

—Sí —dijo Richard, obediente—: ¿Se lo puedes pedir tú?

De pronto los grandes ojos marrones de Dally se llenaron de lágrimas y una mirada vacuna arruinó su espléndido aspecto.

—¿Cómo? —gimió.

El personal reaccionó y fue a buscarle una silla. Richard les ordenó que cerraran las puertas del garaje y no volvieran a abrirlas. Todos los coches de los invitados estaban aparcados fuera, dentro de las murallas del *ksar*. Era una actitud infantil porque tarde o temprano se enterarían, y tampoco es que fueran a acudir en tropel al garaje. En realidad, lo hacía para tranquilizar a Dally y que no perdiera el juicio.

—Tráenos un par de copas —le dijo Richard a Hamid—. Dos whiskies. Los tomaremos fuera.

Últimamente hacía un calor sofocante. Soplaba el chergui, de sabor salino y desdén abrasador. Los seres vivos se dispersaban a su paso.

Salieron y el cielo estrellado les despejó la cabeza, vaciándola. Abajo resonaba el río con su promesa de frescor, y, poco a poco, Dally dejó de llorar. «Ese pobre chico, joder», decía sin cesar, como si quisiera golpear algo con el puño. Su camisa marrón de seda parecía parodiarlo, y le quedaba algo ridícula.

La luna iluminó las sinuosas montañas intermedias que los marroquíes denominaban *dir*, «el cinturón», y que se extendían por el desierto y el alto Atlas. Hamid les trajo las copas en una bandeja que depositó en el murete que daba a la carretera. Al parecer, esperarían allí al capitán Yasin Benihadd, aunque en su opinión aquella no era una buena manera de recibir a la policía local. Percibía el pánico de ambos. ¿Corría peligro su magnífica forma de vida, aquel exilio parcial planeado con tanto detalle?

Dos pares de faros brillaron abajo, en la carretera.

—Monsieur, es la policía —dijo Hamid con gravedad—. Retiraré las copas.

CAPÍTULO 4

—Decíamos que seguramente habíais tenido un accidente, pero Mohamed insistía en que habíais pinchado, y todos nos hemos compadecido de vosotros. ¡Un pinchazo en plena oscuridad! Menudo rollo. ¿Era eso?

—No les preguntes ahora —dijo Day a la incansable joven francesa—. ¿No ves que quieren comer?

—No importa —dijo Jo, con la boca temblorosa—. Solo necesitamos recuperarnos.

—Aquí hay gente que desaparece. —La francesa se echó a reír—. Se esfuman. ¿Os han asaltado los árabes?

—No he oído bien su nombre —comentó David con frialdad.

—Isabelle. Fotografio las aldeas de los alrededores.

—Es una nómada —intervino Day—. Su verdadero nombre es Fátima Baba.

—*Je suis photographe.*

—Dice que es una fotografía.

—Ah —dijo David, sin captar la broma.

Sirvieron a los Henniger el tayín de cordero y ciruelas. No reaccionaron. A continuación, llegó la ensalada de remolacha y el pan recalentado. En el comedor había tanto ruido que pronto se olvidaron de ellos, lo que resultó un alivio para Jo. Que te olvidasen en una cena fastuosa era una bendición. Comió demasiado deprisa y luego llegó el vino, el familiar y frío Tempier que le trajo recuerdos de Europa, y pensó: «Yo también me emborracharé; es una forma de evadirse». Poco a poco sus nervios se aplacaron y se le despejó la cabeza. De pronto, como si acabara de despertar en un lugar donde se hubiese dormido sin recordar nada, vio los lirios y la cristalería alemana, el duro resplandor que compra el dinero y dispone el buen gusto.

—¡Bienvenidos! ¡Lamentamos que hayan tenido complicaciones! ¿Nos recuerdan de Roma? —les gritaron unos invitados desde el extremo de la mesa.

Pero Jo no los recordaba. Todos iban asombrosamente bien vestidos para una cena en el desierto, con exquisitos trajes de lino y elegantes vestidos sin tirantes, y el hombre que tenía delante, el americano, llevaba una amapola en la solapa. Le dirigía prolongadas miradas, sin parpadear, concentrado. Jo también lo miró y, por un instante, su curiosidad mutua se enmarañó y forcejeó en el aire.

—¿Han pasado por Beni Mellal? —preguntó la señora holandesa con quien Day había hablado antes. David intentó animarse.

—Hemos venido por Midelt. Es otra carretera. Con excelentes vistas.

—Pero esa es la carretera principal. ¿Se han perdido, entonces?

—No nos hemos perdido —respondió David con decisión—. Solo ha sido un trayecto largo y complicado, porque atraviesa las montañas.

—Es la carretera por la que hemos llegado la mayoría de nosotros —observó Day.

—Ya, pero nosotros no lo sabíamos.

El ambiente del comedor se sosegó un poco y el intérprete de *oud* se marchó con su instrumento, sin que nadie lo notara. Jo apuró su copa de un trago. No quería seguir mintiendo. Descubrió que las mujeres de la mesa la observaban con burlona incredulidad; una pelea conyugal, pensaban todas; una discusión en la carretera que habría resultado divertida para todos los que pasaban por allí. Los hombres la miraban con otra clase de interés. ¿Tan evidente era la distancia que la separaba de su hosco marido?

—Sí —coincidió David, metiéndose pedazos de pan en la boca como si fuese un niño pequeño—, pero no estamos habituados a las carreteras de aquí. Y estaba oscuro. También había una tormenta de arena. No sabíamos qué cruce debíamos tomar.

—¿Entonces no fue un pinchazo? —preguntó Isabelle—. ¿Solo estabais perdidos?

—Exacto.

—No tan exacto —dijo Jo con frialdad.

La mesa quedó en silencio y el americano socarrón dejó el tenedor.

—¿No? —dijo Day.

—No, no exactamente. Hemos tenido un accidente durante el trayecto. Hemos atropellado a un marroquí y ha muerto.

David se volvió hacia ella, sonrojado. Los invitados se quedaron petrificados, mirando a la inglesa flaca y desaliñada que se ganaba la vida escribiendo libros infantiles y que, en realidad, no era uno de ellos.

—¿Está segura? —preguntó alguien.

Jo se llevó la mano a la boca, y pronto comprendieron que estaba riendo, aunque no era una risa normal.

—Fue un accidente —dijo David de manera superflua—. Se plantó delante de nosotros.

Jo siguió comiendo con los dedos mientras todos guardaban silencio. Ya no le importaba lo que pensarán, y su cuerpo le pedía comida. El cuscús, endulzado con azúcar y bayas de canela fundida, le reconfortó y le devolvió el color al rostro. Echó un vistazo al comedor, a los marcos dorados de los cuadros y a la cristalería egipcia de las mesas auxiliares, y notó el gusto salobre del polen en la lengua. Era un lugar increíble, un palacio de Alí Babá con un aire a Rodolfo Valentino, un decorado que parecía sacado de la lujosa zona de Whitley Heights en Los Ángeles.

Los lirios se habían abierto y sus pétalos empezaban a marchitarse. El vino de las copas Riedel era oscuro como la sangre, y en ellas se reflejaban los pequeños rostros curiosos de los comensales. La sopera de plata que presidía el centro de la mesa tenía unos titanes por asas e iba acompañada de un cucharón grotesco. Jo advirtió que estaba desparramando granos de cuscús por el mantel y sus rodillas. Su pulso no era firme. Tenía los dedos pringosos y algo se le había quedado pegado a la barbilla. Comía como una niña pequeña.

La chica francesa la observaba maliciosamente, y los demás no sabían cómo mirarla. Después de unas cuantas condolencias, volvió el habitual murmullo de voces. David se humedeció los

labios y apartó la vista, con el puño cerrado en el pie de la copa. A lo lejos, en las profundidades de la casa, se oía el tintineo de los carritos de servicio y el corretear de los perros, una domesticidad reconfortante. Qué estupidez haber venido. Sintió que los ojos se le llenaban de unas lágrimas que se quedaron pegadas a las pestañas como algo ponzoñoso y conspirador.

—¿Era un árabe? —preguntó Day en voz baja.

Las puertas se abrieron y apareció Hamid, cetrino y despeinado. Le hizo señas a Jo y sus labios pronunciaron la palabra «madame». Era del todo evidente que había llegado la policía.

—Creo que os buscan —dijo Isabelle.

Los Henniger siguieron a Hamid, que cruzó los senderos enlosados en dirección a las puertas. El criado sostenía un farol metálico y se volvió para comprobar que no los habían secuestrado unos espíritus malignos. Lo ocurrido había despertado sus supersticiones más ancestrales y no quería estar cerca de aquellos dos seres malditos que habían segado la vida de un musulmán en la carretera. No se mostraban arrepentidos.

«Ellos son así —pensó Hamid con amargura—. En lo que respecta a nosotros, son insensibles como piedras. Nos tratan como si fuéramos moscas.»

Al pasar por delante de los braseros, algunas chispas se le metieron en los ojos. Al reanudar el paso, David le dijo a Jo:

—No comprendo por qué lo has hecho. ¿Ha sido para humillarme?

—No podemos estar fingiendo eternamente. ¿Por qué mentirles?

Un poco más adelante estaba su coche, rodeado de lámparas y de policías marroquíes que examinaban el vehículo mientras otros fotografiaban el guardabarros y las ruedas. Los focos estaban apagados y las estrellas brillaban tanto como el flash de las cámaras.

—Sería una locura decirles que había dos. Tenemos que solventar este asunto ahora mismo. No ha sido culpa nuestra, ¿verdad?

—No sé por qué he accedido —susurró Jo—. No sé por qué te he seguido la corriente.

—Querían el coche. ¿Crees que me voy a meter en un lío solo porque un atracador de coches quería descerrajarnos un tiro en la cabeza?

—¿Atracador de coches?

—Tú no has leído los periódicos. Yo sí.

David estaba empapado en sudor cuando llegaron al portón abierto, donde Benihadd y Richard tomaban una jarra de limonada fría. David pensó que el marroquí lo miraba con indiferencia escéptica antes de dirigirse a su mujer, besarle la mano y decir «*Chère madame*». El policía quiso que le acompañaran a dar un paseo por la carretera que habían atravesado poco antes, y se lo preguntó con cortesía, como si no le importara que se negasen. Poco después caminaban por el arcén mientras el capitán les hacía preguntas informales para que se relajaran. ¿David tenía su consulta en Chelsea? Era un *quartier* espléndido, ¿verdad?

—Y usted, madame. ¿Escribe libros infantiles?

—Sí. No es que tengan mucho éxito.

—Estoy seguro de que se equivoca. ¿Me dice algún título, para que pueda buscarlo para mis hijos?

—El último que he publicado se llama «La casita».

—¡Qué encantador! ¿No le parece, monsieur Galloway?

—Encantador —dijo Richard.

Y entonces Benihadd hizo que David relatara los detalles del incidente.

—Antes había una tormenta de arena —insistió el inglés, algo exasperado por la presente claridad de la luna. Vio que el policía no estaba convencido—. Empezó de pronto, y nos perdimos.

En cuanto terminó, el capitán miró sus botas.

—Era evidente que no pretendía vendernos ningún fósil —insistió David—. ¿Cómo iba a ser eso? ¿A media noche?

—Monsieur Henniger, a veces la gente de aquí está desesperada. Quizá le resulte sorprendente, pero harían lo que fuese por venderle un simple fósil. Un trilobites, por ejemplo. Por cuarenta euros. Para ellos es una buena suma de dinero.

—Ya lo sé. Por supuesto. Sé que son pobres. —David, inquieto, se pasó una mano por el pelo—. Siento muchísimo lo que ha ocurrido, capitán. Estamos desolados. Absolutamente desolados.

Désolés en francés, pensó el capitán, con el acento en otra sílaba. Sonrió y se miró las uñas.

—No me cabe duda. Pero un accidente es un accidente. Por cierto, me preguntaba... ¿Seguro que solo había un hombre?

—Uno.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

Benihadd abrió los brazos, como diciendo: «¡Pues ya está!».

Siguieron andando. «¿Es posible que eso sea todo?», se preguntó Jo, incrédula. A veces la corrupción era algo maravilloso. Tan fácil, tan rápida, tan fundamental. No deseaba sentirse aliviada, pero eso era lo que sentía, y en cuanto se quitó aquel peso de encima empezó a percibir los aromas del desierto nocturno. Olía a humo, y el viento arreciaba y remitía, con súbitos cambios de dirección. Jo andaba detrás de los dos hombres y le llamó la atención el barranco que se abría a un lado con un palmeral al fondo, del que ascendía un leve aroma a jazmín y estiércol. Detrás del río había una serie de cimas escarpadas color hierro con unas pocas tiendas pardas ancladas con cuerdas al suelo. No las había visto antes y despertaron su curiosidad. Se sentía inmensamente sola y estaba desorientada. ¿Se encontraba en el desierto, o en su extremo occidental? Pero ¿qué era el desierto? ¿Dónde nacía el río y adónde iba? ¿Los ríos y los desiertos no se contradecían entre sí?

—Le estamos muy agradecidos, si hay algo que podamos hacer... —oyó que le decía su marido al policía.

Los pulmones de Jo se llenaron de aire caliente y limpio, y le empezaron a sudar las manos de forma sosegada, a intervalos de diez minutos. Las cabras observaban el río en silencio desde lo alto de los acantilados, como si se plantearan suicidarse. Richard se volvió y la esperó para tomarla del brazo. Sabía que ella ocultaba algo, pero no dijo nada; no se lo reprochaba. No era más que un enigma que quedaba por resolver.

—Van a archivar el caso como muerte accidental. Espero que podáis disfrutar del resto del fin de semana, después de todo esto.

—Quiero dormir —dijo Jo.

Richard movió el dedo, como si anulara su deseo.
—¡Pero mañana tenemos los tragafuegos de Taza!

En cuanto los Henniger salieron del comedor, los demás invitados empezaron a chismorrear a espaldas suyas. La cena acabó entre risas y exigencias de que les proporcionaran algo que fumar. Las puertas que conducían al salón y a la biblioteca se abrieron de par en par y los invitados empezaron a levantarse de las mesas.

Entraron lentamente en la biblioteca. Más ventanales se abrían a un patio espacioso de construcción reciente con esculturas abstractas en sus cuatro rincones. Habían instalado una barra donde se servía chocolate caliente, Ovaltine e infusión de camomila como elixires para conciliar el sueño; los preparaba un anciano con traje de etiqueta que trabajaba a la luz de una alargada lámpara de aceite. También había jardineras con naranjos, y música árabe.

Los hacinados edificios en ruinas del *ksar* —aldeas fortificadas construidas para rechazar el mundo exterior— brillaban como grafito bajo la luna. Además de la biblioteca, otras estancias invitaban a la exploración: un «salón de té» con paneles de madera pintada y techo octogonal decorado con imágenes de flamencos del desierto; una «sala de lectura» blanca, sin libros, con sofás árabes y butacas indias de crin color mostaza oscuro como único mobiliario. En la segunda planta había otro salón, amplio y fresco, con antiguos telescopios y globos terráqueos, así como alfombras tejidas en los alrededores de Tinerhir. En un extremo, había un televisor de pantalla plana y alta definición, un sofá circular y diferentes mandos. Los ventanales se abrían al valle con autoridad militar.

Cuando David y Jo regresaron, la casa olía a marihuana. El salón estaba repleto de invitados; muchos se habían acostado en el suelo y comían galletas saladas untadas con *majoun*, una mezcla de *kif*, frutos secos, nueces y mermelada de ciruela. Otros se habían quedado dormidos allí mismo, hartos de comida, colocados y exhaustos. David y Jo no reconocieron a nadie, y su decisión de disfrutar un poco después del mal trago que habían pasado comenzó a flaquear. Volvieron a la planta baja y deambularon por el patio, donde el viento agitaba la arena. David fue a buscar unas tazas de chocolate caliente y ambos se sentaron en un banco, desde donde se oían los balbuceos procedentes de la primera planta. No sabían qué decirse. Sin embargo, el chocolate los tranquilizó. Oyeron pasos de animales al otro lado de la muralla, una jauría de perros, y a los cocineros que tocaban la guitarra en las inmediaciones. El mundo marroquí era cercano y distante, concreto y abstracto al mismo tiempo. La distinta modulación de las voces marroquíes las amplificaba. Había algo burlón en ellas, un poso perturbador. Jo intuyó que hablaban de los absurdos *gaouri*, los «romanos» y sus insolentes mujeres. Su comida, sus grotescos perfumes, sus malos modales. Oyó sus carcajadas. «Se ríen de nosotros. Les parecemos moscas», pensó. Los cocineros siguieron riendo y la guitarra guardó silencio unos minutos.

David se limitó a decir:

—No me gusta oír a esos malditos perros. ¿No tienen un muchacho que los ahuyente?

Le había cogido la mano y la apretó con cuidado. Ahora todo iría bien, pero en realidad no era así.

—Creo que son camellos salvajes —dijo Jo—. Lo ha comentado alguien del servicio.

—Podrían ahuyentarlos de todas formas. Los camellos muerden. No, en serio. Les gusta morder en la barriga. Es la principal causa de muerte entre los árabes. Tendrían que ahuyentarlos con cañones de agua.

Ella empezó a reír, o lo intentó.

—Tenemos que acostarnos, David. Tenemos que dormir un poco.

—¿Por qué? Por fin me estoy relajando.

—El sol saldrá dentro de dos horas. Quiero dormir y olvidarme de esto. Quiero despertar de nuevo.

Él buscó la luna y no la encontró.

—La policía no volverá. Se acabó.

Lo dijo de un modo involuntariamente desagradable, de una forma precipitada e inadecuada.

—No sé qué ha hecho Richard —murmuró Jo—. ¿Los habrá sobornado? ¿Qué coño habrá hecho?

—Nada de eso. Sinceramente, no creo que sea asunto nuestro. Me parece que todo esto era un incordio para la policía, demasiado papeleo. Y además, por mucho que me repugne decirlo...

—Dilo.

—Ese chico era un don nadie. Un pobre diablo de una aldea perdida. Nadie sabe quién es. No se puede hacer nada.

—En tal caso, ¿qué hemos hecho?

—No me refería a eso. Solo he constatado los hechos.

La abrazó. El anciano que preparaba el chocolate apagó la última vela y les dio las buenas noches. David recordó que Benihadd no había querido llevarse el cadáver.

—No tenemos depósito de cadáveres en nuestro edificio. Ya lo organizaremos mañana —les había dicho. Después había añadido, sin el menor atisbo de ironía—: ¡Aquí hasta el garaje tiene aire acondicionado!

Tuvieron el detalle de esperar a que el anciano cerrara las puertas, pero al levantarse comprobaron de nuevo que no sabían qué decirse. Lo ocurrido se interponía entre ellos, los amordazaba. El chico muerto estaba en el garaje con el aire acondicionado puesto junto a un hombre que lo velaba, rezando junto a una tetera de té moruno. Eran asesinos.

Volvieron al chalet sin que los acompañase ningún criado.

—¿No tienes miedo, David?

Él se limitó a negar con la cabeza. En el chalet les habían preparado babuchas amarillas y toallas bordadas, además de una tetera de plata con té dulce. Había una nota de Richard. «Intentad dormir. No hay nada de que preocuparse.»

—No tengo miedo —dijo Richard en la cama—. ¿Por qué debería tenerlo?

Jo permaneció despierta y atormentada mientras David roncaba.

Se alzó un viento que pronto aulló en el valle entero. Escupió arena de las profundidades del desierto por todo el *ksar* de Azna como si fuese granizo de una finura indescriptible. Los marcos de las ventanas y los tejados siseaban. También los palmerales, y los perros se dispersaron. Los miembros del servicio que tocaban la guitarra se cubrieron la cabeza con las capuchas del albornoz, y, en el garaje, las llamas se apagaron y el hombre que tomaba té levantó súbitamente la vista. Jo yacía en la pretenciosa cama con dosel, algo gótica, aguardando que el somnífero le hiciera efecto, alumbrada por la vela que ardía en un farol de cristal coloreado. Unos hombres corrieron en la oscuridad. El gran madero de la puerta empezó a sudar.

Al final de la noche, el servicio se reunió delante del garaje desprovisto de sus elegantes uniformes. Se congregaron en la puerta con sus albornoces de diario y fumaron en compañía mientras la arena repiqueteaba a su alrededor. Habían apagado las bombillas de colores, y una luz cenicienta iluminaba los antiguos muros de adobe. Un mismo estado de ánimo tumultuoso los unía, los juntaba sin que hicieran falta las palabras. La ferocidad del viento los contenía, pero los rumores continuaban expandiéndose aquí y allá. Entraron en el garaje en grupos pequeños y presentaron sus respetos al cadáver incoloro con una mezcla de espanto y decidida fascinación. Fuera, alguien murmuró «Atropellado como un animal». Los cocineros se resguardaban del viento bajo el portón, mientras contemplaban el efluvio parduzco que alisaba la carretera y los barrancos. Lo que habían visto en el garaje los soliviantaba, aunque no se rebelarían contra aquel chollo de trabajo. Les reconcomía una rabia que ni ellos mismos acababan de entender. En el fondo, no admitían la versión de un accidente. Un cristiano había matado a un musulmán. Su mente no podía aceptarlo sin más, salvo en los endebles dominios de la razón.

—He oído que tenía las piernas destrozadas —dijo uno de ellos—. Le han pasado por encima, seguramente más de una vez.

—Mi tío tiene razón. Para ellos somos moscas, no pueden evitarlo. Y no tienen cuidado.

—Lo habrán atropellado haciendo marcha atrás. Parece increíble.

—Fue el destino, entonces.

—Pero no vacilaron. Le pasaron por encima, en marcha atrás.

Se estremecieron al viento y consideraron el término «marcha atrás». Era típico de los infieles, claro. No querían dejar testigo alguno de su error, de su crimen. Borraban sus huellas. A ellos no les extrañaba, y probablemente sería inconsciente por parte de los extranjeros. Eso era lo más increíble. Para ellos era como matar una mosca.

—La policía no ha hecho nada —comentó alguien, frotándose el índice contra el pulgar.

—¿Y qué esperabas que hiciesen?

Dinero: esa era la cuestión. Los extranjeros siempre tenían.

CAPÍTULO 5

Cuando alguien mencionó la cicatriz de la mano izquierda del chico, algunos de ellos, tras pensar detenidamente, recordaron a un joven alto, de sutil expresión abstraída, y una rabia que todos compartían pero que en él era más prolongada, más profunda, debido a causas desconocidas. Quizá fuese él, pensaron. Un chico nervioso, de paso decidido, que trabajaba en los talleres de fósiles de Erfoud y que tenía una cicatriz en la mano izquierda a causa de un accidente con un torno. Podía ser él.

Se llamaba Driss. Hacía un tiempo había emigrado a Francia. Cuando volvió, empezó a trabajar en la cantera de Mirzan con el mismo sueldo del año anterior. Se alojaba en Erfoud. Ismael, el chico más joven que lo acompañaba aquella noche en la carretera, cuando los Henniger pasaron borrachos y con los ojos desorbitados, a veces lo veía pulir fósiles cerca de la torre de comunicaciones del centro de la ciudad. Con la cabeza cubierta con arpillera para protegerse del sol, limpiaba y preparaba con su meticulosa técnica los trilobites que obtenía en el mercado negro. Se había dedicado a los fósiles toda su vida, igual que Ismael. Era su oficio, y precisamente por eso lo odiaba.

Ismael observaba. Mal vestido y siempre malhumorado, como si su aventura francesa hubiese fracasado, de noche Driss fumaba mucho *kif* con los chicos de los talleres de fósiles de Alnif. Parecía más delgado y angustiado, y hablaba sin ese encanto despreocupado que lo había hecho anteriormente tan popular entre las chicas. Tales transformaciones, razonaba Ismael, solo se daban en los no creyentes.

Ismael lo veía en el Green Coconut y en el hotel Tafilalet, hablando en voz alta en la barra decorada con amonites, alardeando del dinero que ganaba con los turistas en los hoteles-*ksar* de cinco estrellas de las afueras de la ciudad. Pronto volvieron a pasar tiempo juntos. Driss iba a la cantera en sus días libres, y con las primeras luces ya estaba agachado junto a la entrada con su tetera y su armónica, esperando que las chiquillas bajaran y le diesen trozos de pan de parte del capataz. Trabajaban en las tardes de calor insoportable, extrayendo de la roca un gran pez ancestral que un cliente de España había encargado para su bar. Se quedaban al anochecer, encendían hogueras en lo alto del acantilado y contemplaban los muros cubiertos de amonites y crinoideos que asomaban a medias, su procedencia demoníaca tan evidente que ni siquiera merecía su atención. Formas espeluznantes que no podría haber soñado ningún humano, ni mucho menos ningún dios razonable. Eran demonios caídos del cielo largo tiempo atrás; habían reposado durante miles de años entre los humanos, pero no formaban parte del mundo creado por Dios. Procedían de otra dimensión, del malévolo mundo de los espíritus. Sus caras eran sobrenaturales; eso resultaba innegable. Provocaban pesadillas a los creyentes, rechazaban el amor y la paz. Su

fruto era la violencia.

Cuando las moscas, por fin, se dispersaban, Ismael y Driss se tumbaban con sus pipas a la luz de la luna, y Driss le hablaba de su época en el extranjero. Nunca se lo había contado a nadie, pero con Ismael había confianza porque se conocían de la infancia. Eran inseparables desde que, siendo unos críos, habían empezado a trabajar en la cantera.

—Tu problema es que sigues siendo un crío. Nunca has salido del *bled*. Es una pena.

—Un día me iré.

—Sí, pero de momento no te has ido. Lo que cuenta es lo que has hecho, no lo que vayas a hacer. ¿Me comprendes, *mec*?

Ismael solo pudo asentir, abatido. Ciertamente, no había hecho nada, nada de nada, ni nunca lo haría.

Driss lió un porro de hierba verde y fresca, que compartieron para aislarse del calor.

—Cuando cruzas el mar, todo cambia en tu cabeza —le comentó Driss—. Todo se deshace y ves las cosas de una forma distinta. Una tipa francesa me dijo: «Viajar ensancha el alma».

—¿Qué?

—No importa. Las mujeres francesas siempre hablan. Pero esa frase se me quedó grabada.

Sonrió ante la ingenuidad del muchacho, porque Ismael siempre aceptaba todo lo que le decía.

—Las mujeres francesas —dijo Ismael—. ¿Se relacionan con nosotros?

—Las chungas, sí.

«¿Y las otras?», pensó Ismael.

—En cuanto a las buenas, olvídate.

«Una lástima», se dijo el muchacho más joven.

Siguieron fumando, echados.

—Si tienes algo de dinero, a lo mejor se lo piensan —añadió Driss.

—¿Cuánto?

—Las dos manos llenas.

—*Ah, les salopes.*

—*Leurs salopes sont comme les notres.*

—Lo sabía, por Dios.

La brasa del porro iluminó el rostro de Driss y reveló su expresión de orgullo escéptico, pero no el desdén que sugerían sus frases. No era una persona fácil de interpretar. Tampoco su dureza era igual a la de los otros jóvenes; nadie diría que solo tenía veintiún años. Podía echarse en una roca y permanecer inmóvil durante horas, consumido por pensamientos que parecían merodear en su mente como animales salvajes, y su rostro no traslucía nada, salvo las vibraciones de aquellos «animales». Se había acostumbrado a no mostrarse, y a Ismael solo le contaba sus experiencias, pero nunca hablaba de sus emociones.

A veces Driss dormía en las fosas geométricas de la cantera, envuelto en una lona. No parecía afectarle. Iba y venía, sin que nadie supiera nada de él. Se envolvía la cabeza en un *chech* del que asomaban unos ojos veladamente feroces que sorprendían por su placidez y su frialdad. Le apetecía hablar cuando se ponía el sol, como si las estrellas incitaran su locuacidad.

En las noches más frías encendían una hoguera, y Driss le hablaba de las discusiones con su padre, ese palurdo estrecho de miras, y de cómo había ido a Midelt en autostop, luego a Azrou y

después a Fez, una ciudad como ninguna otra, una ciudad donde se hubiese quedado de haber encontrado trabajo en cualquier sitio que no fuesen las apestosas curtidorías.

Le preguntó a Ismael si había llegado más lejos de Midelt, y el muchacho negó con la cabeza.

—Todos sois iguales —se burló Driss—. Nunca vais a ningún lado.

—Es el dinero. ¿Cómo se puede vivir?

—Si quieres vivir, encuentras el modo de hacerlo. El mundo está hecho para que vivamos en él. ¿Por qué tienes tanto miedo?

—Nunca se sabe.

—Ismael, te falta instinto. Por eso te asusta lo desconocido. Yo pienso que los hombres son iguales en todas partes. Se les puede utilizar, explotar, entablar amistad.

Ismael se acuclilló en la roca y contempló el fuego. Asaban carne de cabra del mercado de Erfoud; guardaban el pan debajo de una piedra. Carretera abajo, las bicicletas de los canteros pasaban, avanzando lentamente, entre nubes de arena iluminadas por la luna; volvían al perímetro de la ciudad donde unas luces tenues montaban guardia y los árboles todavía seguían con vida. No lograba imaginárselos, ni mucho menos a los españoles o los franceses. No veía el mundo como un lugar donde el instinto pudiera conseguirle un salvoconducto.

—Aun así se necesita algo de dinero para el camino —se defendió.

—Yo me fui sin nada, mi padre se negó a darme un solo dirham. Mi suerte no le importaba, y me dijo que si iba a Francia, moriría allí.

—*Ah, le salaud.*

—Son esclavos sometidos. Se lo dije a la cara.

«Bueno, yo solo tengo dieciocho años —pensó Ismael—. Cuando tenga la edad de Driss ya habré viajado más allá de Midelt. Habré hecho algo con mi vida.»

Y se lo prometió, sin pronunciar palabra.

—Mi padre se echó a reír —continuó Driss amargamente—. Dijo que, con suerte, acabaría de conserje.

—Eso es lo que dicen los padres para mantenernos a salvo.

—Está celoso de mí, como todos los padres. Y ya está.

A Ismael le ponía nervioso insultar a sus padres y no respondió. Se rascó la oreja, y mientras esperaba que la conversación tomara otro rumbo, percibió la tensión acumulada en el muchacho de más edad.

—Pero tú volviste —dijo por fin.

Driss admitió que era inevitable.

—No me gustaba la comida de allí. Los infieles son infieles.

Sí, desgraciadamente aquello era innegable, y eso dijo Ismael.

—Pero entonces tenemos que ganar dinero aquí —añadió.

—Tengo un plan —dijo Driss—. No te preocupes por lo de ganar dinero. Aquí hay dinero de sobra, mira a tu alrededor.

«Pero no es para nosotros —pensó Ismael—. Es para Noruega.»

Driss se tumbó y contempló las constelaciones, aunque no conociese ninguna.

—Sé lo que piensas, Ismael. No eres audaz.

—También creo...

—Crees que no quieres pasarte el resto de tu vida picando fósiles en una zanja. Pero no concretas. No tienes un plan.

—No —reconoció el otro.

Cuando estaban algo colocados, Ismael le preguntaba por Francia. ¿Recordaba las fotografías de Suecia que el padre de Driss atesoraba hasta el punto de haberlas colgado de la pared de su casa? Una tierra verde y húmeda, con una pornografía tan magnífica como espantosa y hoteles con chimenea. Una tierra protegida por las nubes. Una tierra bendecida por un dios ajeno.

—No es verde —le corrigió Driss—. Las nubes la vuelven gris.

Se echaron a reír.

—Es verdad —dijo Ismael.

—No lo cambiaría por mi desierto. La brea de mi país es mejor que la miel de los otros.

Era un buen proverbio.

—Sí que lo cambiarías.

—He estado allí, memo. Todo era un engaño. No es lo que crees, no es lo que todos creéis. Estáis muy equivocados, so bobos. Allí no hay nada para nosotros.

—¿Nada de nada?

Driss negó con la cabeza.

—Nada de nada. Ni siquiera sexo.

—Es una lástima.

—Puede, o puede que no.

Driss abrió la lata de Red Bull que había comprado aquella mañana. La curiosidad de Ismael lo irritaba, pero por otra parte aquel chico también escuchaba sus historias. Volvía a tener pesadillas y, cuando dormía en Mirzan, tenía visiones. Los hijos pequeños del capataz le arrojaban piedras hasta que su padre intervenía. Él permitía que lo atormentasen; probablemente les hacía bien y era un favor que el capataz le devolvería algún día. Aquella noche soñaría con la autopista que unía Málaga con la frontera francesa, la que había recorrido en la parte trasera del camión de verduras de un *maghrébin*. Una carretera interminable digna de la peor pesadilla.

Ismael encendió su segundo porro y se protegieron del viento de la carretera, donde no se veía nada.

—Pero, dime, ¿cómo llegaste a España, sin dinero ni papeles? ¿Cómo lo hiciste?

—Es una larga historia, y la verdad es que fui improvisando sobre la marcha. No tenía ningún plan.

—Los de los talleres dicen que fuiste a España en una barca ilegal.

—Es cierto. Y desembarqué en el otro lado, pero no es lo que todos creéis. No hubo ningún problema. Desembarqué cerca de un puerto deportivo de lujo y llegué a tierra nadando.

—Demos gracias a Dios.

—Ni siquiera fue una cuestión de suerte. Los traficantes esperaron a que los guardacostas se alejasen. Fue divertido.

Conque así era, pensó Ismael. Cualquiera podría hacer lo mismo.

—Les pagaste —le dijo a Driss.

El chico de más edad empezó a hablar. No le importaba si Ismael seguía allí. Solo quería hablar de sí mismo.

—Era julio y hacía calor. Anduve por el puerto a las tres de la mañana; el puerto se llamaba Sotogrande. Nadie me vio. No llevaba nada encima, ni una bolsa. Ni siquiera un reloj. Nada me detuvo.

CAPÍTULO 6

Una hora después del amanecer ya había algunos huéspedes deambulando por el *ksar* vestidos con sus trajes de noche, pidiendo indicaciones y, en algunos casos, exigiendo el desayuno. Ya estaba preparado. Las mesas estaban puestas en el comedor, decoradas con macetas de lilas. El servicio preparaba café, y los cruasanes y pasteles se cocían en los hornos. Todo el edificio olía a mantequilla caliente, a café y al dulce aroma de las fragantes lilas. Las ventanas estaban cerradas para aislar la casa de las inclemencias del tiempo y los ventiladores giraban en el techo. Había un solo hombre sentado a una mesa, un periodista alemán que se había procurado un periódico del día anterior. El servicio observaba sus intentos por aplastar las moscas que zumbaban a su alrededor. En el interior de las ventanas se habían hacinado cientos de aquellas moscas grises. Se refugiaban del chergui abrasador que, de la noche a la mañana, había subido los termómetros a 45 grados. Que las moscas entraran para refugiarse era un indicio de mal tiempo. Los criados tenían órdenes de matarlas con insecticida en aerosol.

Hamid, que apenas había dormido, estaba a cargo de los chicos más jóvenes. Se acercó al portón y los dispersó para que se encargaran de las tareas que les había asignado. El sol salía atenuado por el polvo y la arena, y los invitados madrugadores fueron haciéndose más numerosos. Pululaban con sus batas y babuchas, alegres y adormilados, e intercambiaban algún comentario con otros huéspedes. Hamid se preguntó si hablarían del accidente de la noche anterior, pero no parecían preocupados. La arena, el viento, era lo que más les perturbaba. Tenían arena en el yogur; también en el pelo y entre los dientes. No estaban preparados para la arena, ni por asomo. Aquella noche se había convertido en un enemigo formidable, un enemigo tan diminuto e insidioso que resultaba imposible pelear con él. Nada enfurece tanto como una lucha desigual. Las mujeres se quejaban; los hombres rechinaban los dientes y pedían al personal que los ayudase.

—¿Con la arena? —preguntaban los criados, incrédulos.

—¿No tenéis pantallas? ¿Máscaras?

Hamid corría de aquí para allá. Aparte de una cabezadita insatisfactoria, llevaba veinticuatro horas sin dormir, pero tenía muchas cosas que hacer. Había que contar y calcular el champán de la bodega para el almuerzo y la cena. Había que coordinar las entregas de cuscús de las aldeas cercanas; también llegaría pronto un cargamento de dátiles y menta fresca. Le silbaba la cabeza. Los amos dormían en el dormitorio superior de la Torre 1, como la llamaban, y no se los podía molestar. La intendencia diaria era su responsabilidad. Ciertamente, el mundo no le había prometido nada a nadie, y ningún hombre vivía como deseaba.

En el garaje, el muchacho muerto también parecía dormido. Su piel había adquirido un matiz

azulado y tenía los labios negros. Los criados que lo velaban comenzaban a preguntarse qué iba a suceder. Según la ley islámica, un cadáver debe enterrarse rápidamente, pero nadie había reclamado el cuerpo. Esperaban que la red invisible de chismes que transmitía las noticias por todo el desierto trasladase aquella a la remota parte interior. Y alguien vendría. La policía había dicho que esperarían hasta el anochecer.

Pero a Hamid le perturbaba aquella medida. Desconfiaba de que fuese legítima, de que respetara la costumbre. Por tanto, dispuso discretamente una bicicleta para, en caso de ser necesario, poder trasladar el cuerpo al cementerio local. Fue al portón y contempló la carretera mientras consultaba el reloj. Se notaba el pulso irregular; muy irregular. Tuvo la sensación de que estaba siendo observado y de que alguien contaba los latidos de su corazón.

CAPÍTULO 7

Jo corría en sueños, pero de pronto abrió los ojos: una mariposa revoloteaba en el cristal cual remolino de terciopelo negro y limón. El sol inundaba la ventana, y la arena se había aplacado. En su sueño corría ladera abajo hacia una alameda, en cuyo centro había un pozo rodeado de cuervos que picoteaban los granos dispersos en la tierra. Conocía aquel lugar, pero no recordaba de qué. El pozo estaba abierto, por lo que dedujo que no era la primera en llegar y que alguien se ocultaba en las inmediaciones. Pero bajó igualmente por la alameda iluminada por los rayos oblicuos del sol, y el sueño y el insecto que revoloteaba en el cristal se fundieron de inmediato. Llegó al brocal del pozo y se asomó. Sabía que había corrido en sueños toda la noche. En el fondo del pozo vio un destello negro y un cubo que golpeaba contra sus paredes. La cuerda del pozo estaba mojada y oscilaba junto a su oreja. La detuvo, tiró de ella y el cubo comenzó a subir. Abajo, en la claustrofóbica oscuridad del pozo, vislumbró algo enroscado dentro del recipiente de cuero, un animalillo, como un cerdito o un cabrito, y al tirar de la cuerda sus negros ojos acuosos la miraron; entonces supo que había alguien detrás de ella, entre las sombras de los álamos, y que llevaba un hacha.

Permaneció echada, ordenando sus pensamientos, con el azul del cielo reflejándose en toda la habitación. Poco a poco comprendió que estaba sola, que David había salido. A continuación, hizo recuento de todos los acontecimientos de la noche anterior, y reconoció que eran reales. Una lagartija la observaba desde la pared blanca, con la cabeza doblada en un ángulo imposible; había en sus ojos trocitos de corteza de naranja, concentrados en un brillo de complicidad. De modo que era verdad. No lo había soñado.

Las extremidades de Jo, largas y atléticas, ocupaban la cama salpicada de arena. Se acercaba el mediodía. Oyó una risa ligera y sincopada procedente de la casa principal. Jo se volvió sobre la espalda y llenó los pulmones hasta que estuvieron a punto de estallar. La negra desesperación de la noche no era tan intensa como había temido. En primer lugar, no seguía físicamente agotada y, en segundo lugar, estaba reflexionando en soledad, sin el constante acoso de David.

Se duchó lentamente. El agua del tejado ardía. Aquellos momentos de introspección le sentaron muy bien, ¡ojalá pudiese estar veinticuatro horas sola! Ojalá David no volviese y los invitados se largaran al desierto y no regresaran jamás... Resultaba apabullante que Richard y Dally tuviesen artículos de tocador de Fortnum & Mason en todas las habitaciones. Se lavó el pelo, apagó el aire acondicionado y se puso el albornoz.

Hacía un día luminoso y abrasador. Los senderos estaban cubiertos de arena, y tanto Azna como las montañas que la rodeaban tenían el color de la ceniza fría, el color de algo que se ha quemado durante la noche y ha quedado reducido a un montón de cenizas. El calor la hizo vacilar.

Como si lo hubiese convocado con el pensamiento, se acercó un muchacho envuelto en una túnica blanca y calzado con babuchas.

—¿Café?

—¡Eres un regalo caído del cielo! ¿Puedo tomar leche caliente?

Desayunó rebanadas de pan tostado con mermelada de fresa en el porche, con gafas de sol. Los grillos saltaban a su alrededor y oyó un alegre chapoteo procedente de la piscina, donde las chicas reían como si estuvieran solas en el mundo. A la sombra de la casa había varias mesas puestas con mantel y servilletas. El viento había dejado de soplar y las palmeras se erguían inmóviles en el cielo despejado. Jo dobló las rebanadas de pan y se las metió en la boca. Pensó distraídamente en sus libros. Llevaba ocho años sin escribir, pero las historias y las ideas aparecían constantemente. Estiró las piernas al sol y dejó que se quemaran un poco. «Castigo», pensó. El muchacho volvió con naranjas claramente refrigeradas y un pequeño cuchillo de plata. Había olvidado la miel.

—¿Dónde está mi marido? —le preguntó.

—No lo he visto —respondió el muchacho.

El chico era *haratin*, de rasgos negros. Asintió con la cabeza y apartó la vista. Jo sintió un súbito deseo de entablar conversación, de hacerle todo tipo de preguntas insolentes. Quizá cabía la remota posibilidad de que respondiera la verdad. ¿Soy guapa? ¿Está loco mi marido? ¿Estoy chalada? Pero él contestó vagamente, con desgana, cuando ella volvió a preguntarle si sabía algo del chico muerto. Jo quería saber si estaban enfadados por ello.

Se dirigió a la casa ataviada con un holgado vestido amarillo que había adquirido en una tienda de antigüedades de Chelsea. Estaba recosido de una forma precaria y ella se sabía demasiado mayor para lucirlo, pero en Marruecos se lo podía permitir, sobre todo en una fiesta donde no la conocían y nadie se fijaba en ella. En una casa llena de chicas despampanantes no tenía que cuidar su aspecto; era libre. Aceleró el paso hacia la casa y admiró sus muros. La profusión de celosías y arabescos hacía que la estructura cuadrangular pareciese una detalladísima escultura de chocolate. Un muro entero estaba cubierto por toda clase de figuras romboidales, motivos con forma de diamante y diminutas columnas torneadas. Oyó la música, las conversaciones del interior y la voz de Dally, y luego, pensándolo mejor, en lugar de entrar dio un rodeo y se adentró en un pequeño dédalo de callejuelas que descendían suavemente hacia la muralla meridional. En el interior se había creado un espacio abierto, una suerte de plaza alicatada de mármol. La cruzó chasqueando los dedos, mientras el calor le atravesaba las suelas de las babuchas. ¿Montar a caballo? David estaba loco. Quería escapar de ella y despejarse, pero para eso había recurrido a una excentricidad.

En las calles había hierbas floridas acosadas por las abejas. Las casas que seguían vacías olían a musgo, madera podrida y flores secas. Subió, jadeando de calor, los escalones corroidos que llevaban a lo alto de la muralla. Un denso aroma a hierba seca y humo ascendía de las colinas que se extendían a sus pies, y en los caminos vio a personas tocadas con sombreros de paja de ala ancha que guiaban a sus burros esmirriados con un palo y les gritaban durante el ascenso al *ksar*. En aquel espacio abierto, los ecos entrecortados de las voces resonaban con claridad.

Había una normalidad sorprendente, ninguna sensación de crisis ni de angustia. Pasó la mano por el adobe caliente de la muralla y permitió que el sol ardiese fugazmente en su mejilla bajo la visera de su gorra de béisbol. Su corazón, igual que el de Hamid, no latía de forma regular. La

piel pecosa y pálida deseaba resguardarse de la luz, y pensar en David cabalgando alegremente por la montaña la enfureció. David solía decir que se encargaba de las cosas para luego largarse sin más, sin que hubiera ningún motivo de peso, ni siquiera porque fuese a divertirse. Se había marchado siguiendo un impulso repentino porque no podía hacer frente al horror que le traería la mañana, un horror al que, sin embargo, debería enfrentarse porque hay que enfrentarse a todo, y si él no lo hacía toda la carga recaería en ella. Jo intuía que aquello no había concluido. La crisis seguiría y los arrastraría a una situación sobre la que no tendrían el menor control.

En la propia muralla, a lo lejos, divisó al americano de la cena, que tomaba fotografías arrodillado detrás del parapeto. Estaba tan concentrado en su tarea que no reparó en su presencia hasta que apenas los separaba un metro. Pareció encantado de verla. Tras un saludo rápido, se puso en pie y se quitó el sombrero de paja.

—Lo he comprado en Casablanca. Fabricado en China —añadió, dándole la vuelta.

Volvió a cubrirse la cabeza y se recolocó las gafas de sol. «Me gusta», pensó Jo al instante. Había en él algo afable y sólido, un aura de buen tipo, y parecía de esos que siempre observan y toman notas, que nunca te quitan los ojos de encima. Quizá fueran las dos únicas personas cuerdas de aquella fiesta, se dijo.

Por primera vez Jo miró a su alrededor. La noche anterior no había podido ver nada y no era consciente de dónde se encontraba. Reparó en las amenazadoras pendientes de rocas pardas salpicadas de palmeras datileras y en el valle que se hundía hasta unas llanuras blancas como planicies de sal seca. Por encima de Azna se alzaban unos picos abultados de rocas redondeadas, apiladas como un juego infantil. Era la clase de rocas que resplandecen en la oscuridad, como si hubieran abillantado sus superficies con cera. Apenas había árboles, solo chumberas y matas de flores amarillas como mostaza silvestre. El *ksar* era de adobe y parecía surgir espontáneamente de la tierra, como algo escupido por una erupción subterránea. La osada locura que suponía elegir semejante lugar como casa de vacaciones era evidente y digna de admiración. Day señaló un *ksardel* otro extremo de la carretera, una silueta rectangular encaramada a una ladera igual de inhóspita. Perteneecía a una pareja alemana, le dijo. También celebraban fiestas los fines de semana.

—Es un sitio muy agreste —murmuró ella.

—Yo no viviría aquí. Supongo que para ellos responde a alguna clase de fantasía. —Sin embargo, Day no parecía interesado en los anfitriones, sino más dispuesto a consolarla—: ¿Se encuentra bien?

Ella pareció sorprenderse de que alguien se lo preguntara.

—¿Bien? No, estoy perdida. Como Alicia al otro lado del espejo. Y hoy todavía no he visto a Richard.

—Creo que todo se ha solucionado. Tendrán que rellenar unos formularios y ya estará resuelto.

Jo hundió la cara entre las manos y se apoyó en la muralla. ¿Resuelto? Pero nada se había resuelto.

—Esta mañana he creído que era un sueño. Y durante unos instantes he vuelto a ser feliz. ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos?

Day le tocó el brazo.

—¿Bajamos a comer algo? De nada le sirve culparse.

Los ojos de Jo se bañaron en lágrimas, pero su cuerpo siguió inmóvil, fijo en la pared. Él esperó. Era una mujer sometida a una gran presión interior, que no dejaba traslucir. Alta y espigada, de pecas exageradas y voz paciente y exacta, todo en ella estaba comprimido, internalizado; sin embargo, cuando miraba espontáneamente, el azul de sus ojos se abría y de pronto caías dentro; luego una puerta se cerraba y ya era imposible salir.

—Todo el mundo corre al volante —dijo él con firmeza—. Esa no es la cuestión.

—Pero sí que lo es. Matamos a ese chico porque íbamos demasiado rápido. Y porque estábamos discutiendo.

Él esperó con paciencia. Aguardaba el sereno cansancio que sigue a la emoción. La piel de Jo tenía una melancolía maravillosa, una oscura sensualidad. Se oyó jazz en directo procedente de la casa; una banda, una confusión metálica de trombones, platillos y fagots, tocaba en una carpa que acababan de erigir. No era una música virtuosa, pero tenía su gracia. Jo sonrió en cuanto la oyó.

—¿Le gusta el jazz? —preguntó él, animado.

—Lo aborrezco. Pero al oírlo siempre me entra apetito.

En realidad, Jo observaba las colinas y los barrancos, no pensaba en el jazz. Divisó una polvareda en la distancia. Aguzó la vista y frunció el ceño. Caballos, quizá. Nunca había sentido celos de David, pero era curioso que lo recordara precisamente ahora. Nunca pensaba en qué estaría haciendo él cuando se ausentaba, una ausencia que ella sentía como un vacío que nunca duraba demasiado. No estaba celosa, sino molesta porque él no le había dicho adónde iba. Era inseguridad informativa.

—Mi marido ha salido a cabalgar esta mañana. ¿Sabe con quién? —preguntó distraídamente.

Day se pasó la lengua por los labios agrietados.

—Había un grupo de europeas ricas e insoportables, chicas con botas de montar y demás. Me parece haberlo visto con ellas. Creía que hacía demasiado calor para esa clase de cosas. ¿Los caballos no sufren insolaciones?

—No ha sido muy considerado por parte de mi marido —dijo ella con un mohín—. ¿No hay fiscales y policías aguardando para torturarnos?

Day se volvió y, en lugar de seguir por la escalera, bajó de un salto lo que quedaba de muralla, arrojándose a las sombras y luego alzando la cabeza para sonreírle. Era esbelto, juvenil y no demasiado americano, a fin de cuentas.

—No creo. Dally y Dick son los señores feudales de la zona. Todos les besan el culo. Debería resguardarse del sol, o empezará a derretirse.

—No me derrito con facilidad.

Regresaron lentamente a la casa. El vestido, que recordaba a una gran flor amarilla de pétalos arrugados y dobladillo ensangrentado, rozaba las piernas de Day. Ella parecía tener ganas de divertirse. Hay mujeres así, pensó él para sus adentros. Mujeres que sienten un desinterés permanente por la vida a la espera de un súbito arrebató, una imprevista irrupción de sensualidad. «Fruta a la Espera», las llamaba. Las podía tentar y seducir, siempre que les dejara claro que era un caballero cariñoso y amable. Vacilaban, fingían desaprobalo, pero tarde o temprano su elástico sexual se distendía, se tensaba y luego se relajaba. Entonces las podía coger del árbol. No importaba si estaban casadas. Day le describió su noche en Casablanca antes de llegar allí. Había

ido a uno de los clubes de playa de las afueras de Aïn Diab y había jugado al ping-pong con una prostituta en el Tahiti.

—¿No me lo creo! —exclamó Jo.

—Pues sí. Las prostitutas me encuentran irresistible. Huelo a dinero decadente. Es una de las mejores cosas del dinero. Ese olor.

—¿Se acostó con ella?

—Oh, vamos.

—Sí se acostó.

Él la hacía reír y eso la sorprendió. Asombroso. ¿De qué se reía? Day tenía una dentadura perfecta, como si el dentista se la hubiese limado para que formara una hilera simétrica.

—No se lo contaré a una dama. Ni siquiera a mi madre.

—A su madre le fascinaría.

A Jo le gustaba que su vestido rozara las piernas de Day. Era una forma de acariciarlas sin tener que hacer nada.

Él cambió de tema.

—¿Había estado aquí antes?

Jo negó con la cabeza y volvió a torcer el gesto.

—No solemos ir de vacaciones. David trabaja sin descanso. Sus pacientes son vejesterios ricos que lo acosan continuamente. Vivimos dominados por su busca.

—¿Él es médico, entonces?

—Lo siento... Ni siquiera se lo había mencionado.

—A mí me gusta esto. Parece un lugar donde un hombre inútil puede ser feliz. A lo mejor me vengo a vivir aquí.

Entretanto a Jo se le habían secado los ojos. No más lloros, se dijo, aunque pensó que debía pedirle a Richard que le dejara ver el cadáver. Tenía que verlo y decir algo. Una oración, al menos, aunque no fuese en la lengua adecuada ni del libro correcto.

Cuando entraron en la enorme tienda bereber donde tocaba la banda de jazz, Jo buscó a David por todas partes. Una pequeña multitud se servía comida del bufé y bebía en un elegante bar envuelto en telas blancas mientras unos potentes ventiladores eléctricos hacían cuanto podían para refrescar el ambiente. El suelo estaba cubierto de alfombras atálicas marrones y doradas con rombos que parecían ojos, y también había sofás bajos con cojines de brocado color albaricoque. De pronto, Day la tomó de la mano para avanzar entre una aglomeración de gente y a Jo no le sorprendió lo bastante como para retirarla. Y así él tiró de ella hasta que llegaron a la barra y pidieron una copa. Se le acercaron varias personas para preguntarle si se encontraba bien. Habían comentado el accidente con discreción, por lo bajo, y al verla se habían sentido obligados a decir algo. Le dieron palmaditas en la espalda y exclamaron «¡Qué horrible!», a lo que ella no supo qué responder.

Pronto se sintió perdida, desconcertada, irritada. ¿Dónde estaba David? Se agarró al americano amable y le suplicó que la sacara de allí. Pidieron unas sombrillas al personal y se dirigieron a la piscina protegida por la sombra de los cipreses. Ahora los vestidos parisinos le parecían absurdos, y el jazz, fuera de lugar. Pensar en champán la ponía enferma y los *mezze* expuestos en la mesa los consideraba una provocación innecesaria al personal, que lo observaba

todo con creciente frialdad. El americano parecía un tipo agradable, pero ¿quién era? ¿Qué quería? Junto al portón vio a un grupo de bereberes que, se diría, estaban esperando algo. Cuando Day y Jo se acercaron, el grupo se revolvió, inquieto, murmurando y apartándose un poco, pero observándolos con hostilidad. Day le apretó la mano y le murmuró al oído:

—Parecen enfadados con usted. Agárrese a mí. Tengo pinta de peligroso.

Hamid discutía con algunos de ellos. Era evidente que les pedía que se marcharan. Accedieron a regañadientes, el patio se vació y luego cerraron el portón a cal y canto. Hamid se acercó a Jo soltando una retahíla de tensas disculpas.

—Han vuelto los caballos, madame. Su marido se está duchando. Creo que salir a cabalgar ha sido una mala idea.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ya se lo contará su marido. Nada grave.

—¿Dónde está monsieur Richard?

—Ha ido a Taza a hablar con la policía.

Tendría que haber preguntado con mayor insistencia, pero hacía un sol abrasador y empezaba a marearse. Hamid se mostraba seco y distante, y Jo percibió cierta hostilidad en él. No sabía qué hacer. Le preguntó sin más si podía ver el cadáver, que sabía que estaba en el garaje. Hamid se quedó perplejo antes de negar con vehemencia y dirigirle una expresión enojada. No, madame, imposible. Monsieur Richard nunca le perdonaría que él se lo permitiera. No era algo que pudiese ver una mujer, y mucho menos una mujer involucrada en el asunto.

—Pues se lo pediré a monsieur Richard —dijo ella con frialdad.

—Como guste, madame.

—¿Qué hacían esos hombres aquí dentro, en el patio? —le preguntó antes de dar media vuelta para irse.

—Son vecinos. Están disgustados por lo que ocurrió anoche.

—¿A qué se refiere con «disgustados»?

—Al principio estaban alterados, pero los hemos calmado.

—¿Alterados?

Su tono debió de ser agresivo, porque él le devolvió una mirada más intensa si cabe. Jo notó que el americano tiraba de ella.

—¿Y por qué estaban alterados? —insistió Jo.

Era una palabra inglesa que Hamid había aprendido de Richard, y se preguntó si la habría utilizado correctamente.

—Estaban nerviosos y ofendidos, madame.

—¿Por mí? —exclamó ella.

—Vamos, vamos —murmuró Day al oído—. No le provoque.

Los criados volvieron a la carpa en cuanto cerraron el portón. Jo y Day se adentraron en el laberinto de casas en dirección a la que ocupaban los Henniger, y a medio camino él se detuvo. El sol, que había alcanzado su cénit, proyectaba una sensación de crudo aislamiento.

—Debe hablar con su marido a solas.

—Sí. ¿Le veré luego?

Jo le dio rápidamente las gracias y echó a andar, volviéndose una vez para dirigirle una

sonrisa.

—¿Irá a la piscina esta tarde? —gritó a Day.

Él asintió.

—Es mejor que montar a caballo.

El tintineo del hielo y las risas que se oían en la piscina demostraban que los invitados no pensaban demasiado ni en Jo ni en el accidente, una actitud de lo más coherente para poder disfrutar del fin de semana. Jo andaba como alguien que va de compras, con pasos rápidos y moviendo decididamente los brazos. No se había olvidado del hombre que observaba su partida, ni del interés que le habían demostrado sus ojos, porque era un hecho tan irrefutable que ni cabía pensar en ello. Sabía que era un frívolo mujeriego, pero en Londres nadie la miraba dos veces y estaba segura de que todos los amigos de David lo compadecían cuando afirmaban: «David podría haber tenido a cualquiera». El americano era una agradable compensación.

Al llegar a la esquina, alzó la vista y vio que unos buitres sobrevolaban en círculos el *ksar* como si se estuviesen cortejando. Las casas proyectaban sombras afiladas en el suelo. Solo entonces reparó en las jardineras con flores que colgaban de todas las puertas y en las manos de Fátima supersticiosamente invertidas. En aquella aldea de fantasía, las partes restauradas eran tan perfectas que había que fijarse para notar las discrepancias, las fisuras. Las paredes estaban perfectamente revestidas. Todas las puertas eran nuevas, pero las habían barnizado de manera que pareciesen antiguas. Hasta las manos de Fátima eran una impostura. Formaban un extraño contraste con las ruinas que las rodeaban.

David estaba en la cama, aplicándose una toalla ensangrentada en la cara, perpleja y magullada. Cuando Jo se acercó, él soltó la toalla, dejando al descubierto un pequeño corte en la sien.

—¡Te has caído del caballo! —gritó ella, pero David negó con impaciencia y le arrebató la toalla que Jo había recogido para limpiarle la herida.

—¿Por qué iba a caerme de un maldito caballo? ¿Acaso no sé montar? ¿Y por qué paseabas con ese americano idiota?

—Pues si no te has caído...

—Un puto marroquí me ha tirado una piedra.

—¿Qué?

—Cabalgábamos colina arriba. Nos esperaba un grupo, unos moros de mierda.

Jo se sentó a su lado y volvió a cogerle la toalla. Su débil exclamación al oír aquel agravio pasó desapercibida, pero algo se le oscureció por dentro.

—Pues ahora el que está hecho una mierda eres tú. Podría haber sido espantoso.

—Ha sido espantoso. El cabrón tenía buena puntería.

—¿Y por qué has salido a montar? —preguntó ella, impaciente—. Eso ha sido una imprudencia.

David mostró una sorpresa casi infantil.

—¿Por qué? Esas chicas querían montar y me apunté. Tú dormías.

—Parece una imprudencia. Y lo es.

—Esos tipos estaban esperando detrás de unas rocas, en lo alto de la colina. ¿Cómo íbamos a saberlo?

—Eso me resulta difícil de creer —dijo Jo. Pero recordó a los hombres enfadados del patio.

—Me importa un carajo lo que creas —dijo él con mordacidad—. Iba con dos chicas francesas. Y a ellas no les han tirado piedras.

El corte no era gran cosa y ya le había atendido el médico local de Richard, que, aquel fin de semana, estaba alojado en la casa. Sin embargo, la impresión había sido intensa. David estaba afectado: se movía con gestos crispados y se aferraba neuróticamente a la toalla para aplicársela al corte que ya estaba seco; pero aquel acto repetitivo parecía calmarle.

—Los muy cabrones —gruñó.

Cabalgaban por el campo, le explicó. Las dos francesas iban un poco rezagadas. No le contó a su mujer que estaban buenas y que él coqueteaba con ellas. Habían vivido en Londres y hablaban bien inglés.

Cabalaron unos cinco kilómetros por el sendero de Tafnet, en fila india, intercambiando bromas. Él había creído que sería una distracción agradable para olvidarse de todos los problemas y el horror. No eran buenos jinetes y les costó un poco llegar a lo alto de la colina, donde el río serpenteaba entre unas peñas doradas.

Se sentía relajado después de haber dormido bien. Los maleantes se habían apostado en un cobertizo oculto por la curva del sendero que ascendía a la siguiente cima. Él no los vio; solamente oyó el rebote de una piedra en el suelo. El caballo se encabritó y, al volverse, otra piedra le dio en la cara.

Desmontó y corrió hacia el cobertizo, pero las chicas le hicieron volver. Cinco o seis muchachos árabes comenzaron a perseguirlos, insultándolo desde lejos, y luego se parapetaron detrás de otra pendiente para burlarse del *gaouri* a caballo. No sabía qué le llamaban, sonaba como *hassi*. Pero había visto la expresión de odio en sus rostros. Les habían llovido más piedras, que alcanzaron a los caballos e hicieron que las francesas diesen media vuelta. El corte sangraba profusamente.

—Hemos vuelto de inmediato. Nos han seguido, arrojándonos piedras. Siempre he dicho que eran un pueblo irracional. ¡Me creen responsable de lo ocurrido!

—Quizá deberíamos irnos.

—¡Me parece tan primitivo! —siguió él, sin hacerle caso—. Se lo toman en plan ojo por ojo. Es como la Sicilia del siglo pasado, es como *El padrino*. Se ve que ha corrido la voz sobre el atropello... Cuando hemos vuelto había una multitud en las puertas, lugareños que habían salido en masa. Menuda chusma, a la mitad le faltaba un ojo o los dientes. Me parece que no les ha gustado verme montar a caballo. Han creído que me estaba divirtiendo.

—¿Y no era así?

—Esa no es la cuestión. ¿Acaso va contra la ley intentar relajarse un poco después de un suceso traumático?

Ella se levantó con frialdad y le sirvió un vaso de limonada de la jarra que había siempre junto a la cabecera, y que misteriosamente estaba siempre llena.

—Ha sido desconsiderado por tu parte. Tendrías que haber imaginado que no les entusiasmaría.

—¿Me estás diciendo que ahora debo pensar qué les entusiasma o no?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Hamid ha dicho que eran unos chiquillos del otro lado del valle. Todos se han enterado de

lo ocurrido. Al parecer nunca se cansan de chismorrear.

—Toma, bebe esto.

—Bla, bla, bla. ¡Típico de los analfabetos!

Estaba delirando. Ella le obligó a recostarse de nuevo en la almohada y bromeó con él.

—Menudo fascista te has vuelto desde que te han dado una pedrada. No ha hecho falta demasiado.

—Podrían haberme dejado ciego. Podrían haberme desfigurado.

Jo aumentó la intensidad del ventilador, y cuando giraba a toda velocidad se levantó y cerró los postigos con sus ganchos oxidados. Aquel calor los irritaba más de lo normal. Le puso un paño frío en la frente y se acostó a su lado. No lograrían dormir, pero al menos se tranquilizarían un poco. David farfulló algo más y finalmente se dio por vencido.

Ella ojeó una revista mientras él dormitaba, inquieto. Aquellos meses de tensión y desacuerdos sordos entre ellos habían tomado un nuevo rumbo. La consulta de David no iba bien y ella no sabía exactamente por qué. ¿Escaseaban los enfermos de cáncer de piel en el Londres actual? El año pasado, una paciente lo había denunciado. David no le habló del asunto, pero Jo sabía que había perdido el pleito. No apareció en los periódicos y, si Jo se lo mencionaba, él siempre cambiaba de tema. «Es mi vida y, si algo va mal, es asunto mío», parecía querer decirle con su actitud.

Así que ella había dejado de hablar del asunto. Jo había pasado meses sin escribir, sin imaginar, sin que le importase. Una persona puede llegar a un punto en su carrera en que las fórmulas mágicas que antes funcionaban dejan de hacerlo. Tarde o temprano, probablemente todos llegamos a ese punto. Quizá podía considerarse una interesante encrucijada vital, aunque vivirla no fuese fácil. La rabia en la voz de David y sus comentarios despectivos sobre los árabes eran una consecuencia de sus limitaciones personales. Por otra parte, le habían tirado una piedra. Y la expresión que ella había visto en los ojos de Hamid tampoco era fácil de olvidar.

Cerró la revista y lo abrazó con cierta desgana. Debía recordar que David era un hombre de juicios despectivos, a menudo acertados. Tenía algo de animal. Se olía las cosas y casi nunca fallaba. Eso era lo que siempre le había atraído de él. Pero la pega de aquella envidiable capacidad de David era su vulnerabilidad hacia todo lo que no existía dentro de su mundo admirablemente flexible. Se mostraba tolerante con lo que conocía e intolerante con lo desconocido, y era esto último lo que podía quebrarlo. Entonces perdía fácilmente los estribos y se volvía menos inteligente, menos perspicaz; y en tales circunstancias necesitaba que lo protegiesen de sí mismo.

Jo se inclinó y le rozó con los labios la punta de la nariz quemada por el sol.

—Pareces un pirata. Como Barbanegra después de una pelea de sables.

—Alégrate de que no tenga un sable.

—Bruto. No más burlas a costa de los marroquíes.

—Eso depende de cuántas piedras me tiren. Una burla por pedrada. Me parece razonable. A fin de cuentas, duelen más las piedras que las palabras. Y todo queda entre nosotros, nadie nos oye. Necesito desahogarme. Eso ha sido injusto, y punto.

«Pero el chico está muerto», pensó Jo.

—A veces las cosas no son justas, y nos culpan por algo que no hemos hecho.

—A mí, no.

—Sobre todo a ti —dijo Jo.

CAPÍTULO 8

Las lagartijas se dispersaron letárgicamente por los muros de adobe y se ocultaron en las grietas, dejando las superficies rojizas, despejadas y cálidas. Las espinas de los cactus brillaban como acero bruñido, y el polvo del camino iba asentándose con la elegancia gravitatoria de un puñado de plumas en una almohada ahuecada. Una chica con delicados tatuajes color café en las manos flotaba de espaldas en la *source des poissons*. Contempló los racimos de dátiles aún verdes que colgaban de las palmeras y que se reflejaban en la charca, luego extendió las manos en el agua fría y pensó en un muchacho que justo entonces pastoreaba un rebaño de cabras a la sombra de un árbol. Una libélula pasó volando. Las cigarras enmudecieron y la chica cerró los ojos. Las libélulas se apareaban casi rozando el agua y parecía que se matasen por estrangulación. Ella las observó revolotear en la superficie oscura y escuchó el tenue sonido de su aleteo desesperado, malicioso y que tan agradable resultaba al oído.

Los árboles callaron y se oyó el rumor lejano de los generadores del *ksar* que habían comprado los extranjeros. Los ancianos sentados en el muro, bajo los tamariscos, encendieron sus cigarrillos baratos. Durante tres horas nadie hizo nada. Era como si fuese de noche. En el garaje silbaba el aire acondicionado mientras Richard, a solas con el cadáver, consultaba ansioso el reloj. La piel le ardía; el calor penetraba incluso en aquel lugar tan aislado. Tenía la espalda mojada y se maravilló de lo seca que estaba la piel del muchacho. Como papel de escribir.

Mientras tanto, junto a la puerta, un hombre escuchaba atentamente con la mano dispuesta a echar el cerrojo. Por fin, la pequeña multitud se había dispersado, ahuyentada por las temperaturas propias de la estación, y sus miembros yacían ahora bajo los árboles, en colchones infestados de piojos y tendidos sobre cortezas de palmera. Seguían despiertos, esperando a que bajara el sol; aquello solo requería un poco de paciencia. Los invitados del *ksar* hacían lo mismo. Algunos dormitaban en colchones de agua en la piscina y otros se dedicaban a hacer el amor con discreción. Unos pocos leían libros mientras tomaban zumo de naranja frío. Habían localizado su ubicación en mapas y GPS, pero no acababan de saber dónde se encontraban. Ensimismados, se aplicaban protector labial en los labios y se retocaban la crema bronceadora de la nariz sin saber muy bien a qué atenerse. Había un baile de disfraces esa noche (les proporcionaban los disfraces), pero ¿tendrían que bailar? ¿Podrían ser ellos mismos, o debían encarnar a algún personaje? ¿Sería divertido, o lo contrario de divertido, fuese lo que fuese?

Dally y Richard observaban la polvareda de la carretera distante desde la habitación más elevada de la casa, una sala alicatada con diseños geométricos de color verde manzana donde pasaban mucho tiempo solos, leyendo y bebiendo botellas de Laphroaig antes del anochecer.

—Parece un coche —dijo Dally, esperanzado.

—No es la policía. Me dijeron que hablarían con una funeraria, pero no he vuelto a saber nada de ellos.

Richard se preguntó si debía llamar a Hamid. Atardecía y los árboles alargaban sus sombras en los barrancos. Habían dormido dos horas y las pesadillas todavía no se habían disipado del todo. Pero ¿qué podía hacer Hamid? Decidieron esperar. El nubarrón que se cernía sobre ellos se esfumaría en cuanto se llevasen el cadáver. Lo único que tenían que hacer era retirarlo discretamente, sin profanar sus costumbres.

—Seguro que es un coche, Dick.

—¿El proveedor de menta?

—Ha venido esta mañana. Quizá sea alguien de la funeraria.

—Pero ¿de cuál?

Dally se encogió de hombros. No tenía ni idea de si había funerarias en los alrededores de Azna. Ni siquiera sabía si había funerarias en el país. ¿No arrojaban los cadáveres a un hoyo, o algo así?

A veces Richard debía tener cuidado con Dally. Podía perder los nervios si sus meticulosos planes se venían abajo.

—Hay una funeraria en Er-Rachidía. Quizá sea uno de sus vehículos.

Y, efectivamente, entonces Dally perdió los nervios.

—Ojalá no hubieses invitado a esos ingleses. Son un coñazo. Y mira en qué lío nos han metido.

—¿Son un coñazo?

—Un coñazo terrible. ¿Y has visto los zapatos de míster Inglés?

Richard asintió.

—Corresponde a un arquetipo, Dally. Es un médico que estudió en colegios privados. ¿Qué esperabas?

—Seguro que esta noche serán los únicos que no se disfrazarán. Pondrán como pretexto que tienen estrés postraumático.

—Y seguro que lo tienen.

—He visto que él ya se servía una copa en el desayuno. Se la ha bebido como un desesperado. Le temblaba la mano. Es un tipo patético. Esos dos, nunca más, por Dios.

«Una sabia decisión», pensó Richard con amargura.

—Tendríamos que haber invitado a los Bainbridge. Al menos son unos pirados auténticos. Y no matan a nadie de camino.

—Siempre habrá una próxima vez.

Rieron, de nuevo llenos de complicidad. Los remolinos de polvo habían alcanzado los barrancos donde se hallaban las tiendas, tiñendo de color parduzco los alargados rayos del sol. Dally se sirvió un whisky mientras Richard se vestía despacio. Le encantaba el desierto a aquella hora. Un camello salvaje avanzaba por la cinta negra de la carretera, y a lo lejos, en el claro del valle, se cernía una amenazadora luz naranja. Las higueras del huerto se estremecían como si las apaleasen, aunque apenas soplabla el viento. La hora del crepúsculo empezaba a saborearse, aunque todavía no pudiera verse.

Las garcillas buayeras y los pinzones africanos volvían a sus refugios entre las ruinas cuando un anciano vestido con una chilaba harapienta color café se apeó del todoterreno Toyota que se había detenido ante el portón y dejó al descubierto sus seis dientes de oro en una mueca de extremo malestar. El vehículo que Dally y Richard habían visto llevaba una matrícula destrozada y trozos de carrocería pegados con resina barata; los limpiaparabrisas estaban torcidos y la antena de la radio se había desplomado. Los otros ocupantes permanecieron en el interior del vehículo con sus *chechs* desastrados, pero finalmente, mientras el anciano se acercaba al portón y se quitaba la gorra de tela, decidieron salir a estirar las piernas.

—Un sitio frío —murmuraron con expresión tensa.

Su ropa estaba cubierta de arena, y al desperezarse levantaron una pequeña polvareda. Se sacudieron suavemente las mangas y los *chechs*, estiraron los labios y miraron con desconfianza a su alrededor. El coche estaba rebozado de polvo anaranjado, rejilla y retrovisores incluidos, y en el asiento trasero llevaban un gran saco de arroz. Los hombres de Azna supieron que en el vehículo había armas, aunque no pudiesen verlas. Olía a armas de fuego. Un olor a balas y a grasa de cabra.

El anciano se acercó a los portones cerrados y lentamente hincó sus rodillas artríticas en el suelo. Se acomodó y mantuvo las manos juntas en el pecho. No había ninguna expresión en sus ojos. Al principio casi en susurros, luego en voz más alta, pronunció las siguientes palabras:

—Soy Abdalá Taheri de los aït kebbash de Tafal'aalt. He venido a buscar a mi hijo. ¿Me oís? ¿Abriréis vuestra puerta?

Lo repitió una y otra vez, mientras sus compañeros lo observaban, impasibles. Eran hombres de mediana edad con barbas entrecanas y manos grandes y cuadradas. Eran hombres del remoto desierto meridional, flacos, de narices picudas y ojos pétreos muy juntos, con la mitad de la dentadura de plata. Llevaban el rostro cubierto y su ropa era de color blanco y añil. Tenían cicatrices en las manos. Hablaban tamazight.

Hamid oyó la voz de inmediato. Se acercó furtivamente al portón y pegó la oreja. Era lo que había temido desde el principio. El anciano alzó la voz y repitió su demanda hasta que lo oyeron los mismos huéspedes. El fuerte viento propagaba su voz, neutra y grave, sin rastro de histeria ni exageración emocional. Como unos martillazos repetitivos que acababan forzando un movimiento, una reacción. Las voces pueden abrir puertas. Richard se dirigió rápidamente al portón.

—¿El padre? —le susurró a Hamid.

El criado asintió.

—Bueno, pues abre. ¿Vas a dejarlos ahí fuera?

—¿Está seguro, señor? Son aït kebbash.

—¿Y? —dijo Richard, con una sonrisa suficiente.

—Muy bien, señor. Pero querrán sacarle dinero. ¡Está advertido!

Richard no le hizo caso. Había oído antes la palabra Tafal'aalt. ¿Era una aldea? Le preguntó a Hamid si le sonaba el nombre, y este negó con la cabeza.

—¿Dónde viven los aït kebbash?

Hamid se encogió de hombros.

—Muy, muy lejos.

Dibujó un sombrío movimiento con la mano.

—Habrán conducido toda la noche.

—Todo el día y toda la noche. Muchas noches.

—Abre la puerta, entonces.

—Le chantajearán, monsieur. Son chantajistas.

Fue Richard quien descorrió el voluminoso pasador.

—Que no se acerquen los invitados. No quiero que se pongan a curiosear mientras solucionamos esto.

—No salga, deje que sea él quien entre. Así veremos cómo está.

—¿Te refieres a si está furioso?

Cuando abrieron el portón, el anciano se levantó lentamente, se sacudió el polvo de las rodillas y volvió a ponerse la gorra. Los hombres del coche no se movieron mientras el personal le indicaba que se acercase. Intercambiaron los saludos de rigor y Hamid preguntó cortésmente de dónde procedían. Tafal'aalt era una aldea de cien habitantes en el extremo más alejado del Tafilalet, allá donde el oasis se secaba y avanzaba el desierto, más allá del remoto pueblo de Alnif, famoso por sus fósiles. Estaba en los márgenes de la zona habitada, cerca de la frontera argelina y de la solitaria montaña de Issimour, cuna de excelentes trilobites y otros fósiles marinos. Se ganaban la vida en las canteras que rodeaban la montaña. Cerca, explicaron, estaba Hmor Lagdad, la montaña de mejillas sonrosadas que todos conocían porque se veía desde muy lejos, incluso desde las canteras de las afueras de Erfoud. Hamid le dijo que sentía muchísimo lo ocurrido a su hijo. ¿Cómo se llamaba?

—Driss, mi único hijo.

—Que Alá tenga piedad.

—Ha sido voluntad de Alá.

Hamid se conmovió. Al menos el cadáver tenía un nombre y una identidad, lo que para él era un alivio. Morir solo en la carretera era morir como un perro.

—Lo hemos velado aquí. Venga, por favor. —Hamid condujo al hombre a las puertas del garaje—. No lo hemos dejado solo en ningún momento.

Se arrepentía de haber difamado a los hombres de Tafal'aalt acusándolos de chantajistas, aunque él sabía que lo eran. Un hombre puede ser un chantajista y un padre afligido al mismo tiempo, ¿verdad? Abdalá era frágil, y sin duda aquel había sido un hijo tardío. Vestía ropas miserables. Hamid se preguntó qué fósiles serían la especialidad de los aït kebbash. En cualquier caso, no ganaban dinero. Eran personas que sobrevivían con una precariedad inimaginable para los campesinos pobres de zonas más verdes. Tenían el Toyota y poco más. Lo sentía por ellos. ¿Podía alguien imaginarse realmente sus vidas? Un simple vistazo bastaba para confirmar que subsistían excavando y tallando fósiles, que a duras penas conseguían salir adelante comerciando con trilobites de segunda categoría en las tiendas turísticas de Erfoud y Rissani. Se veían tipos así por todas partes, maleantes andrajosos que en los hoteles iban de mesa en mesa ofreciendo bandejas con sus mercancías mientras timaban discretamente a los occidentales; juraban que sus trilobites eran los más singulares del Sáhara, pero siempre volvían con las manos vacías a sus chozas del desierto. Los oasis morían debido a la plaga de las palmeras conocida como enfermedad de Bayoud, y todo lo que les quedaba, según el saber popular, era el precario mercado de los peces fosilizados. De modo que decidió tratar educadamente a los aït kebbash, buenos musulmanes de los rincones más calcinados de la tierra, que nada tenían ni nada daban.

Los hombres del desierto entraron con recelo, apartándose delicadamente de lo que los rodeaba, como si esa actitud fuese algo habitual en ellos. Observaron los jeeps Cherokee con sus reproductores de cedés de última generación, y sus miradas se volvieron intensas y calculadoras. Nunca habían entrado en la casa de un extranjero; no podían imaginarse cómo vivían. Los infieles no sabían de comodidades ni de delicadezas. No tenían sentido del orden, ni de la limpieza ni del decoro.

—Parecen unos establos —dijo uno de ellos.

—Cierto —repuso Abdalá con gran seriedad.

Pero enseguida sus pensamientos se centraron en el joven que yacía en el centro de la estancia, y dejaron que el padre se acercara solo a su difunto hijo. Los criados también se congregaron para mirar, porque aquel era un drama que les horrorizaba y atraía a partes iguales. Sin duda se trataba de una injusticia. Habían cercenado una joven vida, un padre musulmán estaba abocado a un dolor inimaginable y los culpables ni siquiera se habían presentado para explicar sus acciones ni para ofrecer sus más sentidas disculpas. La policía los había dejado ir sin siquiera una leve reprimenda; probablemente la policía se habría disculpado ante los detestables invitados porque el dinero habla a los impuros de corazón, y los que lo poseen pueden hacer lo que les plazca, incluso entre los puros de corazón.

Los allí presentes vieron que el anciano se acercaba vacilante a su hijo, y a todos se les llenaron los ojos de lágrimas. Les invadió una furia silenciosa y apretaron los puños sin que nadie los viera. Entretanto, el anciano se comportó con considerable contención. Su estupor era evidente, pero no movió los labios, ni parpadeó, ni tampoco se dejó llevar por la perplejidad. Se limitó a aproximarse a aquel objeto terrorífico y se lo bebió con los ojos. No parecía conmovido, sino simplemente absorto en su hechizo sobrenatural. El hijo vivo había sufrido una metamorfosis que no podía ni comprender ni aceptar; la alegría y el amor se habían transformado en pura materialidad. Como si solo ahora le fuera revelada la belleza de su hijo y él estuviese anonadado, hasta tal punto que sus reflejos motores no podían reaccionar ante aquel trance. Las manos cayeron inertes a los lados y él absorbió y absorbió hasta que ya no pudo absorber más, y cuando su capacidad de absorción se agotó no se sintió lleno de tristeza, sino vacío de ella, y en aquel momento su mente se fue y también su corazón, mientras él se quedaba allí como si colgase de una cuerda pequeña y sucia: un animalillo agonizante, atrapado en una trampa primitiva.

Finalmente, sus labios empezaron a moverse. No pronunciaron palabra alguna, pero se movieron. Emanó de él un frío espanto, y la inquietud se apoderó una vez más de los allí presentes. Se sumieron en la oscuridad y la desconfianza. Apresado en su dolor, Abdalá se había olvidado de ellos por completo. La cabeza le daba vueltas y todo estaba borroso en los márgenes. ¿Dónde se encontraba? Oyó en lo más profundo las palabras del profeta y a su padre murmurando detrás de él; alzó la vista hacia el techo, y las estalactitas de telaraña le parecieron dagas polvorientas apuntándole al corazón. Los asesinos. ¿Dónde estaban los asesinos?

Era una pregunta que también se planteaban los muchachos azorados y excesivamente vestidos que ponían las servilletas en la mesa de la cena, que aquella noche versaría sobre «bandidos y corsarios». Colocaban los pesados tenedores franceses con ligereza y hostilidad, oprimidos por las pajaritas, pellizcados por los gemelos que les habían impuesto, mientras se preguntaban en un silencio febril por el paradero de *les anglais*, a los no habían visto en toda la tarde.

No hablaban entre sí, salvo para preguntar por los cubiertos. Había que barrer la nueva

generación de moscas exterminadas que yacía al pie de las ventanas y lo hacían con escobazos solemnes, con movimientos elegantes y prolongados. Después tendrían que disfrazarse de bandidos o de corsarios, e incluso algunos llevarían espada. Escuchaban con recelo los ronroneos de Ella Fitzgerald en la biblioteca y el tintineo de los vasos que tan bien combinaba con el *glissando* de las risas femeninas. Aquella textura acústica encarnaba lo que deseaban y detestaban al mismo tiempo. El sonido de las mujeres y de los vasos de whisky podía pertenecer a lo deseable o lo indeseable según el temperamento, pero el golpeteo de las bolas de billar era inequívocamente positivo. De haber encontrado el modo de amortiguar el ruido, habrían entrado furtivamente de noche para jugar unas partidas. Oían a los hombres de Londres y Nueva York hablar a voz en grito de sus esposas, el carrito con el servicio de sándwiches que iba de habitación en habitación y los suaves pasos de los malcriados galgos irlandeses, mientras ellos soñaban con castillos, mansiones lujosas, orgías y Jaguars esperando en la puerta. Aquellos infieles extraños eran censurables en muchos aspectos y, sin embargo, habían triunfado en lo puramente material. Y eso les provocaba una envidia resentida, pero la envidia nunca se transformaba en respeto. Aunque ¿quién puede negar que en ocasiones sean términos idénticos?

Mientras barrían las moscas muertas y sacaban la vajilla de Talavera donde servirían el pescado y los platos típicos de Rif, escudriñaron las puertas como si pudieran revelarles lo que ocurría al otro lado y aguzaron el oído para detectar comentarios escandalosos. Como marroquíes, eran lingüistas expertos en varios idiomas: francés, inglés, español, árabe, dialectos bereberes y, en el caso de un par de ellos procedentes del sur profundo, hassaniya. Sus oídos estaban sutilmente afinados para captar los deslizamientos entre las diferentes lenguas. Eran observadores y críticos natos porque la historia los había hecho así.

Hamid entró en el comedor con expresión complacida. Dio una palmada y los hizo salir a todos al pasillo.

—Los cuencos de nueces de la biblioteca están casi vacíos. No habéis dado de comer a los perros. El vino sigue templado. Los ventiladores no giran a la velocidad adecuada. ¿Debo hacerlo todo yo? —Y, por lo bajo, añadió—: Perros.

Luego subió a la segunda planta, donde Richard hablaba por teléfono con cara de irritación.

—Y qué puedo hacer yo —decía en voz baja, tensando los músculos del cuello—. Estas cosas no se planean.

Hamid aguardó en el umbral con la expresión preocupada que tanto molestaba al monsieur, pero que también lo impulsaba a actuar. Richard levantó rápidamente la vista y cubrió el teléfono con la mano.

—¿Qué pasa, Hamid?

Hamid entró lentamente en la habitación. Richard llevaba una chaqueta de esmoquin antigua que debía de haber pertenecido a un abuelo suyo. Parecía algo desaliñado, con el desierto detrás que se fundía en negro. En la habitación olía a whisky y a sexo masculino. La mano que tapaba el teléfono estaba húmeda por haber cogido algunas olivas del cuenco próximo al sofá.

—El padre dice que los ingleses deben pagarle.

CAPÍTULO 9

Aquel día, sentados en la cantera, Driss siguió contándole su historia a Ismael. El joven escuchaba, atento, absorto y sin pestañear, con unos ojos que sondeaban cuanto podían las profundidades de los de Driss. Ismael quería saber si le decía la verdad, si no exageraba la historia de su emigración como es habitual. Los que volvían de Francia siempre tenían algo de Marco Polo. Podían inventarse lo que les viniese en gana, podían urdir mil historias sin que nadie pudiera contradecirlos sobre los detalles, porque a los que también habían estado allí les convenían las exageraciones.

—Como iba diciendo —prosiguió Driss, dándose aires—, salté de la barca y nadé hasta tocar tierra a un kilómetro y medio al sur del puerto de Sotogrande.

Llegó a una sucia playucha próxima a una conservera donde la arena tenía una marcada pendiente. Era una noche sin estrellas y no había nadie, únicamente la carretera flanqueada de umbelas y hierba alta, cercas de madera y viñedos descuidados. Calzado con sus sandalias mojadas, avanzó furtivamente bajo los arcos del puerto que se hallaba a unos kilómetros al norte de Algeciras, y se notó ligero, reivindicado y en su elemento.

Aquella tierra olía como Marruecos. Cipreses, resina, limones y polvo seco. La brisa transportaba la fragancia del bosque, de las colinas abrasadas y de algas secándose en las rocas. Después de toda la noche en la barca, le temblaron las piernas cuando pasó furtivamente junto a las terrazas de los restaurantes de pescado y los bares de tapas donde los dueños de los yates se divertían con sus esposas. No oyó nada al cruzar los comercios cerrados y salir al camino que había al otro lado de las vallas del puerto. Las cigarras cantaban a lo largo de la carretera que serpenteaba en la oscuridad hacia un pueblo llamado San Martín. Sus pies dejaron huellas mojadas en el asfalto polvoriento, el rastro de un ladrón empapado.

¿Cómo podía ser tan fácil? Como un sueño, le dijo Driss a Ismael; un sueño donde consigues todo lo que quieres.

Anduvo una hora bajo la noche suave hasta llegar a la gasolinera de San Martín. Unos árboles altos, chopos de copas romas, cubrían el último tramo de la carretera, y los pájaros cantaban en lo alto, donde se alzaban los eucaliptos. Aquella paz lo sorprendió. Conque esto era España. Animado, se sentó en el arcén para recuperar las fuerzas. No había policía en las inmediaciones ni tampoco coches, y las colinas que lo rodeaban eran tan oscuras como las del Rif, quizá más. Por primera vez en su vida se disponía a hacer algo verdaderamente ilegal.

La gasolinera era de autoservicio, con surtidores que funcionaban con tarjetas de crédito. Permanecía iluminada toda la noche y en su tejado zumbaban cientos de polillas. Debajo, resaltada por la excesiva iluminación, una anciana repostaba su vehículo. Tenía la piel muy

blanca, puede que ni siquiera fuese española; vestida con pantalones informales, sandalias que dejaban los dedos al descubierto y un coqueto pañuelo en la cabeza; no era, por Dios, atractiva a la vista. La observó un buen rato mientras ella llenaba el depósito, para asegurarse de que estaba sola. No sabía por qué repostaba a las cuatro de la madrugada. Quizá tuviese insomnio, o prefería aquellas horas más frescas. Tampoco importaba demasiado. Una vez convencido, se sacudió el polvo y se acercó lentamente a la gasolinera. El roce de sus sandalias en el asfalto alertó a la mujer, que se volvió con el boquerel todavía en la mano. En lugar de acercarse a ella, Driss vaciló ante la gasolinera cerrada, fingió sorpresa (como si hubiese querido comprar algo, aunque no tenía dinero) y luego se sentó en el bordillo y le dijo «Buenos días» en español, las únicas palabras que sabía en esa lengua.

La mujer no respondió y él percibió los pequeños gestos: el dedo que soltaba la palanca del boquerel, el fugaz vistazo a la oscuridad para asegurarse de que el musulmán estaba solo y no formaba parte de una banda. Supo enseguida que también ella era extranjera. Siempre se nota. De modo que eran dos extranjeros en una gasolinera a las cuatro de la madrugada y no tenían nada que decirse. Lo único que ella pensó fue: «Este hombre sabe que tengo una tarjeta de crédito».

Por Dios, dijo Driss, yo goteaba por toda la gasolinera, parecía un monstruo recién salido de las aguas, y aquella vieja simplemente se me quedó mirando y esperó a que hablase. Yo estaba pasmado y lo único que se me ocurrió fue acercarme a ella con las manos en alto.

—Eso tuvo que ser divertido —dijo Ismael—. La mujer debía temer por su vida.

Pues sí, dijo Driss. De eso estaba seguro.

Se acercó y la mujer soltó el surtidor. Pero luego, sorprendentemente, sacó con tranquilidad la tarjeta de crédito, se acercó a la máquina y la pasó. Esperó a que saliera el recibo, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo. Luego alzó la vista y le dijo algo en español.

—*Vous ne comprenez pas?* —siguió en francés cuando él negó con la cabeza, y entonces supo que era inglesa.

Después hablaron en francés.

—Estás muy mojado —le dijo ella con amabilidad. Después le preguntó si había comido algo en las últimas veinticuatro horas, y lo cierto era que no.

—Qué pena —dijo ella con su extraño acento.

—Comí hace dos noches.

—¿Allá?

Él asintió.

—Comprendo. ¿Y cuándo has llegado a este lado?

La explicación que él le dio le pareció convincente.

—Qué gran valentía la tuya —dijo ella con seriedad.

—Es lo que hay.

—Me llamo Angela. Mi marido Roger y yo tenemos una pensión en lo alto de esa colina, en las afueras del pueblo.

Los dos miraron hacia la nada, al contorno de una colina apenas visible. La primera luz, pensó Driss.

—¿Dónde vas a alojarte? —preguntó Angela—. No puedes quedarte sentado en una gasolinera.

Él no tenía ni idea. *¿Alojarse?*

—Pensaba hacer autostop.

—Por eso has venido a una gasolinera. ¿Hacer autostop adónde?

—París.

—Eres solo un muchacho, eso no me parece sensato. Nunca llegarás a París vestido así.

La mujer rodeó el coche, pequeño y barato; la clase de coche que tendría un marroquí. Parecía irritada por lo inviable de su plan. En el guardabarros trasero llevaba un viejo adhesivo: «¿Nuclear? No, gracias».

—¿Y qué piensas hacer en París?

—Encontrar trabajo de conserje.

Ella se echó a reír y puso cara de «Menudos sois».

—Sube al coche —le dijo—. Ven a casa y toma un plato de sopa antes de que te mueras de hambre. Si no tienes papeles, te detendrán en la carretera.

«¿Sí?», pensó él, entre divertido y mordaz.

—Es usted muy amable —murmuró mientras se sentaba en el asiento del copiloto y aguardaba, muy quieto. Podría haberle robado allí mismo y podría haberse largado en su coche hasta París sin que nadie se enterase. Él sabía a qué distancia estaba. Un día de viaje, nada más, y todo por buenas carreteras. Habría sido fácil.

La observó forcejear con las llaves y pisar los pedales con unos pies pequeños, calzados con alpargatas como una antigua hippy. Podría haber sido su abuela, pero vestía como un joven espíritu libre, con pulseras en las muñecas y un vestido floreado que, para su gusto, rozaba la insolencia.

Numerosos invernaderos industriales cubiertos con plásticos bordeaban la carretera que ascendía la colina. Los Bloodworth habían comprado una granja cercada por muros de piedra en la cima, y desde sus ventanales se veía todo el valle y los invernaderos desperdigados a su alrededor. Miles de girasoles se apretujaban contra los muros, y al otro lado había castaños, pálidos limoneros y campos inclinados de vides blancas.

Driss entró en una casa preciosa con baúles y aparadores españoles, mesas enceradas y paredes encaladas. Detrás de la cocina había una piscina iluminada, encerrada en tres muros, y jardines de bocas de dragón. El marido dormía; por la mañana ella se lo explicaría todo. Entretanto, le dijo que tomara un plato de gazpacho.

Angela apagó la luz y dejó encendido el candil de la mesa. Él devoró la comida. La mujer le dio ropa seca, chanclas, almohadones, sábanas y una pequeña habitación bajo los aleros de la zona de invitados, donde entonces no se alojaba nadie. ¿Por qué hacía todo aquello por él? ¿Por su juventud, por su desesperación? ¿O por otras razones?

Driss comió solo en la mesa de la planta baja mientras las libélulas revoloteaban a su alrededor, y saló el pan con un salero de plata con forma de alfil. Angela cerró la casa. Le dio una llave de la habitación y le dijo que no saliera a la carretera hasta que ella hubiese hablado con su marido. Roger siempre tenía buenas ideas.

Él le besó impulsivamente la mano, que Angela retiró bruscamente.

—No, no. Lo hacemos con mucho gusto, no seas bobo.

Durmió profundamente en el desván. Tuvo sueños nuevos. Despertó en el suelo rodeado de almohadas y oyó el canto de los cucos en las profundidades del bosque, como si ellos, y solo

ellos, fueran los únicos habitantes del lugar. Driss pensó: «Es una trampa. Ahora estás condenado entre los infieles. Estás en su desván, desnudo y solo».

Al mediodía, sentados en sillas de mimbre junto a la piscina, lo esperaban los Bloodworth, una pareja de ancianos ingleses que leía la prensa británica con su café y una jarra de zumo de naranja, pálidos como fantasmas bajo el calor español, entre los colores maduros de sus jardines subtropicales. El marido, ingeniero químico jubilado, tendría unos setenta años y era delgado y enérgico a su manera. Le estrechó la mano y le invitó a comer unos *brioche*s, que sin duda estarían envenenados. Pero resulta que gracias a Dios no lo estaban y aquellos infieles no eran malvados, sino sencillamente unos simplones. Así lo había dispuesto Alá.

—Angela dice que la policía española te persigue —le dijo Roger en inglés— solo por ser un inmigrante. Eso nos parece muy mal, ¿verdad, Angela? ¿Te gustaría trabajar para nosotros una temporada, como jardinero? ¿Casa, comida y trescientos euros al mes?

Cuando se lo tradujeron, Driss tuvo que sofocar su confusión y dijo que sí, que le gustaría, aunque en el fondo de su ser algo le decía que no.

—Será fácil —prosiguió el inglés—. Así tendrás tiempo de habituarte a esto, aprenderás español y, cuando quieras irte, podrás hacerlo con más garantías. ¿Qué te parece?

Y así empezó, le dijo Driss a Ismael. No tuvo más remedio que aceptar y pronto trabajó a diario en el huerto bajo la supervisión del anciano, pues el infiel era un jardinero experto que sabía los nombres y las costumbres de todas las flores y plantas que crecían en aquellas tierras. Lo sabía todo de los girasoles, de cómo cultivar calafraga en las rocas y plantar salvia y tomillo entre sus arriates de petunias. Driss nunca había visto un valle como aquel, un lugar tan cegadoramente verde y coloreado de flores que te hacía sentir que hasta entonces se te había excluido de algo hermoso e innombrable, un lugar de ecos acuáticos, de humo de escopetas y de ladridos distantes, de cipreses oscuros como la tinta verde que daban una sombra que él jamás habría imaginado. Limoneros y almendros en las laderas cercanas y el aroma almizclado de los tomates que maduraban en los invernaderos. Sí, dijo Driss, como si coincidiera consigo mismo y le diese la vuelta a un recuerdo lamentable como quien gira un espetón: entonces aquello me pareció una visión del paraíso.

CAPÍTULO 10

Richard encendió un cigarrillo y se derrumbó en el sofá. Estaba agotado y deseaba que terminase de una vez aquella farsa del fin de semana. Era un fracaso absoluto. La celebración seguía adelante, pero una sensación de falsedad y desasosiego lo impregnaba todo. El anciano en el garaje, el grupo de hombres que aguardaba fuera y las supersticiosas murmuraciones del personal, que de pronto se le había puesto en contra. David traía mala suerte, y la simpatía y la compasión que Richard había sentido por él disminuían por momentos. ¿Pagar? Ahora tendría una escena con David. El médico se enfurecería y Richard haría de abogado del diablo, absolutamente convencido de lo que defendía. «Págale y que se vaya», le diría. Y cuando media hora después David entró en esa misma habitación, eso fue exactamente lo que le dijo.

—Jamás —declaró David, negando con la cabeza como un escolar enfurruñado—. No pagas a alguien por un accidente.

Richard se había asegurado de que las puertas estuvieran cerradas y también de que Hamid mantuviera a todos a distancia. David volvía a sudar y se negaba terminantemente a disfrazarse.

—No pienso ponerme ningún disfraz hasta que hayamos solucionado esto.

—Me parece bien. Solucionémoslo, entonces.

—No pienso pagarle.

—¿Lo has conocido?

David negó con la cabeza.

—Pues deberías. Es un padre afligido, joder. He llamado a Benihadd y me ha dicho que es la costumbre aquí. No estás obligado, pero, si no lo haces, las cosas se pondrán más feas.

David lo observó con frialdad. De modo que aquello era una trampa, pensó disparatadamente. Se sentía acorralado, como si un cerco se estrechara cada vez más a su alrededor. Los árabes querían sacarle dinero. Era una extorsión. Siempre exageraban su dolor y su enfado.

—Ni siquiera sé cuánto quiere —admitió Richard, andando en zapatillas por la habitación—. Quizá solo sean mil euros o algo así.

—O mucho más, joder.

—Podríamos preguntarle, ¿verdad?

—Se trata de un chantaje —dijo David—. Un chantaje puro y duro.

Richard era paciente porque coincidía en ese punto. Pero ¿y qué? ¿Y qué, si era un chantaje? ¿Cómo se diría «chantaje» en su lengua? ¿Tenían una palabra?

—Pareces muy ecuánime al respecto —comentó David, mientras se le contraía súbitamente el rostro—. ¿Y si fueran mil euros? No son ninguna tontería. Además, es una cuestión de principios,

más los mil euros.

—Si fuesen mil euros, no me parecería excesivo.

—¿Y qué van a hacer, si no? ¿Lincharme? —se burló David—. ¿Acaso tienen un ejército?

—No me imagino un linchamiento. Me imagino que no quieren irse.

—¡Ah! ¡Tu preciosa fiesta, por supuesto! No hay que olvidarse de eso. ¿Así que disfrutaremos de un agradable fin de semana en el campo mientras ellos me esquilman mil euros?

—Me parece mejor que la otra alternativa, ¿no crees?

La conversación había subido rápidamente de tono y Richard se notaba la cara sonrojada y caliente. Sentado en la butaca de cuero con las piernas separadas, vestido con una camisa Thomas Pink destrozada por el sudor y el excesivo calor, David parecía un sapo hosco y rollizo en estado de alerta, que miraba desesperado a su alrededor. Le estaban extorsionando, sin duda, y nadie iba a defenderlo, salvo él. Aborrecía que los blancos cedieran tan fácilmente al chantaje en sitios así. Los musulmanes jugaban con ventaja y se aprovechaban sin piedad, pero los blancos cobardes, doblegados por décadas de culpabilidad y corrección política, no admitían la desconsideración con la que los trataban. ¿De verdad creían que los aldeanos del Sáhara que vivían de puta pena pensaban igual que ellos? Eso no se lo tragaba nadie.

En el fondo, David tenía mentalidad de oficial colonial, una clase a la que habían pertenecido sus abuelos, tanto paterno como materno. Había muchos más hombres como él de lo que cabía suponer, sobre todo porque procuraban ocultar sus opiniones en momentos de tensión. Pero cuando se sentía amenazado, David dejaba a un lado sus reservas y se quitaba la máscara. Se volvía desdeñoso, desafiante y disfrutaba transgrediendo los tabús contemporáneos, que en cualquier caso nunca le habían convencido. Consideraba que la corrección política era un invento de los débiles norteamericanos que se revolcaban en su infierno racial, pero los británicos la habían adoptado con una intensidad aún más estúpida si cabe. Era culpabilidad, sin más, y no cambiaba nada. Y ahora Richard.

Se recostó en la silla; estaba furioso y sarcástico.

—¿Y cuáles son las alternativas, Dicky? ¿Practican la castración por aquí? ¿O también viene la policía a pegarte un sablazo? ¿Hemos pensado en hablar con el consulado de Casablanca? ¿Y tus contactos en el Ministerio de Interior?

—¿Mis contactos? No sé a qué te refieres. El consulado no te ayudará. Creen que este es un lugar remoto y perdido. Es preferible ahorrarse la burocracia. Si tomaras ese camino, estarías mucho peor.

David se miró las uñas, como hace la gente cuando se pone pasivo-agresivo.

—Puedo asumir el riesgo. Verás, tú te sientes culpable y amenazado porque vives aquí. Pero yo no siento nada de eso. No le debo nada a los marroquíes. No soy francés.

—David, me atrevo a decir que no estás pensando en tus intereses. Ni en los de Jo. Si llamamos al consulado, habrá una investigación exhaustiva. *Muy* exhaustiva. Y no creo que quieras eso.

—Yo...

—No, no, David. No creo que te convenga.

Richard se dirigió al mueble bar y lo abrió airadamente. «Dale una copa al sapo para que cambie de opinión.» Él también tenía unos cuantos antepasados de la Compañía de las Indias Orientales, la mayoría interesados en la acuarela, la arqueología y la religión oriental. Eso no te

convertía necesariamente en un cabrón autoritario.

Ni se molestó en preguntarle a David lo que quería, y preparó un enorme gin-tonic sin hielo. Lo agitó para mezclarlo y controló el arrebatado de ira que bullía en su interior. De pronto recordó un incidente del colegio que había ocurrido treinta y cinco años atrás. Era una anécdota divertida, aunque ahora no lo pareciera tanto. Un Día de los Padres, un muchacho apostado en el tejado empezó a lanzar ratones a los padres y maestros que estaban reunidos en el Ardingly College. Cada ratón iba equipado con un pequeño paracaídas decorado con una esvástica. Naturalmente los paracaídas no funcionaban, los ratones se precipitaron a su muerte y acabaron aplastados en las losas, envueltos en los paracaídas nazis. Se rumoreó que había sido David Henniger. Le castigaron con la vara, ¿verdad? Richard intentaba acordarse. Pero ¿anunciaba David su simpatía por las esvásticas, o, más probablemente, tachaba a los profesores y padres de seguidores de estas? Richard se dio la vuelta y le ofreció la copa al sapo.

Los ávidos ojos del anfibio se dulcificaron de inmediato.

—Salud, colega —dijo antes de coger el vaso, agradecido, y tomar rápidamente un trago.

Richard se acercó a las ventanas. Tenían un dilema ante sí. ¿Cómo lo resolverían? Era un problema de diplomacia, de tacto. Estaba convencido de que David no quería una investigación oficial, lo que indicaba que escondía algo. Sin embargo, el padre de Driss no podía saberlo. ¿O sí? «Los hombres del desierto lo saben todo», había dicho Hamid una vez, como si citara *Lawrence de Arabia*. Pero no era cierto. Simplemente eran pesimistas eficaces y, por tanto, astutos intérpretes de la naturaleza humana. Siempre suponían lo peor y eso hacía que acertaran nueve de cada diez veces. No obstante, su pesimismo no era como el de David. David creía que el pasado era superior al presente, y eso era otra categoría de pesimismo. Y no consideraba que todo el pasado fuese superior, por supuesto; solo el británico, desde el siglo xix hasta mediados del xx. En cambio, los marroquíes seguían el famoso proverbio que había citado Hamid: «El pasado se ha ido, lo que esperas no ha llegado y solo tienes el momento en que te encuentras». Richard se sentó a su lado y alzó el vaso.

—*Sláinte* —murmuró, pronunciando el brindis celta.

—¡Salud!

Bebieron en un silencio taciturno. En el *ksar* encendieron las velas una a una, como un cielo que se ilumina de noche. David miró el reloj. Pensaba en su mujer.

—Creo —dijo Richard, en un tono más conspiratorio— que deberíamos bajar a hablar con ese viejo. Quizá se nos ocurra algo. Llevo aquí una temporada y, si permites que te lo diga, es así como solucionan las cosas. Ni furia ni arrebatos. Nada de sermones moralizantes. Eso no funciona. Siempre es mejor escucharles y que digan lo que quieren. Por lo general, quieren algo y te lo dicen. Cuando se lo das, puedes olvidarte del asunto.

David siguió bebiendo con expresión hosca.

—En cuanto perciban nuestra debilidad, irán a por todas. No tienen nada que perder.

—No siempre funciona así. Pero me alegra que aceptes —concluyó Richard secamente—. Puede que los dos nos llevemos una agradable sorpresa.

—¿Agradable? —preguntó David apurando su vaso.

Richard quiso reprenderle, desahogarse de una vez. Si David hubiese sido sincero desde el principio, podrían haber llamado al consulado y dejarlo en sus manos. Pero aquel capullo arrogante había mentado y ocultaba algo, por lo que Abdalá, el afligido padre, tenía las de ganar.

Cada uno se forja sus propias desgracias, quiso decir en voz alta. Pero David no le escucharía.

—Me refiero —se corrigió Richard— a que quizá no vaya tan mal como nos imaginamos.

«Sé cuándo me roban», pensó David.

«No te roban; te están librando de algo peor», habría replicado Richard.

David clavó la vista en el hielo del fondo de su vaso. Se sabía culpable y guardó silencio. Deseó que una sofisticada máquina futurista pudiese transportarlo a Putney, pulsando un simple botón.

Bajaron juntos a la fiesta. En la biblioteca habían empezado a bailar con espeluznante espontaneidad. Richard había dado órdenes al respecto, pero el contingente francés iba muy bebido y se las había saltado. Sonaba Joe Dassin y bailaban el twist al son de «Bip-bip». La mitad de los invitados iban disfrazados de pies a cabeza y se habían acabado el gin fizz de la barra exterior. Ahora combinaban champán y zumo de naranja, y los pequeños sándwiches triangulares de menta que Dally y Richard habían estado perfeccionando durante un día entero hacían acto de presencia con la ensalada de hoja de remolacha servida en cuencos. Los tragafuegos de Taza habían llegado con sus artilugios y aguardaban instrucciones con expresión sombría. Richard se acercó y les estrechó la mano mientras chapurreaba las palabras en bereber que había aprendido. Los tragafuegos inclinaron la cabeza y se tocaron el pecho. Aquella noche los sofás exteriores se habían cubierto con pieles de cabra y cojines de lentejuelas; los unía un camino de grandes alfombras monocromas tribales. David pisó a conciencia los ojos geométricos, como si quisiera aplastarlos; esperaba que fuese tabú y que los *jinn*s se cabreasen. Aborrecía toda aquella afectación y pretensiones étnicas. Se podía tratar a un pueblo con decencia sin tener que imitarlo, sin extender sus alfombras por todas partes. Él trataba toda clase de razas en el St. Ann, y el juramento hipocrático hacía que, por una vez, el multiculturalismo cobrara vida. Pero no había motivos para la claudicación estética. Cuando nosotros veíamos cachivaches occidentales en sus casas nos reíamos, ¿verdad? Kitsch horrendo, nos decíamos. Pues aquello era lo mismo.

Sin embargo, a Richard no parecía molestarle. Tenía algo de esnob orientalista, aunque había que admitir que casi todo aquello era obra de su insufrible novio, de quien se decía que también le gustaban los sirvientes. Pero los gais siempre habían viajado al Norte de África; era una tradición eduardiana. Una tradición que había honrado el abuelo de David, Edwin, para gran escándalo de todos. ¿Habían seguido en masa a Oscar Wilde a Argel? «Porque podían —pensó—, porque tenían el poder.» Los braseros llameaban en una oscuridad que no era oscura. Un muchacho pasó tambaleándose con una caja de hielo llena de albaricoques, con las hojas tiesas todavía pegadas al fruto. Siempre había que alzar la vista para encontrar la luna.

Mientras caminaba a su lado, David se preguntó si Richard lo despreciaba, porque sin duda eso parecía. Estaba acostumbrado. La gente casi siempre solía tomar a David por algo que no era, por un cascarrabias dominado por la ira y la emoción. Pero es que Inglaterra se había convertido en un país regido por propaganda infantiloides y campañas de buenismo concebidas para facilitar una armonía que nunca llegaba en la forma en que sus hacedores esperaban. No había sitio para la gente que pensaba lo que quería y lo expresaba, aunque esas ideas no pudieran resumirse en eslóganes, ni siquiera en libros. Muchos de sus colegas eran musulmanes. Su diálogo interno con ellos era divertido, enriquecedor y muy tolerante. No sentía animosidad salvo cuando notaba que se ponían del lado de su *umma* después de un atentado cometido por los suyos, porque una bomba en un tren no hacía que se sintiera más cercano a ellos, pero tampoco veía motivos para

disculpase por eso, y no se lo reprochaban. Había cierta decencia entre ellos, una decencia mutuamente agradable en algunas ocasiones, como cuando felicitó al doctor Mutaba por la perfecta ejecución de una cirugía de oído en una de sus ancianas pacientes. En cuanto a su propia imagen de conservador rollizo y borrachín, era una figura con la que no se sentía identificado, y como se encontraba en buena compañía, tampoco le importaba. No estaba mal tener algo del difunto Evelyn Waugh en las venas. Era una fachada, una maniobra de distracción y una excusa para evitar que lo escrutaran. Ningún ser humano es tan simple ni tan repulsivo. Un hombre se presenta como caricatura, pero eso siempre se debe a una razón que solo revelará el paso del tiempo. Mientras atravesaba el calor, notó que se distanciaba de lo que pronto ocurriría. Al menos sería libre para emborracharse hasta caer redondo. Su imagen de cascarrabias podría serle útil si los árabes se ponían desagradables, y además era lo que a los progresistas les gustaba pensar de los demás. Siempre tan dogmáticos. Pero es que en el fondo los progresistas no entendían nada de nada, porque no comprendían la crueldad ni el poder salvo por oposición a ellos. Su lenguaje corporal los delataba. Era fácil oponerse a aquello que no tenías que usar. Pero cuando tenías que hacerlo... entonces cambiaban las tornas con la rapidez del rayo, y ya no era tan fácil enojarse u oponerse. Eso lo entendía cualquier estúpido.

No eran lo bastante listos, pensó con suficiencia mientras avanzaban sudando entre las casas restauradas, acompañados únicamente por el crujir de sus sandalias en la arena caliente. Creían que todos eran como ellos y se regían por ideas. ¿Cómo se puede ser tan estúpido? En un sentido racial, el poder era una simple cuestión de «cuántos hay de los vuestros». No podía ser más sencillo, ¿verdad? El mundo entero parecía entenderlo salvo los progresistas blancos. No era un rechazo grosero de los otros, porque él no odiaba a los otros; simplemente le resultaban indiferentes o los consideraba rivales. Había una gran diferencia entre esas dos emociones. Y ellos eran rivales. Los seres humanos siempre lo son. Recordó un comentario del escritor mexicano Carlos Fuentes sobre la inmigración ilegal hispana de Estados Unidos. Era, había observado aquel hombre con aprobación, «imperialismo cromosómico». No se podía decir más claro.

Se enjugó el sudor frío del rostro. Cuánto odiaba el calor. Odiaba la arena que impregnaba el aire y también el olor de la tierra y de la grasa que usaban para cocinar. Odiaba los putos turbantes que se ponían de noche.

—Esto solo nos llevará unos minutos. Después veremos a los tragafuegos de Taza. Son alucinantes.

—Vaya, estupendo.

Pasaron a un espacio abierto donde bailaba la gente. David los observó como si estuviera sordo, como si la música no existiera, lo que convirtió aquello en un espectáculo dantesco. Personas retorciéndose como epilépticos. Lo único que le gustó fue la fragancia a perfume caro del cuerpo de las mujeres que flotaba libremente con el sudor. ¿Por qué no habrían ido a Roma? En aquel preciso instante podrían estar sentados en el Ristorante 59 de la Via Angelo Brunetti, pidiendo una deliciosa botella fría de Greco di Tufo. Qué error habían cometido viniendo aquí. Pero lo había hecho por Jo, convencido de que aquello la «mejoraría», como él solía decirse. Todos podemos equivocarnos.

Jo necesitaba un cambio de aires. Llevaba años sin escribir nada. Se sentía amargada e infeliz, probablemente por él, pero en cualquier caso nunca debemos desviarnos de lo que nos gusta de verdad. El concepto de «explorar» como ferviente proyecto moral es lamentablemente ridículo y

siempre conduce al fracaso, cuando no al sufrimiento agudo. Qué estúpido había sido. No había ninguna necesidad de viajar salvo para ir a un lugar *más bonito*, que para David significaba una ciudad francesa o italiana con mejor calidad de vida que Londres o Nueva York. Sitios con mejor comida, más tranquilidad, arquitectura superior. Ibas allí y cargabas pilas. Bebías y comías con desmesura, sin pensar en el aspecto que tendrías la semana siguiente con unos michelines nuevos, y eso estaba bien. La vida era mejor durante un tiempo y la inversión valía la pena. Prácticamente el resto del mundo era un engorro. O quizá él no lo entendía.

«Como lo admito, no soy exactamente un chovinista, ¿verdad? —pensó mientras se miraba los zapatos polvorientos, que ya no respondían al lustrado—. Soy un perfeccionista. Tan solo creo que algunos musulmanes tratan a los suyos como mulas. Lo siento, pero es lo que hacen. Tratan a los suyos como si fueran animales de carga. No es culpa suya, nunca lo ha sido. Están en su derecho, si eso es lo que quieren.»

El Toyota aguardaba en la penumbra junto al portón, y también pululaban por allí algunos aldeanos que parecían esperar un acontecimiento dramático que aliviase el tedio del día, que era el mismo tedio de siempre. Oían la música disco de los setenta con su indiferencia habitual, sin molestarse ya en imaginar los actos decadentes que ocurrían en el *ksar*. Estaban más interesados en el policía solitario que comía un sándwich apoyado en la pared y en la aparición del cadáver amortajado de Driss. El sol había desaparecido en el lejano horizonte y el aire que rodeaba las fuentes se había vuelto húmedo y gris. Las libélulas habían dejado de volar. Entre las casas desmoronadas de la carretera de Tafnet crecían arbustos de flores silvestres que se resistían a marchitarse, cuyos pétalos dorados rasgaban la oscuridad. Los hombres fumaban sus grandes pipas de arcilla, sosteniendo la cazoleta en su mano izquierda, sin nada que decirse. El chismorreó había cesado.

Richard y David llegaron al garaje. Los hombres de Tafal'aalt, que bebían té con menta acuelillados junto a la pared, los miraron con una curiosidad temerosa y contenida. Richard estaba nervioso porque le inquietaba tratar con marroquíes si Hamid no lo acompañaba. Y Hamid no estaba, probablemente estaba ocupado en sus innumerables tareas, por lo que Richard se quedó vacilando en el umbral. Percibió de inmediato que los hombres de Tafal'aalt no se parecían a nadie que hubiese conocido en aquel país. Eran flacos y secos, reducidos a su mínima esencia como la madera erosionada por el mar. Se movían muy despacio, pero con esa decisión que hace que las personas más humildes parezcan magníficas, implacables y aristocráticas. La pobreza acentuaba su nobleza peligrosa y fluida. La intensa oscuridad de su piel era algo adquirido con el esfuerzo, como los rubíes o las cicatrices. Hablaban de forma suave y elegante, como si no valiese la pena gritar o como si nada pudiese obtenerse a base de gritos. Era imposible saber qué estaban pensando o calculando, porque quizá tampoco lo supieran ellos. Enmohecidos y polvorientos, artríticos y resecos, al hablar sus ojos súbitamente cobraban vida, sus manos se movían arriba y abajo como remos y uno no sabía qué pensar de ellos.

—¿Dónde está el padre? —les dijo Richard en su árabe básico y oxidado, y ellos respondieron con un gesto que decía: «¿Y tú qué crees? Dentro».

Esperaron a Hamid, que pronto apareció jadeando, aunque espléndidamente vestido con una chilaba ceremonial. Los invitados se quejaban de los canapés de pepino y a última hora había tenido que preparar una nueva tanda. «¿Los pepinos pueden ponerse malos?», pensaba desde hacía una hora.

—Monsieur, he estado corriendo sin parar de aquí para allá. Lo siento.

—No te preocupes, Hamid. Recupera el aliento.

Richard miró fugazmente a David, que estaba pálido y frío como el hielo.

—¿Estás preparado, David?

David asintió con suficiencia y avanzó hacia la puerta del garaje, que estaba abierta y abarrotada de gente. Richard ordenó a los espectadores que retrocedieran y entró con Hamid y David.

Todas las luces estaban encendidas. El padre lloraba inexpressivamente junto al cuerpo y Richard vio de inmediato que no había nada calculado en él. Aquello era un inconveniente y se desanimó un poco. El anciano se los quedó mirando con los puños cerrados, caídos a ambos lados del cuerpo. David era incapaz de apartar la vista del cadáver de Driss, al cual antes ni siquiera había mirado. No sintió la emoción adecuada, pero al menos fue capaz de adoptar una expresión grave y atónita. No le invitaron a estrechar la mano del anciano e intuyó que aquel gesto se haría esperar. Mientras aguardaba, notó que el pulso se le aceleraba y que luego volvía a estabilizarse. El sudor se enfrió gradualmente. Perdió el miedo y empezó a calcular los probables daños económicos.

Fue Hamid quien tuvo que hablar, en un tamazight precario.

—Este es el hombre que conducía anoche —dijo, señalando a David—. Él declara su inocencia ante Dios.

Pero su tono indicó a los aït kebbash que Hamid también albergaba sus dudas, y que no eran dudas fáciles de disipar.

Abdalá miró a David con una pureza infantil, con unos ojos abiertos e inquisitivos que al mismo tiempo rechazaban plantear pregunta alguna. Por un momento, David pensó, sorprendido, que no había en ellos la menor acritud. ¿Cómo era posible? Simplemente, el anciano parecía examinarlo como si fuese una piedra o una algarroba colgada del árbol. También lo atravesó con la mirada, como si sus órganos internos fuesen visibles y pudiesen ser juzgados. Miró a través de él sin ninguna expresión en su rostro.

El aire acondicionado zumbaba sonoramente en el reducido espacio, y el anciano, que temblaba un poco, se había puesto la capucha de la chilaba.

—¿Os lleváis ahora mismo el cuerpo a casa? —preguntó Hamid.

—Sí, si Dios quiere.

Richard se esforzó por entender aquellas extrañas palabras en tamazight, pero no lo consiguió. Dirigió a David una mirada de preocupación.

—¿Quiere hablar con el inglés? —siguió Hamid, inclinándose, solícito, hacia el anciano.

Abdalá se volvió para mirar a David cara a cara.

—Puede hablarle y yo traduciré —añadió Hamid en voz baja.

—No. Hablaré contigo —respondió el padre.

Hamid se acercó a Richard.

—Dice que hablará conmigo. Quizá es porque ustedes no son creyentes.

—Ya estamos —dijo David.

—Me parece bien. Adelante —le dijo Richard.

Abdalá habló con los ojos fijos en la amable cara redondeada de Hamid, de tez suave y

agradable. Su voz era persuasiva pero también dura, y nunca perdía su exquisito sentido de la medida. Hablaba como si hubiese preparado aquel discurso durante muchas horas, como si hubiese ensayado cada palabra para que encajara en un argumento irrefutable. No se percibía ningún esfuerzo en lo que decía, por lo que Hamid se limitaba a escuchar y asentir, mientras pensaba: «Es lo más razonable del mundo». En ocasiones, el anciano recalcaba alguna frase con un movimiento del dedo índice. El padre comenzó a hablar con mayor énfasis y Hamid se le acercó.

Los dos europeos estaban excluidos por completo. Con la barbilla apoyada en la mano y la cabeza ladeada, Richard intentaba ocultar su desconcierto. Conocía bastante a los locales como para saber que lo que proponía el anciano era algo muy complicado y que Hamid lo aceptaba. Finalmente callaron, el anciano dio media vuelta y Hamid se acercó a los extranjeros, cambiando sutilmente de actitud. Con un tono entre comedido y astuto, se protegió con unas disculpas serviles antes de comunicarles que el padre había sugerido algo inusual, aunque Richard no creía que «sugerir» fuese el verbo adecuado; «insistir» cuadraba más. Hamid dijo que Abdalá quería que David volviese con ellos a Tafal'aalt para enterrar a Driss. Le parecía correcto y apropiado que el responsable de su muerte los acompañase, y estaba seguro de que David accedería, pues parecía un hombre de honor. ¿Cómo no iba a acceder? Era la petición que hacía el padre al asesino de su hijo, pero la formulaba con respeto, con reserva, con un profundo sentido de la dignidad. Era lo propio en aquellas tierras, continuó Hamid, pero su voz vaciló, y esa vacilación delató su incertidumbre. Richard le dirigió una mirada penetrante y sintió que la propuesta de Abdalá se ampliaba y alcanzaba una nueva dimensión que no podía catalogarse ni tampoco rebatirse mediante las objeciones habituales.

—¿Lo es? —preguntó, incrédulo.

—Verá, monsieur, no se lo puedo decir. Viven en las profundidades del desierto. Si he de serle sincero, no es un pueblo que conozca. Dicen que es su costumbre y tendré que creerlos.

Richard reflexionó. Nada en el anciano despertaba desconfianza. A fin de cuentas, era la parte agraviada; la víctima, por así decirlo. Pero dudaba de que aquello se limitara solo a que David presentase sus respetos a la familia. Tenía que haber algo más, y eso dijo.

—Quizá la familia aprecie un gesto de monsieur David para demostrar cuánto lo lamenta.

—¿Es eso lo que ha dicho el padre?

—No, en absoluto. Pero se sobreentiende. Nosotros no hablamos de esas cosas.

—Pero David tiene que saber qué pasa. Tiene que saber de cuánto dinero hablamos.

Hamid se encogió de hombros.

—No puedo preguntárselo, monsieur. Sería grosero. Monsieur David tendrá que llevarse cierta cantidad.

—Pero monsieur David no ha accedido a este absurdo plan —dijo David—. ¿Volver con ellos a una aldea desconocida? ¿Te has vuelto loco?

Hamid se dirigió a él con una cortesía dura e inflexible.

—Lamento decirle, monsieur David, que quizá no tenga usted elección. En realidad, no se lo preguntan; solo están siendo educados. Creo que insistirán.

David se quedó estupefacto unos instantes, aunque en realidad llevaba esperándose algo así desde el principio. Claro que no se conformarían con un donativo; le sacarían todo lo que pudiesen. Lo retendrían en alguna aldea hasta que accediese a sus peticiones. Era patéticamente

predecible, con su mentalidad bandolera y su ética de extorsión al infiel. Y sabía que era inútil discutir porque Richard insistiría, argumentando que pasar una noche en su aldea y presentar sus respetos era mucho más fácil que cualquier otra alternativa. Un hombre con los ingresos de David podía permitirse un donativo. Y todo eso era verdad. Se sentía cansado, rendido, y ya sabía que acabaría cediendo. En cierto modo, hasta suponía un alivio: puesto que tácitamente todos le consideraban culpable, sería un alivio obtener su perdón. Y nadie podía perdonarle salvo aquel anciano pétreo y andrajoso, vestido con su chilaba parda. Si aquel padre implacable no lo perdonaba, nadie podría. Ser perdonado y ser exonerado por las autoridades eran dos cosas muy distintas, y precisamente porque la gente percibía esa diferencia se veía obligado a acceder a lo que Abdalá le pedía. Era una salida; la única salida posible.

«Sin ese perdón, seré un hombre marcado», pensó.

Richard le había leído el pensamiento y le tranquilizó que David entendiese lo que debía hacer.

—Esperaba algo peor —le dijo al oído—. Hasta puedes disfrutar del viaje. Estarás de vuelta dentro de un par de días.

A David se le contrajo el rostro, pero mantuvo la compostura; sin embargo, Hamid captó la fugaz expresión de malestar.

—¿Accede, entonces? —le preguntó.

—Supongo que sí.

—Es una excelente decisión, si me permite decirlo.

—Ya veremos. ¿Cuánto dinero tengo que llevarme?

Hamid miró al padre de soslayo.

—Llévese todo lo que tenga. Déselo y dígame que es todo lo que tiene. Lo aceptarán. Son pobres, mucho más pobres de lo que pueda imaginarse.

«La pobreza despierta la codicia», quiso decir David.

—No es ideal, pero tampoco está tan mal —comentó Richard, con una inevitable sensación de alivio—. Será interesante.

—¿Se te ha pasado por la cabeza, Richard, que quizá tengan en mente algo mucho más desagradable de lo que crees? No es tan descabellado, muchacho. No habrá nada que los detenga una vez que me hayan desplumado. No deben de tenerme demasiado afecto, considerando que me he cargado a su hijo. ¿Hemos pensado en eso? —preguntó David, dirigiendo una mirada fulminante a Hamid.

—¿Y bien, Hamid? ¿Te parece posible?

—Monsieur, está exagerando.

—¿Ah, sí? ¿De veras?

—Sí —intervino Richard—. Eso es lo último que se les ocurriría hacer. Por Dios, David, ¿eres siempre tan paranoico?

—A Jo no le va a gustar.

—Lo comprenderá. Hablaré con ella, si quieres.

David levantó la mano de forma brusca, aunque nada convincente.

—No, no más intervenciones, por favor. Lo haré yo mismo. Un fin de semana divertidísimo. —Dirigió una sonrisa espantosa al anciano—. Veamos, señor Pueblerino, ¿cuándo nos ponemos en marcha?

Indignado, Hamid le dijo el nombre del anciano, pero David no conseguía pronunciarlo.

—Lámale «monsieur Taheri» —le espetó Richard, liberando por fin toda la irritación acumulada—. O solo «monsieur».

—Monsieur —dijo David al anciano, que ni siquiera lo miró—, *quand voulez-vous partir?*

—*Tout de suite* —respondió el anciano de inmediato.

David sintió la condensación de las glándulas sudoríparas de todo su cuerpo, la frialdad pegajosa de mil poros de sudor. Siguió un súbito acceso de vértigo, y para estabilizarse apretó los puños a modo de lastre. Así consiguió detener la luz del techo, que hasta entonces giraba con violencia. Parpadeó. Richard quería desentenderse, dejar las cosas así. Lo repudiaba, lo abandonaba. Gestión de daños. Es tu problema, muchacho, pensaba Richard. Apáñatelas.

—Tengo que hablar con mi mujer —le dijo David a Abdalá, con Hamid como intérprete—. Le disgustará muchísimo.

—Es posible —coincidió Richard, con expresión apenada.

—Una *gazelle* es una *gazelle* —dijo el anciano, como si aquello fuese una explicación. Hamid sonrió, y, de no haber sido irrespetuoso, se habría echado a reír—. *Ghanchoufou achno mkhebilina ghedda* —murmuró—. Ya veremos lo que nos depara el mañana.

Jo lo esperaba en el porche de su chalet. Anocheecía y el personal había encendido las velas antimosquitos, aunque Jo dudaba de que los mosquitos pudiesen sobrevivir a aquel calor abrasador. También habían traído platos pintados con melón y jamón italiano, así como unas copas donde un melocotón giraba sumergido en champán. Era el cóctel alemán Kullerpfirsich: pinchaban el melocotón con un tenedor, y las burbujas del champán, al penetrar en los orificios de la fruta, la hacían girar en el líquido. Era un invento que impresionaba sobremanera a los jóvenes sirvientes marroquíes; quizá lo considerasen cosa de brujería, y soltaron la copa como si quisieran librarse de ella cuanto antes. Aquella noche iban tocados con *tarbouches*, y Jo los compadeció.

—¿Por qué dan vueltas los melocotones? —le preguntaron con los ojos abiertos como platos.

—Porque el señor Richard los ha hecho girar —respondió ella.

Entonces lanzaron el primer cohete de los fuegos artificiales, que esquivó la luna por poco. Unas chispas plateadas descendieron flotando e iluminaron la discoteca exterior y su multitud móvil de cabezas y brazos. A su alrededor habían levantado falsas palmeras plateadas, adornadas con luces rosas, intercaladas con tiendas de seda estrechas y puntiagudas en cuyo interior se servían probablemente bebidas o drogas. Richard y Dally se ocupaban de que siempre hubiese «material» disponible, con una prodigalidad y una despreocupación que hacían las delicias de sus invitados. En la biblioteca nunca faltaban platos con galletas de *majoun* —pasta dulce de hachís—, y en las mesas de los pasillos habían dispuesto cajas de cedro con porros primorosamente elaborados. Algún que otro viejo depravado se detenía de camino a la cena, olfateaba el material y escogía uno con elegancia afectada. El objetivo era que los invitados estuviesen constantemente colocados, y había funcionado porque a Jo no le cabía duda de que todos lo estaban, salvo ella y David. Todos compartían un estado de ánimo colectivo. Una pareja pasó tambaleándose, esquivando las olivas y los palillos de los cócteles tirados por el suelo. Eran muy jóvenes; la chica tenía un glamur increíble y el chico estaba empapado en sudor. La miraron fugazmente y ella preguntó: «¿Vienes?». Tenían cara de lobeznos. La joven parecía Isadora Duncan justo antes de morir estrangulada. Jo negó con la cabeza y levantó su melocotón giratorio. Ya veis, no necesito nada más.

—En cuanto a los americanos en Irak...

Las voces se alejaron y luego pareció que la chica perdía el equilibrio, pero se mantuvo en pie. Otro cohete ascendió y estalló en una lluvia de efectos especiales. Jo miró la hora. ¿Dónde estaba David? Una gran pelota de plástico apareció sobre las cabezas de los danzantes y se mantuvo en el aire gracias a los sucesivos toques de los concurrentes, que la hicieron girar como su melocotón. Siguió un torrente de risas, pero ella no conseguía relajarse. Sentía una culpabilidad agotadora, sin objeto ni resolución. ¿A quién podía pedir perdón? No había nadie a quien suplicar, salvo al anciano que aguardaba en el portón, y David estaba hablando con él. Y ella jamás, en toda su vida, le había suplicado nada a nadie. ¿Cómo se hacía?

Notaba que perdía lucidez. Su cuerpo estaba inmóvil, pero su cabeza giraba sobre un eje cada vez más inestable. El cuerpo puede transformarse en arena, disolverse por las extremidades y mezclarse con el entorno, desaparecer gradualmente, fundirse en otras cosas. Por fin salió la luna, y luego una forma familiar se acercó furtivamente por los extraños senderos sin asfaltar que cruzaban como serpientes negras aquella fantasía de Richard y Dally. Se tensó. David parecía malhumorado, como siempre.

A veces se preguntaba si en realidad lo odiaba. Ya sabes, se decía, con ese odio inquieto que es la perfecta falsificación de un amor que se disuelve, exhausto. Puedes odiar a un hombre simplemente porque le has dejado entrar y luego él no ha hecho lo que tenía que hacer. Por una parte, era orgullo femenino herido, pero por lo demás el sacrilegio era enteramente de David. Fanfarroneaba y maltrataba. Tenía un orgullo insoportable. Los hombres son los pecadores, no nosotras. Jo creía que había cometido delitos menores, no pecados.

Apuró el cóctel espumoso de un trago y luego le dio un mordisco al melocotón borracho.

—Bailan como niños de pecho —dijo él fríamente al llegar, buscando de inmediato una toalla para limpiarse las manos—. Cuánto me alegra no saber bailar.

Se desplomó a su lado. Tenía la cara empapada y un aspecto enfermizo. La resignación de su voz resultaba sorprendente y Jo esperó a que le revelara el motivo. Con él nunca se sabía; los desastres se abatían sobre David como tormentas y se iban con la misma rapidez, dejando a su paso la forma inquebrantable y obstinada de su marido, que a ella le recordaba un gran montón de rocas.

David se recostó y no se anduvo por las ramas.

—Dicky y el criado árabe han concebido un plan perfecto para mí. Volveré con el viejo brujo a su aldea perdida para expiar mis actos. No tengo ni idea de lo que tienen en mente. Debo llevarme todo el dinero. Dicky dice que te prestará cualquier cosa que necesites, que será nada. He accedido. Todos creen que es la única solución posible. Los nómadas pueden ponerse desagradables.

—No son nómadas, cariño.

—Bueno, lo que sean. Me arrastran a un lugar que ni sé pronunciar. Al menos allí no habrá bailes.

—Eso es lo que crees.

Él soltó un gemido y se permitieron un instante de humor negro.

—¿Cuándo te marchas?

—Ahora mismo. Quieren partir dentro de una hora. El cadáver...

—Yo también voy —anunció ella después de un silencio espectral.

—Ni hablar. «*Pas de gazelles*», ha dicho el viejo. Nada de mujeres, lo que significa que no vienes. Te quedas. Serías una complicación insufrible.

Jo intentó discutirlo, pero era como arrastrar una roca cuesta arriba, y pronto abandonó. Al fin y al cabo no quería ir, y ni toda la retórica del mundo podía ocultar ese hecho. Sintió una sádica sensación de triunfo. Le parecía correcto que él fuese, y no lo consideraba peligroso, sino simplemente preocupante. Durante los minutos siguientes le hizo el equipaje: metió en un neceser los artículos de tocador, el cepillo de dientes, las maquinillas y la loción para después del afeitado, las vitaminas y el algodón. Dobló algunas prendas de ropa, las metió en una bolsa de deporte y la cerró. Era como mandar a un niño al internado. Jo pensaba deprisa. Ni se le pasó por la cabeza que pudiesen lastimar a David, pero se mordió un nudillo y notó que le brotaban las lágrimas. No lloraba por él, sino por su pasado, que de pronto había desaparecido. Cuando volvió a salir, se encontró a David bebiendo mucho, con la vista clavada en las celosías y el contorno dorado de la casa.

—No deberías —fue todo lo que dijo.

—Me importa un bledo ofenderles. Soy un infiel. Me está permitido beber.

—Pero no deberías..., por ti.

Jo le puso la mano en la nuca, lo atrajo hacia sí y le besó la frente húmeda.

—Ésa es precisamente la razón por la que bebo —murmuró David.

Ella no sabía qué decirle. ¿Vuelve sano y salvo? ¿No hipotecas la casa?

—¿Has visto ese sitio en el mapa? —fue lo que preguntó.

Él negó con la cabeza y dijo que tampoco le importaba.

—Estoy convencida de que Richard no te dejaría ir si creyera que es arriesgado. Este tampoco es un país grande.

David sostuvo su mano un momento. De algún modo enfermizo, a él también le aliviaba irse. Quería cruzar aquel puente y zanjar un montón de asuntos. Contempló con tristeza los dos cubitos de hielo que flotaban en su Johnny Walker aguado y se le ensombreció el ánimo. «Todo ha sido culpa mía, así que esto es lo mejor que podía ocurrir. Quédate y diviértete», quiso decirle.

—Te ordeno que te diviertas —sonrió—. No te preocupes por mí. *Tutto bene*. Considéralo como una excursión por el desierto. Té en el Sáhara. Seguro que todo es una tontería y al final hasta me lo pasaré bien —dijo casi gruñendo—. Creo que desean concluir el asunto con un gesto de solidaridad por mi parte. Quieren que les diga que lo siento. Eso es lo que siempre quiere la gente, como en los programas de Oprah.

—¿Y les dirás que lo sientes?

—Les diré que lo siento, sí. Y es verdad.

—Me tranquiliza oírlo. Por un momento me ha parecido que no.

David hizo un gesto de hartazgo y ella le pasó los dedos por el cabello cano, ondulado y reseco por el calor. Estaba enfurruñado, se sentía como una víctima. La mano le tembló cuando sujetó el vaso que lo envenenaba poco a poco. En la discoteca sonaba Lucio Dalla, pop italiano de los setenta. ¿Iba a perderselo? Se volvió hacia ella, le acarició los nudillos de la mano que apoyaba en su hombro y los recorrió algo inasible, el poso de una antigua complicidad. Reírse juntos del mundo. Disfrutar del mismo vino. ¿Y ese pequeño hotel en Roma? Pero el equipaje aguardaba en la otra habitación y los aït kebbash le esperaban en las puertas. No parecían

enfadados, solo ansiosos por celebrar un entierro legítimo. Cuando llegaron allí, el motor ya estaba en marcha. Habían envuelto el cadáver escrupulosamente, como una momia, y lo habían trasladado a la parte posterior del todoterreno, doblándolo un poco. Abdalá esperaba, impaciente, a que el asesino de su hijo apareciese con su bolsa de viaje. Su estado de ánimo era indescriptible, hasta para sí mismo. Pero él nunca había intentado describirse.

Su alma era sombría, igual que su mente. Se humedeció los labios y dirigió una mirada desdeñosa a la despreciable *source des poissons*. Pero en el fondo sentía envidia y una codicia amarga.

CAPÍTULO 11

Era agosto, dijo Driss, y todas las mañanas Roger le preparaba café en el cobertizo si en las habitaciones había huéspedes, visiones humanas que bajaban a la piscina en bata y zapatillas con platos de fresas y tímidos cigarrillos, cual delicados animales que acuden al abrevadero. Los huéspedes europeos. Parejas francesas y familias de Londres y Dublín. Algunos amarraban su barco en Sotogrande durante todo el verano. Roger lo mantenía alejado de ellos, cerraba la puerta del cobertizo cuando Driss desayunaba y se aseguraba de que nadie lo viese hasta que se ponía el sombrero de paja y la chaqueta de jardinero, un espantapájaros anónimo que no despertaría la curiosidad de nadie. Y así, disfrazado, se aventuraba bajo el sol con su cubo y sus tijeras de podar.

Roger le enseñó todo lo que él y Angela habían plantado desde que se mudaron a España once años atrás. Eran jardines de inspiración inglesa, pero que gracias al clima tenían «sangre nueva». Driss tuvo que aprender a distinguir cada arbusto y cada pétalo. Tuvo que aprender a cavar y plantar y podar con el mismo cuidado con que se cortaba las uñas.

—Me gustaría que me enseñaras algo de árabe —le decía Roger mientras por la mañana atravesaban lentamente el jardín—. Así también podría aprovecharme de ti.

Aquellos infieles siempre bromeaban. Pero ¿eran realmente bromas? Siempre se mostraban alegres y cordiales, pero ¿era aquello realmente alegría y cordialidad? Una negra clavija le atenazaba el corazón, pues sabía que los infieles eran taimados y, en última instancia, solo buscaban la perdición de los creyentes. Era su naturaleza, y nada podían hacer al respecto.

Sin embargo, pese a todas aquellas dudas, Driss sentía afecto por los Bloodworth. En la casa principal, cuyos postigos podían cerrarse para evitar las miradas curiosas de los huéspedes, jugaba al ajedrez con Roger mientras una música curiosamente reconfortante salía del reproductor y Angela preparaba la cena, que servía en platos pintados muy similares a los marroquíes. Driss nunca consiguió ganarle al ajedrez, lo que en cierto modo le molestaba vagamente, pero, como compensación, en el centro de la mesa había fuentes con albaricoques e higos que comían con cuchillo mientras las cigarras cantaban junto a las ventanas. Los viejos infieles transmitían tal placidez, tal felicidad, que se preguntó de dónde procedía. Nunca había conocido a unos ancianos como aquellos, pero en realidad tampoco había vivido nunca con viejos, a excepción de su padre. ¿Erancristianos, o no tenían Dios? Aquella pregunta le atormentaba durante las noches que no podía dormir.

Sin embargo, mientras cenaban, ellos le hacían preguntas amables: ¿de dónde era?, ¿qué hacía para ganarse la vida?

—Preparo fósiles. Ese era mi oficio —les dijo.

—¿Tenías un oficio? —preguntó Angela.

—Sí, pero en Francia seré conserje.

—Podrías quedarte con nosotros —le dijo Roger una noche—. ¿No es mejor ser jardinero que conserje?

«Pero el conserje tiene las llaves de todos los pisos», pensó Driss.

Planearon cuidadosamente su estancia en San Martín. No le estaba permitido bajar andando hasta las puertas del terreno, ni por la carretera, ni tampoco ir al pueblo. Podrían verle, le decían, y la policía local siempre buscaba ilegales que trabajaban en los campos y en los invernaderos. Tenía que quedarse en la propiedad, ser discreto y trabajar en el terreno. Le decían que podía llamar a su familia desde la casa, y la idea de llamar a Issimour, imaginarse a su padre descolgando el teléfono y diciendo: «¿Diga?», le hacía sonreír. Pasó semanas trabajando, oculto por un sombrero de paja, podando árboles frutales y arbustos y comiendo en la mesa de los Bloodworth. Los infieles le ofrecían vino, que él rechazaba educadamente.

No es que los odiase, le dijo a Ismael. Los quería. Lo que odiaba era su compasión. Parecían no darse cuenta de que él, Driss, podía destruirlos cuando le apeteciese. Destruirlos y saquear la pequeña caja fuerte de su despacho, donde Roger guardaba todas las ganancias de la pensión. Ni siquiera eran conscientes de la compasión que él les mostraba. No veían su hombría, la ignoraban como si no existiera y él solo fuese un niño que necesitaba un vaso de leche al acostarse.

«Miente —pensó de pronto Ismael—. Nunca fue a Francia. Se quedó en España, en casa de esos viejos.»

Driss le dio una calada al porro y le leyó el pensamiento, pero tenía la cabeza en otra parte: el pasado en el que nunca pensaba, ese vasto paisaje poblado por fábricas en ruinas, ríos envenenados y campos de batalla.

—Solo me tomaba mi tiempo, Ismael. Me preguntaba qué hacer. ¿Ir a París? ¿O esperar a ver qué harían por mí los ingleses? Estaba ganando más dinero que nunca en la vida. Trescientos euros al mes.

En octubre ya había ahorrado mil euros, pero sabía que en el despacho había miles de euros más, quizá decenas de miles. Los viejos guardaban cuanto podían en efectivo para no pagar impuestos. Así que, a su manera, eran tan maliciosos como el resto. Él veía los fajos de billetes que todas las noches, sin reparar en su presencia, el inglés ataba con gomas para luego guardarlos ordenadamente en la caja fuerte. Sin embargo, por mucho que observase las combinaciones que Roger usaba en la caja, no conseguía recordarlas. Pero empezó a pensar en ellas. Estaba seguro de que acabaría memorizando los números y, cuando lo hiciese, tendría que decidir cuidadosamente su siguiente paso. Aunque podría denominarse robo, él lo habría llamado otra cosa: necesidad y ley de vida.

Conocía muy bien sus funciones y lo que se esperaba de él. Se acostaba tarde en su habitación del desván para no cruzarse con los huéspedes. Subía con una lámpara de aceite después de que los viejos cerrasen todas las puertas y recorría el largo pasillo hasta lo alto de la casa, atento a los tenues sonidos procedentes del otro lado de las puertas. Un hombre del desierto, pensaba alegremente, un hombre de Tafal'aalt, solo en la casa de los infieles con una lámpara de aceite, que se acostaba mascando chicle, armado con un cuchillo de cocina. Su propia mansedumbre y obediencia lo divertían. Solo les seguía la corriente, por supuesto, mientras aprendía el funcionamiento del mundo *gaouri*, y entretanto se permitía una humildad antinatural que le sería

útil si tenía paciencia. Era discreto.

De noche, leía en su habitación las revistas que Roger le daba —*Paris Match* y *Der Stern*—, y sus fotografías le ayudaban a penetrar en un mundo vasto y desconocido. Cuando apagaba la luz, recordaba su vida en Issimour; un desperdicio, una auténtica estupidez.

Solo ahora pensaba en su padre despertándolo a las cinco de la mañana para escalar los barrancos con sus martillos y cinceles, un padre que le pegaba cuando lo veía huraño y desganado, y le decía que era insignificante y perezoso, un inútil que nunca llegaría a nada. Un muchacho como él, desobediente y vago, les traería la desgracia si no se tomaba su trabajo en serio. A los diez años ya trabajaba en la pared del barranco diez horas al día, desde la salida hasta la puesta de sol, y a veces más, solo en el extremo de una cuerda ceñida a la cintura, bailando de agujero en agujero hasta que, a golpe de martillo y cincel, los trilobites se desprendían de la roca. A veces se tumbaba en la cueva, extenuado, y contemplaba el desierto que se extendía tras las casas hacinadas, el cementerio, la línea reseca del *oued*, el oasis enfermo y los huertos cubiertos de arena. Ya entonces odiaba aquel sitio que era su hogar y escudriñaba el horizonte para ver qué había más allá.

Decían que el desierto había sido un mar inmenso, pero ojalá lo fuese ahora. La carretera que subía a Alnif no era una carretera, sino solo una cicatriz en la superficie de la tierra. La usaban los todoterrenos que se llevaban los trilobites y los hombres que guiaban sus rebaños como si estuviesen perdidos. En la cima de Issimour, donde a veces subían para escapar de los rigores del trabajo, las zanjas estaban repletas de fósiles marinos.

En noviembre llegaron las lluvias y se acabaron los turistas. Los Bloodworth cerraron parte de la casa y se instalaron en la cálida planta baja para retirarse a sus rutinas invernales. Los jardines se volvieron húmedos y brumosos y la impaciencia de Driss fue en aumento. Empezó a soñar con París. Las tardes se acortaron y el sonido de las escopetas de caza fue acercándose cada vez más.

—Te aseguro, Ismael, que era incapaz de pensar en nada que no fuese París.

Pensaba en París sin cesar y empezó a preguntarle a Roger cómo se llegaba hasta allí. Había carreteras anchas que atravesaban las montañas hasta Francia y costaban una fortuna, pero él sabía que los marroquíes usaban ese camino desde Algeciras y quizá alguno lo llevase, si hacía autostop. Los ingleses se mostraron consternados cuando les anunció su atolondrado plan e intentaron convencerle de que desistiera. Era curioso lo aburridos y solitarios que parecían una vez pasado el verano, como si temiesen el invierno y encontrarse solos en aquella casa helada en lo alto de la colina. Querían que se quedase, pero no porque necesitaran ayuda con el huerto, ni porque no pudiesen limpiar la piscina solos. Una noche los oyó discutir; Robert gritaba como una chica. Se rompió algo, un plato o quizá una taza de cerámica, y luego oyó un portazo. Una pequeña tormenta en un vaso de agua. ¿Sobre qué podía discutir una pareja de ancianos con tanto furor? Algunas noches le hablaban de su pasado, de su época de mochileros hippies en Asia o del célebre concierto de Tangerine Dream con Nico en la catedral de Reims. Siempre habían querido largarse de Inglaterra y nada los habría detenido. ¡Sí, entendían las necesidades de los emigrantes!, decían sonriendo. Estamos hechos para errar por el mundo libremente, decía Angela, sin muros ni barreras. La persecución de los emigrantes era una ofensa contra la naturaleza humana. Pero Driss no entendía nada de lo que decían. Él solo quería llegar a París sin que la policía lo descubriese, y punto. ¿Naturaleza humana?

A veces quería trepar el muro y andar hasta San Martín solo para ver a las chicas sentadas en

los cafés, pero era imposible. Los ingleses habían insistido en que, si lo hacía, se ponía en peligro y también los ponía en peligro a ellos. Pero cuando oscurecía se veían las luces del pueblo en el fondo del valle y los Bloodworth iban todas las noches a tomarse un fino y a charlar. Empezó a sentirse encerrado, necesitaba abrir las puertas. Pero le faltaba dinero, dinero para vivir en París un invierno. La solución era fácil.

—Pero eran tus amigos —dijo Ismael.

Driss apagó el porro y se volvió para contemplar la carretera, como si esperase de ella un pequeño milagro. Por aquella carretera llegaba el hachís y el dinero de los fósiles que vendía en el mercado negro.

—Cuando nos estamos abriendo camino no hay amigos que valgan. ¿No era yo su esclavo doméstico? ¿Qué sentido tenía todo aquello?

—Estaban solos.

—Sí, pero ¿es culpa mía? ¿Acaso soy un perro? Podían comprarse una mascota, si era eso lo que querían.

—Por Dios, es cierto.

—Eran infieles y me habían acogido porque les convenía. ¿Les debía obediencia?

—No.

—Pues eso. Evalué la situación.

—Lo comprendo.

—¿Tenía obligaciones con ellos? No habíamos acordado nada. A saber qué ocultaban sus corazones. Las pinturas que colgaban de sus paredes eran demoníacas, nunca había visto nada igual. Imágenes de su profeta con sangre brotando de su boca. Y también de mujeres desnudas pintadas por italianos. Solo les debía la comida que me daban, y es cierto que me habían acogido.

«Quizá me vieran como a un hijo —pensó—, pero los hijos no son mascotas. Son impredecibles y fuertes, e intentan salirse con la suya.»

Recordó con nostalgia la cama donde había dormido, el colchón grueso, las almohadas esponjosas, la mesita de noche con la lámpara de madera tallada, el antiguo cenicero de Cinzano y los libros en alemán. Las zapatillas al pie de la cama, la botella de agua y la lavanda seca del jarrón de la repisa, los postigos fijados con ganchos y la salvia que colgaba de las vigas del techo, envuelta en tela. El crucifijo en la pared blanca, encima de la cama. Una limpieza meticulosa, con un matiz a lavanda y aroma de detergente. Era una habitación diseñada por la delicada, la encantadora Angela, que a su vez era como una hoja de papiro con forma humana. Todo tenía la precisión y la dulzura de su mano, y, al recordarlo, Driss sintió tristeza y arrepentimiento porque nunca había vuelto a encontrar una habitación como aquella y, probablemente, nunca la encontraría. Jamás volvería a experimentar aquella suavidad, limpieza y frescura. A fin de cuentas, los huéspedes pagaban ciento treinta euros la noche por una habitación como la suya.

En cualquier caso, esas cosas no encajaban con la clase de hombre que él quería ser. Quería ser fuerte, duro, inflexible, decidido e implacable, sin debilidades ni compromisos. Un hombre del desierto es un hombre del desierto, y no le seducen las almohadas, no le seduce nada que puedan elaborar un hombre o una mujer. Es solitario y cruel, sin ser malintencionado ni mezquino. Toma lo que puede porque Dios le ha dado permiso para apropiarse de lo de aquellos que reniegan de él. ¿No era sencillísimo? De una lógica aplastante.

Lo que no acababa de entender de los Bloodworth era que ayudasen a alguien que no era de los suyos. Aquello le inquietaba muchísimo, le desconcertaba y le enfurecía porque él nunca habría ayudado a un infiel antes que a un creyente, o no lo habría hecho sin mantener primero una buena conversación consigo mismo y ser capaz de explicárselo. Pero ellos lo habían acogido espontáneamente, por pura bondad de sus corazones. Eso era jaque mate, y él no quería que lo derrotasen dos viejos hosteleros ingleses. Era él quien tenía que derrotarles, no al revés.

Empezó a merodear de noche sin la lámpara de aceite, permitiendo que la oscuridad lo ocultase, rodeando la casa para espiar por las ventanas iluminadas. Al menos eso le dio, por fin, poder sobre sus benefactores.

Veía a Roger en su estudio diminuto, con sus cráneos de zorro, sus mapas y sus estanterías, inclinado sobre unos libros enormes a la luz de una lámpara rectangular de color verde. Veía el movimiento del bolígrafo, el café humeante en la taza y la música tenue procedente del otro lado de las ventanas. A la una, la luz se apagaba y el anciano arrastraba los pies hasta su dormitorio, mientras Driss se quedaba solo entre los altos cipreses, en cierto modo abandonado, aguardando el último sonido de los ancianos y acercándose furtivamente a la puerta de la cocina, para comprobar si podía forzarla. Siempre estaba cerrada con llave.

Una voz interior le susurraba: «Eres débil, eres cobarde, no tienes fuerza ni determinación. ¿Acaso quieres volver a dormir en una azotea de Erfoud y que todos se burlen de ti por las palizas que te da tu padre? ¿Quieres realmente fracasar?».

Pero no había sido capaz de recordar la combinación de la caja fuerte, por lo que debería usar la astucia, la paciencia, algún tipo de engaño. Si el mundo es una guerra para los débiles, los engaños son sus armas de elección. Tendría que ser paciente hasta que llegase el momento en que el suyo pudiese funcionar.

Observó con mayor atención todo lo relacionado con la casa y llegó un fin de semana en que Roger tuvo que regresar a Inglaterra para atender sus negocios. Se lo comunicaron alegremente durante el desayuno, y Roger le dijo, muy serio, que debía «cuidar» de Angela durante su ausencia, y que cuando volviese hablarían de su plan de ir a París. Quizá podrían ayudarle.

—Gracias —dijo Driss con lágrimas en los ojos, porque sentía que había sido muy paciente con aquel asunto y que finalmente su paciencia había sido recompensada. Durante cuatro meses había cuidado fielmente del jardín todos los días.

—Aunque debo decirte que no podremos encontrar a nadie que te reemplace —prosiguió Roger—. Has salvado nuestro negocio.

Cuando mencionó París, Roger se refería a poner los papeles de Driss en orden, pero él no lo entendió. Driss pensó: «¡Me comprará un billete de tren a París!». Pero aquello solo resolvería parte de sus problemas.

—¿Y te compró el billete? —preguntó Ismael.

—Daba lo mismo. Yo necesitaba mucho más dinero. Así es la vida.

CAPÍTULO 12

Flanqueaban a Richard dos muchachos tocados con *tarbouches* que llevaban unos absurdos vasos de limonada con menta; parecían estatuas egipcias a la luz de los focos, que estaban encendidos como si desearan prevenir posibles jugarretas. Era un curioso gesto de despedida por parte de un anfitrión abochornado que se tomaba sus responsabilidades en serio, un gesto impropio de arrepentimiento. Un tercer muchacho trasladaba las dos bolsas de David. Se había levantado un viento que cubría de polvo a todos los presentes. El inglés volvía a parecer un niño al que enviasen a un internado desapacible y remoto, del que no regresaría de una pieza. Richard percibió que Jo estaba rebotante de energía.

—También hemos incluido un saco de dormir —dijo con tono animado mientras los Henniger tomaban la limonada—. Por los suelos de piedra y demás.

—¿Un saco de dormir?

La expresión horrorizada de David era casi cómica.

—Es posible que no tengan camas. No siempre duermen en camas.

—¿Qué?

Richard se echó a reír y le dio una palmadita en el brazo.

—No te pongas así, será como irse de acampada. Te conviene para la espalda.

—Mi espalda está perfectamente bien.

David exhibió una última expresión de tristeza y rechinó los dientes ostensiblemente para que todos lo vieran. Jo le tomó de la mano y le dio un prolongado beso. Como si aquella demostración de afecto los desairase, los *aït kebbash* se volvieron a su vehículo desvencijado, lo que indicó que las conversaciones y las demoras habían terminado y que había llegado el momento de ocuparse de asuntos más serios. Era preciso enterrar un cadáver con urgencia, y cada hora que pasaba violaba el pacto con los textos sagrados. Un beso es nada, y el afecto conyugal una ráfaga de viento.

En uno de los lados del todoterreno, David vio la burda pintura de un trilobites amarillo. El suelo estaba cubierto de herramientas y periódicos viejos. Un hombre alto, que iba vestido con un suéter color verde lima pese al sofocante calor, se dispuso, solícito, a abrir la puerta del copiloto. David observó su mano, era prácticamente negra, con las uñas cubiertas de aceite. Los *aït kebbash* articularon unas escuetas palabras de despedida y se amontonaron en el coche con la energía de una melé de rugby, apretujándose en los espacios que había disponibles entre expresiones de enfado. Jo y Richard se acercaron a la ventanilla, que estaba rota y semiabierta. Los criados ya volvían a la fiesta; alguien había subido el volumen de la música disco, que atronaba en el silencioso desierto. David soltó una a una todas las amarras mentales que lo unían al mundo

conocido y comenzó a alejarse, agarrado al cristal de la ventanilla con el ceño fruncido.

—Cuida de ella, Dicky.

—Espero que alguien te traiga de vuelta en coche —dijo Richard con afabilidad, rodeando a Jo con el brazo—. De no ser así, nos llamas por el móvil y ya apañaremos algo.

—¿Funcionará en el desierto?

—Pues claro, nosotros los usamos continuamente.

Fue el padre quien se puso al volante. No le importaba que los *gaouri* hablaran entre sí, y arrancó con un movimiento brusco.

—Llama tan a menudo como puedas —le suplicó Jo.

El cielo todavía conservaba un resplandor anaranjado cuando el coche inició el descenso por el largo camino que comunicaba Tafnet con la carretera de Er-Rachidía. El propietario de Azna y varias personas lo vieron llegar a la primera curva con las luces parpadeando, y solo en ese momento encendió las luces traseras, y las chumberas aparecieron al borde de los barrancos. «Pobre hombre», pensó Richard, y luego lo dijo en voz alta.

—Pobre hombre. Pasará unos días difíciles. Sospecho que David nunca ha dormido en un suelo de piedra.

—Nunca —confirmó Jo.

—Será una experiencia enriquecedora. ¿Entramos a tomar una copa? Lo llamaremos dentro de un par de horas para asegurarnos de que no lo han violado. No, querida, es una broma. Aunque estaba muy tierno con sus dos bolsas. Como un *boy scout* camino de Auschwitz.

—David no tiene absolutamente nada de *boy scout*.

Sin embargo, el comentario de Richard le había parecido gracioso, y no pudo parar de sonreír hasta que llegaron a la primera de las barras próximas a la pista de baile, donde el resplandor de las palmeras metálicas y la súbita música atronadora ahogaron su tristeza, pero también su cautela y su timidez. La actitud desenfadada de Richard la había tranquilizado porque uno nunca se muestra desenfadado en situaciones graves ni cuando alguien corre peligro, y además Richard conocía el desierto mucho mejor que ella o David. Se relajó más rápidamente de lo que imaginaba, y cuando se abrieron paso entre la multitud y Richard le ofreció un gin-tonic doble con una rodaja de pepino, se rindió por fin a aquella fiesta larga y confusa. Él le puso el frío vaso en la mano y le dio un rápido abrazo asexual y un beso en la mejilla.

—Vamos, cielo. Relájate. No voy a permitir que te deprimas y te empastilles en tu habitación. ¿Por qué no te presento a algunas personas? Solo invitamos a las mejores. Y algunas son muy divertidas.

—Debo tener un aspecto horrible.

—Estamos a casi cuarenta grados y son las nueve de la noche. Todos tienen un aspecto horrible, querida. Y, además, eso no es cierto en tu caso. *Tout au contraire*. Estás espléndida.

—No suelo beber copas tan grandes como esta, Richard.

Bajó la vista al inmenso gin-tonic con su rodaja de pepino y él le levantó las manos con la intención de acercar el borde del vaso a sus labios.

—Órdenes del médico. Bébetelo entero. Además, casi todo es hielo. Solo te refrescará.

Richard le dirigió una mirada pícaro y divertida, y ella no pudo contenerse, se echó a reír e hizo lo que le decía. Los cubitos chocaron contra sus dientes mientras tragaba una dosis

increíblemente elevada de ginebra. «Caballo de Troya», pensó sin más. Luego se apoyó en los talones y observó la multitud de cuerpos danzantes mientras el sudor le corría por la nuca.

La única iluminación eran las guirnaldas con forma de rosa que adornaban las palmeras metálicas. La barra exterior estaba cubierta de un grueso lino blanco, todos los muchachos del servicio iban disfrazados de corsarios con espadas de juguete, y, entre los invitados, vio grandes turbantes con forma de globo, torsos desnudos, parches en los ojos, pelucas y botas hasta las rodillas. Ahora sonaba Sly and the Family Stone y entre los concurrentes divisó a Day, el americano, que bailaba con una chica muy guapa.

Richard se quedó a su lado hasta asegurarse de que bebía con ganas.

—Puedes bailar, no es ningún delito —le susurró—. David se encuentra bien. Seguramente ahora mismo se estará fumando un porro con los aït kebbash. No veas cómo le dan a los porros. Se pasará todo el tiempo colocado.

Ella no dijo nada, y pensó: «Creo que esperaré hasta tranquilizarme. Me tomaré un par de copas más».

—Mira, ahí está lord Swann. Llegó anoche en un helicóptero que aterrizó en Rich. Pues sí, cielito, aunque parezca increíble es el nombre de un pueblo cercano. A lo mejor significa «pobre» en bereber.

El lord, que parecía un fontanero de setenta años, movía el esqueleto al ritmo del funk psicodélico. Richard aplaudió, encantado.

—Siempre viene por las chicas. Tiene una colección increíble de fósiles del Sáhara. Ya te lo contará, cuando habléis más tarde.

—Nunca sé qué decirles a los lores. Es como si se les hubiesen acabado los temas de conversación.

—Estoy de acuerdo, pero no los detestes. Yo los encuentro muy tolerantes. También les van los porros, como a los aït kebbash. Siempre he querido presentarlos, creo que son dos grupos que se llevarían bien.

Tuvo la sensación de que había pasado una hora cuando empezó a deambular por la casa iluminada donde los biombos tallados olían a pachulí y un cálido aroma a agujas de pino emanaba del suelo. Era una casa que imponía su personalidad, un personaje con historia y emociones, cuyas escaleras respiraban como pulmones, una casa con brisas fugaces que iban y venían, silenciosas, agitando levemente las borlas y los bajos de las cortinas. Encontró un rincón tranquilo, decorado con unas lanzas antiguas que estaban apoyadas en la pared, y sacó el móvil de su bolsillo. Las puntas metálicas resplandecían sobre su cabeza y todo olía a domesticidad húmeda y exótica al mismo tiempo, a té humeante, barniz y alfombra polvorienta. Marcó el número y y dio señal: un pequeño milagro. Esperó, impaciente, con el móvil pegado a la oreja, pero nadie respondió. Sin duda, era posible que David se hubiese desplazado a una zona sin cobertura, como también era posible que pronto volviese a tenerla; Richard le había advertido que era algo habitual en el desierto. Pero aquella llamada frustrada la deprimió. Quizá sí que estaba fumándose un porro en el coche. Se dio por vencida y guardó el teléfono. Algo achispada, recorrió, vacilante, las salas y los pasillos con las manos extendidas para sujetarse a los muebles y mantener el equilibrio. Se desplazó por un dédalo de objetos resplandecientes cuya utilidad no consiguió determinar, porque ni les prestó atención ni le importaban. Vio un enorme pájaro de colores encaramado al columpio metálico de una jaula próxima al piano, unos faroles de latón y cristal verde que colgaban con cadenas del techo, armas antiguas y una lámpara de cuero con incrustaciones de cristal de colores

de un siglo de antigüedad. Deambuló por las salas como si fuese ciega, dejándose llevar por la ginebra. Si oía voces, retrocedía y buscaba otros remansos de aislamiento.

Estaba sentada en una de las butacas indias de la sala cuando Hamid vino en su busca. Faltaba una hora para medianoche y misteriosamente la docena de pájaros enjaulados de la casa habían empezado a cantar en cinco trinos recíprocamente excluyentes. Al levantar la vista vio el fajín color cereza de Hamid, que la miraba con una taza de café en la mano. En el platito había una cucharilla que hacía equilibrios para no caerse y una chocolatina, como en los restaurantes.

—Monsieur Richard ha pensado que le apetecería —dijo Hamid.

Los tragafuegos de Taza estaban a punto de empezar su actuación y él quería que saliera a disfrutarla. Un café la reanimaría.

—¿Y cómo sabía Richard que yo estaba aquí? —preguntó Jo, incrédula.

—Monsieur Richard lo sabe todo, madame.

Ella tomó la taza y la apoyó en el brazo de la butaca.

—Esperaré para acompañarla fuera, madame.

Jo prefería quedarse sola, pero sabía que Hamid cumplía órdenes y que sería inútil contradecirlas. Se tomó el café y luego se comió la chocolatina. La oscura mirada líquida de Hamid no se perdía nada y reparó en que Jo temblaba ligeramente. David no llamaba; se lo había tragado lo desconocido, que también podía tragársela a ella. Sin embargo, para Jo lo desconocido solo era la fiesta de unos hombres ricos.

Sintiéndose escoltada, Jo se levantó con la taza vacía y le dijo a Hamid que encabezase la marcha. Él siempre hacía una reverencia cuando le pedían algo, pero nunca eran del todo sumisas. Le recordaban al otro que era él quien conocía el percal.

Cruzaron el comedor, donde una mesa espléndida presidida por un galeón de azúcar rosa aguardaba otra orgía gastronómica nocturna.

La discoteca había desaparecido del jardín, y había sido sustituida por una hilera de sofás cubiertos de alfombras y pieles. El personal ofrecía pipas de agua y se desplazaba de sofá en sofá sirviendo, con pinzas, pedacitos de carbón con sabor a frutas.

Hamid la condujo hasta una silla. Al lado había una mesa con una jarra de limonada; allí estaban también Richard y Dally, abrazados. Los invitados rodeaban un escenario de arena donde se habían situado los percussionistas y los tragafuegos de Taza, vestidos con ropas extravagantes y con sus artilugios chorreando gasolina. El ruido de los tambores había ensordecido todo lo demás y mantenía la atención del público, que, concentrado, aguardaba expectante, desprovisto de sensaciones más sutiles y con una mirada atenta, pero incapaz de pensar; no quedaba otra que unirse a su estado de ánimo coordinado, pues era imposible distanciarse y observarlos desde fuera. Cuando intuyeron que aquella no era la clase de espectáculo que le gustaba, Richard le dirigió una mirada de consuelo y Dally la tomó de la mano.

—Es espantoso —gritó; algo que debería haber pronunciado en voz baja.

Jo asintió y se recostó en la silla, incapaz de hacer nada más. Odiaba todo aquello, pero ya no podía escapar.

Los tragafuegos iniciaron su actuación. Se desnudaron de cintura para arriba, se untaron aceite en el torso, mojaron sus varas inflamables en los cubos de combustible y las agitaron por encima de la cabeza, mientras sus pies se desplazaban en pequeños movimientos, siguiendo el ritmo de los tambores. Después echaron la cabeza hacia atrás, sostuvieron las varas con las dos manos y se

acercaron las llamas a la boca, que las apagó milagrosamente. El público soltó una exclamación, pero no de asombro, sino como si fueran niños emocionados en una feria. Jo estaba menos interesada en el espectáculo que en la repulsión que sentía. Experimentó un desvanecimiento pasajero y alargó el brazo para coger la jarra. Un gran arco de llamas y saliva inflamada atravesó el escenario, y, durante unos segundos, los rostros se volvieron naranjas y luego pareció que se esfumaban.

—Desconozco la razón —decía lord Swann—, pero el *kif* de aquí es más intenso que el de Túnez. Maribel dice que le produce alucinaciones. Dicky, creo que escondes a un hombre en lo alto de las colinas que lo cultiva para ti.

—No pienso confesar nada.

El lord fingió un desmayo, y sus acompañantes, que tenían un tercio de su edad, se echaron a reír y cogieron sus encendedores.

—¿Lo veis, chicas? Es muy pícaro. Dicky y yo llevamos años jugando al tenis de mesa en el Athenaeum. Me da auténticas palizas.

Estaban en un extremo de la casa, sentados en un círculo de cojines tribales, con vasos metálicos de sorbete de mandarina y *biscotti*. Los tragafuegos se habían dispersado para comer con el personal y la fiesta se había vuelto más insustancial y distendida, como le gustaba a Richard. Él siempre observaba, pero no solía intervenir. Se tumbó para contemplar las brillantes estrellas, que, en lugar de retroceder, parecían acercarse cada vez más a la Tierra. Pensó fríamente en el estado mental de Jo. ¿Lo estaba llevando bien? No la encontraba por ninguna parte. Y, mientras tanto, David cruzaba el desierto en coche y Richard le había mentido sobre prácticamente todo, aunque había sido por pura necesidad. El muy estúpido no se habría marchado sin unas cuantas mentiras piadosas.

—Me han dicho que hubo un accidente anoche —gritó el despótico Swann—. Alguien resultó herido, ¿me equivoco?

Richard se lo explicó.

—Ah, solo los perros rabiosos y los ingleses salen en noches de luna —exclamó el lord, que estaba acostado, fumando *kif*. Sus botines Chelsea sobresalían un poco, como pequeñas lápidas negras.

—Nunca había ocurrido nada parecido —dijo Richard sin venir a cuento.

Sus fiestas se mencionaban en blogs de toda Europa, en revistas de tendencias y, a veces, hasta en el *New York Times*, y no quería que aquel incidente les diese mala prensa.

—¿Y dónde está ese estúpido? —preguntó el lord.

—Lo hemos enviado a morir al desierto.

El lord soltó una risita.

—Bien hecho.

—Es una de esas cosas que pasan... —dijo Richard con indiferencia, mientras escarbaba en su sorbete—. Probablemente el tipo confundió el pedal del freno con el acelerador.

—Yo una vez tuve un chófer así. También hice que lo mataran.

Una chica rolliza e indolente que llevaba unos grandes pendientes tribales se volvió sobre sus caderas y se apartó un gran mechón de pelo blanquecino de los ojos.

—Veo reptiles gigantes por todas partes —murmuró.

—Maribel, deja de fumar ahora mismo.

—Tú eres un reptil enorme, papi.

El lord se echó a reír.

—Esta chica es una joya. Alucina con todo, hasta con un ron con Coca-Cola.

—Veo un grupo de pingüinos desfilando hacia el granero —dijo Dally.

—Personalmente —balbució Richard—, esto solo me convierte en un escéptico, porque yo no veo nada. Quizá tenga una mente mediocre.

El lord suspiró y cruzó sus lápidas.

—¿Tú también eres escéptica, Maribel?

—No cuando hay tantos reptiles cerca.

—¿Ves? —Swann le guiñó el ojo a Richard—. Son incorregibles.

Richard fumaba más despacio que los demás, con ese control medurado que había aprendido de sus amantes marroquíes. No tenía tantos como Dally, pero elegía hombres de los que podía aprender algo. Le habían enseñado a dormir de forma adecuada, a tumbarse de costado, a comer con una mano, a descansar y a fumar sin prisas. Le habían enseñado a ser pausado.

No se colocaba; simplemente adquiriría la lentitud de la melaza al caer de la cuchara. Las chicas reían y se revolcaban en los cojines. Prendían en el lord deseos impotentes que chispeaban en su interior para acabar reducidos a humo. Así se comportaban los recién llegados a estas tierras; no conseguían adaptarse. Richard, sin embargo, sabía olfatear el viento del valle y apreciar el sabor de los limones locales. Ahora ya no solía inquietarse ni desconcertarse porque, a fin de cuentas, esta era la vida que quería, y la consumía a sorbitos, como un licor. Tenía la impresión de que entre sus conocidos blancos era el único capaz de hacerlo. Ni siquiera Dally lo había conseguido. Su naturaleza norteamericana hiperactiva entorpecía su espontaneidad con toda clase de ideas rígidas y preconcebidas que lo volvían vacilante y superficial. Dally no acababa de pillar el punto.

Ahora Richard lo observaba. Contempló sus labios a lo Mick Jagger y las puntiagudas babuchas que colgaban de los dedos de sus largos pies blancos. Era como un perrito mecánico que observaba las mariposas que pasaban volando ante su hocico. «Así es la vida —pensaba con perplejidad el perrito de juguete, intentando atraparlas con su pata metálica—. Pero ¿qué es la vida en realidad?»

Pasada la medianoche, no había nadie en la piscina. Jo iba lo bastante borracha como para quitarse la ropa, dirigirse a una de las escalerillas y quedarse allí, desnuda, bajo la luz de la luna, que se reflejaba en el agua como un enorme plato, sin ni siquiera ondularse, e intensificaba con su presencia las sombras que la rodeaban. Deseó que alguien la estuviese observando. Volvió la cabeza a ambos lados y se echó a reír. Tanto daba. Había refrescado y el cielo estaba tan despejado que se veía toda la ladera. Al otro lado de los muros, los cactus resplandecían como hojalata y las formaciones rocosas mostraban numerosos detalles esculpidos desde tiempos inmemoriales. El aire era cálido, suave y reconfortante; las palmeras susurraban en la brisa y luego callaban, a la espera del siguiente soplo. En el borde de la piscina había una copa de Martini que todavía conservaba su aceituna, y al pie de las tumbonas alguien había abandonado unos platos de porcelana y unos tenedores pringosos con restos de pastel de zanahoria. Vio unas toallas extendidas en lo que antes habían sido charcos de agua. En las zanjas próximas al muro

croaban unas ranas, que tal vez habían colocado allí los propios anfitriones. ¿Quién sabía qué era artificial y qué era autóctono? Jo se metió en el agua, estaba tan tibia que le resultó incluso desagradable.

Los azulejos eran de color azul aciano y el mosaico del fondo representaba una ballena de estilo romano. Al nadar por encima descubrió que la ballena estaba entrelazada con un muchacho. Jo se deslizó sobre el mosaico kitsch y luego se volvió de espaldas, dejando que sus pechos surcaran el agua. Primero el silencio submarino, luego los sonidos abiertos de la noche y la relajación de los nervios ópticos. Una cigarra empezó a cantar desde una grieta del muro y oyó ecos procedentes de las laderas de piedra, reverberaciones de sonidos de pezuñas y piedras desprendidas, fantasmas, y el rumor de la fiesta. Contó los latidos de su corazón durante un minuto y se desplazó lentamente hacia el centro de la piscina. Una constelación —¿Aquila?— resplandecía en el cielo y pensó en su obra abandonada, sus libros muertos y a punto de ser olvidados por los irreflexivos niños del mundo. Toda trayectoria profesional tiene momentos de notoriedad seguidos de descensos prolongados y dolorosos hacia el más absoluto anonimato. Lo curioso era que no le importaba tanto como había supuesto. Como escritora no se le ocurría nada más que decir, lo que demostraba que no necesitaba decir nada. Por lo tanto, había llegado el momento de callarse, lo que en cierto modo era un alivio. Ya no disfrutaba escribiendo, y callar tenía sus ventajas. Si se trataba de un fracaso, era el pequeño plaf de una piedra que cae al gran océano: un ruido insignificante. Tal vez, dentro de mil años, algún infeliz niño del futuro cogería un ejemplar de *Las noches de Balthazar* de una biblioteca digital llena de telarañas y lo rescataría del olvido. Pero eso era también una idea estúpida y surrealista. Nadie leería sus libros medio siglo más tarde, ni mucho menos mil años después. Todos lo sabían. Los niños del futuro serían unos zoquetes descerebrados. Nadie del futuro la necesitaría, como tampoco la necesitaban en el presente. Sin embargo, no ser necesaria era tan placentero como serlo.

Llamar «trayectoria profesional» a lo suyo quizá fuese excesivo. Contempló sus pechos blancos estremeciéndose en la superficie del agua y se preguntó para qué. Sería mejor que alguien la observara y que no se desperdiciasen. Pero envejecemos sin testigos, en una intimidad forzada. Entonces recordó a David y se sintió culpable, aunque no duró mucho. Seguía sin responder a sus cinco llamadas. Pero sus pensamientos volvieron a la fiesta, a esas hermosas jóvenes. ¿Era Jo menos hermosa, menos liberada que ellas?

«No puedo ser un ratón de biblioteca eternamente —pensó con picardía—. No siempre.»

Salió de la piscina y fue a secarse junto a la copa de Martini, mientras las palomas domésticas de Dally arrullaban en los árboles. Empezaba a disfrutar de su nueva soledad. Finalmente se vistió y echó a andar hacia la casa. Una rueda de fuegos artificiales escupía chispas verdes sobre uno de los prados que los criados regaban noche y día. Se acercó a una barra y pidió un cubalibre. La música se había reanudado y los invitados se dirigían al comedor, donde habían encendido los candelabros y también unas velas de color verde oscuro arracimadas en gavillas de cera derretida. Ya era muy tarde para cenar, pero a nadie parecía importarle. Unos muchachos disfrazados de pirata preguntaban a los invitados si querían sentarse a la mesa, y en caso afirmativo los acompañaban hasta allí.

Y fue en el comedor donde volvió a encontrarse con Day. Llevaba un tocado de hojas de laurel y florecitas amarillas; parecía el sacerdote de un ritual pagano, lo que obviamente era su intención. Sonrieron y Jo pensó: «Está un poco menos atractivo que la última vez».

—No parece usted un pirata —le dijo ella de inmediato.

—Los piratas nunca lo parecen. Voy a cenar como Dionisio. Ninguno de estos analfabetos sabe siquiera quién soy.

—Yo no soy analfabeta.

—Entonces tengo un espectador. El disfraz de pirata no me favorecía. Parecía Johnny Depp.

—Mejor que Dionisio, ¿no cree?

—El parche en el ojo me quedaba raro. Me daba un punto espasmódico.

Ella se dejó cortejar.

—No es usted el dios del vino, sino alguien sacado de una fiesta de togas.

—Que es precisamente donde estamos, ¿verdad?

Hablaban junto a los ventanales que conducían al comedor, cuya luz cremosa se proyectaba en sus mejillas. Jo aún tenía el cabello mojado y se sentía como una niña a punto de entrar en una fiesta. Day llevaba una chilaba larga con ricos bordados, tenía una expresión franca y estaba muy sonrojado, como si la sangre le circulase el doble de rápido de lo habitual. También los ojos, que conservaban su cualidad verde mineral, estaban muy abiertos y se reían tan ruidosamente como su boca, igual que su boca se reía tan silenciosamente como sus ojos. Un truco. Jo se preguntó qué edad tendría Day. La misma que David o quizá algo más joven, pero se notaba. Cuando llegas a la cuarentena, cinco años suponen una gran diferencia.

—Me muero de hambre —dijo él—. Usted primero, por favor. He estado bailando con unas cabras, o eso me ha parecido. Quizá no fuesen cabras, pero tenían cuatro patas.

Entraron en el agradable ambiente del comedor, donde el barco de azúcar transportaba ahora un cargamento de almendras. Richard se puso en pie y dio unos golpecitos a su copa de vino.

—Señoras y señores, nunca había visto tal multitud de rufianes y piratas. Empuñen sus sables. Nuestro chef, monsieur Ben, ha creado un nuevo hojaldre relleno de sardinas. Es sensacional. Después podéis entregaros al pillaje. Os animo a ello. *Vous êtes ici pour piller*. Solo os pido que no robéis los óleos. Esos no, queridos. Robad puros. Son gratis.

ISSIMOUR

CAPÍTULO 13

Mientras el Toyota descendía por la colina en dirección a la carretera, el kebbash alto que le había abierto la puerta le preguntó en un francés perfecto, prácticamente sin acento y con gran educación, si le gustaría fumar un cigarrillo. El viejo, añadió alegremente, siempre insistía en conducir y no había manera de disuadirlo de aquella triste tarea, aunque resultara insoportable para todos los demás. David aceptó el cigarrillo a regañadientes, porque no aprobaba aquel hábito, si bien ahora le ayudaría a pasar el tiempo, pensó. De modo que aceptó el Gitane arrugado sin mediar palabra y dejó que el hombre, Anuar, lo encendiese. Sus miradas se cruzaron sin enfrentarse. Anuar parecía cortés e inteligente. Sus maneras y su voz tenían algo de muchacho tranquilo, ligereza y un humor pícaro. Hablaba con la cabeza ladeada, como un gran loro curioso.

—Tu mujer es muy guapa —dijo abiertamente—. Algún día tendré una *gazelle* así, si Dios quiere.

Pero ¿Dios querría?

Los seis hombres fumaban cuando el vehículo llegó a la carretera desierta y tenebrosa, y aceleró hasta superar los 120 kilómetros por hora. Las ruedas rechinaron ruidosamente, las ventanas vibraron y todas las tuercas y tornillos empezaron a moverse. El motor trepidaba. Aquella carretera le pareció de pronto algo íntimamente conocido. Las blancas garitas rectangulares que se alzaban junto a las zanjas y los arbustos espinosos se le habían quedado grabados en la memoria. Solo las laderas pedregosas parecían más altas, menos regulares, y entre ellas se alzaban los barrancos, donde la oscuridad parecía acumularse como un fluido. Ahora era un paisaje pesado, saturado de su propia gravedad interna. Huesos y tuétano sin piel, sin tejido externo.

Abdalá conducía con el pie pegado al acelerador. Miraba la carretera, nunca a David. Los hombres solo intercambiaban unas palabras cuando encendían sus cigarrillos. Anuar era el único que se acercaba a David para hacerle comentarios al oído.

—Vamos a ir directamente. Solo pararemos en Erfoud para visitar a unas personas y beber algo. Y también para dormir un poco.

Algo más tarde pasaron por las afueras de Er-Rachidía. Una luz suave confería un matiz cobrizo a la ciudad rectilínea, de amplias avenidas atestadas de estudiantes varones. Atravesaron un puente que cruzaba un río sorprendente, iluminado por hileras de lámparas, y luego siguieron por los llanos bulevares de lo que antes había sido una ciudad militar francesa. Los edificios eran blancos, como también las túnicas y los tocados de los numerosos estudiantes. El lugar seguía conservando un aire a barraca del desierto, a Legión Extranjera, y en los grandes espacios que separaban los edificios de viviendas podía verse, o se intuía, la línea horizontal del desierto, tan

cercano que se percibía su olor. No había basura ni animales (quizá el calor los había carbonizado), y los jóvenes que se agrupaban en corros parecían pulcros e impecables, sin el menor indicio de brutalidad. Era una ilusión óptica. El exterior nunca dice nada.

Se detuvieron en una esquina para comprar Coca-Cola y bocadillos. David salió a estirar las piernas. Hacía tanto calor que hizo un gesto de desagrado, pese a haberse propuesto no mostrar indicio alguno de incomodidad ante sus «captos». No era fácil. La arena le picaba en la nariz. Anuar le preguntó si quería orinar y él negó con la cabeza. Era imposible saber la hora, y una vaga superstición le impedía mirar el reloj. De modo que miró a Abdalá, que se había arrodillado junto a las ruedas del Toyota para examinarlas. Bajo las luces naranjas parecía más joven, más amenazador. El hombre chasqueó la lengua sin mediar palabra y David reparó en que sus zapatos mugrientos estaban adornados con unas baratas cadenas doradas. Los otros también parecían tensos en presencia del viejo, como si la camaradería habitual no pudiese aligerar la incomodidad de su duelo. Hacían lo que él les decía, y obedecían de inmediato.

Al salir de Er-Rachidía, la carretera se estrechó. La arena invadía la calzada bordeada por muros bajos de adobe, y detrás se alzaba el oscuro frescor de las palmeras meciéndose al viento. Hombres de rostros inexpresivos y agónicos andaban por el arcén con sus rebaños de cabras; sus ojos resplandecían como los de los gatos cuando, sin pestañear, alzaban la vista hacia los faros.

David observó las caras de los kebbash por el retrovisor. Comían dátiles que se pasaban unos a otros en un papel pegajoso, aunque no a él; quizá lo considerasen ofensivo para sus gustos. Cuando la carretera se volvió más agrietada y estrecha, Abdalá aminoró la marcha y encendió la radio del coche. Los hombres suspiraron, conmovidos por la música religiosa. David intentaba mantenerse despierto, pero estaba exhausto por los acontecimientos de aquella noche y tenía que agarrarse a la manija de la puerta. Cayó en la cuenta de que no le habían presentado a los otros hombres, lo que sugería que, dadas las circunstancias, los nombres no importaban porque él no era un invitado normal. Apretujados e incómodos, soportaron estoicamente el trayecto hasta que uno de ellos se agachó para coger algo pesado y metálico, y David intuyó la presencia de un viejo rifle. Pero no lo apuntaba a él, sino al exterior, que parecía inquietarles, a medida que los palmerales se espesaban y las llanuras desérticas se imponían a ambos lados de una carretera cada vez más angosta y sofocante. Se acercaban a Erfoud, le dijo Anuar. Se encontraba en el interior del Tafilalet, el mayor oasis del Norte de África. De allí procedía la familia real marroquí.

Por fin David decidió mirar la hora. Era casi medianoche. Su cabeza gritó en silencio y su mano sudorosa soltó la manija de la puerta. Abdalá masculló unas palabras.

—Dice que iremos al hotel —le tradujo Anuar desde el asiento trasero—. Nadie puede conducir hasta Alnif en la oscuridad.

Lo que añadió en francés era «*On regrette*», pero ¿qué era lo que lamentaban?

—¿A qué hotel vamos? —preguntó David en un tono lastimero.

—Al hotel donde se alojan los vendedores de fósiles. El hotel Tafilalet.

Cruzaron calles de casas rosadas con postigos amarillos y turquesa, celosías azules y almenas blancas en los tejados. Erfoud se alzaba, obstinada, entre el viento y el polvo, y pese a la hora de la noche seguía despierta. En la estación calurosa, la noche era inapreciable, el momento de actividad y de hacer negocios. A su alrededor repiqueteaban carros de caballos cargados de menta y alfalfa, y la luz de las bombillas perforaba la oscuridad en las arcadas de un mercado que ya se

había librado de las moscas. Las aceras eran largos montones de cascotes; detrás, la gente se sentaba en esteras y observaba el tráfico como alguien que espera que una lluvia de ceniza volcánica los sepulte durante siglos. Había las mismas tiendas de fósiles que había visto en Midelt. Los mismos hombres demacrados con bandejas llenas de crinoideos y dientes de tiburón, los mismos niños que corrían junto a los coches, gritando: «*Dents de baleine!*».

El hotel Tafilalet se encontraba en una de las dos calles principales de Erfoud. Era una construcción verde y azul decorada al estilo de *Las mil y una noches*, y sus *mihrebs* kitsch, columnas y recámaras hacían que el vestíbulo pareciese más abigarrado y majestuoso de lo que era en realidad. Como el fumadero de un club privado, tenía pipas de agua junto a las mesas, y sus huéspedes estaban repantigados en cojines.

Alrededor de la piscina había varias mesas con portavelas de cristal donde grupos de hombres tomaban cerveza y fumaban, intentando resguardarse del viento abrasador que arrugaba el agua. Los kebbash dejaron el Toyota en el aparcamiento del hotel y apostaron a dos de sus hombres para que lo custodiaran. Abdalá cruzó el vestíbulo como si fuese su sala de estar, como si su aspecto desaliñado no importase allí, y David le siguió con Anuar. Pasaron ante un bar junto a la piscina con amonites incrustados en la barra. Allí había unos pocos europeos sentados con expresión de perplejidad; estaban desconcertados, pues el calor era excesivo hasta para darse un baño. Sus ojos azules observaron al grupo que entró en el jardín, se sentó a una mesa y pidió refrescos. En una cómica pantomima, instalaron a David solo, en una mesa aparte.

—Te traerán un refresco frío —le explicó Anuar—. Arriba hay una habitación donde puedes dormir. Nos despertaremos a las cinco. Vendré a buscarte.

—Pero ¿por qué estoy solo?

—Es más apropiado, nada más. Lo entiendes, ¿verdad?

Lo entendía y, de hecho, lo prefería. De pronto le asaltó el cansancio y se dejó caer sobre la mesa. Se le cerraban los ojos. Bebió el 7-Up helado y luego intentó tranquilizarse. El viento zarandeaba las palmeras altas que flanqueaban los muros de la piscina. Las nubes de arena proyectaban una luz parduzca, como la del interior de una vieja pecera. Aquella polvareda no parecía molestar a los autóctonos, que obviamente estaban allí para relacionarse y comerciar. Los vendedores de fósiles pululaban de mesa en mesa con sus bandejas de amonites pulidos, mostrando una simpatía exagerada. ¿También creerían ellos que vendían pequeños demonios caídos del cielo en tiempos remotos? Al acercarse a las mesas se llevaban la mano al pecho y adoptaban una actitud implorante. Con David imploraron mucho más.

—*Monsieur, monsieur, des très beaux ammonites de Hmor Lagdad! Des purs, des rares! Regardez, et pour vous, monsieur, un prix étonnant, ridicule!*

Los kebbash observaron con expresión divertida a los vendedores que se apretujaban desesperadamente alrededor de la mesa de David. El director del hotel había salido para saludarlos rápidamente y los vendedores de Erfoud también les habían estrechado la mano. Los hombres de Tafal'aalt eran unos proveedores indispensables.

Irritado, David ahuyentó a los vendedores y sacó el móvil para llamar a Jo, pero no había señal. Maldijo por lo bajo y se planteó preguntar si tenían correo electrónico en el hotel. Pero cuando el director se acercó, no le dijo nada. Educado y políglota como es habitual entre los marroquíes, le previno en un inglés cantarín e impecable:

—No se crea a esos vendedores. —Sonrió, señalando con un gesto a todos los presentes—.

Son unos mentirosos. Pero si quiere ayudar a sus familias, es una buena acción. Con la venta de un fósil, un niño se alimenta un mes.

—No sabría qué comprar —respondió David con franqueza.

—Le recomendaría un trilobites llamado *phacops*. A los turistas les encanta. Sobre todo, a los belgas. Aunque ya veo que usted no es belga. En cualquier caso...

David negó tristemente con la cabeza.

—Un *phacops* nunca decepciona —prosiguió el director, lanzado como un tren de juguete—. A Bill Gates le encantan. A su mujer le encantarán. A mí me encantan. Quizá también le entusiasmen a usted.

—No estoy de humor.

—*Awili achnou hadchi*. Pues tanto da, como guste. Le traeré algo de comer. Sus anfitriones han pedido tayín, que es una especialidad del Tafilalet. Su habitación está lista para cuando desee acostarse.

Comió con fruición. Una anciana francesa se sumergió en la piscina ignorando a los hombres desdeñosos que la observaban, y nadó mecánicamente varios largos protegiéndose los ojos con unas gafas. Era increíble que los turistas se aventurasen hasta allí y se alojaran en los nuevos resorts de cinco estrellas que flanqueaban las carreteras de las afueras de la ciudad. El desierto era un destino popular en los viajes organizados, pero la mayoría no se aventuraba más allá de las inmediaciones de Erfoud. ¿Quién sería aquella anciana obstinada que nadaba después de medianoche? Probablemente hacía demasiado calor para dormir en las habitaciones. David intentó mantener una apariencia de estoica firmeza inglesa ante sus captores, pues así los consideraba. Apretó la mandíbula y miró al vacío, aunque en su interior se sintiese abatido y solo deseara acostarse. Pero no podía mostrar miedo ni malestar ante esa gente, tenía que fingir indiferencia. Y desdén. Sin embargo, lo más desconcertante era que los kebbash ni siquiera lo miraron. No le prestaron la más mínima atención. La anciana francesa le dirigió una mirada de perplejidad desde la piscina, y él se preguntó si debía pedirle ayuda. Sería una escena cómica.

Por fin, se acercó Anuar para preguntarle si quería acostarse. Subieron por una vieja escalera estrecha hasta una habitación de la segunda planta con un balconcito que daba a la piscina. Para sorpresa de David, el aire acondicionado ya estaba en marcha y la habitación se había refrescado un poco; lo máximo posible, en cualquier caso. Anuar estaba muy amable.

—Duerme. Te despertaré a las cinco.

David cayó rendido en la cama, se echó de lado y se quedó mirando la blanca superficie ondulada de la pared. Luego se dio la vuelta despacio y encendió el antiguo televisor. Apareció la imagen de un alce avanzando trabajosamente por un pantano cubierto de árboles destrozados. «Cambio climático en Siberia», decía una voz distante en inglés. Abrió su móvil e intentó llamar a Jo, pero no había señal. El alce se detuvo, perplejo y paralizado por el cambio climático. David cerró los ojos. Tendría sueños igual de paralizantes. Soñaría que estaba en un hotel de Erfoud donde la arena se colaba por las ventanas y lo asfixiaba mientras yacía inocentemente en la cama, viendo imágenes de un alce.

A las cinco menos cinco, Anuar llamó suavemente a la puerta. David seguía echado de lado y la tele continuaba encendida. Despertó enseguida, dijo: «Voy» y se levantó como un autómata. Fue al baño de aspecto plastificado para echarse un poco de agua tibia en la cara.

Su rostro grisáceo apareció bajo la luz del fluorescente. Los ojos tenían más brillo e intensidad que la piel, y también más dolor. En ocasiones, tener que mirarse al espejo supone un gran inconveniente; sería preferible mantener nuestro orgullo intacto. Bebió el botellín de Evian, cortesía del hotel, y salió un momento al balcón. La temperatura había bajado unos diez grados y el aire era respirable; amanecía y no soplaba el viento. Una criada barría silenciosamente el patio que rodeaba la piscina, en la que flotaba un trozo de palmera. En una de las mesas vio una solitaria taza de café, que evidentemente era para él.

Anuar le dio los buenos días y lo acompañó abajo. Tendría unos treinta y cinco años y era un hombre de talante moderado, con algo de educación. Pero ¿dónde la habría adquirido?

—Diez minutos para el café, monsieur David. Luego nos vamos. ¿Tu estómago está bien?

—Sí.

Se sentó, aturcido ante el café, mientras los pájaros trinaban en los árboles. Nunca se había sentido tan solo, tan aislado; los otros estaban reunidos en el vestíbulo y bebían té con menta en la penumbra, alumbrados por una única lámpara de aceite. David tardó un poco en despejarse y ubicarse. Se preguntó si en realidad había dormido. No estaba seguro. Tomó el café y se dijo que lo único que debía hacer era pasar por todo aquello, atravesarlo como si surcase un mar turbulento. Lo único que debía hacer era apaciguar a aquel padre espantosamente frío e implacable. Por encima de la piscina asomaba un cielo despejado con los primeros colores del amanecer. Cientos de palomas arrullaban al unísono, como si estuvieran en celo, en alguna hondonada que no alcanzaba a ver. Salió a la calle para que le diese el aire. Unas mujeres vestidas de negro andaban silenciosamente entre los postigos turquesa, y en la semioscuridad empezó a materializarse una colosal antena de radio en lo alto de la colina. Desde algún taller de las inmediaciones del *oued* Ziz llegaba el golpeteo de numerosos mazos y martillos. La tienda de fósiles del otro lado de la calle comenzaba a animarse.

En la única encrucijada de la ciudad, donde se encontraba la estafeta de correos, un policía con guantes blancos merodeaba como si aguardase un delito menor que no tenía visos de producirse, y a lo largo de la avenida Moulay Ismail hombres y niños dormían en esteras extendidas ante las puertas cerradas. David esperó a los kebbash junto a la gasolinera de Ziz, impaciente por emprender la marcha, impaciente por que amaneciera, y cuando aparecieron sus compañeros de viaje ya estaba irritado con ellos por haber tardado tanto. Abdalá salió a la calle sosteniendo una naranja a medio pelar y examinó el cielo árido, de un azul desvaído, atravesado por bandadas de gorriones que trinaban alegremente. Su rostro seguía marcado por la tristeza. Sus movimientos eran rígidos, como si hubiese en su interior una energía inconmensurable incapaz de liberar. Mordió la naranja y escupió las pepitas; partió la fruta y volvió a morder. Era su desayuno.

Ya en el coche, se dirigieron a la intersección próxima a una gran tienda de fósiles llamada Usine Marmar. Cuando pasaron delante del policía, Abdalá bajó la ventanilla y sacó la mano para rozar su guante blanco, aunque, por lo que David pudo ver, no cruzaron palabra.

En el camino a Merzouga adelantaron a una hilera de bereberes que pedaleaban en bicicletas desvencijadas cargadas de herramientas. Perteneían a la tribu aït atta, le explicó Anuar, y se dirigían al desierto en busca de crinoideos. Ellos, los hombres de Tafal'aalt, no se dedicaban a esos fósiles, que eran privilegio de los malditos atta. Los hombres de Tafal'aalt comerciaban única y exclusivamente con trilobites. La montaña de Issimour era la mayor fuente de trilobites de

toda África, prosiguió Anuar con voz cansina. ¿Por qué tenían que molestarse con plantas marinas fosilizadas? Cedían encantados esas migajas a los atta, mientras que comerciantes de Alemania, Francia y Estados Unidos pagaban cuantiosas sumas por los magníficamente conservados *Trident comura* que ellos excavaban de las paredes de su montaña sagrada. Vendían algunos ejemplares por cientos de euros.

Aún no era de día cuando llegaron a Hmor Lagdad. Entre grandes zanjas de roca rojiza erosionada se alzaba una cantera llamada Mirzan. Se detuvieron ante unas cabañas miserables donde un grupo de niñas harapientas aguardaba a la luz del amanecer con cinceles y martillos en las manos. Su padre dirigía la cantera. Había un antiguo compresor de unos cuarenta años dentro de una profunda zanja de paredes inscritas con delicadas formas de peces placodermos y flotantes plantas acuáticas. Apareció el padre, que se acercó acompañado de otra niña. La pequeña, de aspecto asilvestrado y cabello enmarañado, abordó al extranjero blanco mostrándole lo que tenía en la mano.

—*¡Orthoceras!* —gritó, bailando alrededor de David.

Los hombres no hablaron y se limitaron a agacharse junto a una tetera. David examinó el fósil que la niña le mostraba. Parecía la concha de una navaja y la compró sin pensar por unos dirhams. Ella se señaló el pecho y exclamó: «¡Tuda!». Anuar lo apartó delicadamente de los demás. Al parecer, Abdalá había prohibido que David se le acercara.

—Dice que no puedes beber del mismo vaso ni comer del mismo plato. Dice que vuestras sombras no pueden rozarse.

Anuar lo dijo en voz baja, sin que los otros pudieran oírle.

—Dice que no puedes tocar lo que él ha tocado y que él no puede tocar lo que tú hayas tocado. «Está loco», pensó David de inmediato. O será el luto.

—¿Es eso una costumbre aquí? —le preguntó a Anuar.

—No. Es cosa suya, de ahora. Ya se le pasará.

—Me parece muy raro.

Anuar no respondió. Observaron a los hombres, que regateaban el precio de un basto *Orthoceras* envuelto en papel de periódico y algunos fragmentos de trilobites. Mientras tanto, las niñas se quedaron allí, expuestas al viento, con un bebé envuelto en lana: eran los hijos de los canteros, nacidos para picar fósiles de por vida. Los rodeaban unas cabras que balaban con la cabeza ladeada, pero no vio a ninguna mujer. Se puso las gafas de sol para protegerse los ojos y curioseó entre unas cajas de dientes variados de espinosaurio y tallos de crinoideos. Empezaba a percibir su naturaleza siniestra, su lejanía evolutiva y su atracción espectral. Anuar lo acompañó, como si necesitara que lo atendieran o al menos que lo orientaran. David se preguntó si Anuar lo compadecía. No le pareció descabellado. Pasaron ante unas extrañas «rosas del desierto» de un lugar llamado Kem Kem y ante varias tortugas fosilizadas incrustadas en una losa gigantesca que los trabajadores levantaban a mano, ayudados de un único gato. La enviarían a Noruega, donde haría de mesa de centro. Transmitía una sensación de sueño materializado, de una pesadilla que se hubiese torcido sutilmente.

Anuar bostezó mientras observaba a los demás. El capataz se llamaba Amar Taglaoui, le dijo Anuar con un deje de resentimiento. Era un *ouvrier* y un pobre desgraciado, pero había que vigilarlo. David asintió con un gesto. Reparó en que el suelo estaba repleto de fósiles de caracol incrustados en las piedras; eran sedimentos de millones de años de antigüedad, de cuando el Sáhara era un océano, y formaban un paisaje alucinante, un reflejo de lo que imaginaba que

sucedía en la cabeza de Abdalá. Llenos de vida, pero muertos; de formas variadas, si bien monótonas. Estaba profundamente deprimido. La tristeza era una confusión gigantesca en la que millones de pedazos de una vida yacían desperdigados cual fragmentos de ruinas, sin que nada pudiera cohesionarlos de nuevo. Al ver su terrible estado, Anuar intentó animarlo y levantó las manos, como en un conjuro.

—Vierten Coca-Cola en las formaciones de yeso para que parezcan viejas. ¡Son unos mangantes, David!

Le dio un codazo para hacerle reír. ¡Árabes mangantes, menuda idea!

Los kebbash se levantaron y se dirigieron al coche entre los crujidos de las algas y los caracoles fosilizados que aplastaban a su paso, con sus *chechs* ondeando en un viento cada vez más recio. El sol proyectó un rayo alargado en la arenisca terrosa. David los siguió. Uno de los hombres llevaba los brazos llenos de rocas fosilizadas. Las niñas saludaron con amonites en las manos.

—¿Adónde vamos? —le preguntó a Anuar. Sabía que los demás no responderían.

Anuar le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo, David. Vamos a Alnif.

Abdalá se detuvo unos instantes antes de arrancar. Recorrió con la mirada la carretera vacía por la que aquella noche los vendedores de crinoideos volverían a Erfoud. No parecía pensar ni en su hijo ni en David. Había hecho una parada para comprar algunos ejemplares a los canteros; había dejado que sus pensamientos divagaran para ocuparse de cálculos aparentemente mundanos, aunque en un contexto de despiadada lucha por la supervivencia quizá tales cálculos no fuesen tan frívolos. Abdalá se detuvo y su atención se centró en David. Se pasó la lengua por los dientes y, solo un instante, se llevó a la boca los nudillos de la mano derecha. Se estremeció. Cuando habló se dirigió a Anuar, que le haría de intérprete desde el asiento trasero.

—Un lugar miserable —fue todo lo que dijo con una sonrisa repentina, pero sin mirar a David a la cara—. Está muerto, como puedes ver. Pescamos en el desierto, y los fósiles son nuestros peces. ¡Peces muertos! Es una broma. Dios nos ha gastado una broma. ¿No te hace gracia?

—En absoluto —dijo David, muy serio.

—Te hace gracia. Te hace gracia —insistió el anciano.

—No —repitió David.

—Muy pronto aquí no habrá nada. Ni personas, ni árboles. Nosotros somos los últimos.

Los otros hombres suspiraron. *Basmala*.

—Te lo aseguro, somos los últimos —repitió Abdalá, tamborileando sobre el volante—. Tenemos fósiles y a nuestros hijos. Y nada más.

David inclinó la cabeza y Abdalá arrancó.

—Ya lo verás —le dijo el padre en voz baja, como si en realidad pudiese verlo cuando llegaran a su destino, que era Tafal'aalt.

Una hora después estaban en la destartalada puerta ornamental de Alnif, donde los pájaros anidaban entre las hierbas incoloras. Detrás de esta *bab*, los aldeanos y los vendedores de fósiles se ajetreaban bajo los primeros rayos del sol, sin sorprenderse de que los aït kebbash aparecieran por allí. Los hombres fueron a tomar café mientras David se apoyaba en el coche e intentaba una vez más llamar por teléfono. Nada. Dicky le había mentido descaradamente al respecto. Retrocedió hacia la *bab* y contempló las vastas líneas horizontales del desierto. Allí estaba el *erg*,

la inmensidad desolada. Unos pálidos penachos de *drinn* bordeaban la carretera con su verdor desesperado, y aquí y allá se alzaba un espino, resplandeciendo con un rocío misterioso en la inabarcable luz matinal. «Conque era esto», se dijo con toda la fuerza que consiguió recabar. Estaba atrapado. ¿Por qué no se había negado a ir? Por un curioso momento de debilidad, es decir, de culpabilidad. Cuando lo recordaba, le parecía inconcebible. Pero todo ocurre por una razón.

Pensó en su mujer, durmiendo en su cama de Azna. Aún no se habría levantado. Estaría soñando profundamente, revolviéndose en su cama. Pensó en su piel, que olía a polvo de biblioteca por las mañanas; en su cabello pajizo derramado en la almohada, donde tanto le gustaba besarlo. No le describiría aquel viaje. De hecho, ya había decidido que, pasara lo que pasara en Tafal'aalt, se lo llevaría a la tumba, aunque fuese más triste de lo que ahora podía imaginar.

CAPÍTULO 14

La carretera fue desdibujándose hasta convertirse en una pista arañada en la superficie del desierto, como una suerte de broma cósmica. A su alrededor, perdiéndose en la inmensidad, se multiplicaban las acacias: sus espinas parecían dagas caídas a sus pies. A lo lejos divisaron la montaña llamada Atchana, «la que tiene sed» en árabe. Formaba un extremo de la vasta planicie rectangular de Jbel Issimour, próxima a la frontera argelina, que ahora empezaba a dibujarse a su izquierda como una sombra baja en el horizonte.

Al acercarse, la tierra fue agrietándose y volviéndose casi negra. Era roca dura, no la arena que había esperado, y al poco pasaron a desplazarse campo a través, libres del endeble formalismo de la carretera. El coche cabeceó violentamente y los kebbash rechinaron los dientes. A la izquierda empezaron a aparecer las zanjas de las canteras de fósiles. En los meses de calor, los trabajadores huían al Atlas en busca de una forma menos ardua de ganarse la vida y dejaban sus herramientas y sus útiles de acampada a un lado de las zanjas, donde permanecían intactos hasta el invierno. Cuando las temperaturas bajaban, volvían y encontraban sus pertenencias exactamente allá donde las habían dejado. Parecían los pertrechos de un ejército romano que hubiese desaparecido dos mil años atrás, como los campamentos que aún podían verse en los alrededores de Masada, en Israel. La ardiente llanura de la derecha tenía el color de las natillas y de los melocotones asados. La cruzaba una única figura, anónima en el sol matinal. El vehículo se detuvo unos instantes y los hombres se apearon para saludar. Se trataba de un muchacho de unos catorce años envuelto de pies a cabeza en ropas añiles, que seguía un rebaño de camellos que se perdía en el horizonte. Anuar ayudó a David a salir del coche y aguardaron bajo el sol mientras dos miembros del grupo corrían hacia las zanjas de la cantera. El pastor les gritó unas palabras amables.

«Tienen una idea del espacio completamente distinta —pensó David mientras observaba al muchacho, que se alejaba con su bastón. En el extremo occidental del horizonte solo se veían unos espinos resplandecientes—. Ni siquiera habitan el mismo planeta.»

Simplemente aquel planeta guardaba un ínfimo parecido con el suyo.

Anuar le ofreció agua. Bebieron y orinaron apartados del resto del grupo. Caminaron hasta las zanjas y Anuar se ciñó el *chech* a la cabeza. David notaba el calor de la tierra, que atravesaba las suelas de sus zapatos.

—Rodearemos el *jbel* y llegaremos a Tafal'aalt a través de Boudib. Es un desvío.

—¿Y eso por qué?

El marroquí se encogió de hombros. Era demasiado complicado de explicar.

—Es la voluntad del padre.

David contuvo toda su exasperación acumulada.

—¿Así que el viaje durará más horas?

—Yo no diría tanto. Llegaremos pronto.

Abdalá los observaba desde el coche con una desconfianza fría y hostil. Después de abrir el maletero para comprobar el estado del cadáver, se había demorado un buen rato antes de volver a cerrarlo. Luego se había detenido entre las ráfagas de arena para subirse el *chech* hasta los ojos. Algo en su expresión provocó que Anuar se sintiera incómodo y se apartase de David. Los dos hombres se vieron obligados a mirarse, apabullados, sin que ninguno pudiera descifrar del todo la furia que emanaba de Abdalá, pues no era solo la furia que causa la muerte de un hijo. Estaba dirigida a entes inenabables, a cosas que se ocultan detrás de las personas. David observó al anciano, que dio media vuelta y, de una patada, envió una piedra debajo del coche. Después se alejó, cabizbajo y malhumorado, con los peludos brazos doblados al pecho.

Y entonces Anuar dijo:

—Era su único hijo. No tenía otro.

David sintió que su corazón se disipaba como una peonza girando rápidamente en la tierra vacía.

—Comprendo —dijo, y su temor adquirió una forma más definida.

La posibilidad de venganza, que hasta entonces había permanecido latente, empezó a cobrar forma. Se hizo posible. Todos sus antiguos prejuicios cristalizaron y apretó su inútil teléfono móvil en la mano. Sí, él sabía lo que los hombres de esas tribus eran capaces de hacer cuando les dabas la espalda. Si pretendían jugar al gato y al ratón, él estaría preparado.

Se decía, incluso, que había células de Al Qaeda en aquella parte del desierto. Estaba convencido de que llegado el momento le chantajearían; solo una semana antes, Jo había leído en el *Telegraph* que habían encontrado los cadáveres de unos trabajadores occidentales en unas instalaciones petrolíferas próximas a Mauritania. Los terroristas cruzaban continuamente la frontera argelina. Dicky lo había admitido, y era increíble pensar que *todos* lo sabían cuando lo enviaron alegremente a las profundidades del desierto. Menuda broma. En aquel silencio, que el viento hacía absoluto, solo oía los latidos de su corazón. Pensó un instante en su padre, remando por el río Ouse tocado con un sombrero de paja. «Nunca confíes en los norteamericanos ni en los nigerianos, muchachito. Son unos farsantes.» Miró su reloj, como si este fuera a responderle algo provocativo, y siguió oyendo la voz afectada e inocente de su padre describiendo los sitios que había visitado en Ecuador, cuando en los años cuarenta trabajó allí como ingeniero de minas. Papá decía que el mundo era un lugar espantoso, y que lo mejor que podía hacerse era burlarse de él. Al menos esa era una auténtica respuesta inglesa.

Al apartar la vista del reloj vio que Anuar se cubría los ojos y volvía a sentarse en el coche. Desde la sombra que insinuaba la presencia de Abdalá oyó lo que parecía un rechinar de dientes. Aunque hubiese estado llorando, el viejo se habría guardado el llanto muy adentro, inaudible en sus pulmones.

El Toyota ascendió penosamente por barrancos largos y serpenteantes. Gruñía como un animal de carga y a veces se detenía, exhausto, cuando Abdalá pisaba brevemente el freno al cambiar de marcha. El anciano maldecía y hablaba al coche, sin dejar de rechinar los dientes. El agua rancia de las botellas estaba ahora tan caliente como la de una bañera. Pero siguieron subiendo, acercándose a la inmensidad azul del cielo, que casi parecía palpable.

La montaña de Issimour era tan alta que desde su cima podían verse las diferentes tonalidades del desierto: blanco sal, amarillo pálido y rosa. Allí arriba el viento soplaba con más fuerza y el calor era abrasador, pero incluso en aquel lugar, el más terrible de los *ergs*, David vio largas zanjas bien trazadas y las bolsas de los trabajadores expuestas al sol, como si los canteros se hubiesen ido de pícnic. Esta vez Abdalá no se detuvo. Atravesaron este nuevo desierto con sorprendente celeridad, como si persiguieran a algún animal o huyeran de los hombres.

El viejo conducía con una furia salvaje, cambiaba bruscamente de marcha, aceleraba más y más. Al mediodía iniciaron el suave descenso por la cara norte de la montaña, a cuyos pies había cinco aldeas: Boudib, Ambon, La'gaaft, Tabrikt y Tafal'aalt. En La'gaaft vivían los despreciados *haratin*.

Los hombres del asiento trasero dormían y sus rifles presionaban inadvertidamente el respaldo de David. El calor que atravesaba el techo del todoterreno embotaba los sentidos y el destartado aire acondicionado no servía de nada. David empezó a cabecear sobre el cinturón de seguridad y tuvo la impresión de que un ojo se le soltaba de la cuenca, como si fuese una bombilla vieja. En cuanto a Abdalá, al percatarse de que su intérprete Anuar dormía, hizo un par de comentarios en tamazight al estúpido que tenía al lado, pues aunque David conocía algunas palabras del árabe, seguro que no entendía nada de tamazight. A grandes rasgos, lo que dijo el anciano fue:

—En La'gaaft viven los negros. Si en Tafal'aalt te preguntan si has estado en la aldea de los negros, admítelo, pero no digas que has bebido su agua. No digas nada; es mejor así.

Y se echó a reír, mientras David asentía, confundido.

Al pie del largo descenso se hallaba Boudib. Las casas tenían forma de cúpula, y habían pintado trilobites amarillos en sus puertas metálicas. Unos arbolillos agonizantes bordeaban los huertos traseros y un polvo irritante corría por sus calles pedregosas.

El calor del mediodía había obligado a todos los habitantes a refugiarse en sus casas; hasta los perros se escondían en cualquier cobijo que pudiesen encontrar. Unas piedras blancas, enormes como huevos de dinosaurio, se amontonaban a lo largo de los *oueds* secos, donde las palmeras infectadas daban sus últimos suspiros. Los hombres del coche seguían durmiendo cuando atravesaron Boudib en dirección a Ambon, y ni siquiera despertaron al llegar allí. Habían visto Ambon miles de veces, y, salvo el pozo, allí no había nada de interés.

Cuando ya habían salido de Ambon y se encontraban en las afueras de La'gaaft, el padre se detuvo un momento para inspeccionar las ruedas y David contempló la pared malva del lado norte de Issimour, que se alzaba sobre las aldeas como una gigantesca ola estática. Su superficie estaba horadada por cuevas construidas por el hombre de las que colgaban cuerdas y escaleras. La sombra de esta montaña monumental era tan alargada que se tragaba todo el poblado. Había dos figuras junto al pozo, con sus rostros apenas visibles entre los trapos que les cubrían la cabeza. Los hombres del coche despertaron, y cuando el todoterreno se aproximó a La'gaaft cogieron sus rifles en silencio. En la pared de la montaña, David vio a un niño sentado en el borde de una cueva que agitaba un paño blanco como si se rindiera. La cima tenía el mismo color de las naranjas sanguinas.

En todas las aldeas que cruzaron de camino a Tafal'aalt vio las mismas casas como cúpulas de cemento y los mismos trilobites pintados en sus puertas metálicas. La gente salía y los saludaba a gritos. Un hombre con una cesta en la cabeza llena de cuerdas enroscadas se detuvo en la entrada de Tabrikt, levantó la mano y saludó por su nombre a Abdalá y a otro de los hombres del coche,

que se llamaba Mulay.

Al llegar a las afueras de la propia Tafal'aalt, la última aldea antes del desierto abierto, David volvió a sentir náuseas. Así que aquel era el pueblo de Driss. Consistía en dos docenas de casuchas con forma de cúpula que parecían huevos semienterrados en la arena, unos pequeños huertos resguardados por muretes de piedra y grupos de palmeras datileras. Los senderos eran blancos como la tiza. Al igual que en las otras aldeas, la alargada sombra de la montaña Issimour estaba alcanzando los huertos y pronto se los tragaría.

Abdalá aparcó el coche y se dirigió a una de las puertas metálicas adornadas con trilobites azules. La aporreó y gritó mientras David salía del vehículo con sus cómicas y pulcras bolsas de viaje que tan esmeradamente le había preparado Jo. El sol había llegado a su cénit y el color naranja sanguina de los riscos le evocó por segunda vez la imagen de un tsunami petrificado en el tiempo, que en cualquier momento podría liberarse y caer sobre ellos. En la escarpada ladera vio las mismas escaleras y cavidades. ¿Qué podía pensar de aquello? Nada. Era una zona bárbara, prehistórica. Una farsa desolada de trabajo infantil. Había que dejar de pensar y simplemente soportarlo. Había que aguantar.

Las puertas metálicas se abrieron y asomaron tres mujeres que se habían resguardado del sol. Tenían la cara y las manos tatuadas con delicadas líneas de puntos. Salieron envueltas en ropajes negros y corrieron hacia el coche sin detenerse. Luego se oyó el sonido de sus lamentaciones, algo que los hombres se temían desde el principio. Apretaron la mandíbula y miraron al suelo, casi irritados, mientras David alzaba la vista a la gran extensión de cielo azul que separaba el sol de las fauces del risco. ¿Qué hora era?

Abdalá le dirigió un gesto irónico con la mano.

—Entra —dijo en árabe, como si fuese una lengua franca ajena a él—. Bienvenido a mi humilde morada. Cuidado con el escalón.

Era la casa donde Driss había crecido, y en cierto modo conservaba la energía de su espíritu. Incluso en París, le había dicho a Ismael, siempre había guardado el recuerdo de su hogar cerca del corazón.

CAPÍTULO 15

Después de que Roger se marchara —le dijo Driss a Ismael aquel día—, Angela y él plantaron un nuevo arriate de girasoles. El carácter enérgico y tierno de Angela parecía más espontáneo de lo habitual, como si la presencia de su marido la cohibiese, y después de trabajar en el jardín entraron en casa y ella sirvió una tetera de Earl Grey y bollos ingleses con pasas; te aseguro por Dios, le dijo a Ismael, que nunca hubo una comida tan rara en la faz de la tierra.

Entonces hablaron con más intimidad y Angela le dijo que el negocio no iba tan bien como esperaban y que en realidad Roger había ido a Inglaterra para conseguir más dinero de su familia. Eran malos tiempos y cada vez venían menos turistas al puerto de Sotogrande.

—¿Entonces Roger volverá con un montón de dinero? —preguntó Driss.

—No funciona así. El dinero tarda unos meses en llegar.

—Entiendo. —Driss asintió.

«Entonces es ahora o nunca —pensó—. Y no puede ser nunca.»

—He estado pensando en la caja fuerte y en cómo la abris —le dijo a Angela—. Parece algo muy inteligente.

—¿La caja fuerte?

—Sí. He estado mirando a Roger para saber cómo lo hace, pero no lo he averiguado.

—¿Y por qué necesitas averiguarlo?

Angela se levantó y, de pronto, Driss vio que el tiempo había pasado, que estaba anocheciendo y que los olivos se volvían cenicientos bajo la lluvia, al otro lado de las ventanas.

—Porque necesito el dinero que hay dentro —dijo con tranquilidad.

Lentamente reprodujeron la misma escena que habían interpretado en la gasolinera, salvo que ahora, después de todos aquellos meses, las tornas habían cambiado a favor de Driss. Superpuesto al rostro de la mujer de la que se había encariñado vio el de la anciana infiel que nunca le daría lo que quería.

—Driss, no seas estúpido —fue todo lo que dijo ella—. En la caja solo hay dos mil euros, ¿vale la pena?

«Por Dios, sí», pensó él.

Rodeó la mesa y alargó el brazo como si fuese un latigazo.

—No, no puedes —dijo ella mientras intentaba soltarse, pero él la sujetó más fuerte.

Iniciaron una especie de baile. Driss la arrastró silenciosamente hasta la caja fuerte, que estaba en una gran alacena donde también guardaban los libros de cocina y botes de hierbas secas. Con la mano libre buscó un arma para intimidarla y que le diese la información que necesitaba.

Dentro de un cajón abierto vio los cuchillos de cocina.

—No había pensado en nada así —le dijo a Ismael, que guardaba silencio—. Pero ¿cómo podía solucionar el embrollo en el que estaba?

Cogió un cuchillo de sierra y lo acercó al cuello de Angela, que se derrumbó en el suelo e intentó liberarse. Había algo inmensamente gratificante en aquella pose de pura súplica inconsciente y en cómo esas sandalias de hippies le habían resbalado de los pies y se habían quedado tiradas en el centro de la cocina. Driss sintió que las posiciones de poder por fin se habían restablecido, y que si eso implicaba humillar a la anciana, resultaba desagradable, pero también natural. Lo que había sido antinatural era la situación anterior. «Suéltame», le gritaba ella, pero ¿cómo no iba a gritarle esas cosas y por qué iba él a soltarla? Cuando presionó la punta del cuchillo en la garganta, Angela le dio la combinación, que entonces él memorizó.

Sin embargo, en cuanto se apoderó del dinero no supo qué hacer con el inmenso problema que había creado. Se dio cuenta de que no tenía ningún plan. Ya había anochecido y no podía irse de aquella casa sin más, dejando allí a una infiel enojada que llamaría a la policía de inmediato. ¿Qué sería entonces de él? Un grupo de infieles furiosos lo perseguiría por el campo. No lograría escapar. Necesitaba algo de tiempo para llegar a la carretera, hacer autostop y parar un coche.

Pensó todo esto mientras el cuchillo seguía amenazando la garganta de Angela. «Un poco más y todos tus problemas estarán resueltos —pensó—. No mires la expresión incrédula de sus ojos. Además, es vieja. Ha llegado su hora.»

—No puedes hacerlo —oyó decir a Angela dentro de su cabeza.

—Ah, sí que puedo —respondió él con calma.

Tanta sangre por tan poca cosa. La soltó cuando hubo acabado, y sintió una euforia apacible, sorprendente, al limpiar el cuchillo en el fregadero y devolverlo al cajón. El silencio en la casa era absoluto y únicamente se oía el canto de los pájaros en el olivar. Allí solo estaban él, y sus pulmones, y su palpitante corazón.

CAPÍTULO 16

Descendió hasta la carretera de San Martín cargado con una bolsa llena de dinero y ropa, y pronto encontró la gasolinera donde había empezado todo. Vio algunos camiones detenidos y varios coches destartados de inmigrantes que acababan de desembarcar del transbordador. Las familias marroquíes comían naranjas y pasteles sentadas en el arcén, y pudo circular tranquilamente entre ellas planteándoles su propuesta. Todos sin excepción iban a París y no les extrañó su ansia por llegar al mismo destino. Les habló tranquila y persuasivamente, les preguntó quiénes eran, de dónde venían y adónde iban, y cuando se ofreció a pagar la gasolina hasta París, varios cedieron y le ofrecieron un sitio en sus coches. Subió al de una familia joven que regentaba una tienda de ultramarinos en un lugar llamado Marx Dormoy. Les preguntó si ese sitio estaba en París y le respondieron: «Claro que sí». «Pues qué bien», pensó él. No había sido tan difícil como suponía, ni de lejos.

Llegado a este punto de su relato, Driss se levantó y fue a orinar a la zanja. Estaba satisfecho por el efecto que había causado su historia en el impresionable Ismael y no dudaba de que el chico se la había creído a pies juntillas. Rió para sus adentros. Se estremecía ante los fósiles que los rodeaban porque era consciente de que eran maléficos, que no eran de este mundo. Pero ahora estaba tan entretenido que podía olvidarse de ellos. Le encantaba contar historias.

—Fuiste frío como el hielo, hermano —le dijo el chico cuando Driss regresó y se sentó de nuevo junto a la hoguera que habían encendido en las rocas desnudas. Tenían una bolsa con higos del mercado de Erfoud, y los abrieron con la navaja.

Driss asintió.

—Necesidad, hermano.

—El mundo es cruel. Mi padre siempre lo dice.

—Tiene razón. «Cruel» es la palabra exacta.

Driss percibía que Ismael lo admiraba más ahora que diez minutos antes; de hecho, esa había sido su intención. El chico lo observaba con los ojos abiertos como platos en los que la novedad se mezclaba con algo de temor. Era perfecto. El equilibrio entre ellos se había decantado a su favor, y Driss se sintió más seguro mientras removía la hoguera con un palo y se comía los higos. Más que seguro, se sentía muy complacido consigo mismo. Para el trabajo que tenía en mente necesitaba que Ismael comiese de su mano, y allí lo tenía, como un cachorrito. De ahora en adelante, estaría más dispuesto a seguir a Driss en cualquier plan que se le ocurriese; admiraría al joven de más edad y haría lo que él le dijera. Driss cortó un higo y le ofreció la mitad sin dejar de hablar, porque Ismael quería saber qué había hecho en París. París era donde todos querían ir. París, donde las chicas son unas putas.

—¿Así que fuiste a París? —preguntó Ismael.

—Pues claro. ¿No te lo había dicho?

Viajó con la familia de Esauira toda la noche. Pararon en gasolineras de autoservicio en la oscuridad, y al día siguiente el padre y él se turnaron al volante. El padre, un tipo gordo y bruto de la costa, se había ganado la vida tallando tableros de ajedrez para turistas en el zoco de Esauira. Era astuto, chismoso y hablador. Le explicó a Driss las extrañas costumbres de los franceses, diferentes de las españolas, que le resultaban más familiares. Driss escuchó sin retener una sola palabra. Recordaba un sitio cerca de Perpiñán, con el ganado inmerso en la niebla, donde pararon por la mañana temprano, y que él pensó: «Tampoco ha sido tan difícil. Los nazarenos no son tan listos como creemos». Deambuló con la familia por los restaurantes de un centro comercial de carretera; allí los infieles comían en cafeterías abiertas donde el alcohol fluía libremente. Las chicas francesas, vestidas con pantalones vaqueros cortos y camisetas diminutas, le dirigieron fugaces miradas de desdén. El pan estaba duro. En las tiendas había jamones envueltos en papel de aluminio y coches de bombero en miniatura, y también sillones mecánicos que daban masajes a los camioneros. Todos se apiñaban en las máquinas de café automatizadas, sin hablar. Qué extrañas, las costumbres de los impíos.

Pero decidió no contar a Ismael demasiadas cosas de París. Mejor conservar el misterio. Las semanas en la rue du Faubourg-Saint-Denis, detrás de la Gare du Nord, en el barrio indio de restaurantes tandoori y tiendas de saris llenas de joyas de oro (recordó con una sonrisa los bustos femeninos de cristal en los escaparates, con collares vulgares alrededor del cuello); el *hammam* de la rue d'Aboukir, y las largas noches que había pasado en el cine Brady del bulevar Sébastopol viendo porno blando..., ¿para qué describirlo? Su infructuosa búsqueda de trabajo en los periódicos, el ahorro inútil, la soledad y el aburrimiento interminables. Lo único que había experimentado allí era el fracaso. No había encontrado trabajo, ni siquiera de conserje, ni siquiera como reponedor de supermercado, que todos decían que era un empleo infalible.

—¿Y los dos mil euros? —le preguntó Ismael.

—Comprar un bocadillo cuesta lo mismo que aquí comer tayín una semana seguida. Los infieles te roban hasta el último céntimo. El dinero se te escurre entre los dedos como si fuese arena.

—Ya me lo suponía.

Todas las noches Driss se veía obligado a deambular por las calles adyacentes a Château d'Eau siguiendo a grupos de prostitutas chinas de mediana edad que se vestían de negro como si fuesen sepultureros y se trasladaban a aquella parada de autobús cuando menguaba la clientela del metro. Soledades nocturnas en el bien nombrado passage du Désir y en los cafés africanos de la rue du Château d'Eau, que era el único sitio al que se podía permitir ir para fingir que tenía una vida nocturna. París.

—La Ciudad de la Luz —dijo Ismael, esperanzado.

—Un sucio antro de infieles, una cloaca —dijo Driss.

Aunque una noche, decidido a renunciar a sus sesenta euros y viéndose casi perdido entre los infieles, siguió a una triste china hasta su *chambre de bonne*, en la misma calle donde él vivía. Cruzaron un patio lleno de sacos de cemento igual que el suyo, subieron por una escalera estrecha y serpenteante y entraron en una *chambre de bonne* de cuatro metros cuadrados idéntica a la suya, donde había un gato que olía a limpiador de alfombras. Y aquella chica que no hablaba francés se desnudó, metió los sesenta euros en una caja que guardaba debajo de la cama y le preguntó, como

él ya imaginaba, si quería *la pipe*.

Pues claro que quería *la pipe*, dijo él. ¿Acudiría a una mujer de la calle para no querer *la pipe*? ¡No se gastaría sesenta euros para luego no quererla! Rieron, e Ismael exclamó:

—¡Por Dios! —Y a continuación—: ¿Y estas muchachas chinas van por las calles de noche?

—Son las únicas mujeres que quedan en la calle, además de las albanesas, que son ladronas y asesinas. Así es como se hace allí.

—¿Y visten de negro?

—Como los sepultureros de los infieles. Visten de negro de la cabeza a los pies, y te aseguro que dan miedo.

—Pero ¿aun así quisiste *la pipe*?

—Tenía que saber lo que era. Sí.

—Bien hecho. ¿Y cómo fue?

—Esperaba algo mejor.

Volvieron a reírse, pero algo más cohibidos.

Driss dijo que solía cruzar el puente de las vías del ferrocarril, detrás de la Gare du Nord, para pasar del barrio de los hindúes al de los norteafricanos: las vías eran la frontera. Una vez al otro lado, caminaba por todo el bulevar de la Chapelle bajo las vías elevadas del metro, donde los borrachos dormían la mona y los negros vendían droga; por el hospital Lariboisière hasta Barbès y los almacenes Tati, donde se compraba sus camisetas baratas, y de allí seguía por la rue de la Goutte-d'Or, que le reconfortaba por su parecido con una ciudad marroquí, y la rue de la Charbonnière, donde estaban los restaurantes con *grillades* y los halal. Allí se reunían los musulmanes, con su comida y sus chismorreos.

Era como un sueño, le dijo al impresionable Ismael, pero no necesariamente un sueño bonito. Andaba y andaba, admitió, y cuanto más andaba por la rue Myrha y la rue de Sofia y el bulevar Barbès e incluso la pequeña y ordenada rue Cail, justo a la vuelta de la esquina de su casa, con su sucesión de coloridos restaurantes indios y sus árboles en flor, más comprendía que la vida no estaba en París sino en otra parte, y que él no sería de los que vivirían en aquel lugar para hacérselo suyo. Así que en cierto modo había perdido el tiempo y el de los demás, y pronto, en contra de su voluntad, sus pensamientos volvieron al desierto, sobre todo cuando estaba solo en el Brady o deambulando sin rumbo por la rue de l'Aqueduc entre los emigrantes de países desconocidos, entre pieles más oscuras que la suya, comiéndose un melocotón o una bolsa de nueces y sintiendo que se deslizaba cuesta abajo al fondo de un pozo, porque así se sentía siempre que andaba por la rue de l'Aqueduc.

—¿Y por qué? —preguntó el muchacho más joven.

—No sabría explicarlo. Sentía ansiedad y tristeza. Así te hace sentir el mundo de los infieles.

El muchacho asintió.

—Ya te entiendo, sí.

—Lo digo en serio. Allí no hay felicidad.

—Lo ha dicho el Corán.

—El Libro está en lo cierto. No se equivoca.

Driss lió otro porro y estuvieron un rato escuchando con deleite el sonido limpio y cortante del viento que soplabla en la planicie, entre las zanjas de la cantera y Hmor Lagdad, como llevaba

haciendo millones de años, quizá incluso cuando todo aquello era un mar. Detrás de aquel sonido había otro, una suerte de ruido blanco. Sus oídos conocían todas las texturas de aquel viento que llevaban escuchando toda su vida. Viento suave y viento duro, viento lento y viento rápido, benévolo y maligno. El compresor resplandecía con una luz metálica propia, un reflejo de algo tan lejano que no detectaban su origen. ¿Era la luna allá arriba, detrás de tormentas de arena que ascendían a la atmósfera? ¿Cómo podían entonces ver las estrellas?

—He estado pensando en cómo podemos conseguir algo de dinero para irnos a la ciudad — siguió Driss—. Eso es lo que quieres, ¿verdad?

—Pues claro.

—Lo sabía. Tú eres ambicioso, como yo.

Coincidieron tácitamente sobre este último punto y Driss encendió el porro. Ya no sabían lo colocados que estaban, solo que su entorno se había vuelto impreciso. Cuando Ismael le preguntó por su plan, Driss sonrió enigmáticamente y respondió:

—Algo que necesita agallas, mi querido Ismael, algo que requiere que pierdas todo tu sentimentalismo.

—Yo no soy sentimental.

—Hasta este momento lo has sido. De ahora en adelante tendrás que ser un guerrero, sin pensar demasiado. ¿Serás capaz?

Ismael dijo que sí, aunque no podía saberlo, y había cierta irritación en su voz. Driss lo apaciguó.

—Muy bien. Ya te lo explicaré cuando acabemos de fumar.

—Eso espero —murmuró el otro, y se echó de costado con la mano debajo de la cabeza, para poder ver la carretera, aunque no pasaba ni un alma, ni tampoco pasaría; lo único que veía eran los postes blancos que la bordeaban.

—Tal vez primero tendríamos que dormir. Tú estás cansado y yo también.

No era mala idea, pensó Ismael. Cerró los ojos y ninguno de los dos habló hasta que les llegó el sueño, ligero y superficial. Driss yacía de espaldas y saboreaba el gusto del *kif* mezclado con el dulce té a la menta que había tomado antes. El *kif* era bueno y fuerte, de lo alto de las montañas; procedía de unas hojas fragantes y le hizo soñar con fluidez: atravesaba un bosque de abetos en pleno verano, las abejas zumbaban en los claros y se oía el rumor de un manantial. «Aunque yo no lo sepa, Alá siempre sabe dónde estoy», pensó.

Bajó una ladera sembrada de piñas, y en el fondo, apenas visible entre los árboles, vislumbró a una mujer junto a lo que parecía un pozo. Era blanca, como Angela, pero joven, con una melena que le llegaba hasta los brazos. Estaba de espaldas, asomada al pozo. Las moscas revoloteaban silenciosamente alrededor de sus pies desnudos, como si les atrajera algo que Driss no alcanzaba a ver. En aquel calor le costaba pensar, y descendió sigilosamente con un hacha en las manos mientras la mujer seguía de espaldas. Un pie rompe una ramita y la *gazelle* vuelve la pezuña, la mirada. La mujer se volvió despacio, él salió a la luz del claro y pensó: «¿Soy malvado? ¿Soy quien soy?». Era mediodía, y de las profundidades del bosque llegaba el canto de los cucos y el pesado zumbido de las moscas.

CAPÍTULO 17

Dos horas antes de que David entrase en casa de Abdalá, el mismo sol que le alcanzaba proyectó las sombras de Azna en las laderas pedregosas, y los cocineros del primer turno que mondaban patatas en la escalera trasera de la cocina alzaron la vista, parpadeando, y contemplaron las flores amarillas de las resplandecientes chumberas. Interrumpieron el trabajo y se protegieron los ojos con la mano. La luz, que se desplazaba por detrás de las torres, alcanzó el suelo donde estaban las mondas e iluminó los cubos metálicos llenos de agua sucia. Los cocineros podían oír la extraña música de violines que llegaba del comedor, el típico bullicio europeo. Aquello no era música; les daba escalofríos, sobre todo por el bochorno que sentían hacia quienes afirmaban que les gustaba aquel estruendo, o lo fingían. Naufal, el segundo cocinero, había visto a cuatro chinos vestidos de blanco tocando aquellos estridentes violines. Al parecer, los infieles lo consideraban relajante y ameno, y escuchaban atentamente mientras devoraban sus pomelos partidos por la mitad y esos cuencos de comida para conejos propios de un círculo más enigmático e incomprensible si cabe. Los muchachos de las aldeas remotas del valle miraron el sol y desearon en secreto que lo cubriese una nube, y Naufal, mientras tanto, volvió del comedor con una cesta de cruasanes partidos y se topó con el ubicuo y afligido Hamid en el umbral de la cocina.

—Me han dicho que se han llevado al infiel al Tafilalet —se burló Naufal, dejando la cesta y dirigiéndose a la puerta trasera para fumar un cigarrillo, ignorando las órdenes explícitas de monsieur Richard—. ¿Es cierto?

Los muchachos eran todo oídos.

—Así es —suspiró Hamid.

—Le cortarán los dedos uno a uno —dijo uno de ellos, y se echaron a reír; también Hamid.

—Le cortarán los pies, los hervirán y se los comerán con sus cabras.

—Tal vez —concedió Hamid.

—Al final le cortarán la lengua —opinó Naufal, dando una calada al cigarrillo para formar un aro de humo.

—Dios lo quiera —dijeron algunos de ellos ante la mirada reprobatoria de Hamid, que no tuvo efecto alguno.

Sonrieron entre sí y continuaron pelando patatas. Hamid les honró con el inevitable proverbio: «La lengua no tiene huesos, pero también puede golpear».

Personalmente no le deseaba ningún mal al pobre David. Y, sin embargo, la justicia no siempre era amable; había que enfrentarse a ella. Se acercó a los refrigeradores, abrió las puertas grandes de aluminio y sacó una caja de huevos y mantequilla. Se sentía angustiado, pero no podía hacer nada. David se había ganado a pulso lo que le deparaba el destino, pero lo que le

preocupaba en realidad era la actitud rebelde del personal. Intuía que si a David le pasaba algo grave, los criados se calmarían. Sentirían que se había hecho justicia.

Salió con un cruasán, que se embutió rápidamente en la boca. A veces deseaba que lloviera, que el cielo se encapotara. Ese maldito sol lo estropeaba todo. Acababa de bajar de la habitación de los señores, que dormían abrazados, protegidos por las pesadas cortinas de terciopelo importadas de París. Le asqueaba un poco, pero nunca se lo demostraba a ellos. Había ciertas líneas que no se podían cruzar. A veces la amoralidad era el camino más sabio.

En el mismo momento en que el sol iluminaba las chumberas del patio, un rayo se filtró por los postigos de la habitación de Jo y transformó la cama con dosel en un pequeño lago cobrizo. Desayunaba en la cama mientras leía un *Herald Tribune* atrasado, y el sol que le calentaba los pies desnudos dio a sus ojos azules un matiz dorado cuando alzó la vista y pensó que por primera vez desde hacía once años se despertaba sola, y que aquella soledad era agradable y plácida. Se había acostado borracha y en la mesita de noche había una copa que no recordaba haber dejado allí. Mientras leía con indolencia, perezosamente, se preguntaba qué estaría haciendo David en aquel preciso instante (¿comer una cabritilla con las manos?, ¿orinar en una caseta de hojalata?), hasta que unos golpes en la puerta la sacaron de sus ensoñaciones.

—¿Quién es? —preguntó.

La puerta se abrió. El muchacho *haratin* asomó la cabeza.

—Madame —anunció con gravedad—, monsieur Day le ha enviado una tarjeta.

—¿Monsieur Day?

—Sí, madame. Aquí la tiene.

En la bandeja solo había una tarjeta, pero el muchacho la llevaba como si estuviese llena de copas. Eso la hizo sonreír.

—Puedes dejarla en la silla.

El muchacho vaciló.

—¿Qué ocurre?

—Monsieur Day dice que debo esperar su respuesta.

—¿De veras?

—Sí, madame.

—Puedes esperar fuera.

Se puso el quimono y leyó la nota.

Querida Jo:

¿Tienes una resaca espantosa como yo? Te recomiendo un huevo crudo con salsa Worcestershire, nunca falla. Fue divertido bailar contigo mientras hacías de Mary Poppins. Siento haber roto el plato. Ven a tomar café y cruasanes; el huevo crudo también está aquí esperándote.

El pirata Tom

Jo observó la caligrafía suelta y despreocupada con el ceño fruncido. ¿Era verdad que Day había sido el pirata Tom y que habían bailado? No se acordaba de nada. El tono le parecía extraño, pero Day parecía utilizarlo con seguridad y confianza. Intentó recordar la fiesta de la

noche anterior. Mucha gente, mucho ruido. Mucho alcohol y el barco de azúcar rosa. Más música gnawa y, cómo no, los tragafuegos de Taza, que habían sido ridículos. Day también había estado allí. La miraba, recordó Jo. Y sí que había bailado con él, ahora se acordaba. Un pseudovals al ritmo de Gary Glitter. Habían paseado hasta el portón y habían regresado. Ella le había llamado «Tom». Estaba segura de que le había llamado Tom.

Le dijo al muchacho que lo pensaría mientras se duchaba.

—Esperaré —dijo él con solemnidad.

El chorro de agua tibia hizo que se despejara, pero no mejoró su memoria. No recordaba haber regresado a su habitación ni haberse desplomado en la cama. Rió en silencio: menudo desastre, había bebido como una adolescente y probablemente se habría tambaleado, habría hablado a voz en grito y se habría comportado como una furcia de mediana edad. Pero eso no tenía nada de malo: las mejores furcias eran las señoras de cierta edad. Y Day también era un buscón madurito. Estaba algo sorprendida con su actitud, aunque tampoco demasiado. Day era un descarado, pero era descarado lo que más necesitaba; la purgaría de los últimos catorce años de su vida. Haría renacer en ella algo precioso y necesario. Le recordaría que la muerte le quedaba aún muy lejos.

Disfrutó del tacto de la gran toalla blanca al secarse las caderas, del aroma a algodón caro y del perfume almizclado de Crabtree & Evelyn. Se miró en el espejo y vio que tenía la cara bronceada y resplandeciente, y la nariz algo pelada. Lo importante siempre es el *ahora*, ¿verdad? El brillo vertiginoso del ahora.

Salió al porche y el muchacho se levantó rápidamente, como si supiera que no tendría que haberse sentado. ¿Aquella era la formación que les daban?

—Te acompañaré —le dijo con seguridad.

—¿Al chalet de monsieur Day?

—¿Adónde, si no? ¿No es eso lo que quería?

Pero luego Jo recordó que el muchacho no podía saberlo. A menos que hubiese leído la nota a escondidas.

—Sí, madame.

—Entonces llévame hasta allí. ¿Queda muy lejos?

El muchacho se echó a reír.

—Claro que no, madame.

«Por supuesto que la ha leído», pensó ella alegremente mientras salían al sol y echaban a andar por los senderos de laterita, tan calientes que atravesaban las suelas y quemaban las plantas de los pies.

—Puedes llamarme mademoiselle, si quieres —dijo en voz alta.

—Lo que guste, madame.

Caminaron juntos por un laberinto de casas diminutas y doblaron por un breve callejón bordeado de tamariscos. El muchacho la dejó ante el chalet de Day, en cuyo porche ya estaba puesta la mesa del desayuno y el americano leía en pijama el mismo *Herald Tribune* atrasado que ella ya había devorado.

—Fíjate —dijo, cogiendo una fruta de la mesa—. Los anfitriones han encontrado papayas y nos las han enviado para desayunar. ¿Cómo lo hacen?

—Tienen muy buenos contactos —repuso ella, sentándose en una de las sillas de hierro forjado. No le sorprendió que aquella casita fuera exactamente como la suya. El mismo diseño, los mismos adornos. Las mismas cortinas de volantes. Observó con curiosidad la rodaja de papaya.

—Hoy toca comida campestre —prosiguió Day—. Debería..., deberíamos ir. Resulta que hay una cascada por aquí cerca.

—Lo de la comida campestre no es que me apetezca demasiado.

—Naturalmente que sí. No puedes pasarte todo el santo día preocupada, pensando en tu marido. Anoche no lo estabas.

Day le dirigió una mirada traviesa y la obligó a hacer lo mismo.

—Anoche me porté fatal. Ahora me siento muy culpable.

—Toma un poco de papaya, sin culpas ni aditivos.

—Una cascada... —dijo ella pensativamente—. ¿Se podrá nadar?

—Eso espero. Sin duda, los mirones queremos verte en bañador.

—No es usted muy sutil, ¿verdad, señor Day?

—Vengo de una ciudad que multa a los sutiles.

—Yo no puedo multarte, pero sí ponerte en tu sitio.

Jo tomó un sorbo de café muy cargado, aromatizado con cardamomo. Day era muy pulcro, su ropa estaba doblada y sus libros amontonados. Intentó recordar a qué se dedicaba. ¿Era analista financiero? No sabía qué hacían los analistas financieros, si es que hacían algo. Day tenía los ojos grises, aunque antes eran verdes. Los ojos le cambiaban de color.

Era un fin de semana muy extraño. David seguía sin responder a sus llamadas. ¿Dónde estaría?

—De acuerdo, iré a la cascada —dijo ella con más energía—. Me parece increíble que haya una cascada en un lugar como este. ¿Seguro que no la han construido Dally y Richard?

—No estoy seguro de nada. Unos hombres que puedan traer papaya y cortinas de terciopelo son capaces de todo. ¿Nos importa?

Jo negó con la cabeza.

—Mientras refresque...

—El agua es agua.

—Sí, esa es la gracia.

Jo tenía la impresión de que él la sostenía en la palma de la mano para observarla. Era uno de esos hombres de aspecto tan esmerado que casi resultaba desagradable. Day estiró las largas piernas y le dirigió una sonrisa burlona. Ese pijama... se lo había traído de Nueva York. Jo se preguntó si se lo pondría todas las noches en su cama de sesenta millones de dólares del SoHo mientras se lo montaba con sus amiguitas. Echó un vistazo por la puerta entreabierta y comprobó que la habitación estaba espantosamente ordenada. Le intrigó ver una pelota de béisbol en el suelo, como si después de estar entrenando la hubiese dejado allí. Parecía un arma muda y resplandeciente, y cuando ella alzó la vista los ojos grises de Day la sorprendieron, como si también Jo fuese una pelota arrojada al aire que hubiese que detener. Y ella se detuvo mentalmente. La papaya era deliciosa y refrescó su boca reseca. Los árboles cercanos crujían como cometas de papel. Se limpió los labios y tomó un trago de café muy cargado. De pronto ya no había nada que añadir, y el hombre allí sentado penetró en su interior silenciosamente, sin alzar un dedo, con la pericia de un ladrón furtivo que sabe moverse en la oscuridad.

Siguiendo las órdenes de Dally, cuatro jeeps aguardaban en el portón, y mientras él esperaba a sus huéspedes se puso una chilaba y posó para una fotografía de la sección de Estilo del *Times*. «Invitados internacionales disfrutaban de la fiesta que el señor Dally Rogers Margolis y su amigo Richard Galloway celebran en el remoto *ksar* de Azna», rezaría después el titular. «En la fotografía inferior, Sofia Prinzapolka bebe té de una taza bereber del siglo xvi mientras se baña en la *source des poissons*. Los invitados afirman que es la mejor fiesta al este de Marrakech. Para desayunar sirven pastelitos de hachís acompañados de plátanos de importación. A la derecha, algunos aldeanos observan la comitiva que se encamina al pícnic anual de la cascada de Hadda.» Dally arqueó el cuello. La fotógrafa le pidió que se quedase junto al muro, mirando el desierto.

—Fabuloso —decía ella sin cesar.

—Estoy acostumbrado —repuso él sin afectación, simplemente porque era verdad.

—Muévase un poco a la derecha.

Dally se enorgullecía de sus pícnicos. Los organizaba a conciencia y solían ser un éxito, aunque a veces le hacían perder el sueño. ¿Serían las fresas demasiado predecibles si las servía en las copas escarchadas con el diseño de uvas, o fracasaría si las acompañaba de nata fresca en cuanto todos salieran de los vehículos? ¿Quedaría ridículo que los muchachos con guantes blancos cargaran con las sombrillas? ¿Se llenarían de polvo la nata y las galletas de mantequilla? Nadie lo sabía, tampoco Dally. A Richard le preocupaban más las decisiones de mayor envergadura, y no resultaba de mucha ayuda. Pero los fotógrafos preferían mostrar a Dally sentado en las murallas con su gran sombrero de paja, o posando ante las cascadas durante el almuerzo campestre que llevaba organizando cuatro años seguidos. Era más fotogénico que Richard, menos rígido.

Los invitados comenzaron a congregarse en bañador, sombreros y chanclas. Parecían un grupo de refugiados del Club Med. Dally divisó a Hamid y le gritó de inmediato:

—¡Hamid! Que los invitados vayan entrando en los jeeps, ¡hace un calor espantoso!

Richard apareció vestido con sus mejores galas de domingo. Cuando se vestía no podía ser más apuesto, pensó Dally. Pese al calor llevaba unos botines de ante Loake y se había puesto gemelos. A Dally le parecía admirable su indiferencia ante la incomodidad.

—¿Tenemos suficientes coches, Dicky? —le gritó.

Richard se le acercó envuelto en una fragancia de Annick Goutal.

—Creo que sí. ¿Dónde está Jo, la mujer de Henniger?

—No la he visto, ¿por qué?

—Dally, tenemos que mantenerla apartada de esos periodistas chismosos y de los fotógrafos. No queremos que su cara aparezca en ninguna foto. Si alguien pregunta quién es, miente, o di que no lo sabes. Aléjalos de ella.

—Ya lo sabía, cariño. No soy tan ingenuo.

—Lo sé, pero Hamid y el servicio son unos inútiles. Déjasele claro, ¿de acuerdo? Estate atento durante el pícnic. Creo que esa chica del *Times* acabará husmeando. Todos saben lo de David. Chismorrear entre ellos como un grupito de colegiales.

—Probablemente sea lo más emocionante que les ha pasado este año.

—No queremos más emociones, sino mantenerlo en secreto y que piensen en otra cosa.

—Bueno, las fresas, para empezar. Las hemos congelado. Sé que sonará raro, pero parecen unos órganos listos para el trasplante. Rarísimo. Las serviremos sobre un lecho de berros.

Richard buscó a Jo entre la multitud. Estaba decidido a acompañarla a la cascada.

Los criados abrieron unas sombrillas rosadas para proteger las cabezas de los huéspedes, que se quejaban y tosían por el polvo seco de mediodía. Se organizó la distribución de los pasajeros en los jeeps, según los flirteos que iban produciéndose entre miembros del mismo o de distinto sexo. Las cubiteras, las bandejas de plata y las copas de champán iban en otro vehículo bajo la responsabilidad de un tenso y autoritario Hamid, que en operaciones como aquella siempre sentía que se jugaba la reputación. Cargaron una caja de gambas heladas en la parte trasera del vehículo, junto a los platos rectangulares de fresas congeladas.

—¡Conduce despacio! —le gritó al conductor.

Por fin Richard vio a Jo y Day, paseando bajo el tórrido sol.

—¡Aquí! —los llamó con gestos excesivamente vehementes. Jo lo vio de inmediato pero parecía desconfiar; o eso pensó Richard, que casi nunca se equivocaba.

La comitiva empezó el descenso por una pista empinada que se alzaba sobre Tafnet. La guarecían del sol unos arbolillos enjutos y pálidos y los altos muros de arenisca que la juventud local había decorado amorosa y discretamente con grafitis. Sentada algo incómoda entre Richard y Day, Jo percibió la humedad del río que fluía abajo y el aroma algo ácido de los huertos de okras que regaban sus aguas. Era una nueva forma de sentir la intimidad que aquel paisaje ofrecía; su arquitectura prieta de agua, sombras y roca. Un diseño concebido por necesidades reales desde tiempos inmemoriales, y no por un deseo de impresionar o por ansias de majestuosidad. Disfrutó del olor de las aves que allí se refugiaban, del súbito destello de un pequeño canal que circundaba un molino de agua y del rocío del aire que olía a estiércol. Anoche, en la fiesta, alguien le había dicho que los nombres bereberes de los meses del año derivaban del latín. No sabía si era cierto, pero le resultaba atractivo pensar que el mundo de Apuleyo seguía vivo aunque fuese furtivamente, y que las mujeres que se acuclillaban a la sombra de las palmeras seguían siendo algo paganas, lo que también la hacía pagana a ella.

La pista era muy empinada. Pasaron bajo barrancos quebrados y serpentearon entre huertos de higueras y pendientes de tierra roja como el óxido o el hígado crudo, donde unas cabritas negras permanecían inmóviles, salvo por el leve temblor de sus orejas. Richard fue enumerándole el nombre de todos los sitios por los que pasaban porque él y Dally los habían recorrido casi a diario con el bañador puesto, a veces leyendo poesía.

—Cada vez que hago este paseo recuerdo por qué no estoy en Londres. Le canto una balada a Pan y también a otros dioses.

—¿A Mammón? —preguntó Day con inocencia—. También era un dios.

—Los fenicios no llegaron tan al oeste, Tom. Aquí somos una banda hedonista de hipócritas. Te buscaré una casa. —Se volvió hacia Jo con una expresión esperanzada—. Ya he desamericanizado a uno y ahora toca el siguiente.

—No has desamericanizado a nadie —repuso Day, riendo—. ¡No lo dirás por Dally!

—Estamos en ello.

Oyeron el rumor de la cascada, cuyo eco ascendía por las rocas que formaban un pequeño anfiteatro a su alrededor. Un sonido fresco y alegre, como de niños jugando, y totalmente inesperado. Los coches se detuvieron al borde del agua, donde se ensanchaba el río. Parte de la cascada estaba al sol y parte a la sombra. El agua espumeaba y se ondulaba.

Hamid organizó el pícnic y ordenó el despliegue de alfombras, la colocación de las cubiteras y las cestas con el almuerzo. El grupo se dispersó y algunos invitados se desvistieron y se zambulleron en las frías aguas.

Jo se sentó junto a Day y se quitó los zapatos. Se sentía extraña, como si quisiera y no quisiera estar allí. Miró el agua y vio una serie de pozas que se comunicaban entre ellas y llegaban hasta el borde del oasis. Day no hablaba; tomaba sorbos de su Prosecco frío mientras observaba con distancia a las jovencitas que se salpicaban en la fuente. Había algo en ellas que lo irritaba. Sus gritos, la débil percepción de su identidad. Ahora solo le interesaba Jo. Su profunda frialdad le atraía porque, siendo de temperamentos tan opuestos, solo podía interpretarla como la expresión de una herida. Sin embargo, él era un depredador y ella nunca lo sería. Personalmente no creía que los mujeriegos fuesen seres totalmente fríos, tal como los muestra la moralidad popular. Las personas frías eran siempre las heridas; eran ellas las incurables.

Day no era especialmente culto y, con frecuencia, no sabía de qué le hablaba Jo. Las referencias que ella dejaba caer eran como piedras pesadas, pero Day era lo bastante hábil para sortear aquel problemilla. Asentía, decía «sí» pero, en realidad, no le importaba. Aquello también era un indicio de la ingenuidad, de la falta de mundo de Jo.

—¿Una aceituna?

A ella pareció molestarle que Day se la metiese en la boca.

—No me des de comer —le dijo.

Aparecieron los músicos marroquíes que Richard había traído y que ahora se disponían a tocar.

—¡Al agua! —gritó Dally de pronto.

Y el pequeño rebaño se movió obedientemente, como rumiantes instigados por la sed. Dos docenas de cabezas se dispersaron por la superficie del agua y alrededor de las cascadas, donde se había formado un raquítico arcoíris. Los bereberes los miraban entre perplejos y divertidos. Day le tomó de la mano sin más.

—¡Oh! —exclamó ella, y luego comprendió que la arrastraba al agua.

—¡Cómo te gusta protestar! —murmuró Day.

—Estará muy fría, lo sé.

Jo vaciló, pero entonces notó que su tensión interior se revertía como una banda elástica y echó a correr para arrojarse a las verdes aguas. La impresión la hizo soltar una carcajada; algunas personas se volvieron para ver quién gritaba con tantas ganas. Day estaba encantado. Había esperado aquella señal de impulsividad, pues la impulsividad es la mejor aliada del mujeriego.

«Pero yo no me estoy comportando como tal», pensó entonces, para luego erradicar esa idea.

—¡Es como un fiordo noruego! —exclamó ella.

Se separaron del grupo y empezaron a ascender a la siguiente poza, un cuerpo ovalado de agua rodeado de palmeras bajas, cuyos verdes dátiles estaban tan cerca de la superficie que se reflejaban inmóviles en ella. Pasaron unos barqueros remando con energía. Jo no sabía por qué se alejaba con aquel hombre extraño que ni siquiera acababa de caerle bien, o por qué flotar de espaldas mientras contemplaba racimos de dátiles le resultaba tan placentero. Se fundió con aquellas aguas claras e irresistibles que fluían hasta los canales de riego y que lentamente propiciaban entre ellos la idea de sexo, algo que llevaba fraguándose durante las últimas

veinticuatro horas. Los tambores y las flautas del *wadi* vecino los desinhibieron y rieron como niños. Day se sumergió bajo el agua, subió con una hoja de palma y empezó a pincharla con ella.

«Solo es cuestión de tiempo», pensó Jo. Y curiosamente siempre funcionaba igual: un deseo que era inevitable, predestinado. Recordaba aquella sensación de la adolescencia. Como unas ruedecillas bajando por una pendiente.

Day le puso una mano en el hombro y ella no reaccionó. La mejilla sin afeitar rozó la suya. Los hombres eran unos oportunistas, pero si no actuasen como unos carroñeros, no ocurriría nada. El planeta sexual no giraría. Jo sucumbió.

—No debería —murmuró previsiblemente.

Él rió de la forma más cruel posible, lo que prácticamente fue un error.

«Pero es evidente que quieres», implicaba esa risa.

«Es posible, pero quiero fingir que no. ¿Lo entiendes?», quiso decirle ella.

Encontraron tierra firme y anduvieron entre unas palmeras secas, algo incomprendible con aquella humedad. Oyeron los molinos de agua y las tórtolas, las voces de mujeres que cogían dátiles con unos palos largos. Estas los saludaron con gritos de «*La bass!*!». Las palmas caídas se le clavaban en las plantas de los pies y no podía librarse de la mano fría y mojada de Day. No es que Day la coaccionara, ni siquiera que se mostrara dominante; lo que fastidiaba a Jo era la interpretación acertada que Day hacía de sus dudas.

—¿Crees que nos odian? —preguntó él, señalando a las mujeres furtivas que se desplazaban por las profundidades del palmeral.

—En absoluto. Al menos, no las mujeres.

Vieron al grupo retozando bajo la cascada. Parecía una película muda. Era absurdo.

—No estoy tan seguro —dijo Day. La acercó a él y, sin más, le dio un beso en la boca.

Siguió y siguió. Las chicas salpicaban en los ecos del *wadi* y Jo estaba segura de que las mujeres bereberes habían enmudecido.

«Es donde vienen para volverse fértiles», pensó, sumida en un estado de ánimo rojo sangre.

Cuando se apartó, notó que le faltaba el aire. Day la soltó, dejando caer sus brazos.

—Volveré a nado, en lugar de caminar —dijo lentamente—. Las púas se me clavan en los pies.

—A mí también.

—¡Pues al agua! —rió él.

Jo le miró la espalda desnuda que volvía al agua verde pálido.

—¿Aquí hay cocodrilos? —preguntó él en voz alta—. Creo que antes he visto un hipopótamo. Pero igual era un invitado.

El corazón de Jo latía demasiado rápido y respiró despacio para apaciguarlo. Los tambores de la otra orilla se dieron por vencidos y la voz histérica de Dally anunció algo irrelevante.

Day se volvió y le guiñó el ojo. «¡Venga ya!», pensó Jo. Decidió andar, sin importarle que las palmas del suelo le rasgasen la piel. Era la una del mediodía y le aturdía el calor. Las fresas congeladas estaban en la sombra, entre un despliegue de cucharillas de plata y copas de helado de vainilla ya derretido. La escena era algo deprimente. Hamid frunció el ceño y levantó las manos, en un gesto de exasperación.

CAPÍTULO 18

A la una y cuarto, aturdido por el sol, David se agachó para entrar en la casa y se quitó las gafas de sol. El sudor le corría entre los ojos y le bajaba por el puente de la nariz, a la que asaltó un intenso olor a clavo y humanidad. Era el olor de los animales que viven hacinados en una suerte de perpetuo miedo al futuro, y cuando las puertas metálicas se cerraron se encontró con Abdalá, Anuar y otro hombre en una oscuridad casi absoluta. Avanzó a tientas por un pasillo de cemento cubierto de alfombras baratas y sucias. Toda la estructura estaba construida con el mismo cemento, que probablemente se había vertido y moldeado a toda prisa. Flanqueaban el pasillo varias habitaciones tapizadas con las mismas ásperas alfombras. En cada habitación había una burda ventana aislada del exterior con papel de periódico.

Entraron en una sala vacía, salvo por un fogón de gas, una tetera de metal con agua hirviendo, vasos de cristal y una bandeja de hojalata con un manojo de menta fresca y un bloque de azúcar. Nuevas voces se unieron a los lamentos que rodeaban el coche y los volvieron más articulados; según la dirección del viento, este los apagaba o aumentaba con sus soplidos. La ventana crepitaba, golpeada por la arena que sonaba como lluvia. Abdalá encendió una lámpara de aceite.

Se sentaron de cualquier manera mientras se hacía el té. Anuar le dijo con tono amable:

—Ahora no puedes beber. Te traeré un poco dentro de un momento.

El anciano se plantó en un cuadrado de cartón, su trono, y cogió un pequeño cincel para desmenuzar el bloque de azúcar pardo. Desprendió unos trozos y los metió en la tetera donde infundaba la menta. Luego cruzó las piernas y se apoyó en la pared. Anuar cortó los tallos de menta y también los introdujo en la tetera, mientras los otros dos hombres murmuraban entre sí. El padre se desenrolló el *chech* lentamente, como si le doliera, y lo dejó caer a un lado. Su cabello, cano y muy corto, resplandeció fugazmente cuando bajó la vista hacia sus dedos y se cubrió la cara con ellos.

Oyó que sacaban el cadáver de Driss del coche y lo trasladaban al interior de la casa por otra puerta. Los lamentos, fuertes y reverberantes, reaparecieron en el pasillo y crisparon a David, que aguardó para comprobar cómo afectaban a Abdalá. Pero el anciano no dijo nada. Cuando el té estuvo listo, se agachó y sorbió ruidosamente de su vaso diminuto. Tomaron cuatro o cinco vasos mientras los gemidos del pasillo se intensificaban. Aquello incomodó a Anuar, que se revolvió, inquieto. Preguntó al anciano qué debía hacer con el extranjero.

—Llévalo a la habitación de Driss —dijo Abdalá, algo ausente.

Anuar se levantó y Abdalá le indicó que quería añadir algo más.

—Ese amigo de Driss. ¿Ismael, se llama? ¿Dónde está?

—Está en Tabrikt, escondido con su padre.

—¿De qué tiene miedo? La policía no vendrá hasta aquí. Ve a Tabrikt y dile que me gustaría hablar con él esta tarde, si es posible. Dile que es el deseo del padre de Driss y que debe respetarlo. Sé que no vendrá al entierro.

—Tiene miedo.

—Dile que entiendo que tenga sus motivos para no asistir, pero que quiero hablar con él. Quiero saber qué tiene que decir.

—Muy bien.

—Dile que venga discretamente, cuando nadie lo vea, cuando haya terminado el entierro.

Anuar indicó a David que se levantara, y volvieron al pasillo con su equipaje, donde las mujeres los miraron con expresión de perplejidad. Anuar empujó rápidamente a David hasta otra habitación del fondo del pasillo. David obedeció sin protestar, agradecido por alejarse de las Furias. Entraron en otra habitación de cemento con una ventana forrada con papel de periódico y Anuar cerró la puerta. Aquí el suelo también estaba cubierto de periódicos y había una sola alfombra. En el suelo, bordeando las paredes, vio trilobites amontonados con su correspondiente número y nombre escritos en alfabeto latino, como si aguardasen a un comprador occidental. En un rincón había un colchón y un pequeño transistor.

David comprendió de inmediato que eran las cosas de Driss. No era casual que le hiciesen dormir en la cama del chico, junto a su radio. Se le revolvió el estómago y estuvo a punto de hacer un comentario desagradable, pero Anuar se le adelantó.

—Es la habitación de Driss, como habrás imaginado. No hay otro sitio donde puedas dormir. Además el padre quería que sintieras su espíritu. Le parece apropiado.

—¿Apropiado?

David temblaba visiblemente y a Anuar le pareció que sus ojos perdían su increíble color. También vio que le flaqueaban las piernas.

—Acuéstate, David. Debes de estar cansado.

—Yo no tenía por qué venir aquí, ¿sabes? Fue decisión mía.

—Acuéstate. Es la única cama que tenemos.

David sintió que caía en espiral, arrojado a aquel sórdido colchón donde el muchacho había dormido, quizá durante años, desde su infancia.

—Todavía no. No puedo.

Se acercó a la ventana para mirar el exterior. Era como asomarse al periscopio de un submarino, porque estaba a ras de suelo. Toda la casa era más o menos subterránea. Probablemente habían retirado los efectos personales del muchacho, pero quedaban un montón de revistas y una navaja de afeitar en una taza de plástico. Los observó, horrorizado. Y allí estaba el afable y algo torpe Anuar con sus enormes palmas ocres extendidas cual Cristo compasivo en una pintura antigua. Pero en realidad aquel gesto no era compasivo, sino insistente. Le dijo a David que se iba al entierro y que en su ausencia debía cerrar la puerta con pestillo.

—Es por tu propia seguridad.

—¿Por mi propia seguridad?

—Las mujeres están fuera de sí, rotas de dolor.

«¿Qué pasará ahora?», quiso gritar David.

—Bien —concluyó Anuar, bajando por fin las manos y dirigiendo al inglés una sonrisa lo más cálida posible, dadas las circunstancias—. Vendré a buscarte al atardecer. Duerme un poco.

Anuar se marchó algo avergonzado y David cerró la puerta con pestillo, como le habían ordenado, silenciosamente y sin quejarse. Quizá aquello fuese lo mejor. Pronto le abrumó el silencio. Se dirigió a la ventana y contempló las espinas de acacia que rodaban con el viento. La sombra del barranco gigantesco avanzaba hacia la casa y pronto se la tragaría, pero ¿cuándo? Se mordió el labio y contó hasta cien. El móvil seguía sin señal. Se derrumbó en el colchón y de pronto notó todo el cansancio acumulado.

—Es un ultraje —dijo en voz alta, pero, al no haber ningún ultraje que pudiera definir, fue calmándose poco a poco, porque tampoco tenía otra opción. Tragó una píldora de multivitaminas que llevaba en su equipaje y se echó muy quieto, controlando el temblor de sus manos, porque pronto enterrarían a Driss en el desvencijado cementerio que había detrás de las casas, donde unas pocas piedras blancas señalaban a los antepasados olvidados.

La luz que iluminaba los trilobites fue transformándose y languideciendo lentamente. Las etiquetas ondeaban en las brisas cálidas que se filtraban por la ventana sin cristal y las palabras griegas y latinas garabateadas en ellas bien podrían haber sido melodiosos sortilegios. *Psychopyge*, *Asaphus*, *Dicranurus*. Este último tenía forma de araña cornuda con las patas extendidas y procedía del periodo devoniano. Con el fin de pasar el rato, abrió alguno de los paquetes envueltos en periódico y contempló los animales cubiertos de púas y caparazones, criaturas monstruosas con forma decangrejo que Driss había arrancado de las rocas de Issimour. Eran tan espantosas como sus propias pesadillas, igual de feroces, escalofrantes y negativas. Así que nuestro pasado distante también había sido una pesadilla, y el Sáhara fue un vasto océano delirante lleno de seres mucho más monstruosos de los que nunca, ni antes ni después, poblarían la Tierra. Demonios, en efecto. Ahora aquella superstición le parecía menos descabellada. Cogió un ejemplar exquisito llamado *Comura* que tenía una única hilera de espinas perfectamente articuladas y lo acarició con un dedo. Estaba marcado como «Comprador EE.UU.». La cabeza ancha y blindada de otro animal era igual de primitiva, como el diseño turbadoramente simple del cangrejo herradura. Le parecía increíble que los ricos coleccionasen aquellas cosas, que las compraran a precios exorbitantes en las subastas Butterfield de San Francisco y que luego las usaran para decorar sus cuartos de baño en Palo Alto, Manhattan o Venice Beach. La renovación del baño de un ejecutivo de Silicon Valley probablemente mantenía viva una aldea saharauí como aquella durante todo un año. Estos ejemplares se habían preparado minuciosamente para que su superficie tuviese un lustre pulido. Parecían hermosas herramientas neolíticas, elegantes a su manera. Anuar le había dicho que cuanto más detallados fuesen sus ojos ondulados, mayor valor tenían y más pagarían por ellos. Lo mismo ocurría con las extravagantes, en ocasiones curvas, espinas dorsales. De modo que Driss se había dedicado a esto; esto era lo que había llenado sus horas de vigilia durante unos veinte años. *Comuras* y *Psychopyges*.

David volvió a acostarse y tuvo que contener las lágrimas. ¿Cómo podía alguien pasarse toda su vida cavando, vendiendo, puliendo estas formas de pesadilla de otra era geológica? Era para volver loco a cualquiera. Y, efectivamente, los había vuelto locos.

Londres quedaba ahora muy lejos. Recordó el doloroso pleito que había perdido. La vieja de Chiswick Park mal diagnosticada por uno de esos infrecuentes errores forenses que tienen consecuencias devastadoras. Él no había detectado el tumor; quizá no había prestado suficiente atención, o le había fallado el instinto. Quizá su inconsciente lo había confundido, engañándolo en

un instante fatal. No encontraba explicación para lo ocurrido. Había sido un error humano —su error— y toda la furia del defraudado consumidor médico había caído sobre su solitaria cabeza. Ya era demasiado tarde para tratar el tumor; la mujer agonizaba y había montado un escándalo considerable. Moría debido al error de David y era justo que él pagase por ello. Y ahora esto..., difícilmente podía considerarse una coincidencia. Una vez más, eran las artes del inconsciente. El inconsciente transformado en sogá.

Llevaba tiempo sintiendo que acechaba el desastre. Se preguntó si Jo también lo habría notado. Últimamente tenían tan poca intimidad que quizá su mujer no se había acercado lo suficiente para darse cuenta. Lo único que ella percibía era su irritación constante, su malhumor, su cerrazón. Algo más por lo que tendrían que perdonarle. Y sin embargo, no había hecho nada malo. Todo había sido un cúmulo de casualidades, un accidente tras otro. ¿O somos nosotros quienes causamos nuestros propios accidentes? ¿Son la suma total de nuestros pequeños descuidos?

Durmió. Las habituales pesadillas llegaron y se fueron. Cuando despertó, el barranco encendido señalaba el inicio del crepúsculo sahariano; vio las cuerdas y las pequeñas cavidades de la roca expuestas a una luz que parecía oxidada. No se movió. Quería absorber el espanto que emanaba de aquella pared roja, luminosa y amarga. Seguro que el entierro ya había terminado.

En realidad, había sido muy rápido. El viento soplaba con fuerza y en el terreno para las sepulturas excavado en el desierto hacía un calor insoportable, incluso cuando ya no brillaba el sol. La madre de Driss había muerto unos años antes; eran las tías y las primas quienes lloraban y maldecían. Los hombres, que ya había asimilado el dolor, permanecieron inmóviles y en silencio mientras el viento les arrojaba rocalla y les hacía sentir su desolación.

Siguieron abstraídos en sus pensamientos mientras bajaban el cadáver amortajado a su fosa y rezaban sus oraciones. Abdalá pensó en la cara de su hijo a los diez años, cuando se lo había llevado de prospección a la montaña. Una cara como una manzana, con las pecas bruñidas de los chiquillos. Lo recordaba como si fuera ayer; habían cogido un *Dicranurus* que Driss todavía conservaba en su habitación. Abdalá se mordió el labio. Había gastado todas sus lágrimas y no le quedaban más; en los ojos ya no le quedaba nada, salvo la propia vista.

Al caer la noche, cuando la masa de Issimour se difuminaba en el cielo añil, Abdalá se dirigió al extremo de la aldea donde el *oued* seco se llenaba de rocas majestuosas y esperó que Anuar llegara a pie desde Tabrikt. En cuanto el sol desapareció, el aire se enfrió considerablemente y tuvo que cubrirse la cabeza con el *chech*. Su mente estaba en blanco, embotada por el horror y vacía de palabras violentas por mucho que su ira aumentara, menguase y volviese a crecer, porque, a fin de cuentas, la vida no eran palabras, ni tampoco lo era la realidad, y las palabras no cambiaban nada. En el viaje desde Azna se había preguntado muchas veces qué debía hacer con el inglés, pero lo cierto era que no lo sabía; todavía no lo había decidido. A él únicamente le importaba una cosa, y era cómo respondería David a la dolorosa necesidad de decir la verdad. ¿Le diría la verdad sobre la muerte de Driss? Solo eso lo obsesionaba. La sinceridad del inglés sería determinante. El desenlace dependería de si David mentía o de si tenía el valor de contarle lo que había ocurrido aquella noche. Eso era todo. ¿Qué, si no, podía pedir un padre al hombre que había matado a su hijo? La cuestión de la venganza en sí era vulgar y carecía de fundamento. Por tanto, Abdalá aguardaba antes de tomar una decisión. Tenía que esperar hasta que hubiesen

enterrado a Driss y él hubiese hablado con Ismael. Pero no perdonaría una mentira de David, eso estaba claro. La mentira sería mucho peor que el accidente. Mucho peor, decidió. Pues aunque no somos culpables de un accidente, la mentira, al ser deliberada, sí constituye una culpa específica. Es un acto real decidido por la voluntad, y eso es lo más difícil de perdonar.

Había transcurrido media hora cuando Anuar apareció en la oscuridad. Cruzaba el *oued* seguido del muchacho, que iba envuelto en harapos negros para ocultar su identidad. Abdalá hizo señas impacientes a Ismael para que se apresurase y Anuar se apartó un instante el *chech* para recobrar el aliento. Ismael era alto, delgado, muy parecido a Driss. Había visitado su casa muchas veces, pues él y Driss parecían inseparables. Caminaron por el *oued* hasta encontrar un lugar algo resguardado del viento. Ismael estaba muy nervioso; movía los hombros como si quisiera quitárselos de encima y sus ojos tenían esa expresión absorta y vacilante tan propia de los delincuentes de poca monta cuando los detiene la policía.

—Cálmate —le dijo Abdalá con severidad—. Tú no has hecho nada.

Y su voz se hizo respetar. Ismael se agachó, como si así se hiciera más inaudible en el gran orden cósmico. Tenía el rostro alargado como el de un pájaro y pestañas de chica.

—Cuéntaselo —dijo Anuar con amabilidad—. Quiere saber lo que pasó, solo eso.

—Es terrible pedirte algo así, Ismael. Pero tengo que saberlo todo.

Anuar se sentó y durante unos instantes todos esperaron que la luna apareciese sobre los barrancos de Issimour. Distribuyó cigarrillos y los encendió uno a uno para que los ánimos se volvieran más serenos, más afables, más propensos al diálogo. Ismael suspiró exageradamente y preguntó cómo había ido el funeral. Lamentaba mucho no haber podido asistir. Se disculpó. Y luego dijo:

—Estuve con Driss todo el tiempo. Nos marchamos juntos, con los ejemplares de *Psychopyge* envueltos en papel. ¿Se acuerda?

—Me acuerdo. ¿Adónde ibais?

—A Midelt. Pensábamos venderlos allí. Hay un comerciante alemán que los compraría.

—Ah, Meissner —dijo Abdalá—. Es un ladrón.

—Pero ¿qué hacíais solos en la carretera, tan tarde? —preguntó Anuar.

El chico se revolvió, nervioso, y su cara mostró cierta irritación.

—Autostop. Y a veces puedes vender en la carretera. Sabíamos que los maricas hacían una gran fiesta y que pasarían muchos extranjeros ricos por allí. Era lógico.

—¿Así que esperabais esos coches?

El chico no respondió y fijó la vista en sus tobillos. Abdalá encendió la lámpara de aceite que había traído para escrutar despiadadamente la cara evasiva y nerviosa de Ismael. Aquel chico era un mentiroso compulsivo y Abdalá también sospechaba que era un ladronzuelo, de esos que de noche merodean por las zanjas ajenas en busca de fósiles para excavar. No era de fiar. Ahora no estaba lo bastante asustado para decir la verdad, pero Abdalá lo escucharía igualmente porque no había nadie más. Nadie más había estado allí, salvo David.

—Los extranjeros pasaron en su coche. ¿Y después?

—Corrimos hacia ellos. Aminoraron la marcha.

—No es posible —dijo Anuar.

—Aminoraron un *poco*. Conducía un europeo. Nos vio claramente, y también que llevábamos cajas de fósiles para vender. Cuando vimos que reducían la marcha, pensamos que estaban

interesados. Y corrimos hacia ellos con alegría. Pagan lo que sea, cuando van en coche.

—Es cierto. —Abdalá asintió con la cabeza—. Son muy estúpidos cuando van al volante.

—Y eso creímos. Creímos que bajarían la ventanilla y nos pagarían un precio diez veces más alto.

—¿Le mostrasteis el *Psychopyge*?

—Sí. Pero nos equivocamos. El hombre no paró.

—Sabían que era un demonio.

—No sé si lo sabían, pero no pararon.

—Esa parte la sabemos —intervino Anuar.

—Pero ¿ese hombre realmente os vio a los dos? —insistió Abdalá.

—Sí, por Dios.

—¿Y luego qué pasó?

El chico tenía lágrimas en los ojos.

—Huí. Lo reconozco. Estaba muy asustado.

—¿Adónde fuiste?

—A las colinas. Subí y subí hasta que ya no pude correr más.

—Eres despreciable. Un idiota patético.

No había nada que añadir y el chico bajó la cabeza.

—¿Echaste a correr mientras Driss se quedaba allí tirado?

—Ya estaba muerto —balbució Ismael—. Vi que el hombre le daba la vuelta al cuerpo.

—¿Qué hizo el europeo?

—Él..., él... le registró los bolsillos y sacó su carnet de identidad.

Por supuesto, pensó Abdalá. Era evidente. Los hombres siempre actúan así. Creen que Dios es ciego. Que no van a descubrirlos.

—Cuando corrías, ¿te volviste para mirar?

—Los vi discutiendo, al hombre y a la mujer. La mujer gritaba al hombre. El hombre quería ir a buscarme.

Anuar y Abdalá se echaron a reír, aunque en realidad no era una risa, sino una dolorosa expresión de desdén. La idea de que David echase a correr tras Ismael les resultaba graciosa. Era cómica.

—Bien, bien.

Abdalá se levantó y anduvo en círculos alrededor del chico acucillado. Quería matarlo, aunque Ismael solo había seguido su instinto de supervivencia. Quizá Driss también fuera un ladronzuelo; no estaba seguro de que se hubiesen apostado en la carretera solo para vender fósiles. Ismael no le parecía de fiar. Mentiría sin pensárselo dos veces con tal de exonerarse.

De pronto Abdalá se abalanzó sobre Ismael y empezó a golpearle la cabeza y luego a abofetearlo hasta quedarse sin fuerzas. Pero lo hizo con tibieza, sin ganas; había algo fingido en su furia, y el chico lo supo y no se rebeló, limitándose a volverse sobre los talones y apartar la cara.

—¿Eres un miserable! —gritó el padre, aunque también de forma impostada—. ¡Escoria despreciable! ¿Qué harás por mí cuando te lo pida? Cuando llegue la hora, ¿qué harás por mí?

—Lo que sea —gritó el chico.

—Eres un mentiroso y un ladrón. Tendría que matarte aquí mismo. Anuar, ¿dónde está mi

pistola?

Anuar no respondió. El chico se estremeció y los brazos de Abdalá se quedaron sin fuerzas.

—¿Dices que lo que sea, miserable insolente! ¿Harías cualquier cosa que te pidiera?

El chico asintió.

—Bien, aún no te lo he pedido. Pero me lo debes.

Siguió un largo silencio. La luna continuó su lánguido ascenso y empezó a iluminar las innumerables cuevas horadadas por la mano del hombre. Abdalá volvió a sentarse y se sumió en sus pensamientos. Anuar encendió otro cigarrillo. Ismael echó furtivos vistazos al *oued*. Quizá podía huir corriendo de vuelta a Tabrikt y zanjar el asunto. Además, ya tenía pensado largarse a Casablanca, algo de lo que él y Driss habían hablado muchas veces. Cualquier cosa era mejor que estos poblachos de mierda. Apretó los puños, pero no se movió. Abdalá dejó de mirarlo y clavó la vista en las escaleras suspendidas en la pared del barranco. Se acarició la barbilla. Era difícil pensar. Se interponía la luna; demasiado brillante, demasiado intensa.

Dejó que el muchacho se cubriera la cara y sintió que su ansiedad se fragmentaba, se disipaba. ¿Por qué no dejarlo en manos del destino? Es lo que pasaría, a fin de cuentas. Ismael, por su parte, pensaba sin cesar en aquel día en la cantera, cuando Driss le había hablado de su vida en París.

Finalmente el padre se despidió de Ismael, volvió a Tafal'aalt con Anuar y aporreó la puerta metálica de su casa. Las mujeres habían preparado un *tayín* de cabra; los hombres que lo habían acompañado a Azna estaban reunidos en la sala principal, fumando y tomando té. Alzaron la vista cuando él entró, y la rabia que le nublabla el rostro hizo que todos dejaran sus vasos y se secaran los labios. A Abdalá no le gustó esta reacción e intentó sosegarlos.

—Calma, amigos míos. Es un día triste, pero no puede ser de otro modo.

Invocaron al Único Dios Verdadero, el Siempre Misericordioso. Fijaron la vista en sus vasos y murmuraron palabras de consuelo para el padre. Abdalá se sentó junto a Anuar y empezó a beber con ellos. Esta vez las bromas habituales y las alusiones sexuales se dejaron de lado y permitieron que reinara el silencio. Cuando les sirvieron el *tayín*, Anuar le susurró al oído:

—¿Traigo al extranjero?

Pero el anciano negó con la cabeza.

—Mejor llévale algo de comer. Ahora estoy demasiado cansado para pensar en él. Y que coma con nosotros, ni pensarlo.

—Muy bien.

Abdalá estiró el cuerpo artrítico y dolorido en la alfombra manchada de aceite y tomó un pedazo del pan común. ¡Y pensar que el viento ya erosionaba la tumba de Driss, a menos de cien metros de allí! Mojó el pan en su té con menta y la mano le tembló tan visiblemente que todos lo advirtieron. Dejó que temblase. ¿Y por qué no iba a temblar? Le temblaba todo el cuerpo y toda el alma. Eso es lo que ocurre cuando enloqueces, se dijo. Primero empiezas a temblar por fuera. Luego tiembla todo tu ser. Tiembles hasta que empiezan a desprenderse partes de ti. Te conviertes en un lobo, en un oso. Ya no escuchas al mundo; te haces un ovillo y Satanás te habla. Tu mano sigue temblando y comes el pan como si fueras un idiota. Piensas: «Soy pobre, nada más». Y entonces comprendes que nadie te escucha, ni a ti ni a tus pensamientos. Estás solo frente a los hechos.

CAPÍTULO 19

Cuando Anuar llamó a su puerta, David descorrió rápidamente el pestillo y la abrió de par en par. Tenía el rostro ceniciento y los ojos muy abiertos, como los ojos de cristal de una muñeca, o eso pensó Anuar. Quizá había estado rezando a su Dios horrible y ridículo, al que los infieles tenían en una estima tan exagerada como fútil.

—Eres tú —espetó el inglés, y se apartó para dejarle entrar con una bandeja metálica de tayín de cabra.

Al pasar, Anuar percibió el curioso aroma a hueso de albaricoque de una loción de afeitar, pero David no se había afeitado y tenía un aspecto algo desaliñado.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Me muero de hambre. ¿Dónde estabas?

Anuar no respondió. La habitación estaba a oscuras porque David no había conseguido averiguar cómo se encendía la lámpara de aceite. Anuar dejó la bandeja en el suelo, en el centro de la habitación, y encendió la lámpara mientras David se sentaba junto a la comida con un lúgubre gemido, y se desentumecía como un roedor cansado.

Para Anuar, David era fascinante. Por su limpieza escrupulosa, por su evidente riqueza, por su refinamiento —que era auténtico, no fingido— y por su arraigada sensación de superioridad. Este último punto le tenía intrigado. No solo se creía superior a los hombres de Tafal'aalt, sino —suponía Anuar— a toda la creación. Estaba convencido de que David incluso se sentía superior al rey de Marruecos. Era una idea increíble, lo que convertía a David en un hombre increíble. Anuar lo notaba en cómo David doblaba sus pañuelos y en esa forma de sujetar el vaso con dos dedos, nunca con tres. Era un caballero. Solo un caballero usaría dos dedos. Solo un caballero sentiría ese desdén fugaz que, por mucho que se esforzara, no conseguía disimular. En muchos aspectos, un caballero era como un robot inconsciente. Todo lo hacía sin pensar, de forma instintiva, ciega. No se planteaba que pudiera equivocarse. ¡Fascinante!

Intentó imaginarse qué mundo habría producido un hombre así, pero le resultaba realmente imposible. Inglaterra era un país de prados y mujeres gordas y espantosas. Tenían melocotones, zanahorias gigantes y playas de guijarros, que había visto en la tele del Café des Ksours, en Rissani. Allí los hombres vivían en un estado perpetuo de tristeza y melancolía, sin duda debido a su traición a la verdad y a su inquebrantable tendencia a la sodomía.

Y, sin embargo, David era un hermoso ejemplar de orgullo arrogante y maneras precisas. Y Anuar reparaba en cada detalle que expresaba ese orgullo, esa respetabilidad y esa precisión. La alianza matrimonial, por ejemplo, cuidadosamente ajustada en el dedo adecuado; o el lustre de los zapatos, fruto de una exquisita vigilancia que nunca bajaba la guardia. Había reparado en que

David tenía un paño especial para quitar el polvo del calzado que llevaba a todas partes. Cuando los zapatos perdían un poco el lustre, se inclinaba con el paño y rectificaba la situación. Le echaba el aliento al reloj y lo limpiaba. Llevaba gemelos incluso allí, en Tafal'aalt. Nunca había visto nada semejante.

Ahora David comía con moderación usando el tenedor metálico que le había traído Anuar, que se sentó con él y le hizo preguntas sobre su país, pero David no parecía muy dispuesto a explayarse. Le preocupaba qué pensaba hacer Abdalá.

—Nada —le tranquilizó Anuar—. Creo que le gustaría hablar contigo, nada más.

—Eso parece algo improbable. Me siento encerrado aquí.

El comentario ofendió a Anuar.

—Pero eres tú el que se encierra por dentro. No es lo mismo.

—Ya sabes a qué me refiero.

David comió metódicamente, con la vista fija en la llama romboidal de la lámpara de aceite. David no sentía por sus anfitriones la curiosidad y la fascinación que inspiraba en Anuar.

—Todo es confusión —dijo Anuar con sinceridad—. ¿Te apetece fumar *kif*?

—¿Marihuana? No, gracias. Soy médico. No creo en la marihuana.

«Menudo imbécil», pensó Anuar, que empezó a fumar igualmente.

—Me pregunto si ser fumador pasivo de marihuana también coloca —dijo David, pero Anuar no captó la ironía—. Qué más da; seguro que sí —añadió, suspirando.

—Como quiera, monsieur David.

—El tayín está muy bueno.

—Mataron el cabritillo hace una hora.

—Vaya —dijo David, y se le encogió el corazón. No era como comprar una pierna de cordero en el supermercado, ¿verdad? Dejó de comer unos instantes.

Anuar se relajó con el *kif*. Era un cannabis fuerte y fresco procedente de las estribaciones del Atlas, de aroma penetrante como la menta, que subía directo a la cabeza. Notó que David sentía curiosidad, pero que su educación le impedía aceptar el cortés ofrecimiento de una calada.

—Oigo pasar gente por delante de la casa —dijo David.

—Son los trabajadores, que regresan de excavar en la montaña, al anochecer, cuando ya no pueden ver nada.

David se acercó a la ventana. Unas formas oscuras pasaban ante las casas entre un tintineo de martillos y piedras. La grasa especiada bajó de la boca a la garganta, y tragó con fuerza, asqueado y agradecido al mismo tiempo.

«Así que trabajan de sol a sol», pensó.

Era una frase bonita hasta que uno pensaba en su significado. Para colmo, todas aquellas horas de trabajo no se invertían en algo útil ni productivo. Se trataba de algo fútil. Era evidente que los que excavaban recibían una miseria y que eran los intermediarios y los vendedores los que se quedaban con los beneficios. Algún día un europeo como él entraría en esta misma habitación, señalaría un *Dicranurus* y diría que se lo envolviesen. El dinero mantendría a la familia unas semanas. Harina, aceite, mantequilla, té, pan, periódicos, tabaco. Pero ese *Dicranurus* tendría una trayectoria estelar en el otro extremo del planeta.

¿Y qué? Pasaba lo mismo en todo el mundo. A nadie le importaban las condiciones de explotación laboral de los trabajadores que montaban reproductores de cien dólares en fábricas

indonesias. No era necesariamente una injusticia. Les pagaban lo mismo que a cualquiera en su país. Los alquileres de Yakarta no eran como los de París y allí se podía comer bien por un dólar al día, mientras que él y Jo gastaban una fortuna en comida todos los meses, y encima comían francamente mal. No eran más felices por tener una casita fría e impersonal en una calle londinense fría e impersonal. Nadie los envidiaba. El tono solía ser más bien de divertida lástima.

Pasó un muchacho con una bolsa de cuero al hombro y luego el callejón quedó en silencio. Anuar le dijo que se iba y que Abdalá vendría pronto para hablar con él.

—Solo tú y él. Para aclarar las cosas.

—¿Vendrá con un cuchillo?

—No lo sé —respondió simplemente Anuar—. Hay que estar preparado para todo. ¿No te parece, David?

—No tengo ninguna opinión al respecto.

«Va colocadísimo», pensó David cuando Anuar cerró la puerta y se fue. Quizá ahora estuvieran todos colocadísimos. Una casa llena de bereberes fumados: no era una imagen especialmente reconfortante, aunque quizá sí lo fuese; no tenía ni idea. Al cabo de un rato, mientras contemplaba la luna por la ventana, oyó un sonido extraño en la otra punta de la casa, un grave cántico comunitario en que las voces se elevaban y caían en fúnebres secuencias. Los hombres cantaban alrededor del cabritillo muerto. David creyó oír también un *oud*. Era una música tan triste que no pudo apartarse de la ventana hasta que hubo cesado. Después se dirigió a la puerta y se asomó al pasillo. Al fondo habían dejado una única bombilla encendida que alumbraba un montón de herramientas, y una mujer lloraba por lo bajo en una de las habitaciones. David cerró la puerta y contuvo la respiración.

Unos segundos después se apagó la luz. Supuso que los hombres congregados en la sala principal se habían dormido; volvió a la ventana y apretó la cara contra la malla metálica para respirar un poco de aire fresco. El aire olía a hierro, el calor se movía y reptaba. Tenía miedo y su corazón se aceleró, empezó a latir con tal fuerza que podía notarlo con la mano. La sensación de terror lo acorraló de tal modo que tuvo que sujetarse a la barra de la ventana para evitar que lo arrastrase. Sabía que Abdalá se acercaba por el pasillo. Sencillamente había esperado que sus compañeros se durmiesen. David pensó en los paracaídas con esvásticas que había confeccionado en el colegio; nunca lo descubrieron por un delito que había causado, como mínimo, el desmayo de una madre. Se echó a reír. La montaña de Issimour era un muro de plata; los cubos suspendidos de subarrancos parecían artilugios de una atracción de feria y los escorpiones correteaban a la luz de la luna por la pista pedregosa que atravesaba Tafal'aalt. Todavía no estaba seguro de si se arrepentía. Más que sentir lo que había hecho, lo sentía por él.

—Ese chico iba a robarme —dijo en voz baja, mientras la puerta empezaba a abrirse—. Iba a matarnos en esa carretera y a llevarse el coche, maldita sea.

Abdalá llevaba una vela adherida a un plato y se había afeitado la cabeza. Resultaba que hablaba un perfecto francés.

—Esto es muy difícil para mí —empezó a decir David.

—Siéntate —dijo el padre, haciendo lo mismo. Sacó dos manzanas y un enorme cuchillo de combate SOG.

David se sentó con las piernas cruzadas y observó con sosegado horror cómo Abdalá cogía

una de las manzanas y acercaba la hoja del cuchillo de combate para empezar a pelarla.

El anciano se aplicó a la tarea con notable concentración. Retiró la piel en una única monda y la dejó a su lado antes de cortar la manzana a cuartos y ofrecerle uno a David. Una gota de jugo se quedó suspendida de la hoja cuando la limpió en su rodilla. Había entre los dos hombres un abismo mental, siglos de antagonismo e ignorancia mutua, pero tal abismo habría sido relativamente fácil de superar. No se trataba únicamente de eso. Se interponía entre ellos un malentendido mental más profundo, tan antiguo que su inicio no podía conceptualizarse. Miles de años sin árboles, sin prados, sin comodidad. Solo este viento. La mentalidad de Abdalá estaba perfectamente adaptada, no a los bosques, arroyos y frutas, sino a las rocas, el polvo y el viento. Se había moldeado en piedra. Estaba esculpida por elementos que otros pueblos solo experimentaban objetivamente, de vez en cuando.

—¿Está buena? —preguntó Abdalá.

—¿La manzana? Sí.

El anciano sonrió secamente.

—Es muy lamentable, todo este asunto —añadió, y a David le indignó un poco que aquel zorro taimado hablase un perfecto francés y hubiese fingido lo contrario. Claro que hablaba una lengua europea; los marroquíes eran políglotas brillantes y todos los clientes de Abdalá eran europeos. El precio de todos los fósiles de aquella habitación estaba marcado en euros. De pronto resultaba de lo más evidente.

—Fue un accidente —dijo David hoscamente—. Una de esas cosas que pasan de noche, *dans les ténèbres, vous savez?*

—Sé qué es un accidente. La vida está llena de ellos.

—Entonces, si me permite que se lo diga, no sé qué hago aquí. He venido como deferencia hacia usted y porque a mis amigos les parecía una buena idea, pero no estoy seguro de por qué acepté.

—Porque te sentías responsable.

—Sí. Pero no sé de qué.

—Te sentías responsable por algo.

Abdalá volvió a coger el cuchillo y empezó a pelar la segunda manzana exactamente igual, como si lo hubiese hecho miles de veces con los ojos vendados, como si la manzana estuviese programada para emerger de su mano completamente desnuda.

—Eso es algo que dejaré a tu imaginación —prosiguió el anciano—. Hay algo que quería enseñarte. Es el fósil que Driss llevaba encima cuando lo atropellaste. Lo recuperó la policía.

De pronto David se sonrojó, pero el padre siguió hablando como si nada, como si el sonrojo fuese algo natural que ni siquiera hiciese falta considerar.

—No lo sabía.

—Me lo devolvieron porque es muy valioso. Lo tienes justo detrás. Lo llamamos Elvis.

Antes de que David pudiera volverse, el anciano ya se había levantado ágilmente para coger el fósil. Volvió a sentarse y arrancó el envoltorio de periódico para mostrar una criatura cubierta por un caparazón erizado de absurdas espinas, ojos separados y tres jorobas. Estaba etiquetada con una única palabra: «Devoniano». Abdalá admitió que ni siquiera conocía su nombre científico, pero que en el Sáhara solo se habían encontrado tres ejemplares como aquel y los

comerciantes habían decidido darle el nombre de una superestrella, Elvis. No le importaba contarle a David que Driss se lo había robado a su propio padre y que había huido para venderlo lejos de allí.

—Pasa continuamente —añadió con suavidad—. Los jóvenes están frustrados. Se sienten sin esperanzas, sin salida. No quieren pasarse toda su vida excavando, es una existencia miserable. Quieren escapar. No quieren vivir como sus padres. Por eso roban un Elvis, que saben que en Estados Unidos costará diez mil dólares, pero al menos en Midelt podrán venderlo por mil euros, lo que les permitirá ir a Casablanca y encontrar una chica. ¡Sí! Casablanca está llena de chicas descarriadas y mil euros te llevan muy lejos con una chica descarriada. Y no me importa decirte que, cuando lo descubrí, no me molestó. Lo comprendí y en cierto modo le deseé suerte. A fin de cuentas es solo un fósil. Un pedazo de roca, literalmente. Si te lo hubiese vendido por unos cientos de euros, me habría alegrado por él. Me habría alegrado de verdad.

Los ojos de Abdalá se llenaron de lágrimas. Ojalá David hubiese parado el coche para comprarle ese maldito Elvis. David estaría en Azna tomando cócteles con su mujer y Driss estaría en Casablanca, en los brazos de una mujer descarriada. No habría sido tan malo como lo que había ocurrido en realidad. De hecho, aquel Elvis era el culpable de que Driss hubiese escapado para probar suerte en la carretera; ni siquiera era codicia, sino obnubilación.

—Francamente, no tengo ni idea de por qué a los occidentales os atraen tanto estas estúpidas rocas. ¿Qué veis en ellas? Lo único que sabemos es que las queréis y estáis dispuestos a pagar. Eso es también lo único que necesitamos saber. Tal vez estáis completamente desquiciados. Algunos de los nuestros las consideran las criaturas más maléficas que han existido sobre la faz de la tierra, formas de demonios muertos. Y admitirás que lo parecen. Deben de tener un influjo sobre vosotros, una influencia diabólica. Y eso es precisamente lo que os atrae de ellas.

—Lo cierto es que no lo sé —balbució David.

—¿Sabes por qué los llamamos «Elvis»?

Abdalá volvió a levantarse y, sin decir palabra, empezó a menear las caderas. Bailó un rato y luego volvió a sentarse, suspirando pesadamente.

—Comprendo.

Pero David no comprendía nada.

—Bien, David, es todo un misterio. Cogió mi Elvis y se marchó. Por desgracia, la siguiente persona que encontró fuiste tú.

Acercó la lámpara y redujo la intensidad de la llama. Comieron los últimos cuartos de manzana mientras el viento azotaba la casa y la hacía silbar al colarse por sus rendijas y ventanas sin cristales. Cesaron los sollozos. David miró el Elvis, que parecía moverse. Los ojos del fósil resplandecían; si cobraba vida, David echaría a correr. Abdalá sacó una pipa larga de arcilla blanca y la encendió con la llama de la lámpara.

—Dime, ¿qué cereales comes por la mañana? —le preguntó—. Yo prefiero los copos de maíz, me gustan más que el cabritillo asado. Es lo único bueno que nos habéis traído, además del hielo.

El anciano rió por lo bajo.

—Me alegra que le guste el hielo —dijo David con sarcasmo.

—Me gusta todo lo frío, todo lo que da frescor. Vosotros creéis que nos gusta vivir en este horno; que nos gustan los camellos y las palmeras y despertar a cuarenta grados por la mañana. Pues no, para nada. Me paso el tiempo soñando con Suecia. He visto fotos en color en las

revistas. Un sitio fantástico, por lo que parece. Es el lugar donde me gustaría vivir. Qué maravilloso sería ir a Suecia para quedarse. Debe de hacer un frío delicioso.

El anciano alzó una mano y dibujó un gesto extraño, como si evocara unos carámbanos. Luego su expresión cambió.

—Dime, ¿estaba solo mi hijo la noche que lo atropellaste?

David respondió automáticamente:

—Por lo que pude ver, estaba solo.

—¿Seguro?

—Del todo.

—Bien, pues hemos terminado.

Abdalá se limpió las manos y amontonó las dispersas pepitas de manzana. Permanecieron sentados, escuchando el viento, y Abdalá extrajo el contenido de la pipa antes de volver a llenarla. Lo hizo con la mayor lentitud posible, indiferente al aburrimiento del infiel. Pero entonces cayó en la cuenta de que David ni siquiera era un infiel en el sentido estricto del término, pues estaba seguro de que no creía en su Dios, ni mucho menos en el de Abdalá. Era oscuridad, pura oscuridad, algo que un hombre civilizado ni siquiera podía imaginar. Sin embargo, aquel tipo le gustaba. Se preguntó si debía ofrecerle su pipa en lugar de cortarle la garganta, como había sido su intención. Aunque siempre podía hacer las dos cosas. No era una mala idea.

Se levantó, se cubrió los hombros con una parte del *chech*, cogió la vela y dejó a David sentado en su trozo de cartón.

—Monsieur David —le dijo ya en el umbral, antes de irse—. Yo de ti cerraría la puerta con pestillo al acostarme. Anuar traerá té más tarde. Me has sido de gran ayuda.

—De nada —dijo el ateo, algo estúpidamente.

—Por cierto, eres libre de ir donde te plazca. Ninguna puerta está cerrada. Si quieres salir, adelante. Solo te advierto que no vayas a La'gaaft. Como sabes, es donde viven los negros. Te arrepentirías —añadió con súbita agitación.

Pero David no corrió el pestillo de inmediato. Se arrojó en su saco de dormir y apagó la lámpara. Era consciente de que quizá había cometido un error, pero era un error que solo se traslucía en la actitud y el lenguaje corporal de Abdalá: demasiado amable. ¿Y por qué esa diatriba contra La'gaaft, que le parecía idéntica a Tafal'aalt? ¿Y el odio hacia los *haratin*, que probablemente eran sus vecinos desde hacía siglos? La habitación se fue enfriando y empezó a tiritar. Sacó un plátano de su bolsa y se lo comió con voracidad. «Aquí estoy, comiéndome un puto plátano en un fortín. ¿Son imaginaciones mías o será porque soy blanco?»

Poco después se tomó un somnífero, pero no pudo dormir. Corrió el pestillo de la puerta y luego lo descorrió. Era incapaz de decidir qué era peor, el encierro o la protección. Una mujer andaba de un extremo a otro del pasillo, hablando sola. David decidió fantasear un poco. ¿Dónde estaría Jo? ¿Estaría sola, preguntándose por qué su teléfono no funcionaba? La conocía. Jo no era un animal social y el tiempo no le pasaría rápido. Cada minuto se le haría una eternidad. Mataría el tiempo a martillazos, como decía su madre. Montaría guardia en las murallas, armada con unos prismáticos. Le parecía terrible estar tan seguro de aquello, pero la infelicidad de Jo no la volvía infiel, sino simplemente previsible.

Pero era esa previsibilidad lo que hacía que David la quisiera más cuando consideraba

racionalmente sus cualidades, y ahora pensaba más racionalmente de lo que lo había hecho en años. ¿La querría menos, por ejemplo, si ahora mismo estuviese esnifando cocaína? Claro que sí. Porque eso significaría que se había olvidado fugazmente de él, en unos momentos en que olvidar era inconcebible. Era un crimen. La previsibilidad de Jo era su fidelidad, que a su vez era el nudo esencial de su turbulenta desdicha. Pero ninguno de los dos desharía ese nudo, porque habían tomado una decisión profunda e irrevocable.

CAPÍTULO 20

En la gran mesa de cristal que dominaba el salón de la segunda planta había platos de terracota color chocolate llenos de higos y gajos de naranja intercalados con jarrones de orquídeas blancas. Los criados habían abierto las ventanas y habían descorrido las cortinas para que entrara el aire del desierto, menos caluroso que el de la noche anterior. Un cambio en el tiempo, un enfriamiento momentáneo: lo suficiente para que Jo se desbloqueara mentalmente, abriese las escotillas (se imaginaba como un dédalo de escotillas en un viejo barco de carga) y acercara la nariz a las rayas de coca que Richard había dispuesto cuidadosamente con un cortaplumas.

—Con la nariz no, querida. Tenemos *el tubo*.

El tubo era una suerte de lápiz fino de plata árabe con un extremo en forma de boca de gato. Se lo entregó y la observó mientras ella intentaba esnifar con él. Desde aquel ángulo, tenía un perfil magnífico: preciso, aquilino, maravillosamente anguloso. Aunque no le interesaban las mujeres, intentó admirarla desde una perspectiva heterosexual. ¿Se enamoraban los hombres de ella cuando veían más allá de su falta de elegancia, de sus aires de erudita? No era una persona rápida ni intensa. Siempre había sido vieja, en el sentido más noble de la palabra. Su perfil no se descomponía ni al esnifar una raya de coca por un tubo de plata; parecía el de alguien que estudia un singular nematodo en un laboratorio y dedica los cinco sentidos a la tarea. Hacía falta un tipo de hombre muy especial que no era ni David ni Day, pensó mientras la veía inhalar aquella raya impecable. Probablemente no lo había encontrado, ni lo encontraría jamás. Hay mujeres así. Se ven por todas partes.

Cuando terminó, volvió a incorporarse y se limpió rápidamente la nariz.

—Lo creas o no, llevaba años sin hacerlo. O quizá no lo haya hecho nunca. No me acuerdo.

—Tómate tu tiempo; además, es una droga bastante aburrida. Solo la tomo porque Dally me insiste. ¿Y tú, Tom?

Day rechazó la oferta.

—Demasiado ochentera para mí. Últimamente solo me hace dormir con dolor de nariz. Y estoy mejor sin que me duela la nariz.

La joven francesa esnifaba frenéticamente. Su amante marroquí la observaba horrorizado, pero no interfirió. A ella se le había puesto la cara rosada y brillante, y parecía que le sangraban los ojos.

—Mohamed, todo este sitio está lleno de reptiles. Tú también eres un reptil. Un reptil adorable.

—Tenía un zoológico de pequeña —explicó Mohamed al resto de la mesa—. Y el lagarto, que era su mascota, se llamaba *Mohamed*. Creo que habría que decapitarla por eso.

Jo seguía inmóvil, aguardando a que aquella fuerza ajena le subiera a su propio ritmo. Cogió un pequeño sándwich de jamón y se lo metió en la boca. Los demás se rieron. Todos iban descalzos y Day le acariciaba el pie por debajo de la mesa. Entonces notó el aire fresco en la cara y reparó en la fina película de sudor que la cubría.

—En general, nadie puede probar bocado después de esnifar, y más con esta farlopa de primera que he traído de Marsella —dijo Dally.

Day se dirigió a Jo con voz melosa:

—Me alegra que te sientas mejor. David volverá mañana, pero personalmente me gusta que tengas un día y una noche para ti. Creo que te hacía falta.

Ella quiso responder con un «¿Qué?» airado, pero sabía que Day tenía razón. El matrimonio suele ser agobiante casi todo el tiempo.

—Sería estupendo, si no estuviese preocupada —dijo apropiadamente.

El servicio se acercó con servilletas calientes mientras Swann se ponía beligerante. Era más de izquierdas de lo que aparentaba.

—¿Estás seguro de que no te odian, Dicky? Creo que estás siendo demasiado confiado. Digas lo que digas, nunca te aceptarán como infiel.

—¿Y por qué deberían hacerlo? —dijo la chica francesa—. Tienen todos los motivos para odiar a los americanos.

—¿Ah, sí? —Richard supo que aquella conversación le daría dolor de cabeza—. Pues yo diría que tienen más motivos para odiaros a vosotros.

La francesa se quedó realmente sorprendida.

—¡Pero nosotros mantenemos excelentes relaciones con los árabes! Compartimos el Mediterráneo con ellos, eso tú no puedes entenderlo.

—Claro que lo entiendo. Te refieres a que los mantenéis en guetos y así os sentís cerca de ellos. ¿Sientes esa proximidad cuando queman coches en los suburbios y saquean vuestras sinagogas?

—Eso es..., como se dice..., un *problème social*.

—No. No les gustáis por el mismo motivo que no les gustamos nosotros, los americanos. Porque no somos musulmanes y los sojuzgamos, y eso va en contra de lo que ellos consideran el orden natural de las cosas, que sería que ellos nos sojuzgaran a nosotros. Sin embargo, los comprendo. Son rivales imperialistas. No se lo reprocho.

Pero no se atrevió a decirle que él no era americano, aunque probablemente a ella le daba lo mismo.

—Además, los musulmanes de Estados Unidos son prósperos y pacíficos —añadió—. No se pasan el tiempo amotinándose en los suburbios ni arrojando cubos de basura a los coches de la policía. —Richard puso una vocecilla lastimera—. ¿Por qué solo hacen eso en Francia? Debe ser..., como se dice..., *solidarité*.

—Eso no importa —gritó ella—. ¡Nosotros no los estamos matando a miles en Irak!

—No, querida, eso lo hacen los muyahidines locales. Pero no estoy discutiendo contigo por Irak. Yo me manifesté en contra.

—Entonces sabrás cómo se sienten. Los oigo hablar en la cocina. Todos los árabes se sienten igual, hay que ser un estúpido para no verlo.

Richard sacó el cascanueces y concentró su atención en un gran cuenco de frutos secos.

—Estáis cabreados por lo del Once de Septiembre —continuó ella, fastidiosa—, como si no tuvieseis nada que ver con eso...

—En Afganistán había unas magníficas estatuas budistas —dijo Richard en voz baja, como si hablara para sí—. Y un día los gobernantes de esta tierra feliz llegaron con un montón de bombas de demolición y las destruyeron. Supongo que, si fueras ciega de coca, podrías argumentar que el bueno de Buda se lo estaba buscando. Quizá las estatuas dijeron algo ofensivo, o había algo lascivo en los complejos gestos de sus manos. Lo comprendo, es que a veces Buda te pone a cien. Y la única forma de responder es mediante...

De pronto Jo se descubrió riendo a carcajadas.

—Es la coca —le dijo Mohamed, guiñándole el ojo.

—Mohamed, defiéndeme contra esos americanos charlatanes. Dicen que...

—No, comprendemos que, en caso de duda, la culpa es de los americanos. Echaría de menos que no nos culparan. Me sentiría menos importante. Créeme, somos masoquistas. Nos gusta y nos hace sentir más poderosos de lo que somos en realidad. También nos convierte en unos arrogantes insoportables. Ojalá pudiese conseguir que los árabes lo entendieran. Ojalá pudiese hacértelo entender. Les sorprendería mucho. Si nos culparan menos, seríamos mucho más modestos. No nos creeríamos el centro del universo.

—Un discurso excelente —dijo Day, aplaudiendo—. ¡Ojalá trabajaras para Al Jazeera!

—No te creo —dijo la joven—. Os creeríais igualmente el ombligo del mundo.

Richard le dio una nuez pelada.

—Es un error comprensible; lo fuimos, durante mucho tiempo. Creo que deberías volver a colocarte, estás muy mona cuando te crees rodeada de reptiles.

—*Es que estoy* rodeada de reptiles.

—¿El ombligo? —dijo un viejo que nadie conocía desde el otro extremo de la mesa—. ¿Del mundo?

—¿Sabes si hay baile esta noche? —preguntó otra chica a Dally.

—Estamos rotos.

—¿Rotos?

—Es una forma de hablar. Agotados.

—¡Dice que está roto! —gritó la joven al resto de los presentes.

Richard preparó más rayas en la mesa de cristal y los criados encendieron las lámparas de aceite. Todo adquirió una tonalidad dorada. Las pupilas de Jo se estremecieron de placer, aunque un sutil desánimo empezaba a hacer mella en los allí presentes.

—Pronto bajaremos a cenar y antes quiero veros a todos bien colocados —dijo Richard—. Estoy harto de tener invitados sobrios. Sí, ahora mismo los invitados sobrios son mi principal problema. Tengo que ir a buscarlos y ponerle remedio. Dally, creo que hay algunos en la biblioteca.

—¿Qué?

—Invitados sobrios. Los encontraré y lo solucionaré.

Richard se inclinó con el tubito de plata. Day lo observó mientras posaba una mano en el vientre de Jo, que se contrajo imperceptiblemente de placer.

Las mismas orquídeas adornaban la mesa de la cena y se reflejaban en las superficies de las

soperas. Tenían los estambres hinchados y alargados, y la carne de las corolas había alcanzado su máximo esplendor antes de empezar a marchitarse en cuestión de horas; por la mañana su tono sonrosado se habría oscurecido y los estambres estarían cargados de polvo dorado. A Jo le pareció que aquella cena de la tercera y última noche era diferente de las dos anteriores. Todos los hombres llevaban esmoquin y los vestidos de las mujeres eran más elegantes. Hablaban en un batiburrillo de lenguas con miradas desenfundadas e inestables, como si hubiesen distribuido gotas de atropina entre los invitados y hubiesen inhalado el polen de las orquídeas recubierto de un estimulante desconocido. El decoro de las dos jornadas anteriores se diluía y empezaba a insinuarse algo maravillosamente turbio. Una nota sexual. A Jo le hervía la sangre. Para las mujeres, pensó con frialdad, es difícil ser promiscuas precisamente porque es demasiado fácil. Cuando se dejan llevar, se acostumbran en cuestión de segundos y luego ya es imposible parar. Y, entretanto, empiezan a angustiarse por el canal uterino... Pero ¿y si la fertilidad ya no fuese un problema? ¿Esa explotación fugaz e insignificante de su deseo tendría la misma importancia que en los fértiles días de la juventud? Los hombres también se volvían más tristes e imposibles con los años, y llegaba a producirse un reconocimiento mutuo. Nos volvíamos libres.

Observó a los desdeñosos muchachos marroquíes alineados a lo largo de las paredes. Eran la fantasía de Dally. ¿Se lanzaría ella con alguno? ¿Eran guapos? En realidad, no le interesaban. La belleza no le interesaba; con esos muchachos no habría pugna alguna. Su pugna era con Day, a quien acabaría entregándose, pero no simplemente porque él estuviese disponible, sino porque había reparado en ella, algo que los hombres no solían hacer. Day había invertido tiempo en tomarla en consideración. Había evaluado sus virtudes y sus defectos, y los había sopesado como si fuesen gramos de oro y de escoria.

Cuando miraba a las chicas europeas de su alrededor, comprendía enseguida por qué los hombres se sentían más atraídos por ellas. Tenían una alegría interna que ella nunca poseería. Sus caras desbordaban una malicia exenta de maldad. Sabían qué querían los hombres, eran zorras en el sentido más magnífico del término y gobernaban sus dominios sin pensárselo dos veces.

«Y mi porcentaje de zorra no llega ni al uno por ciento», pensó.

Las soperas contenían sopa de tortuga. Asomaron unas garras de anfibio por el borde y las chicas gritaron. Day se había sentado a su lado, implacable a su manera, y su aliento se había vuelto picante como el de un curry barato. Ella quería escupirle en la cara, pero él se acercó y susurró:

—Estás preciosa. Es la coca.

—No me mires. ¡Estoy rosa como una gamba!

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Parezco un pastel. Un pastel glaseado.

Los ojos de Day resplandecieron como el papel fotográfico.

—Glaseado... Suenan muy apetecible.

Pasaron toda la cena charlando y obligándose a reír de las bromas del otro, pero poco a poco se fue haciendo el silencio a su alrededor: era como si atravesaran una tormenta de arena que los aislara de los sonidos periféricos y atenuara las luces. Solo se escuchaban el uno al otro. Él le habló de su casa en Bali, que casi nunca visitaba pero que había decorado de forma exquisita. Bali, ese lugar que se había convertido en la extensión de un aeropuerto folclórico.

—¿Qué es lo que te gusta de Bali? —preguntó Jo mientras alguien cortaba el pastel de chocolate y sacaba unas monedas árabes de su interior.

—No soy muy romántico sobre esas cosas. Me gustan los climas cálidos y los restaurantes baratos. Me gustan los balnearios asequibles porque soy viejo. Creía que Mick Jagger vivía allí, y luego resultó que no.

—¿Ninguna novia? Suponía que todos los hombres blancos tenían una novia en Asia. De hecho, creo que tienes a unas cortesanas escondidas por ahí.

—¿De veras?

—No te juzgo. Creo que los hombres necesitan putas.

Day enarcó las cejas, sorprendido.

—Original —murmuró—. Personalmente, creo que las mujeres necesitan serlo. Solo lo consiguen cuando están borrachas.

—Eso es porque no sabes cómo pedirlo.

—¿Yo? —Day se echó a reír.

—Sí, tú. No te has olvidado de mi marido.

—No deberíamos olvidarnos de él, pero en cierto modo nos hemos olvidado, ¿verdad?

Jo asintió.

—Y lo siento.

Day se revolvió en la silla y adoptó una expresión más sincera.

—Nunca pensé que pasaría algo así. Estoy sorprendido. Creo que me has malinterpretado, señora Henniger. Lo que he dicho sobre las prostitutas no iba en serio. Quería dármelas de ingenioso y he sido ridículo.

—Solo bromeabas.

—Sí. Todos necesitamos bromear en las cenas.

«Sedución», pensó ella. Cuánto odiaba la seducción. Luego él vaciló.

—Creo que en cierto modo he sido algo falso contigo, he interpretado un papel. Pero yo no soy así, en absoluto. No quería conocer a una mujer casada porque me parecía una forma fácil y barata...

—Pero tenemos nuestra utilidad, ¿verdad?

Y ella le dirigió la sonrisa más deslumbrante y dulce que consiguió esbozar.

—Yo no diría «utilidad» —objetó Day, pero los dos se echaron a reír, y el daño, por decirlo, ya estaba hecho.

Acercó su mano a la de ella sobre el blanco deslumbrante del mantel, entre los servilleteros de plata y los tenedores grabados. Fue el gesto ligero e intrascendente de un hombre que ya estaba familiarizado con el cuerpo de Jo, que ya nadaba entre sus aguas, un gesto tan liviano y animal como el movimiento de las inmensas polillas que revoloteaban contra los cristales de las ventanas, sin que nadie de la mesa se percatara de ello.

Pronto abrieron los ventanales, y los comensales se dispersaron en la noche. Era una velada sin baile ni música porque Richard quería darle un colofón más sofisticado a su fin de semana. Los invitados llenaron los jardines. Una famosa de la televisión italiana se había materializado de la nada y un par de fotógrafos la torpedeaban con sus perturbadores flashes en un extremo del jardín.

—Es Monica Luciamora —murmuró alguien cuando Jo y Day cruzaban el mismo terreno con un puñado de galletas, fresas y dos copas... La botella aguardaba en el chalet del americano.

Jo cruzó apresuradamente aquel espectáculo cegador. El humo le había irritado la garganta y se negó a pensar en nada. Había sofocado el miedo; se sentía firme. Él la tomó de la mano y el sudor de la palma de Jo lo desanimó un poco. «Pobrecilla, es la típica inglesa pecosa que no para de sudar. No puede con este clima», pensó. Jo cerró los ojos y se dejó llevar por las estrechas callejas del *ksar*, y al hombre que la guiaba solo le sorprendió lo fácil que había sido todo.

Cuando volvió a abrirlos vio la habitación discretamente opulenta decorada con adornos bereberes, la ropa cuidadosamente doblada de aquel americano desconocido y unas zapatillas de cuero junto al escritorio. Uno de los cien gatos de Richard lamía un platito de leche condensada en un rincón. Day retiró el capuchón de aluminio de la botella que reposaba en la cubitera mientras le decía que el nombre de la jaula de alambre que se calza sobre el tapón de la botella es «morrión». Así es como se abre una botella de champán, le decía él: se sostiene firmemente por la base y lo que gira es la botella, no el corcho. La botella de vino tinto se sostiene por el cuello, la mujer por la cintura y la botella de champán por el *derrière*.

—Es una frase de Mark Twain —añadió en voz baja, justo al descorchar—. Pero es un orden de prioridades que puede modificarse a lo largo de la velada.

—Claro que se puede, ¿verdad?

Y el champán siseó en las copas.

Jo se quitó las sandalias y fue directamente a la cama. Sentía el cuerpo ligero como una lámina de estaño repujada pacientemente durante días y noches. La cabeza le daba vueltas y había perdido su impecable equilibrio. Se derrumbó con dramatismo en el colchón, dejando que el cabello se desparramara sobre los cojines almidonados, y abrió las piernas sobre la colcha de motivos tribales en lo que le pareció una pose lasciva.

«Estás colocadísima —se dijo—. ¡Por una vez eres tú, y no David!»

Pero Day no parecía percatarse. Aguardó a que el champán desatara su energía y sirvió dos copas como si fuese el camarero de un bistró de tercera. No oía el batir del corazón de Jo. ¿Tendría que oírlo? Se volvió y la vio tirada en la cama.

—Es igual que tu cama —señaló él secamente.

Todo el odio reprimido que Jo sentía por David se transformó en burbujas de champán y se evaporó en la nada. Cuando se evapora, hasta el odio tiene su encanto. Day se acercó a la cama con las dos copas y bebieron en silencio, evitando mirarse a los ojos. Entonces ella le cogió los puños de la camisa y le abrió los gemelos con los dientes. Él se quedó paralizado, como si Jo le hubiese hincado los dientes en la mismísima piel. Aquello no dulcificó a Day como ella esperaba, pero tanto mejor. Day se desabrochó los botones de la camisa con una mano mientras ella le hacía comentarios poco halagadores sobre el vello de sus orejas. Él rió por lo bajo. Jo lo envolvió lentamente entre sus piernas, como alguien que sujeta un insecto con unas pinzas. Rodaron en la cama y la boca seca de Day empezó a besarle el brazo. Él tardó mucho en adoptar una actitud en la que no cabía la vuelta atrás porque notaba que Jo no se acababa de decidir y en cualquier momento podía arrepentirse, salir corriendo de la habitación y mantener su ecosistema con David intacto.

Jo veía en el espejo de la pared los pies descalzos de Day, que le recordaban a unos pies de cerdo; no le importaba, aunque hizo que volviese a dudar. Cuando él le quitó las bragas se resistió un poco, porque quería resistirse.

«Venga, viólame si puedes. Vamos a ver.»

Pero él no la estaba violando; más bien sucedía lo contrario. Sin embargo, cuando Jo forcejeó, Day la inmovilizó con las manos, cerrando definitivamente cualquier posibilidad de escape. La inmovilizó con todo su peso. Y la voluntad de Jo cedió y se hizo añicos.

Y esos añicos empezaron a girar. Vio que el ventilador rotaba en dirección contraria y le entró vértigo. La cama también daba vueltas en lo que parecía un juego de engranajes. Day mostraba una expresión triunfal. Tenía la mirada húmeda, las cejas exageradamente arqueadas y unas pupilas como el musgo húmedo de un pantano. Jo odiaba aquella expresión pero ya era demasiado tarde, e inesperadamente él le pasó los brazos por debajo y la levantó unos centímetros. La sostuvo unos instantes antes de soltarla. Pareció que una prolongada corriente eléctrica le recorría los músculos del costado, como si Day fuese un caballo al que espoleasen en los flancos. Jo gimió porque no pudo contener la respiración.

Las cortinas habían quedado descorridas y la luna irrumpió en lo que parecía un escenario bélico. Un zapato, una naranja, una copa rota, un cuchillo olvidado en un alféizar. Olía a uvas mohosas, piel de naranja y al caro producto con el que Day se rociaba las axilas. Mientras él dormía, Jo deslizó las manos por las sábanas y sus pequeñas manchas de semen medio secas. El parecido entre todos los hombres le asaltó como una súbita revelación que acabó tranquilizándola. Ellos no veían cuánto se asemejaban, que todos participaban del mismo ectoplasma. Levantó un poco la cabeza y vio el resplandor de la luna en un tapial. Oyó un sonido claramente humano en el exterior, como una respiración. El ventilador ronroneaba. Los pedacitos de Jo volvieron a unirse lentamente y supo que no podría dormir. Se sabía observada y escuchada, porque no había secretos en el *ksar*.

Era Hamid quien se había ocultado a la sombra del tapial y escuchaba atentamente los juegos sexuales en el interior del chalet, algo que, por mucho que se lo esperase, le había conmocionado profundamente. Nadie le había pedido que fuese a espiar, pero lo había atraído una curiosidad irresistible. Ahora más que nunca comprendía que los infieles eran extraordinariamente desvergonzados en sus cópulas y sus traiciones. ¡Y pensar que se había compadecido de la mujer Henniger cuando se llevaban a su marido al desierto para responder por un crimen que probablemente no había cometido! Pese a no haberlo comentado nunca con los otros miembros del personal, el gesto de David le parecía muy noble; era sorprendente, incluso honorable. Nadie le había obligado a hacerlo. Y, nada más irse, su mujer se había metido en la cama de otro hombre. De modo que en eso consistía su tan cacareada libertad femenina. Esa era su miserable liberación.

Se había agachado para prestar atención, y su incredulidad hacía que todos sus sentidos estuviesen concentrados en los forcejeos eróticos de los infieles. Luego, ya saciado, se apoyó en la pared y se recompuso. Oyó que la mujer iba al cuarto de baño. Era cierto, como se decía, que una mujer indiscreta es como un cerdo con un anillo de oro en el morro. Las luces se encendieron y volvieron a apagarse. Por fin se alejó, disgustado consigo mismo por seguir al servicio de Richard y Dally, que tenían unos amigos tan despreciables. Seguía allí porque necesitaba el dinero y porque las facturas médicas de su padre iban en aumento. Aquel deshonor en el que estaba atrapado era un mal necesario.

Regresó al portón, donde unas lámparas de papel colgaban de largos tallos de bambú. Aquella noche, la fiesta había adquirido un ambiente curioso, en buena parte por las grandes cantidades de cocaína que se habían distribuido previamente. Aquella droga le aterraba, porque era

desconocida, ajena, y tenía unos efectos muy diferentes de los del *kif*. No entendía por qué la consumían; no parecía causarles placer alguno y, a diferencia del *kif*, no mejoraba sus funciones mentales. Muy al contrario. Los volvía arrogantes, irascibles y empeoraba, más si cabe, sus modales.

Al llegar a la muralla próxima a la carretera, donde solía fumar su pipa nocturna mientras recapacitaba sobre las desdichas del día, sintió un hartazgo repentino. Estaba harto del derroche monumental de aquellos desayunos, harto del volumen de alcohol tóxico que almacenaban, servían, desperdiciaban y vomitaban a un ritmo constante. Harto de las joyas perdidas y de los escandalosos parisinos y londinenses cuya espantosa ebriedad los hacía tambalearse como monigotes. Harto también del chismorre constante, la desconfianza y las supersticiones de los marroquíes provincianos y analfabetos, de sus patéticos prejuicios anticuados y de sus fanfarronadas infantiles. A decir verdad, le había gustado Jo. Y ahora...

Contempló la oscura inmensidad de la planicie y el denso oasis en segundo plano. A lo lejos, donde el desierto se encontraba con el cielo, se insinuaba una línea de luz dorada. Corría un viento fresco, indiferente, y se preguntó si la mitad de la noche ya había pasado tan rápido.

Con la ayuda de Naufal había trasladado a Richard, ebrio y colocado, hasta su habitación, donde aquel muchacho amargado había escupido en el efervescente Alka-Seltzer de su señor. Eso también había escandalizado a Hamid, aunque no tanto como la traición de la señora Henniger. Habían acostado a Richard en su cama Glaoua y luego había salido en busca de Dally, que estaba inconsciente en un parterre, acompañado de un chico francés que tenía los ojos abiertos como platos. Terrible, terrible. Y Hamid encendió su larga pipa de arcilla con un arrebatado de indignación reprimida. Los pájaros empezaban a cantar. Llegaba del desierto un olor a hierro y podredumbre, un aroma distante de sal en descomposición. Resultaba terrible imaginar a Richard y Dally entrelazados en esa cama, roncando, revolviéndose en sus péfidos sueños. Y entonces decidió pensar en su vida futura, que sin duda sería mucho más gloriosa. Un trabajo en el hotel Intercontinental de Casablanca y luego, quién sabe, quizá un empleo en las Seychelles o en Dubái como encargado del servicio ejecutivo de un hotel, entre personas decentes y respetables. Esos eran sus sueños. Se encogió de hombros y fumó con suma seriedad sentado en la muralla mientras terminaba la noche. Ya era lunes por la mañana y dentro de unas horas los invitados empezarían a marcharse. Por Dios, cuánto deseaba que llegase ese momento.

CAPÍTULO 21

David se despertó aproximadamente a la misma hora. Pudo entrever las paredes porque la lámpara no se había extinguido, y le sorprendió que no fuesen blancas, sino de un tono rojizo, con palabras y números inscritos. Todo estaba cubierto de polvo, sus uñas incluidas. Reparó en que junto al colchón había un bolígrafo dentro de un tarro de cristal y al lado una figurita de Dalek, de la serie de televisión *Doctor Who*. También un montón de ropa mal doblada y un cuaderno. Las cosas de Driss; las pocas cosas que un adolescente necesitaba en su habitación. Estaba convencido de que se lo estaban restregando, que querían que sintiera la presencia del chico muerto. Era su idea de tortura, porque seguro que creían en espíritus y fantasmas.

Se incorporó. Su boca no ansiaba beber agua, sino whisky. Le asombraba haber llegado tan lejos sin haber bebido ni una gota de alcohol. Todavía era de noche, pero comprendió que había dormido un poco porque se notó descansado al descorrer el pestillo y deslizarse silenciosamente por el pasillo hasta la puerta trasera de la cocina, donde un perro maltratado dormía con el bozal puesto. Se sentía bien.

El perro abrió los ojos, pero no se movió cuando él le pasó por encima para salir a un pequeño huerto bañado por la fresca luz de la luna. El viento había cesado y sus diferentes hojas se mantenían erguidas en una suerte de tierna actitud retardada, mientras las palmeras agonizantes se mecían penosamente, como si les molestara la gravedad. Atravesó el huerto y salió al pedregoso exterior sintiéndose como un escolar en un día de fiesta. La luna baja tenía un resplandor tan débil que apenas mostraba el contorno del barranco, y las numerosas cavidades y escaleras se fundían en una cicatriz gigante. La penumbra también atenuaba el horror de aquella superficie vertical donde los niños trabajaban en régimen de esclavitud y le hizo olvidar que solo los niños eran lo bastante menudos para introducirse en las cavidades con sus martillos. Sin embargo, la idea le seguía doliendo porque Driss había sido uno de esos niños, y todos sus esfuerzos habían acabado en una tumba detrás del huerto.

Caminó torpemente hasta el extremo del *oued* y luego siguió hasta el punto donde convergía con el gran lecho seco de un río. Detrás de un montón confuso de piedras blancas se abría bruscamente el desierto, una tierra llana de brillo ceniciento. Se extendía ante él una alfombra de ampollas de rocalla, un mar petrificado. Las largas cadenas montañosas de color azufre y crestas negras se harían visibles al amanecer.

«Podría huir, echar a correr hasta la carretera más próxima —fue su primer pensamiento—. Y luego ir andando hasta cruzarme con un vehículo, y rogar que me llevaran.»

Observó desesperadamente la llanura en penumbra. Una parte de él estaba dispuesta a dar el paso, a salir corriendo. «Huye», lo espoleaba una voz interior. Pero ese había sido siempre su

instinto, salir corriendo, y ya se sabe que nos acabamos cansando de correr sin parar. Entonces descubrió un resplandor en la escarpada pared del barranco. Un hombre sentado junto a una hoguera, un cantero desconocido de mediana edad vestido con un albornoz marrón que afilaba sus herramientas con una piedra de amolar. El chip-chip de la operación producía un diminuto eco metálico que recorría el espacio abierto con una tranquilizadora precisión humana. David se acercó.

—*Salam aleikum* —intentó decir, saludando con la mano.

El hombre ni se molestó en levantar la vista.

—Correr será inútil —le dijo en tamazight.

David no lo entendió, y por tanto, tampoco pudo responder.

—Te estaba mirando —prosiguió el desconocido—. Parecías un hombre sediento que contempla el agua.

—Lo siento, no le entiendo —dijo David, negando con la cabeza.

—¿Estás despierto? Sabes muy bien que estoy aquí para impedir que te alejes. ¿No tienes ni idea de lo que digo? Pues muy bien, da lo mismo. —Luego añadió un insulto árabe—: *Wlad lekhab*.

El hombre dejó en el suelo el hacha que estaba afilando. David empezó a retroceder. El desconocido se echó a reír.

—Ven, te enseñaré algo curioso. ¿Sabías que aquí cerca hay un lago? Un lago con flamencos.

Se levantó e indicó a David que lo siguiese. De pronto el viento se levantó y los rodeó con sus gemidos mientras cruzaban los *oueds* y se sumían en la oscuridad. David se volvió para asegurarse de que la hoguera continuaba allí, y luego siguió al esbelto bereber por una lámina de piedras azuladas. Al cabo de unos metros, el hombre se arrodilló y le señaló un saliente rocoso incrustado entre zonas de arena endurecida. No lo habrían visto si las primeras luces del amanecer no se hubiesen ampliado súbitamente detrás de Issimour. La superficie de la roca estaba cubierta de formas retorcidas, sutiles como grabados, y entre ellas destacaba un pez enorme con boca en forma de pico y aletas que podrían haber sido garras. Un ictosaurio, una sirena devoniana. El hombre pasó las manos por su superficie, sonrió a David y cambió al francés:

—Nosotros los llamamos los flamencos. Lo puedo extraer para ti.

—No quiero que lo saques.

El hombre siguió el contorno del pez con el bastón. «Estamos en el fondo del mar», pensó David, llevándose la mano derecha a la garganta para acariciársela.

—¿De dónde eres? ¿Londres? —le preguntó el hombre con voz áspera.

—No puedo comprar un pez —dijo David en su francés precario.

—Podemos convertirlo en una mesa de cocina. ¡Piensa qué feliz sería tu mujer!

Aquel tira y afloja iba adquiriendo un aire amenazador, pero también litúrgico. El hombre lo rodeó chasqueando la lengua, mientras tocaba con el bastón las escamas y la rabadilla del fósil monstruoso que nunca sería una mesa de cocina, mientras sus ojos buscaban la verdad tras la máscara del infiel. Por su parte, David sentía que su resistencia se debilitaba, que le fallaban las rodillas, hasta que por fin se agachó y dejó que aquel hombre patalease a su alrededor, gritando:

—¡Es barato, es un robo y ni siquiera lo ves!

Y el hombre se cubrió los ojos con las manos, y luego alargó el brazo para acariciar la columna vertebral del fósil como si así lo apreciara en toda su magnificencia: su estado completo,

la prueba manifiesta de que la vida ya existía mucho antes que ellos.

Entretanto, el todoterreno de Abdalá se acercó al borde del *oued* antes de encender las luces. El sonido del motor truncó el silencio y resonó por todo el barranco. Al alzar la vista, David vio a un niño balanceándose en una de las cuerdas.

—¡Te están buscando! —exclamó el hombre, levantándose y haciendo señas con la mano.

El vehículo se acercó a las losas de criaturas marinas fosilizadas, y, detrás del parabrisas, David distinguió el rostro enfurecido de Abdalá y la expresión más amable de Anuar. El padre se apeó, cerró el coche de un portazo y caminó con grandes zancadas hacia los dos hombres, paralizados por la luz de los faros. El cantero adoptó una actitud respetuosa; intercambiaron cuatro o cinco frases cortas, pero Abdalá estaba pendiente de David.

—Veo que has salido a pasear. Habrás comprobado que no hay forma de huir, no hay modo de escapar.

—No pretendía escapar —repuso David con frialdad.

El cantero desapareció rápida y discretamente.

—Qué más da —dijo Abdalá con voz impaciente. Su cuerpo parecía hallarse al borde de un acceso de violencia incontrolable.

—Me dijo que podía andar por donde quisiera —protestó David.

Comprendió que sonaba como si estuviese suplicando por su vida.

—Así es —admitió el anciano. Luego le dirigió una sonrisa desagradable—. ¿Acaso intentabas avanzarte al amanecer?

Abdalá gritó a Anuar que apagase los faros. Volvió la oscuridad y de pronto se encontraron a solas con el viento, esforzándose en mantenerse en pie mientras la arena les golpeaba el rostro y la línea dorada del cielo nocturno iba ensanchándose para formar un sucio tajo de luz.

Abdalá metió la mano en el largo abrigo y sacó el mismo cuchillo de combate que había usado para pelar las manzanas la noche anterior. Su temible hoja se interpuso entre ambos. Resplandecía más que su piel, de modo que lo único que David sabía con certeza era la posición del cuchillo. Avanzó un paso y vio de soslayo las ondulaciones de la tierra que lo rodeaba y la inmensidad a la que podía escapar. Sin embargo, Abdalá no avanzó hacia él, como David esperaba. Se quedó donde estaba, indeciso, y lo único que afloró a su conciencia fue el dolor. Hizo además de abalanzarse y luego volvió a detenerse, sujetando el cuchillo con tal fuerza que este empezó a temblar. A continuación, desistiendo de una idea terrible, levantó la hoja del cuchillo para señalar el distante pueblo de Alnif.

—Anuar te llevará de vuelta. Tu equipaje está en el coche.

Y entonces Anuar se acercó con una expresión que se debatía entre el miedo, la náusea y una compasión incoherente que intentaba reprimir.

—David, no temas —le gritó—. Puedes subir al coche.

«Mejor hazlo cuanto antes», pensó Abdalá, y bajó el cuchillo. También él retrocedió un poco, y la fuerza que había en su interior se escurrió hacia el desierto, donde acabaría por desaparecer. Aquello había terminado para él.

Dio media vuelta y se acercó al coche, pero no subió; siguió andando hacia el *oued* bajo un cielo que se desperezaba en tonos grises y dorados. Un perro de la aldea corrió a recibirle y pronto se oyó el sonido de los martillos en los barrancos, un ruido como el de mil aves convergiendo sobre un cadáver. Un gallo cacareó en Tafal'aalt. El anciano siguió andando sin

quitarse la capucha. Mantenía la vista baja para contener la emoción que lo anegaba. Secretamente se alegró de haber sido capaz de controlar la zona más oscura de su ser.

Volvió a la casa y preparó una pipa y una tetera. De la pared del barranco llegaba el tintineo de los niños que picaban piedra y que le recordó al pequeño Driss de quince años atrás, suspendido de una cuerda larga a tal altura que todos tenían por su seguridad. Fumó lentamente y se dejó llevar por la memoria, por los recuerdos fragmentados de su único hijo a los que ahora se aferraría con empecinada obstinación.

Después de fumar su pipa y de tomar un huevo duro fue a la habitación del chico y se demoró entre sus pertenencias, convencido de que aquel espacio conservaba el aroma, sutil y lejano, del ser vivo que antes lo había habitado. Recordó a Driss encerrándose aquí con sus secretos inmorales a su regreso de Francia; nunca le contó a su familia dónde había estado ni qué había hecho en París. Se quedaba ahí acostado fumando *kif* y solo salía de noche. Había regresado a Hmor para recuperar su antiguo trabajo en la cantera, pero ¿quién sabe si lo consiguió? Había vuelto muy cambiado; empeorado, les había dicho Abdalá a las mujeres. Más mordaz. Con una arrogancia y una intransigencia desconocidas. Siempre fue un chico difícil, pero tras su regreso se había vuelto distante, siempre se guardaba sus parcos beneficios para él y se negaba a responder a sus preguntas sobre lo que había ganado en Europa. Se había marchado con tantas expectativas, con tanta falsa seguridad en sí mismo... Volveré mucho mejor que cualquiera de vosotros, parecía decirles. Más rico, más sabio, con más recursos. Y Abdalá lo había dejado marchar sin decirle una palabra, y sin palabras había regresado el muchacho. Había sido extraño y desagradable, porque un hijo suyo no se merecía vivir como un recluso amargado.

Finalmente salió de la habitación, cerró la puerta y regresó despacio a la sala, donde se acostó a escuchar el viento. Driss. Estaba ahí mismo, en el agonizante cementerio y también su alma andaría cerca, con todos sus recuerdos. Driss con sus largas manos y la pequeña cicatriz en la izquierda, Driss de mirada soñadora y esa desagradable costumbre de guardarse el dinero en los calcetines. Cuando era pequeño, había algo verde en sus ojos que fue desapareciendo poco a poco. ¿Quién lo había conocido realmente? Le gustaba escuchar esa música llamada *raï*, se pasaba horas en su habitación con los auriculares puestos, y cuando se iba a Erfoud o Rissani, Abdalá se enteraba del deshonor que traía a la familia. Al parecer vendía droga y trilobites ilegales, pero era más o menos lo que hacían otros chicos: Driss no era peor que los demás, sino solo más indiscreto. Siempre se iba de la lengua.

La noche siguiente, Abdalá se arrepintió de no haber matado a David. No es que estuviese convencido de su culpabilidad, sino que independientemente de lo que hubiese hecho el infiel, no podía perdonarle la muerte de Driss. Lamentaba haber tenido aquel momento de debilidad al amanecer, cuando sacó el cuchillo y el infiel lo había visto. «Tenía todo el poder en mis manos y no lo usé.» Y, así, la vida y la muerte de Driss se habían desperdiciado porque no se habían vengado. Pasada la medianoche fue a la tumba. Se sentó allí y pensó en su debilidad, que antes le había parecido un acto de fuerza. Pero en realidad lo que había querido vengar era que nunca había conocido a su hijo. Y aquel desconocimiento se había vuelto ahora eterno por un accidente en la carretera, por un mal cálculo del ángulo o la distancia. *Basmala*. En las profundidades de su tumba, su hijo recordaba un pasado que no admitía a nadie más, y de ahora en adelante los enigmas se difuminarían y se volverían más complejos, pues la vida no es más que juego y distracción, como bien nos recuerda el Corán, y como pasatiempo que es, y nada más, olvidamos

que el propósito de la vida es la muerte.

LOS PERDONADOS

CAPÍTULO 22

Cuando Jo despertó en los brazos de Day sintió un ahogo momentáneo, antes de recobrar el aliento y controlar el pánico. ¿Dónde se encontraba? Las ventanas estaban abiertas y el aire acondicionado en silencio; la habitación parecía un horno y ella tenía la piel irritada y cubierta de sudor. Antes de abrir los ojos le había parecido que se ahogaba, y luego observó que la noche se transformaba en día. Se libró de aquellos brazos desconocidos y fue al baño a lavarse la cara. El espejo estaba cubierto de huellas dactilares.

Nunca le había sido infiel a David; en realidad, era algo que ni se le había pasado por la cabeza. Ni siquiera durante los dos últimos años en que habían dormido separados se le había ocurrido aventurarse al mar de otros hombres, porque ¿qué haría allí, sino acabar ahogándose, arrastrada por las olas? Mírate al espejo: demacrada, sudorosa, agotada. ¿Es posible recuperarse al instante de un error así? El peso del secreto que tendría que guardar estropeaba su futuro y lo hacía menos vivible. Aunque no recordase haber hecho el amor con Day (¡qué expresión tan inapropiada!), tendría que vivir con aquella carga; por muy imprecisa que fuese la memoria, ella siempre sería consciente de lo que había ocurrido. ¿Había gozado? No lo sabía.

El ruido de los grifos no lo despertó. Jo volvió a la cama y lo miró, asombrada. ¿Había hecho el amor con ese animal roncador de bonitas dimensiones? ¿Qué la había impulsado a ello? Una cadena de acontecimientos demenciales, una botella de zumo de uva fermentado, un hombre inteligente y una ira sutil e irritante contra el marido ausente, que en cierto modo siempre estaba ausente. No era un gran argumento para justificar una traición, pero tampoco nadie había tenido que persuadirla.

Su primera idea fue escapar. La puerta estaba abierta y había prendas de ropa por todas partes, sus sandalias y sus horquillas incluidas. La suave noche le traía los rumores de pequeños grupos desmadrados y personas que andaban de puntillas. Eso era lo que ella perseguía cuando dos días antes, en aquellos tiempos de inocencia, habían partido malhumorados de Londres: una fiesta elegante que durase hasta el alba, una noche llena de misteriosos seres humanos. Salió a tomar un buen trago de aquel aire turbio antes de apoyarse en el quicio de la puerta. Ni siquiera se insinuaba el amanecer y se extrañó porque creía haberlo vislumbrado antes de dormirse.

Entre la fétida oscuridad sexual de la habitación y la noche abierta había un contraste inmenso. Esta, fresca, inocente y lozana como una muchacha que acaba de lavarse el pelo; aquella, viciada y sofocante. Cigarras en los muros de adobe, el fluir del agua en los arroyuelos que alimentaban las charcas. Una promesa. En cambio, en la habitación solo quedaban los vestigios de algo ya consumado y concluido, y el hombre que dormía la mona. Jo cruzó la puerta y se marchó.

Mientras andaba por el sendero de conchas incrustadas —formaban imágenes en las que antes

no se había fijado, siluetas de peces y tomates y medias lunas— le vino a la cabeza una frase: «Hasta en el fondo del corazón más seco y helado quedan dos o tres gotas de amor, suficientes para alimentar a los pájaros». La había escrito hacía tiempo un escritor americano, pero no recordaba quién era. Se alejó rápidamente de la habitación donde Day dormía, se mezcló entre los invitados y le sorprendió comprobar que solo reconocía a unos pocos. ¿Habría llegado una nueva hornada aquella noche? Eran más jóvenes, más escandalosos, y no le prestaron atención mientras se deslizaba entre ellos con esa desenvoltura que da la madurez. En uno de los prados artificiales sonaba hip-hop de inspiración raï (se trataba de MC Rai, aunque ella no lo sabía), y los jovencitos bailaban a la luz de los fuegos artificiales que el personal se ocupaba de encender sin tregua. Entre los árboles habían instalado barras de bar con iluminación inferior para dar brillo al cristal de las inmensas jarras llenas de cubitos y trozos de fruta. Había cuencos helados de yogur azucarado y rejillas plateadas con huevos duros. El personal removía con cucharas alargadas los combinados servidos en vaso largo y cortaba con tijeras los manojos de menta fresca, formando una producción en cadena de mojitos, caipiriñas, gin-tonics y «marruejitos». Los jóvenes bailaban con babuchas prestadas, colocadísimos de *majoun* y empapados de la cabeza a los pies.

Jo pasó ante las ruedas de fuegos artificiales entre las risitas y los codazos de los empleados y se dirigió al patio de piedra que rodeaba la piscina, donde el viento atizaba los braseros y levantaba chispas que volaban sobre las losas antes de consumirse. Sintió que la rozaban y a continuación una fugaz quemazón en los brazos. Había al menos cincuenta personas bañándose en la piscina. En un extremo del patio, la gran tienda con cojines y pipas estaba repleta de gente acostada, indiferente a la hora de la noche o a lo que ya era la madrugada. Acorralada por aquella música ensordecedora, Jo se preguntó qué iba a hacer. Sin pensárselo dos veces, se tiró vestida a la piscina y se sumergió con los brazos en cruz y el cabello flotando.

Mientras navegaba por aquel bosque oscuro de extremidades con el cabello desparramado en la superficie del agua, se sintió de nuevo una niña. Soltó una gran burbuja y empezó a atragantarse con inmensa felicidad. Se vio corriendo con su padre por la ribera del Ouse, cerca de Piddinghoe; atrapaba polillas con una red y llevaba, envuelto en estopilla, el pudín que su madre le había preparado. ¿Eran polillas o mejillones?; no se acordaba. Su padre muerto estaba vivo y se volvió para mirarla. Se reconocieron y él le dijo:

—Tienes un pequeño arroyo en tu interior, mi niña. Siempre vivo, siempre en movimiento.

«Los muertos están siempre dentro de nosotros —pensó Jo—. Son los que nos mantienen vivos, aunque solo los veamos bajo el agua.»

Al volver a la superficie limpia y diáfana, se encontró rodeada de cabezas que se bamboleaban al ritmo de *Raivolution*. Salió de la piscina y fue a echarse en la tienda. Se le acercó un muchacho para ofrecerle un helado de una bandeja, y luego un porro. Jo aceptó sin vacilar. Entretanto, por encima de las murallas asomaba el primer resplandor del amanecer, un sonrojo tras el escarpado contorno de la montaña. Fumó, absorta, mientras esperaba que pasara algo, y cuando nada ocurrió volvió a sentirse fragmentada y se preguntó si estaría enloqueciendo o si aquella misma montaña era más alta y abrupta que el día anterior. Su contorno dentado recordaba las finas agujas de una catedral. Rememoró sus primeras horas en el país, tan solo dos días antes, y le resultó increíble encontrarse con un yo tan ingenuo e inexperto. En cuarenta y ocho horas se había destruido de la cabeza a los pies, pero también se había liberado y rehecho. Si David hubiese permanecido a su lado, nada habría ocurrido; si no hubiesen matado a ese joven, tampoco. Nada habría ocurrido y ella seguiría igual, avanzando cansinamente hacia el futuro de

insatisfacción que le estaba predestinado. Driss la había liberado. No resultaba irónico, ni paradójico, ni nada semejante; era demasiado brutal para que pudiera encajar con semejantes conceptos. De no ser por Driss no se habría acostado con Day, pensó amargamente. Aquello tenía una lógica macabra a la que ella se había sometido. Driss, Day, David; sus tres D.

Fue Richard quien la vio de lejos y se abrió camino entre sus propios invitados para ir a buscarla y reincorporarla a su magnífica fiesta. Tenía un aspecto relajado y muy atractivo, algo que les suele ocurrir a los homosexuales cuando deciden, sin vacilaciones, embelesar a una mujer con sus considerables encantos. Richard sabía ganarse la confianza de Jo y engatusarla para satisfacer su curiosidad, que en cualquier caso nunca resultaba agobiante.

—Por fin te encuentro —le dijo, sentándose a su lado—. Amanecerá dentro de una hora y te va a encantar. Hoy será un día especial.

«No parece deprimida», pensó.

—Me muero de ganas.

—Y yo. Y nuestro David volverá antes de comer.

—Nunca he pensado lo contrario.

—Supongo que te arrepentirás de haber venido —dijo Richard, bajando los ojos—. Quizá deberías volver más adelante, cuando todo esto se haya calmado.

—Me lo pensaré. No sé si a David...

—Puedes venir sola.

Jo asintió con la cabeza.

—Sí.

En realidad, de ahora en adelante estaría mejor sola. De pronto la soledad se le aparecía como una posibilidad abierta en el futuro.

—Quizá sea mejor así, si me permites decírtelo —continuó Richard—. Sé que es un comentario impertinente, pero no se te veía muy feliz. En general. No parecías tú.

—Ha sido una época difícil. En parte por mi culpa, porque no he trabajado. Las cosas no iban bien en casa y no podía concentrarme, no fluían las ideas. ¿Sabes a qué me refiero?

Richard le tomó de la mano y dijo:

—¡Ay, Jo! ¡Menudo par estamos hechos!

—¿Entonces también pasas por épocas así?

Él le dijo que a veces era mejor estar deprimido. Dally le había hablado de un estudio reciente en el que administraron Prozac a unas gambas. Los científicos pudieron observar que las gambas que tomaban Prozac nadaban en aguas más luminosas que las gambas sin medicar, lo que las convertía en una presa más fácil para los peces de mayor tamaño.

—¿Y yo soy una de esas gambas? —preguntó Jo, riendo.

—Todos lo somos.

—Reconozco que ahora sí que me siento una de ellas.

—Habías desaparecido, ¿dónde estabas?

—Me abordó un pirata.

—Comprendo —dijo Richard con expresión cómplice, pero reservada—. Son cosas que pasan.

—No a mí.

Jo lo había dicho sin pensar y se arrepintió. Demasiado tarde. Él le ofreció una chocolatina del velador que tenían delante y la observó mientras Jo retiraba el envoltorio.

—Le puede pasar a cualquiera. Y se ha dado un cúmulo de circunstancias.

—Seguro que fue eso, Dicky.

—En cierto modo me alegro. No lo digo por el chico, sino por ti. Ha hecho que David se baje de su pedestal. Eso es bueno, ¿verdad?

Jo mordió la trufa y sintió que se le fundía en la lengua. En ocasiones, una humilde trufa al champán es capaz de abrir todos los cerrojos de nuestro interior, y después solo nos queda lamernos los dedos, agradecidos.

—En el fondo, lo de David es indiferente. Yo no estaba pensando en él; por una vez, pensaba en mí. Y me atrevo a decir que ya nunca seré la misma...; de muchas formas insignificantes y radicales. ¡Eso sí que es el destino! Pero justo ahora acabo de lanzarme a la piscina y tengo que decirte, Dicky, que nunca me he sentido tan viva como estando bajo esas aguas. Ni siquiera sé por qué. Como si fuera Alicia al otro lado del espejo.

—Entonces quizá lo hayas cruzado.

—Es curioso, pero creo que sí.

—¿Y qué hay al otro lado?

«Pesadillas», pensó Jo.

—Todavía no lo sé —murmuró—. Cosas extrañísimas. En cualquier caso, un futuro distinto.

—Pero tampoco tenías ni idea de cuál iba a ser tu futuro anterior.

Esa afirmación era tan verdadera como falsa.

—Me lo imaginaba, y no me gustaba demasiado. Me alegra que se haya evaporado.

—Yo también.

Richard le dirigió una mirada deslumbrante antes de apretarle la mano con una simpatía profunda que a la vez transmitía la tácita promesa de que nunca la juzgaría. Hizo que a Jo casi se le saltaran las lágrimas, pero las reprimió y la angustia no cruzó los ojos, contenida por su voluntad de hierro. No había tiempo para llantos. Lo único que había perdido era su capacidad para engañarse.

—El único futuro digno de plantearse es aquel que no podemos imaginar. Aquel que solo alcanzaremos parcialmente.

—Agradeceré lo que sea, con tal de que no se parezca al pasado. Me plantaré allí en el primer avión que encuentre.

—¿Vas a divorciarte de él?

—De momento no puedo. Pero debería, ¿verdad?

—No soy la persona adecuada para decirlo, cariño. Los divorcios no son lo mío. La norma suele ser esperar un poco.

—Sí, pero este fin de semana he descubierto que puedo hacerlo, y que quizá debería.

—Comprendo.

—David y yo tocamos fondo en algún momento de estos últimos dos días. No recuerdo el instante preciso, pero tocamos fondo y yo lo vi. Y pensé: «Bien, ahora ya lo sé».

—¿Fue por la crisis de David?

—David no tuvo ninguna crisis; simplemente su verdadero ser se manifestó tal y como es. Y

creo que poder ser él mismo le supuso un gran alivio. En el fondo estaba encantado.

—De modo que es aún peor.

—Sí, lo es. El hombre que amaba se reveló como un desconocido vulgar.

—Ya, pero ponte en su lugar —dijo Richard, pensando que, para variar, podía decir algo honorable en favor de David—. No ha tenido que ser fácil.

—No es culpa suya. Como he dicho, estaba hablando de mí. Soy yo la que ha sufrido una crisis.

«Se veía venir desde hacía años», pensó Richard.

—Creo que tienes que tranquilizarte —le dijo—. Has estado toda la noche levantada. Quizá deberías dormir, antes de que David vuelva.

—Eso es lo último que quiero. No puedo dormir. Nunca me había sentido más despierta. Estoy tan despierta que soy un peligro.

—Muy bien. Pues vamos a bailar.

—Espera un momento. Sé que te sonará rarísimo, pero antes quiero que me tomes el pulso.

—¿Qué?

—Hazlo, por favor. Estoy segura de que hace poco era irregular. Quiero que lo compruebes.

Él protestó porque le parecía ridículo, pero hizo lo que le pedía. Curiosamente, tenía un pulso errático, pero le dijo que era perfectamente normal.

—Los dos bebemos —dijo ella con tristeza—, ese es el problema. Mi nivel de alcoholismo no es comparable al de David, pero es algo que nos afecta a los dos. Fue el alcohol lo que le hizo conducir mal, y solo te lo cuento porque sé que no acudirás a la policía y que dirás que eso ahora ya no importa, en lo que coincido. Pero quería decírtelo igualmente; tenía que desahogarme. Todo fue culpa nuestra. Lo único que ese chico hizo mal fue plantarse en la carretera para que nos detuviéramos y David..., David les tiene tanto miedo, e iba tan bebido...

—Como dices, eso ya no importa. Además, ya lo sabía. Era muy evidente.

—Somos una pareja de lo más evidente, ¿verdad?

—¿Y no lo son todas las parejas? Fíjate en mí y Dally. Nadie nos acusará de no serlo... En cierto modo creo que debemos procurar ser evidentes. Es la señal de que finalmente te has constituido como pareja.

—No coincido contigo, aunque sé a qué te refieres.

Por unos instantes, Jo pareció abatida.

—Siempre quise que no fuéramos evidentes, ni siquiera entre nosotros. ¡Qué aspiración tan disparatada!

—Todos aspiramos a lo mismo.

—¿Y luego envejecemos y llevamos el pantalón arremangado, como diría Eliot?

—Sí, más o menos. —Richard se rió—. Además, ¿a quién le importan nuestras aspiraciones? ¿Adónde nos conducen? Me he dado cuenta de que a los cincuenta todos nos sumimos en el mismo estado de desánimo crónico.

«No es desánimo», quiso decir ella, enojada.

—Lo curioso de esta noche es que me he vuelto a sentir joven por primera vez desde hacía años —dijo Jo—. No sé por qué. He cometido adulterio con un hombre ridículo, lo que es típico de las mujeres. Me he despertado sintiéndome como una diosa. He ido a nadar y he tenido una epifanía bajo el agua. Bueno, «epifanía» quizá sea un término demasiado fuerte; he tenido una

fugaz iluminación.

—¿A qué te refieres con «joven»?

Jo se encogió de hombros porque intuía que no necesitaba explicarse. La misma palabra era tan potente, tan tiránica, que no había necesidad de subrayar ni aclarar nada.

—He sentido que volvía a estar viva —dijo sin más—. Como si hubiese resurgido de la Edad de Hielo. He sentido que el pasado me devolvía a la vida.

«De modo que no hay marcha atrás», quiso decir él entonces, pero temió que, en caso de hablar, la idea prendiese en la mente de Jo con tal fuerza que la hiciera actuar impulsivamente.

—En tal caso, aprovéchalo —dijo con amabilidad—. No durará eternamente. Si tienes esa sensación una noche, vive esa noche al máximo y espera lo mejor.

—Sí. Y no me siento culpable. No necesito que nadie me perdone.

—Eso es lo que he estado diciéndote, ¿verdad?

—Es cierto, pero no es fácil creer en algo tan descomunal como que no necesitamos el perdón de nadie.

Richard no acabó de entender lo que decía Jo y guardó silencio. Pronto sus pensamientos tomaron caminos distintos. Finalmente, ella le cogió la mano en un gesto de solidaridad y se la besó. «Vaya, vaya», pensó él. Se preguntó cómo sería el resto del torturado día de Jo: el marido que volvía de su farsa en el desierto, la partida por el mismo camino donde había ocurrido aquella desgracia. No iba a ser un buen día para ella, pero al menos había empezado de forma asombrosa, con las aves del desierto, el cruel contorno de las montañas que surgía como una hoja de papel rasgada y las estrellas que se difuminaban discretamente. Las cosas quizá se resolvieran de forma inesperada.

—Voy a bailar un poco mientras sea de noche —dijo Jo—. No quiero que amanezca aún.

—Te acompaño.

—¿Tomamos algo para despejar la cabeza? ¿Limonada?

—Nada más fácil. Ya me ocupo yo.

Caminaron despacio hasta lo alto de las murallas para respirar un poco de aire fresco y Hamid les trajo la limonada, los vasos y el hielo. Jo bebió con voracidad mientras los hombres la miraban, perplejos. Abajo, en las oscuras laderas, unas cabritas levantaban las orejas y las garcillas se desperezaban. Aguardaban las primeras luces del día y la fortaleza necesaria para afrontarlo. Jo chupó los cubitos, se humedeció las manos y se pasó uno por el pelo hasta que las puntas le gotearon. Los nervios de sus extremidades vibraban serenamente, animados por el aire fresco que llegaba de la planicie y el agua fría que resbalaba entre sus senos. Se preguntó si había repulsa en los ojos de Hamid, pero no la percibió. Le agradeció la limonada y evitó su mirada antes de volver a bajar con Richard, mientras el arrogante criado se quedaba observándolos desde lo alto. Fueron a la pista de baile del patio principal, ella cayó en sus brazos y bailaron un rato hasta que tuvo demasiado calor, y entonces se quitó la blusa y bailó en *topless* como el resto hasta que la luna se hundió en la ladera y el cielo empezó a iluminarse. No le importaba que se hiciese de día. Ya no esperaba el regreso de David, y por las mismas también la espera le resultaba indiferente. Se dejó llevar por sus movimientos y pasó mucho tiempo antes de que cesara la música y sirvieran el desayuno bajo unas almidonadas sombrillas de algodón, sin que tuviese la impresión de que nada había terminado.

CAPÍTULO 23

—Entre tú y yo, el año que viene emigro a Francia —le dijo Anuar a David, de camino a Alnif—. Un primo mío tiene un restaurante en Rennes. Será duro, pero al menos no es Tafal'aalt. Lo he hablado con mi padre y no puede impedírmelo. Es una cuestión de vida o muerte. Bueno, casi.

Siguió un largo silencio, y la sombra azul y amenazadora de Issimour se cruzó en su camino.

—Lo siento por Abdalá —dijo por fin David, como si hubiese estado reservándose esas palabras durante horas y solo ahora pudiera pronunciarlas. Intentó que sonaran auténticas y que no reflejaran el evidente alivio que experimentaba. Anuar asintió apresuradamente.

—Era evidente que lo sentías. Por eso te ha dejado ir.

—¿De veras?

—Ha decidido que eras sincero.

David se estremeció y no dijo nada más hasta que pasaron por la plaza inclinada de Alnif, donde los pájaros anidaban en la antigua *bab* y un viento áspero barría las calles. Tomaron *café noir* en el hotel.

—Abdalá ha dicho que te lleve directamente a Azna, sin detenernos. Y así lo haré. Pero si quieres parar para comprar algunos fósiles, podemos pasar una hora en Rissani. Conozco a un buen hombre...

David negó con un gesto cansado.

—No, gracias. Solo quiero volver con mi mujer.

Sin embargo, poco después añadió:

—¿Crees que Abdalá ha conseguido perdonarme?

—De eso puedes estar seguro. ¡Si no te hubiese perdonado, nosotros no estaríamos aquí, tomando café en Alnif!

—Comprendo —murmuró David.

—No es un hombre vengativo —continuó Anuar, en un tono algo ofendido—. Pero ha sufrido una gran crisis. Driss era su sustento, su principal excavador. ¿Qué va a hacer ahora?

—No lo sé —admitió David. Lo cierto era que aquel aspecto de la desgracia de Abdalá no se le había pasado por la cabeza.

David se acordó del dinero que llevaba en el equipaje. No lo había utilizado, nadie lo había querido, era irrelevante. De hecho, ahora le resultaba vergonzoso. Y, sin embargo, todos sabían que lo había traído.

Cruzaron Rissani. Unos camellos salvajes mordisqueaban *drinn* junto a la carretera. El viento había aplastado la hierba contra la gravilla negra. Los canteros, apostados en chozas hacinadas en

el arcén, salían a su paso mostrándoles *Psychopyges* y *Comuras* falsos, brillantados con cera de automóvil.

—¡Farsantes! —rió Anuar, girando la mano en el aire, como si se tratase de un destornillador —. ¡La vergüenza de la nación!

Pisó el acelerador y el destartado todoterreno gimió como una vieja arpa. Cruzaron Erfoud sin parar a beber ni un vaso de agua, y en las afueras de Er-Rachidía su móvil volvió a captar una señal. Habló al contestador casi sin aliento.

—Soy yo, David. Debes de estar durmiendo. Todo va bien. Me trae de vuelta uno de los hombres de Tafal'aalt, estamos en las afueras de Er-Rachidía. No tengo ni idea de qué hora es. Supongo que llegaré al mediodía, a tiempo para el aperitivo. Dios, ha sido un calvario. Espero que no te hayas preocupado mucho. En cualquier caso, todo ha terminado. Me llevan de vuelta y en cuanto llegue le diré cuatro cosas a Richard. Él sabía lo que iba a ocurrir y no sé si podré perdonárselo.

Aunque no estaba seguro de que eso fuese verdad. Perdonaría todo y a todos a cambio de un baño caliente y un gin-tonic. Le parecía que se había ganado esos pequeños placeres y que perdonar a Richard su engaño era algo insignificante en comparación con el perdón que había conseguido en casa de Abdalá. No había sido nada fácil. Estaba convencido de que aquel calvario lo había vuelto más fuerte en determinados aspectos que quizá los demás no entenderían; y también más tosco, pero no le importaba. Por otra parte, le sorprendían las ideas sombrías que le rondaban la cabeza: eran como las migajas dispersas de una comida en mal estado, pero al menos se la había comido, le había sentado mal y se había recuperado, que era más de lo que podían decir los idiotas que bailaban en el *ksar* de Richard. ¿Y qué tenía él en común con aquellos drogatas retrasados? Al menos, gracias a aquel accidente del que él no había sido responsable (¿acaso estaba mal proteger a su esposa de las amenazas de la carretera?) había conocido de verdad a los bereberes, lo que era mucho más de lo que podían decir los otros. Y, en cierto sentido, había cambiado de bando. Pese a su rudeza, Abdalá lo había impresionado. Vivir en un lugar como aquel y sobrevivir era magnífico, y la codicia que David les suponía no se había materializado. No era el dinero lo que les importaba, como quieren pensar los occidentales materialistas. Y entonces se acordó otra vez de la bolsa. Sería inaceptable volver con ella porque Richard en particular, y también Jo, sospecharían que se había negado a entregársela a los bereberes por una cuestión de principios. No era cierto, pero ¿cómo se defendería de las acusaciones?

Empezó a plantearse darle el dinero a Anuar. Apenas lo conocía, pero si pensaba emigrar a Francia porque no había otra forma de ganarse decentemente la vida le iría muy bien contar con esos dos mil euros. Dos mil euros era una suma inmensa para un hombre del desierto. Le pagaría el trayecto a París y quizá le permitiría vivir allí un par de semanas. Sería un regalo magnífico. Por una vez, un gesto suyo tendría una repercusión importante. Cambiaría la vida de una persona.

Llegaron a un *bled* polvoriento y ruinoso, y Anuar entró en una tiendecita para llenar el depósito de agua. Unas pocas palmeras se mecían al viento, sobre un rectángulo de casas. David también se apeó y anduvo por el margen de un huerto desordenado donde unos niños jugaban con barro y sus destrozados juguetes. No lo miraron. David había cogido su bolsa y debía parecer una figura ridícula y sospechosa, pero los niños, ensimismados en sus cosas, no le hicieron ni caso. El sol, que había ascendido rápidamente y caía a plomo sobre las palmeras datileras y las cercas destartadas, le obligó a protegerse los ojos con la mano. Mientras se detenía ante una hilera de

nogales, algo aturdido por la luminosidad matinal, Anuar se le acercó por detrás con algo milagroso: un cruasán caliente.

—¿Dónde lo has conseguido? —le preguntó David riendo, y al cogerlo le ofreció a Anuar la bolsa que llevaba en la otra mano—. Toma, esto es para ti.

—¿Para mí?

—Sí, es todo tuyo.

Anuar aceptó la bolsa con genuina sorpresa.

—¿Qué hay dentro?

«¿Acaso no lo sabe?», pensó David.

—No importa. Te ruego que no la abras hasta que pares en esta misma aldea durante el trayecto de vuelta. ¿Me lo prometes?

—Sí, por Dios.

—Muy bien. Pues todo arreglado, ¿no te parece?

Anuar asintió algo incómodo, miró la bolsa y frunció el ceño. Le parecía una especie de imposición.

—Me apetece dártela, es una bolsa excelente que compré en Timberland, en Londres. Muy resistente.

—¡Ah! Entonces muchas gracias.

—De nada. Eres un hombre decente, Anuar.

—¿Decente?

—Sí, decente. Es lo menos que puedo decir.

—Y tú, monsieur David, eres muy tolerante.

CAPÍTULO 24

Jo esperaba en la curva de la carretera con un vestido rosa ceñido con un cinturón y un gran sombrero de paja que Richard le había dado. Tenía un ala tan ancha que mantenía su rostro en la sombra, unas cintas tan largas que le llegaban a media espalda y flores de mostaza insertadas en la banda.

—Quizá demasiado Renoir —le había dicho Richard cuando se lo plantó en la cabeza—, pero aquí nadie sabe quién es Renoir, así que estás a salvo.

Era un sombrero de Richard y por eso a Jo le gustaba. Richard sabía qué le convenía.

Mientras aguardaba en la muralla, achicharrada y contenta, Jo escuchó los molinos de agua que giraban bajo el sol implacable y dispersó a las lagartijas pateando la acolchada chumbera verde con las sandalias. Todo estaba en silencio y el aire olía a cedro. Paradójicamente las montañas brillaban como si fueran de hielo, un hielo sucio y parduzco que, sin embargo, resplandecía igualmente. Cuando el viento agitó las borlas del vestido y las cintas del sombrero, ella sintió que también vibraba todo su ser, y percibió el sabor del aceite de los limoneros y la fragancia del tomillo. Había esperado al mediodía para devolverle la llamada a David, y mantuvieron una conversación trepidante en la que liquidaron todas las cuestiones prosaicas.

—Me acosté temprano y leí algunos viejos ejemplares de *Punch* de Dicky. Me entristecí al leerlos, porque me acordé de mi abuelo.

—Bueno, al menos tú has podido dormir —respondió él, de forma algo banal.

—Sí —dijo Jo.

La voz de David sonaba algo forzada, como si le llegase a través de un cristal, y le pareció etérea, la voz de un hombre que ha ayunado o se ha pasado bebiendo toda la noche. Ya no era su voz enojada e hiriente, y sus profundos embalses de rencor se habían secado. Era una voz herida, deliciosamente rehumanizada. Jo se había quedado muy sorprendida.

Oyó el coche desde lejos, pero en lugar de ir a la carretera se quedó esperando donde estaba. Hamid le había traído dos copas y una cubitera con media botella de vino blanco. A Jo le parecía un buen gesto para cerrar sus heridas. Y David apreciaría aquel detalle inesperado.

De pronto, cuando el coche ya se acercaba, se puso nerviosa. ¿David le habría dado todo ese dinero a la familia? Peor aún, ¿y si le habían hecho algo que no había querido contarle por teléfono? Jo se levantó y aguzó la vista en dirección al vehículo, cuyo motor sonaba ahora más apagado. Comprendió que se habían detenido junto al sendero.

Desde su atalaya del muro vio que David hablaba tranquilamente con el conductor de forma civilizada, como si tuvieran cosas que decirse antes de que sus caminos se separasen. Un instante después, el coche avanzó hacia la curva; Anuar bajó la ventanilla y pensó que ella lo reconocería,

pero no fue así.

—¿Taxi? —bromeó él.

—¿Colina arriba?

Anuar hizo un gesto afirmativo con el dedo.

David se apeó lentamente y se abrazó a Jo mientras Anuar esperaba pacientemente, observando con recelo la botella en la cubitera.

—¡No me lo creo! —exclamó David, mirando también la cubitera, pero obligándose, pensó Jo, a exagerar su entusiasmo.

—Tomemos una copa antes de volver a ese lugar infernal.

—Eres un encanto —suspiró él—. Estoy muerto de sed, llevamos en el coche desde el amanecer.

Volvieron a besarse bajo el brillante sol. La camisa sucia de David olía a menta y a grasa de cabrito, y crujió cuando Jo apoyó su cara en ella. Anuar los contemplaba con una sonrisa de perplejidad. Preguntó discretamente a David si quería que los llevase en coche hasta el portón.

—No hace falta, Anuar. Subiremos andando. Tenemos que hablar.

—Muy bien. Pues entonces me marchó.

Anuar salió un momento del coche y ambos hombres se dieron la mano con afecto. Habían acabado por agradarse, pero de esa forma distante y efímera que imponen necesariamente las circunstancias extraordinarias. Se desearon suerte; Anuar le dio las gracias por la bolsa Timberland, pero no delante de Jo. Unas pocas palabras, unas pocas palabras confusas, y se marchó. La polvareda que levantaba el coche se quedó suspendida unos instantes antes de desaparecer. Jo y David tomaron el vino y disfrutaron de la compañía de las avispa; luego dejaron las copas en el muro y regresaron despacio a la casa, entre el fragante calor.

—¿Y qué querían de ti?

—El padre quería hablar conmigo, nada más. No entendí nada, pero al menos sí entendí eso.

—¿Te pidieron dinero?

—Ni un céntimo.

—¿Dónde están entonces los dos mil euros?

—Se los di igualmente.

—¿De veras?

—Sí. ¿Te extraña?

—No lo sé. Sí, supongo que me sorprende un poco.

—Bueno, pues se los di, pero no porque me sintiera obligado.

Jo bajó la cabeza. No sabía qué decir. ¿Su piel olía a Day? Dirigió a David una mirada penetrante. No volverían a hablar de aquello, pero el tono de Jo era claro. Había comprendido todo lo que él había hecho, y también él sabía que durante su ausencia Jo había estado en otro planeta, por así decirlo. No volverían a mencionarlo, ni tampoco lo olvidarían. Había alterado para siempre su relación y ambos lo sabían.

—Pues ya está, bobo —le susurró ella en el pecho—. Todo ha terminado. Ahora podemos volver a casa.

—A casa —repitió él.

El sol de inicios de la tarde les ardía en el rostro y sus palabras se secaron. El personal se aventuró a salir de la sombra del portón para darles la bienvenida con unas toallas frías, y pronto volvió a rodearlos el ambiente festivo de Azna con su música, sus gritos y sus chillonas voces occidentales, y el ajeteo de los coches y todoterrenos de los invitados que se marchaban al aeropuerto. El final de un fin de semana puede ser todo un alivio.

Mientras los Henniger se reencontraban, Richard montaba a caballo con lord Swann en las inmediaciones de Tafnet. A Richard no le había preocupado la expedición de David, porque sabía que los empobrecidos canteros de los *ergs* ya temían bastante a la policía marroquí como para arriesgarse a cometer proezas xenófobas. El tiempo se había suavizado y su antiguo amor por la equitación había resurgido súbitamente. Su yegua se llamaba *Britney*; le gustaba murmurarle su nombre al oído mientras le acariciaba el cuello largo, sedoso, del color de las castañas jóvenes, y le decía que se lo había puesto en honor a una estrella del pop, loca y decadente. La luz del sol, el olor de los caballos y la personalidad desconcertante de lord Swann disiparon sus angustias e inquietudes, y su carácter meticuloso volvió a su preocupación habitual: la restauración de la casa y la mejora de la instalación eléctrica. Además, aquel fin de semana minuciosamente planeado tocaba a su fin y él deseaba librarse de la incontrolable multitud de invitados que lo atosigaba constantemente con preguntas sin respuesta. Estaba harto de ellos. Llegaban allí con todas sus *idées fixes*, que arrastraban de una correa como si fueran cadáveres de caniche. ¿Por qué habrá tan pocas personas con talento para viajar, con el don de saber desplazarse sutilmente, con el don de la simple curiosidad? A fin de cuentas, no es más que una mera cuestión de imaginación. Intentar imaginarte dónde estás en lugar de ir por ahí arrastrando todas tus enconadas manías e insatisfacciones. Y, sin embargo, casi nadie lo hacía. Lord Swann, por ejemplo. Era el perfecto parásito, aunque divertido a su manera. Tenía mundo —inversiones en Hong Kong y demás—, pero no le había hecho ni una sola pregunta sobre los bereberes, que para él no eran más que parte del decorado. Poco más que estatuas. Fingía que le interesaban porque es lo que se espera hoy en día, pero en realidad detestaba malgastar saliva hablando de ellos. Eran carne de terrorista, por supuesto, lo que los hacía interesantes durante los debates acalorados.

Mientras cabalgaban por una pradera de hojas plateadas y secas flores silvestres del color de la mostaza, Swann dijo:

—Conocí a Henniger hace tiempo, en el club. Trataba los furúnculos a mi abuelo. Supongo que desde entonces habrá pasado a asuntos más serios. Nunca acabó de caerme bien. Me inspiraba desconfianza.

—¿A qué te refieres?

—No era uno de los nuestros. Jugaba a cartas con Darcy y siempre ganaba. Aborrezco a los tipos que ganan siempre.

—Fuimos juntos al colegio, ¿lo sabías?

—¿De veras?, pues menudo trauma para ti. ¿Era un bicho raro?

—Dirigía una publicación escolar que se llamaba *Inglaterra sin negros*. Una suerte de parodia para que nos avergonzáramos de nuestro racismo.

—¿Era un rojo, entonces?

—No me acuerdo. En aquel entonces me parecía un poco imbécil. Y todavía me lo parece. Ahora que lo pienso, es un imbécil.

—Mucha gente dice eso de mí, Dicky, y siempre he admitido que tienen toda la razón.

—Había algo raro en él —dijo Richard, abstraído—. Siempre creí que su padre le pegaba, o algo así. Tenía una expresión de perro apaleado.

—Un perro apaleado siempre busca vengarse. Quizá por eso tenía que ganar a los naipes.

—Quizá.

—Me sorprendió verlo aquí con esa esposa suya que parece un palo de escoba.

—De eso nada, amigo mío.

—Es atractiva, pero no es mi tipo. No tiene curvas.

Y Swann insinuó que Richard no podía juzgar esos asuntos. Rieron. Habían llegado a lo alto de la colina donde los pastores llevaban sus rebaños en verano. Contemplaron Azna, que desde allí arriba se veía por entero, como un mapa militar. Su restauración era tan espléndida que le habían devuelto el aspecto que tuvo un siglo atrás, en sus días de esplendor. Era un triunfo personal, una reivindicación, y le parecía que nunca había visto nada tan hermoso. Como no tendrían hijos, aquello era la mejor compensación posible. Una creación genuina y personal.

Luego su humor se ensombreció al recordar la llegada de Abdalá el sábado por la mañana. El desierto había surgido de la nada para demostrar su poderío. Era como si aquellos hombres pudieran plantarse aquí y llamar a su puerta cuando les viniese en gana. Podían extorsionarlo, aterrorizarlo siempre que les apeteciese. Y ahora, debido a aquel error imperdonable de David, sabían dónde vivía.

—¿Y ahora vuelves a casa? —le preguntó despreocupadamente a lord Swann cuando regresaban al trote.

—Me llevo a mi chica a Tinerhir, al Hôtel du Sud o como se llame. Quiere conocer el desierto. Yo personalmente prefería ir al casino de Málaga.

—Es que estos fines de semana te dejan agotado.

Swann asintió con tristeza. Él nunca los organizaría, salvo que incluyesen orgías. Ay, parecía que la época de las orgías se había terminado.

—¿Y han enterrado al chico árabe sin más? —le preguntó alegremente a Richard mientras doblaban al sendero próximo a las puertas, donde las palmeras todavía no habían enfermado.

—Supongo. Esa es la costumbre aquí. Los barren debajo de la alfombra. En última instancia, nadie quiere problemas. Espero que nuestro desafortunado inglés los haya untado como es debido.

—Y bien merecido que se lo tiene —se burló Swann—. Menudo idiota. Los coches tienen pedales de freno.

—Eso es lo que he mantenido desde el principio.

—Me pregunto cuánto les habrá pagado.

—Eso es algo que nunca pregunta un caballero.

David y Jo pasaron toda la tarde tumbados en la piscina. Las cigarras cantaban y David dormía, aunque esta vez sus pesadillas eran soportables. Soñaba que estaba dentro de la gigantesca turbina de un Boeing, limpiando las palas con un cepillo de dientes. A veces estos sueños le hacían reír dormido, como ocurrió ahora.

—¡Triturados! —dijo en voz alta, y las turbinas empezaron a girar, despedazando a los enanos que había dentro.

Jo sonrió. En el patio principal del *ksar* se habían reunido los coches caros y empezaban a marcharse; Mercedes descapotables, Land Rover con tres ruedas de recambio, Peugeot 605

alquilados en el aeropuerto de Casablanca, Alfa Spider con matrículas españolas.

El personal iba de aquí para allá cargado con equipajes y cestas de merienda, cortesía de la casa, mientras los huéspedes tomaban las últimas fotos, intercambiaban números de teléfono y direcciones de correo electrónico, y se despedían a gritos. No tenían nada que ver con ellos, pensó Jo. Y, en efecto, nadie fue a la piscina a despedirse. Los Henniger eran unos parias, aunque ninguno de los invitados lo hubiese pensado conscientemente. En realidad, ni siquiera pensaban en ellos. El mal sabor del accidente debía purgarse lo antes posible y los invitados tenían prisa por volver a la Unión Europea.

—Nos vemos en Azrou para cenar. ¿Hotel Panorama?

—No, vamos al Amros. Pediremos trucha.

Y así, en el portón, organizaron reencuentros en el trayecto a Casablanca mientras los motores de sus vehículos se ponían en marcha. Dally y Richard les entregaron pequeñas guirnaldas de flores resguardados en la sombra; a veces las arrojaban en los asientos de los descapotables lanzando un beso al aire. ¡Hasta el año que viene!

A Jo le resultaban indiferentes. Siguió acostada, esperando unos colibríes que nunca aparecieron. Tenía la vista fija en las montañas distantes, que empalidecían con el paso del día. Un pánico mudo y frenético bullía en su interior. No había visto a Day desde primera hora de la mañana; se había desvanecido entre la multitud, pues sabía que David iba a volver. Jo suponía que había querido ahorrarle un momento incómodo, lo que era un gesto considerado por su parte, pero dejaba sueltos todos los cabos de la noche anterior. Todavía sentía dentro de ella la presencia de Day, una viscosidad rápida y cálida, y comprendió que debía tener paciencia. Acabaría desapareciendo con el tiempo, aunque no era fácil. Agradecía que aquella noche la pasaran al volante, en lugar de compartiendo cama en un hotel. Sabía que haber consumido coca no podía excusar su noche loca. Pero ¿quién no ha tenido una noche loca en algún momento de su vida? Era un razonamiento espurio, pero serviría. Se levantó y se fue a nadar.

A partir de las tres se hizo el silencio. La mayoría de los invitados habían partido porque no querían conducir de noche. A ella y David, en cambio, no les importaba, aunque no sabían por qué. Para irse sin hacerse notar, suponía Jo; como ladrones furtivos.

Cruzó a braza la piscina azul oscuro. Mientras descansaba oyó que unos perros ladraban en el valle, y el eco se extendió en todas direcciones. Luego oyó la detonación de una escopeta y los gritos de uno de los cocineros, que llamaba a alguien en la muralla meridional. Poco después, mientras se secaba, se inclinó sobre el rostro dormido de David: parecía una máscara incolora y le temblaba la barbilla, probablemente debido a los sueños malsanos que tan a menudo lo perturbaban, unos sueños por los que ella nunca había mostrado curiosidad. En aquel rincón del paraíso bañado por el sol, rodeados de heliconias y madreselvas exuberantes, la cara de David era una ventana a un mundo subterráneo, impenetrable y carente de belleza. Un rostro dormido puede ser tan espantoso como una escalera que desciende de una trampilla y desaparece en la oscuridad, como una cuerda arrojada a un pozo. Jo se preguntó si dentro de muchos años, durante alguna amarga discusión, le contaría a David lo que había ocurrido. Pero él la había obligado a mentir, así que estaban en paz. Le pasó la mano por los ojos, como si estuviera muerto, cerrándole unos párpados que ya estaban cerrados.

La noche del desierto se aproximaba, con su sabor a sal distante. Jo se incorporó sobre los codos; el rencor y un mal presentimiento la azoraban. ¿Y ahora, adónde? Ante sí solo veía incertidumbre, una liberación calamitosa. Ojalá pudiera detenerse ahora mismo, durante una

docena de años. Escuchó los pájaros que se posaban en los aleros de la casa; una bandada de bocas frías, dinosaurios de ojos rojos que se congregaban en el crepúsculo.

—Me extraña que no paséis la noche aquí —dijo Richard. Cenaban temprano en la terraza, acostados en cojines de seda, mientras los estorninos revoloteaban bajo el sofocante crepúsculo. Hamid les había servido un tayín con limones confitados en sal y cuscús a la canela, con ciruelas y azúcar que se fundía ante sus ojos—. Sería mejor que partierais por la mañana temprano; llegaríais a Azrou a primera hora de la tarde y podríais descansar allí. Después de lo que os pasó en la carretera de noche, cuando veníais hacia aquí...

—Lo sé —le interrumpió David bruscamente—, pero lo hemos hablado y queremos volver lo antes posible. Estoy seguro de que lo entenderás.

—Claro que lo entiendo, después de todo lo que habéis pasado. ¡Pero no quiero que sufráis otro accidente!

—No te preocupes, no tropezaremos dos veces con la misma piedra —dijo Jo nerviosa, pues no estaba convencida de que eso fuese verdad.

—Es decisión vuestra. Yo estaría encantado de teneros una noche más aquí y que os marchaseis a una hora normal.

—He dormido toda la tarde en la piscina, sin duda estoy en plena forma —dijo David—. Creo que conduciremos toda la noche y llegaremos directamente a Tánger de una sola tirada.

—Eso también es posible, claro. Os daré un mapa más detallado. ¿Por qué no pasáis un par de noches en Tánger para recuperaros? Ahora han abierto varios hoteles boutique, no tendréis que alojaros en el Angleterre.

David negó con la cabeza. No había contado nada de Tafal'aalt, nadie le había preguntado y ahora no tenía la menor intención de hacer como si nada y fingir que iba a hacer esto o aquello solo porque Richard quería. Él quería volver a Inglaterra, y punto. Se relajaría cuando estuviese en un avión del aeropuerto de Málaga.

—Ahora todo el país me parece gafado.

—Tampoco te pases —repuso Dally, mirándolo con frialdad.

—No con respecto a vosotros, sino con respecto a mí. Para Jo y para mí. Nunca antes nos había pasado nada igual —dijo David. Le temblaba la mano.

—Sí, lo entiendo —murmuró Richard—. Comprendo que quieras salir de aquí cuanto antes. Tenéis una cesta de pícnic en el asiento trasero. La botella es sidra sin alcohol.

Era una pulla cruel, y Richard casi se arrepintió de inmediato. Pero también lo había dicho con absoluta franqueza. Marruecos no estaba gafado, simplemente David era un borracho empedernido.

—Al menos todo ha acabado bien —dijo Jo en tono conciliador—. No para ese chico, lo sé, pero para todos los demás. Podría haber sido mucho peor.

«Eso seguro», pensó Richard lacónicamente.

—¿Tenían alfombras interesantes por ahí? —preguntó Dally de pronto, para cambiar de tema—. Nunca he visto nada procedente de una zona tan remota.

—La verdad es que ni me fijé.

«Vaya par de maricas esnobs —pensó David con brutalidad—. ¿Cómo coño voy a saber cómo eran las alfombras?»

—Yo no tengo la sensación de que este sitio esté gafado —dijo Jo con calma—. Fue solo un error. Los accidentes de tráfico son algo habitual.

—Eso es innegable.

Richard la observó con detenimiento y descubrió el sutil color tabaco que matizaba sus ojos tristes. Ojalá no se hubiera casado con David. Ojalá. Aquel tipo irradiaba una inmensa tristeza cósmica.

—Por cierto —dijo Jo, alzando rápidamente la vista—. ¿Habéis visto a Day antes de que se fuera?

Richard y Dally se miraron como si aquella posibilidad no se les hubiera pasado por la cabeza.

—Vaya, pues no —dijo Dally—. Se marchó sin que lo viésemos. ¿Cómo es posible, Dick?

—Es un tipo escurridizo. No lo sé. Lo veo una vez al año y es como si no lo conociera.

—¿Quién es Day? —preguntó David, irritado.

—Un americano que viene a nuestras fiestas.

Richard y Dally intercambiaron una mirada de complicidad y a Jo se le quitaron las ganas de seguir preguntando. Había otros asuntos de los que ocuparse. David volvía a mostrar ese estado de alerta animal, esa agresividad instintiva que lo caracterizaba, y su comportamiento era impredecible. Se sentía humillado y buscaba venganza, pero no podía conseguirla. Dirigió una mirada envenenada a Hamid, que aguardaba junto a la balastrada enmarcado por el cielo crepuscular. Aquel hombre inescrutable se mostraba tan distante como siempre, pero a Jo le pareció que lo había sorprendido dirigiéndole alguna que otra mirada comprensiva. Sí, todos se mostraban comprensivos, pero nadie podía hacer nada para ayudarla. Hamid lo veía, y ella sabía que él lo sabía. Hamid también veía la mano temblorosa de David, que delataba la adicción característica del infiel. Eran unos miserables, y Hamid lo sabía. Solo lo superaban en dinero. Jo apartó la mirada. Se levantó la brisa y la chilaba ondeó. Hamid avanzó un paso.

—¿Té antes de su partida, monsieur y madame?

Jo se estremeció, sin responder. David negó con un gesto, mientras sus ambivalentes anfitriones solo deseaban que se fueran.

El personal y sus elegantes propietarios los acompañaron al coche cuando las primeras estrellas asomaban fieras y potentes, y las laderas salían de su indecisión crepuscular para afirmarse como siluetas negras. Hacía fresco. Hamid abrió el portón y aguardó en un extremo con un farol en la mano.

—Escríbeme unas líneas cuando lleguéis a casa —dijo Richard, inclinándose por la ventanilla del conductor—. Siempre nos tranquiliza saber que la gente ha vuelto sana y salva. Nos sentimos responsables de los invitados.

Se besaron, se dieron la mano y se dijeron lo que suele decir la gente cuando le cuesta reconocer que posiblemente nunca vuelvan a verse. En un minuto todo había acabado. Hamid les deseó buena suerte en árabe y les indicó el camino con un gesto de la mano. El coche se alejó con un arranque algo agresivo, juzgó Richard. Típico de David. Estaba furioso porque se sentía derrotado.

Cerraron el portón y Dally sirvió a Richard un Lagavulin añejo en la biblioteca. Encendieron la chimenea, comieron unos pasteles de carne y bebieron en silencio mientras el viento gemía en

las ventanas exquisitamente pintadas.

—Un fin de semana espantoso —dijo Dally por fin. Suspiró y apoyó los pies en un puf de cuero—. Somos afortunados de seguir con vida. ¿Hablaste con esa chica francesa? Me parece increíble que existan personas así.

—Le he dicho a Hamid que eche el cerrojo a todas las puertas exteriores —dijo Richard en un tono extrañamente ausente, pero autoritario.

Dally se sorprendió. Pero Richard se llevó el vaso a los labios, sorbió el néctar salino con aroma a turba ahumada y se arrellanó para escuchar el viento. Después de tres días de futilidad trepidante, le resultaba de lo más entretenido.

Pasó revista a las incógnitas que se le habían presentado aquel fin de semana y a las personalidades irremediamente incompatibles, pero su pensamiento volvía una y otra vez a los ojos penetrantes e implacables de Abdalá. Había algo que no encajaba. Cuando los mirabas, no te devolvían el favor. Eran orgullosos y vivos, vivaces incluso, pero no te veían.

David tomó la carretera de Tafnet con cierta imprudencia, hasta que Jo le sostuvo el brazo para indicarle que aminorase.

—No por mucho correr se llega antes.

—Pero cuanto antes lleguemos, mejor.

Jo se echó a llorar y él no dijo nada. Solo sentía el impulso amargo de avanzar, de dejarlo todo atrás, de olvidar. Llegaron a la carretera principal y David torció al norte con un brusco movimiento del volante. Puso las largas y toqueteó los botones del reproductor de cedés.

—Abre el mapa —le ordenó a Jo, impaciente—. Creo que esta vez llegaremos enseguida. No nos perderemos.

Ella obedeció, desdobló el mapa sobre sus rodillas y encendió la luz de la guantera. Memorizó la ruta y luego apagó la luz. Los mismos postes encalados y los edificios abandonados de la noche del viernes reaparecieron alumbrados por las luces largas. Empezaron a ascender a buen ritmo por una pesada colina. Era en lo alto donde habían atropellado a Driss.

—Creo que deberíamos parar —dijo ella en voz baja.

—¿Qué?

—Creo que deberíamos parar y presentar nuestros respetos.

Tres días antes él le habría dicho: «¿Estás loca?». Pero ahora le pareció bien. Debían parar y presentar sus respetos. David retiró el pie del acelerador y el coche aminoró la marcha.

Jo sintió un profundo alivio. Quizá David sí había cambiado, quizá para siempre. Se acercaron al lugar donde una cinta de la policía todavía ondeaba entre dos postes de plástico. A su derecha vieron una loma pedregosa salpicada de cactus en la que no habían reparado antes. Una figura masculina con la cabeza envuelta en un *chech* blanco y rojo bajaba corriendo por la ladera. La figura, frenética e inesperada, había calculado el descenso con tal precisión que antes de que ellos llegaran al punto donde la carretera empezaba a bajar se había plantado ante el coche con una mano alzada que mostraba un trilobites del tamaño de su palma, un *Psychopyge*.

—*Arrêtez!* —gritó.

Y David pisó el freno.

La hierba del desierto se estremecía de forma inquietante en los destrozados márgenes de la

carretera. Ismael llevaba prácticamente todo el día sentado en aquella loma pedregosa, cobijado bajo un abrigo suspendido de tres palos. Desde allí vigilaba los alrededores, atento a la llegada de los coches. A lo largo de la tarde habían pasado muchos invitados de Azna con sus magníficos vehículos, y cada vez había tenido que bajar la ladera para ver si eran los dos infieles que buscaba. Una tarea repetitiva y agotadora. Con la llegada de la noche, todo había sido más fácil. Apenas había tráfico. Ismael se sentó para preparar la pistola vieja y pesada que Abdalá le había entregado con macabra solemnidad. Recordó los acontecimientos de la noche del viernes, que no había contado a nadie:

Driss y él esperaban en aquel mismo sitio. Habían hecho autostop desde Erfoud con el Elvis y otros ejemplares, y el camión de cemento los había dejado al pie de la loma. En el desierto los rumores vuelan, y todos sabían que los maricas de Azna celebraban una fiesta. Aquella noche Driss estaba de un humor de perros porque se había peleado con su padre.

—Pararemos el primer coche que veamos —le dijo a Ismael mientras se ocultaban en la loma—. Estará cargado de dinero. Serán débiles, no se resistirán.

—¿Y si se resisten? —preguntó Ismael.

Driss le dirigió un gesto de desprecio.

—Qué pregunta más tonta. ¿Acaso eres una chica? Son infieles, ¿a ti qué te importa?

—De hecho, siempre se paran —le diría Driss más tarde, mientras comían una lata de sardinas con las manos—. Son estúpidos. Pero cuando paren, Ismael, no seas cobarde. Actúa.

—Ya te he jurado que lo haré —repuso Ismael—. ¿Crees que tengo miedo?

—Siempre tienes miedo.

—Pues no. No es miedo, es la emoción.

—¿La emoción? —se burló Driss.

—Luego nos buscará la policía. ¿Has pensado en eso?

—¿Y a mí qué?

Se sentaron junto a la carretera y esperaron. El viento levantaba polvo y arena negra, y Driss se envolvió la cabeza.

—Pues yo sí que lo he pensado —murmuró Ismael—. Mañana por la mañana estaremos en la ciudad.

E Ismael recordó la expresión de Driss. Y pensar que el viernes por la noche aquel magnífico guerrero seguía con vida...

—Entonces dejo que dispaes tú —dijo Driss—. Será tu iniciación.

—Ya verás.

Ahora Ismael avanzó con paso seguro hacia el coche de los Henniger, sin vacilar. En la mano izquierda llevaba un pequeño *Psychopyge* y en la derecha sujetaba el revólver, que estaba cargado con seis balas. Vio que la mujer bajaba la ventanilla con una expresión entre curiosa y comprensiva; el hombre relajó las manos en el volante y apagó el motor. Eso demostraba que Driss había seguido la estrategia equivocada. Las personas son confiadas, sobre todo los infieles. Se limitó a acercarse tranquilamente y dijo: «*Salam aleikum*». Ellos lo miraron con cara de asombro, como si ahora, al reconocerlo, quisieran pedirle perdón. Pero no entendían que no era él quien podía concedérselo.

«Ay, si supierais», pensó Ismael con tristeza. La mujer se asomó por la ventanilla mientras él cruzaba el haz luminoso de los faros y se acercaba en la oscuridad. Soltó el fósil y levantó el

revólver sin esfuerzo. Ninguno de los dos emitió sonido alguno mientras Ismael rodeaba rápidamente el coche por detrás e interceptaba al hombre cuando abría la puerta. No había miedo en los ojos de David, sino solo mansa curiosidad y asombro. Ismael le sonrió con una crueldad que le salía del fondo del corazón, porque recordaba que el inglés había cavado un pequeño hoyo para enterrar el documento de identidad de Driss, algo que solo un *gaouri* sería capaz de hacer. Y David, por su parte, de pronto lo entendió todo y tampoco se sorprendió. Tuvo la certeza de que nada podría haber hecho para evitarlo y que la idea del libre albedrío era absurda. Nunca se planteó por qué no lo habían perdonado, porque él sí se había absuelto. De modo que dirigió a Ismael una mirada cansada y resentida, y la sensación de que todo ocurría a cámara lenta lo hizo soportable. Recordó su pesadilla de la turbina de aquella misma mañana. Levantó una mano e intentó pronunciar una única palabra, pero era demasiado tarde. Su lengua no logró articularla y tuvo que decírsela a Ismael con la mirada, telepáticamente. En aquel instante de arrepentimiento, lo sintió. Porque en el fondo no había mucho que decir, pero él no había logrado decirlo. Cerró los ojos y dejó que la turbina lo triturase.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría expresar mi inmensa gratitud a Caroline Dawnay por su ayuda inteligente y sensible para editar y apoyar este libro, y a Emma Parry por sacarlo adelante.



LAWRENCE OSBORNE

Nació en Inglaterra en 1958. Estudió Lenguas Modernas en Cambridge, ciudad donde escribió su primera novela, *Ania Malina* (1986), y el libro de viajes *Paris Dreambook* (1990). Posteriormente vivió en Nueva York, México, Estambul y Bangkok, ciudad donde reside en la actualidad.

En 2010 obtuvo el Premio Napoli. En 2012 publicó *Los perdonados*, considerado uno de los mejores libros del año por *The Economist*, *Library Journal* y *The Guardian*. Es autor, además, de *The Ballad of a Small Player* (2014), y *Only to Sleep* (2018).

Gatopardo ediciones ha publicado de este autor *El turista desnudo* (2017), *Bangkok* (2018) y *Cazadores en la noche* (2019). Y próximamente publicará *The Wet and the Dry* (2013) y *Beautiful Animals* (2017).

Presentación

David y Jo Henniger, una pareja de británicos sumidos en una crisis matrimonial, aceptan la invitación de un viejo amigo para asistir a una fastuosa bacanal en una villa situada en medio del desierto de Marruecos. ¿Qué mejor que unos días de desenfreno en una tierra exótica y sensual para avivar una relación del todo estancada?

Sin embargo, lo que estaba llamado a ser un fin de semana idílico se tuerce irremisiblemente de camino a la fiesta: David, que conduce ebrio en la oscuridad del desierto, atropella a un joven

marroquí que se cruza súbitamente en su camino. A partir de este incidente, los destinos de los personajes cambiarán de forma radical. Bajo la atenta mirada del servicio doméstico marroquí, que satisface a regañadientes las extravagancias y los excesos de los invitados a la fiesta, David y Jo deberán enfrentarse a las terribles consecuencias de sus actos en un clima de tensiones crecientes.

Como en *El turista desnudo*, Osborne despliega en esta novela su excepcional talento para captar los dilemas morales que afloran cuando los occidentales viajan al extranjero, ingenuamente confiados en el poder balsámico del viaje, tan solo para verse obligados a lidiar, donde menos se lo esperan, con las mentiras, las contradicciones y los prejuicios que rigen su propia vida, así como sus relaciones con los demás.

«El Graham Greene de nuestros tiempos.»

Sunday Times